



Mujeres sin cielo
Pearl S. Buck

Lectulandia

Al cumplir cuarenta años, *Madame Wu*, esposa de uno de los terratenientes más importantes y mejor considerados de China, decide poner fin a la vida sexual entre ambos. A pesar del revuelo que su decisión levanta, es capaz de mantener su postura con elegancia y determinación y busca una concubina para su marido. Sin embargo, este cambio de papeles alterará la vida de toda la casa... Sobre todo, la de la propia *Madame Wu*, que dedicará su tiempo libre a leer libros hasta ahora prohibidos y a escuchar las lecciones del Padre André, un sacerdote extranjero y de mente abierta, que le abrirá un nuevo mundo. A las puertas de la Segunda Guerra Mundial, al igual que su país, *Madame Wu* deberá afrontar una dura encrucijada entre tradición, comunismo y pensamiento occidental.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Mujeres sin cielo

ePub r1.0

Titivillus 23.04.16

Título original: *Pavilion of women*

Pearl S. Buck, 1946

Traducción: León Miras

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Cumplía los cuarenta años. La señora Wu sentada ante el ladeado espejo de su tocador, contemplaba su sereno rostro, comparándolo mentalmente con el reflejado por aquel mismo espejo a los dieciséis. Aquella mañana se había levantado temprano de su lecho matrimonial, porque era madrugadora y, poniéndose su peinador nuevo, había entrado en aquel mismo aposento, sentándose frente al espejo. Con su habitual calma, en su cómoda inmovilidad, había mirado su semblante juvenil.

—¿Será posible que mi rostro sea el mismo de ayer? —se había preguntado a la mañana siguiente de su noche de bodas.

Había examinado cuidadosamente su fisonomía, su frente, ancha y baja, despojada la víspera de su flequillo de muchacha, sus alargados ojos, su delicada nariz, el óvalo de sus mejillas y el mentón y la boquita roja, muy roja aquella mañana. Luego había entrado presurosamente Ying, su nueva doncella.

—¡Oh, señorita...! ¡Oh, señora! —había balbucido Ying, dificultosamente—. ¡Creí que hoy no madrugaría usted tanto!

Y sus mejillas delataron su ruboroso azoramiento.

En cuanto a las mejillas de la señora Wu, conservaban su pertinaz palidez de costumbre, por encima de la roja boca.

—Me gusta madrugar —había respondido con su dulce voz habitual, la voz que, según se lo dijera aquella noche el joven desconocido, parecía la de una ave canora.

Veinticuatro años después, como si adivinase los recuerdos que agitaban el alma de su señora, Ying habló detrás de la pesada silla de pino gigante de California. Sus manos estaban atareadas con los rodets del lustroso cabello lacio de la señora Wu, pero Ying había hecho los rodets tantos años que podía apartar los ojos de su trabajo y mirar el bello rostro del espejo.

—Señora, no ha cambiado usted nada durante estos veinticuatro años —dijo.

—También tú recuerdas aquella mañana... ¿verdad? —repuso la señora Wu.

Sus ojos llenos de afecto, se encontraron con los de Ying en el espejo. Ying había engordado durante sus veinte años de vida conyugal con el cocinero principal, pero la señora Wu seguía tan esbelta como antaño.

Ying rió sonoramente.

—Yo me sentía más asustada que usted aquella mañana, señora —dijo—. *Ai ya...* ¡Qué asustada estaba! ¡Y con qué escaso motivo! ¿Verdad, señora? ¡Lo que sucede, entre los hombres y las mujeres es simplemente natural, pero entonces parecía no sé qué magia!

La señora Wu sonrió sin contestar. Le dejaba decir a Ying todo lo que se le antojara, pero cuando no quería seguir conversando sonreía y guardaba silencio. También Ying calló. Fingió estar insatisfecha con un rodete del liso cabello negro que tenía bajo los dedos y, frunciendo los labios, soltó uno de los bucles y volvió a levantarlo. Cuando hubo concluido metió dos horquillas de jade en el rodete, una a

cada lado, y humedeciéndose las maños en un perfume aceitoso alisó la ya lamida cabellera de la señora Wu.

—Mis pendientes de jade —dijo la señora Wu con su voz clara y armoniosa, una voz tan femenina que lo ocultaba todo.

—¡Ya me imaginaba que querría ponérselos hoy! —exclamó Ying—. Los tengo preparados.

Abrió un pequeño estuche forrado de seda floreada y sacó los zarcillos y los colgó cuidadosamente de las pequeñas orejas de la señora Wu. Veinticuatro años antes, el joven señor Wu había entrado en aquel aposento cuando Ying acababa de ponerle a su ama una suave chaqueta escarlata de raso, de anchas mangas, y una falda negra de raso con bordados de pájaros y flores. El señor Wu traía en las manos aquel estuche. Sus hermosos ojos reflejaban soñolienta satisfacción. Le había tendido el estuche a Ying; ya que era hartamente educado para hablarle a su flamante esposa en presencia de una criada.

—Ponlas en las orejas de tu señora —le había dicho.

Ying había proferido una exclamación al ver la impecable limpidez del jade, y acercó luego las joyas a los ojos de la recién casada. Éstos se elevaron por un instante hacia el marido, antes de bajar los párpados con gentil timidez.

—Gracias —murmuró la señora Wu.

El señor Wu asintió y luego, mientras la doncella ajustaba los aretes en las orejas de su mujer, se quedó mirando. En aquel mismo espejo, la señora Wu había visto su semblante, el semblante gallardo y varonil de un joven voluntarioso y altivo.

—Ai —había dicho él, con un suspiro de placer.

Los ojos de ambos se encontraron en el espejo y cada cual apreció la belleza del otro.

—Tráeme té caliente —le había dicho bruscamente el señor Wu a Ying y al oír su voz la doncella se sobresaltó y se fue de prisa.

Ambos se habían quedado solos de nuevo, como durante la noche. Él se inclinó sobre ella y le puso las manos sobre los hombros. Luego, contempló el rostro de su mujer en el espejo.

—Si fueras fea, te habría matado anoche sobre la almohada —dijo—. Detesto a las mujeres feas.

Ella sonrió al oír estas palabras, inmóvil bajo las manos de su marido.

—Pero... ¿por qué matarme? —le preguntó con su dulce voz habitual—. Habría bastado con mandarme a casa.

Aquella mañana, la señora Wu había sentido una honda excitación. ¿Sería tan inteligente como hermoso aquel marido suyo? Quizá fuera demasiado pedir. Pero... ¿y si lo era?

En aquel preciso momento, veinticuatro años después, Ying dijo:

—El jade parece más bello que nunca sobre su piel. ¿Qué otra mujer de cuarenta años podría decir lo mismo? Es natural que el señor nunca haya querido otra esposa.

—Baja la voz —dijo la señora Wu—. El señor duerme aún.

—Debiera madrugar el día en que usted cumple los cuarenta años, señora —replicó Ying.

La doncella de la señora Wu se frotó la nariz con el dorso de la mano. Después de tantos años, creía conocer al señor Wu y estaba segura de una cosa: a pesar de su afecto, él no apreciaba aún lo suficiente a su bella esposa, a quien todos en la casa amaban. Sí. De las setenta y tantas personas que vivían bajo aquel techo... ¿quién no amaba a la señora Wu, desde la «vieja señora» hasta la más pequeña de las nietas y la más humilde de las criadas? Si en los aposentos de la servidumbre una doncella nueva se atrevía a gruñir porque la señora había notado polvo barrido detrás de una puerta, Ying erguía las orejas.

—Ésta es la casa de la familia Wu —decía, con su voz sonora—. No una cualquiera como la de los Wang o la de los Hua.

El cocinero principal sonreía siempre burlonamente al oír esto. Durante toda su vida conyugal él nada había sido para su esposa comparado con la señora Wu. Pero, a decir verdad, en aquella casa ni aun las esposas de los dos hijos podían pronunciar una palabra maliciosa. Las enjutas manos que la señora Wu entrelazaba levemente tan a menudo sobre su regazo, eran firmes y bondadosas cuando gobernaban.

—Voy a desayunarme —le dijo la señora Wu a Ying—. Luego, hablaré con mi hijo mayor. A mediodía, me vestirás para la fiesta. Pero vigila a tu señor y cuando se despierte, avísame.

—Naturalmente que lo haré, señora —repuso Ying.

Se inclinó para recoger un peine que había dejado caer. Era de fragante sándalo, el mismo perfume que usaba la señora Wu para el cabello. Ying arrancó del peine unos cuantos cabellos, los enroscó cuidadosamente alrededor de un dedo y los puso en un diminuto bote de porcelana azul. Guardaba cabellos para cuando fuese muy vieja y necesitara reforzar su rodete con una trenza postiza.

La señora Wu se puso de pie. Estaba dispuesta para aquel día. El cuadragésimo cumpleaños de una mujer, en el seno de una familia rica y chapada a la antigua, era un día pleno de solemnidad. La señora Wu recordaba muy bien el cuadragésimo cumpleaños de la madre de su marido, veintidós años antes. En tal día, la vieja señora había entregado ceremoniosamente a la esposa de su hijo el gobierno de la gran casa, con sus numerosos miembros. Por espacio de veintidós años, la señora Wu había tenido en sus manos las riendas de la casa, conservando hábilmente los hábitos externos, para que la vieja señora no advirtiera cambios, e introduciendo muchas reformas al propio tiempo. Así, antes de decidirse a eliminar los harto crecidos arbustos de peonías del jardín oriental, a la salida de aquellos aposentos, había dejado que las peonías se marchitaran durante el invierno. Cuando sus fuertes brotes rojos no se irguieron como de costumbre en primavera, había llamado la atención sobre esto a la vieja señora, ayudándola a llegar a la conclusión de que las peonías debían de haber agotado la tierra y el aire del jardín y que, por lo tanto, era mejor plantar allí

algo más durante una o dos generaciones.

—¿Narcisos? —había sugerido amablemente la señora Wu, que contaba entonces dieciocho años—. ¿Orquídeas? ¿Lilas? Me siento ansiosa de complacerte, madre.

Pero había situado las orquídeas en mitad de la enumeración. Eran sus favoritas. Al citarlas así, la vieja señora podía creer que a ella no le gustaban.

—Orquídeas —dijo la vieja señora.

Sentía afecto por su nuera, pero le gustaba alardear de autoridad.

—Orquídeas —había asentido la señora Wu.

Y al cabo de cinco años, poseía el más bello jardín de orquídeas de la ciudad.

Había pasado muchos ratos en él. Ahora, al comenzar el sexto mes del año, los delicados capullos gris plata de las pequeñas orquídeas estaban empezando a florecer. Al llegar el octavo mes, estarían en sazón las flores de color de púrpura y en el noveno, las amarillas.

La señora Wu salió de su sala para ir a aquel jardín y arrancó dos de las grises flores sin perfume y se las llevó a la habitación, donde esperaba su desayuno. La comida era ligera, ya que ella nunca comía gran cosa de mañana. En el centro del aposento, sobre la mesa cuadrada, había té, papilla de arroz en un pequeño cubo cerrado, de lustrosa madera guarnecida de plata; y dos o tres platitos de carne salada reseca. La señora Wu se sentó y tomó sus palillos de marfil, unidos en el extremo superior de una fina cadena de plata.

Una criada entró, sonriendo. Traía con ambas manos una fuente con panecillos de larga vida, muy calientes, con forma de peras, símbolo de la inmortalidad, y cada uno de ellos rociado con tintura roja.

—¡Larga vida, larga vida, señora! —dijo, con voz ronca y cordial—. Ya sé que a la señora no le gustan de mañana las golosinas, pero los que somos sirvientes debemos traérselas para que le den buena suerte. Las hizo el propio cocinero.

—Gracias —dijo con dulzura la señora Wu—. Gracias a todos.

Por cortesía, tomó uno de los panecillos, del cual se desprendía un grato vaho, y lo rompió. Dentro, tenía un dulce relleno oscuro, hecho de habas machacadas y azúcar rojo.

—Esto es delicioso —dijo la señora Wu, y empezó a comer.

La criada se sintió alentada y se inclinó hacia ella.

—Yo no debiera decírselo —murmuró claramente—. Pero lo hago pensando en el bien de la casa. Ese viejo cocinero principal le está cobrando a nuestra señora el triple del verdadero precio por el combustible. Ayer, en el mercado, supe el verdadero precio —es alto ahora, por cierto, porque el combustible nuevo no ha llegado aún—, pero por ochenta centavos el cate, se puede conseguir el de mejor calidad. ¡Y, sin embargo, el cocinero cobra doscientos! Cree que puede hacer cualquier cosa porque Ying es la doncella de la señora.

A los límpidos ojos de la señora Wu asomó un fulgor altanero.

—Cuando el cocinero traiga las cuentas, no lo olvidaré —dijo.

Su voz era fría. La criada permaneció allí un momento más y se fue.

La señora Wu dejó inmediatamente el panecillo y con sus palillos se sirvió un poco de carne salada. Volvió a sumirse en sus cavilaciones. No pensaba aquel día cederle su puesto a Meng, la esposa de su hijo mayor. En primer lugar, tenía cuatro hijos, dos de ellos ya casados. La Vieja Señora sólo tenía aquel hijo y por eso no se había suscitado ningún conflicto de celos entre las jóvenes esposas. Además, la esposa del hijo mayor de la señora Wu era muy joven. Liangmo se había casado a la antigua. Ella le había elegido esposa, uniéndolo a la hija de su más vieja amiga, la señora Kang. No se proponía casar tan pronto a Liangmo, ya que éste sólo tenía diecinueve años; pero su segundo hijo, Tsemo, al concurrir a una escuela de Shanghai, se había enamorado de una muchacha que le llevaba dos años, empeñándose en casarse a los dieciocho. Esto significaba que Rulan era mayor que su cuñada, a pesar de lo cual ésta era su superior en la casa. En esta embarazosa situación, de que se culpaba a sí misma la señora Wu por no haber vigilado más a Tsemo, su única solución era conservar su puesto unos años más durante los cuales podía suceder cualquier cosa.

Por lo tanto, aquel día ella no anunciaría cambios en la casa. Aceptaría los regalos y la gran fiesta proyectada. Se mostraría bondadosa con los nietos, a todos los cuales quería muchísimo, y le cedería la prioridad en todo a la Vieja Señora, que se levantaría de la cama a mediodía, especialmente para concurrir a la fiesta.

Para la señora Wu, se trataba de un día largamente esperado con una extraña mezcla de alivio y serena tristeza. La primera parte de su vida había terminado e iba a comenzar la segunda. No temía la vejez, porque ésta le reservaba sus honores. Ganaría en dignidad año tras año y también crecería el respeto de su familia y de sus amigos. Tampoco temía perder su belleza, porque la había dejado variar tan sutilmente con los años, que era más ostensible aún que su edad. Ya no usaba los tonos floreados de su juventud, pero la delicadeza de su rostro y de su piel seguía resaltando con la nitidez de siempre sobre los suaves azules plateados y los verdegrises de sus atavíos. El tiempo la refinaba y exaltaba en vez de desmejorarla. Como se sabía hermosa aún, estaba pronta a hacer aquel día lo que se había propuesto. Una mujer que viese marchitar su belleza, podía vacilar bajo el impulso de la derrota y hasta de los celos. Pero ella no tenía por qué sentirse celosa y lo que se disponía a hacer lo hacía por su propia, firme y serena voluntad.

Terminó de desayunarse. Todos los miembros de la familia dormían aún, salvo los nietos, a quienes las nodrizas estaban entreteniéndolos en algún rincón del vasto recinto hasta que despertaran sus padres. Pero los niños sólo le eran traídos a la señora Wu cuando los reclamaba. De modo que, pocos instantes después, le sorprendió algo así como un alboroto en el patio contiguo al de ella. Luego oyó una voz:

—¡No todos los días mi mejor amiga cumple los cuarenta! ¿Importa el que yo haya venido demasiado temprano?

La señora Wu reconoció inmediatamente la voz de su amiga, la señora Kang,

madre de Meng, la mayor de sus nueras, y se adelantó presurosamente hacia la verja del patio.

—Entra, te lo ruego —exclamó y tendió ambas manos, en una de las cuales estaban las dos orquídeas gris plata que había vuelto a tomar de la mesa.

La señora Kang atravesó con pesado andar el patio y se acercó a su amiga. Había engordado durante los mismos años en que la señora Wu se conservara elegante, pero era demasiado generosa para no amar a su amiga a pesar de eso.

—Ailien —exclamó—. ¿Soy la primera en desearte larga vida e inmortalidad?

—La primera —dijo sonriendo la señora Wu.

Los criados, naturalmente, no contaban.

—Entonces, no he venido demasiado temprano —dijo la señora Kang y miró con aire de reproche a Ying, que había tratado de cerrarle el paso.

La norma de la casa era que nadie viera a la señora Wu cuando se desayunaba, porque bastaba una interrupción para que no pudiera seguir comiendo. Ying no se sintió confusa. Nadie temía a la señora Kang y Ying habría desafiado al propio juez para darle a su señora una hora de paz esa mañana.

—Prefiero tu presencia a la de cualquier otra persona —dijo la señora Wu.

Entrelazó sus delgados dedos con los regordetes de su amiga y la atrajo al jardín de orquídeas. Bajo un colgante Sauce, había dos sillas de bambú y las damas avanzaron hacia ellas. A sus pies fluía un pequeño estanque oval. En el fondo del estanque, había un grupo de nenúfares. Sobre la superficie, flotaban dos lirios azules. A la señora Wu no le gustaban los lotos. Eran flores harto vulgares y de perfume enervante. Entre los lirios azules saltaban como flechas diminutos pececillos de oro y luego hacían un alto: entonces sus hocicos temblaban en la superficie. Cuando no encontraban migajas allí, se escabullían y sus brumosas colas se meneaban como largas sombras blancas.

—¿Cómo está el hijo de tu hijo mayor? —le preguntó la señora Wu a su amiga.

Durante los años en que la señora Wu alumbró a sus cuatro hijos y a otros tres que habían muerto, de los cuales sólo uno era hembra, la señora Kang había dado a luz once vástagos, seis de los cuales eran hembras. En casa de la señora Kang, no reinaba ni por asomo la paz que se advertía en aquel patio. En torno de su persona gorda y jovial, había un continuo alboroto de niños y siervas y criadas. Y sin embargo, a pesar de todo, la señora Wu quería a su amiga. Sus madres habían sido amigas, acompañándolas sus hijas al visitarse. Mientras las madres jugaban durante todo el día y hasta altas horas de la noche, entre ambas niñitas había crecido una intimidad propia de hermanas.

—No ha mejorado —dijo la señora Kang y su rostro redondo y rubicundo, radiante como una linterna encendida, se revistió de un aire pesaroso—. Estoy pensando en llevarlo al hospital extranjero. ¿Qué te parece?

—¿Se trata de una cuestión de vida o muerte? —preguntó la señora Wu, meditando sobre el particular.

—Puede serlo dentro de pocos días —repuso la señora Kang—. Pero dicen que el médico extranjero no sabe de qué enfermedad se trata sin cortar la carne para verlo. Y Pequeña Felicidad es tan poca cosa... Sólo cinco años, como sabes, hermana. Me parece que su vida es harto tierna aún para cortarle las carnes.

—Al menos, espera a mañana —dijo la señora Wu—. No estropeemos este día. —Y luego, temiendo parecer egoísta, agregó—: Mientras tanto, enviaré a Ying con una marmita de caldo hecho con una vieja receta de mi abuela para una tos como la de ese niño. Lo he usado a menudo con mi primer hijo y con el tercero, y más de una vez con su padre. Como sabes, lo ha molestado una tos durante los dos últimos inviernos.

—Ailien, sigues siendo buena —dijo con gratitud la señora Kang.

Era temprano y en el jardín había frescura, pero sacó de su manga un pequeño abanico y empezó a usarlo, riendo.

—Siento calor apenas se derrite la nieve —dijo.

Por un momento permanecieron en silencio. La señora Kang miró a su amiga afectuosamente y sin envidia.

—Ailien, yo no sabía qué traerte como regalo de cumpleaños. De modo que te traje esto...

Metió la mano en la holgada pechera de su ancho vestido de raso azul y sacó una cajita que le tendió a su amiga.

—¡Oh!, Meichen... ¿De veras quieres regalarme tus perlas?

—Sí, que lo quiero.

Por el sencillo y bondadoso rostro de la señora Kang aleteó una sombra de dolor.

—¿Por qué? —preguntó la señora Wu, notándolo.

La señora Kang vaciló, pero sólo momentáneamente.

—La última vez que me las puse, el padre de mis hijos dijo que parecían gotas de rocío sobre un melón.

La señora Kang sonrió. Luego asomaron a sus ojos las lágrimas. No les prestó atención y las lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas y salpicaron el grueso raso de su pechera sin atravesarlo.

La señora Wu las vio y aparentó no advertirlas. No se movió de su silla. En sus manos tenía el estuche de las perlas. A menudo había oído hablar a su amiga de sus dificultades con el señor Kang. Ninguna de ellas había hablado jamás del señor Wu, salvo un par de palabritas intercaladas por la señora Kang.

—¡Ah!, Ailien —solía decir—. El padre de tus hijos te da muy poco trabajo. Hasta ahora, que yo sepa, nunca ha entrado siquiera en una casa de flores. Pero mi marido... Te diré. Es bueno también. Sí, sólo que...

A esta altura, la señora Kang hacía siempre una pausa y suspiraba.

—Meichen —le había dicho en cierta ocasión la señora Wu, muchos años antes—, ¿por qué no le dejas divertirse con tal que vuelva siempre antes de la mañana?

Jamás olvidó la vergüenza que iluminó los sinceros ojos de su amiga.

—Estoy celosa —había declarado la señora Kang—. Tan celosa, que me arde la sangre.

La señora Wu, que desconocía los celos, guardó silencio. No podía entender aquello en su amiga. Más incomprensible aún le resultaba al recordar al señor Kang, un comerciante rico que ni siquiera era guapo. El señor Kang tenía astucia, pero no inteligencia. La señora Wu no podía concebir que a una mujer le proporcionara placer estar casada con él.

—Hace mucho tiempo que quiero decirte algo —manifestó, al cabo de un momento—. Al principio, cuando comencé a cavilar sobre eso, se me ocurrió pedirte consejo. Pero... no hice caso. Ahora, según creo, ya es tarde para pedir consejo. La duda se ha convertido en certidumbre.

La señora Kang esperó mientras se abanicaba. La leve brisa del abanico secó sus lágrimas. El exceso mismo de su bondad la hacía llorar y reír fácilmente. Con toda humildad, sabía que en aquella amistad ocupaba el segundo lugar. No sólo porque no era hermosa, sino también que a su entender no lo hacía todo tan bien como la señora Wu. De modo que, a pesar de todos sus esfuerzos, su casa, aun siendo tan grande y bella como la de su amiga, rara vez estaba limpia y nunca en orden. No obstante todas sus tentativas, los criados se encargaban de aquello y anteponían su propia comodidad a las buenas costumbres. La señora Kang lo notaba al visitar la casa de su amiga, aunque no lo advertía al vivir en la suya. Pero a menudo se decía que la señora Wu mejoraba a todos los que entraban en contacto con ella y por esto, quizá, más que nada, ella seguía haciendo diez visitas a aquella casa por cada visita de la señora Wu a la suya.

—Dime lo que quieras decirme —rogó.

La señora Wu alzó los ojos. Eran alargados y grandes, y los negros iris se destacaban muy nítidamente contra el blanco del ojo y esto les daba un aire de eterna juventud. Habló con fría claridad.

—Meichen, he decidido pedirle hoy al padre de mis hijos que tome una concubina...

La redonda boca de la señora Kang se entreabrió y sus pequeños y blancos dientes, su única belleza, aparecieron entre los carnosos labios.

—¿También él... ha... ha...? —dijo con voz entrecortada.

—No ha hecho semejante cosa —contestó la señora Wu—. No; no es de éstos. Naturalmente, nunca, le he preguntado qué hace en sus fiestas de hombres solos. Eso nada tiene que ver conmigo ni con nuestro hogar. No; lo hago sólo por su propio bien... y por el mío.

—Pero... ¿cómo puedes convencerte a ti misma de que es por tu bien? —inquirió la señora Kang.

En aquel momento se sintió repentinamente superior a su amiga en sus propias relaciones con el señor Kang. A ella, por cierto, nunca se le habría ocurrido dar semejante paso. Ni tampoco a él. Una concubina viviendo siempre en la casa como

miembro de la familia, sus hijos riendo con los demás y ella discutiendo con la primera esposa por el hombre... todo eso debía de ser peor que las casas de flores.

—Yo lo deseo así —dijo la señora.

Ahora contemplaba las profundidades del pequeño y límpido estanque. Las orquídeas que había arrancado una hora antes se encontraban sobre su rodilla, frescas aún. Era tan tranquila, que en presencia suya las flores vivían muchas horas sin marchitarse.

—Pero... ¿consentirá él? —preguntó con gravedad la señora Kang—. Te ha amado siempre.

—En el primer momento, no consentirá —dijo con calma la señora Wu.

Ahora que se había enterado de la novedad, la señora Kang se deshacía en preguntas. Éstas brotaron de ella a borbotones y su mano dejó caer el abanico.

—Pero... ¿elegirás tú a la muchacha... o él? Y si ella tiene hijos..., ¿podrás soportarlo? ¡Oh...! ¿No hay acaso siempre dificultades en una casa cuando dos mujeres viven bajo el techo de un hombre?

—No podré quejarme si él la toma accediendo a mi deseo —dijo la señora Wu.

—Supongo que no le obligarás, Ailien... —preguntó la señora Kang con tono de ruego.

—Nunca le he obligado a hacer nada —replicó la señora Wu.

Alguien tosió y ambas damas miraron. En el umbral estaba Ying. En su rostro riente y redondo se advertía cierta malicia que la señora Wu comprendió inmediatamente.

—¡No me digas que hoy, justamente hoy, ha venido la hermanita Hsia! —exclamó, y en su bella voz oyóse un dejo de lastimera risa.

—Sí que ha venido —dijo Ying, que dejó de reír y se cubrió la boca con la mano—. ¡Oh!, cielos, ella podría oírme —murmuró quedamente—. Pero yo juraría, señora, que no comprende un no. Le dije que usted, señora, tenía visitas...

—¡No le habrás dicho que era mi cumpleaños! —exclamó la señora Wu—. No quiero verme obligada a invitarla.

—No soy tan estúpida —replicó Ying—. Pero le dije que la señora Kang estaba aquí.

—Me voy —dijo presurosamente la señora Kang—. Hoy no tengo tiempo de escuchar charlas extranjeras. A decir verdad, Ailien, vine aquí abandonando las tareas de mi casa solamente para darte mi regalo.

Pero la señora Wu extendió la delgada mano.

—Meichen, tú no puedes irte. Quédate sentada aquí, conmigo, y juntas seremos buenas con ella y la escucharemos. Si no se va al cabo de media hora, podrás levantarte y despedirte.

La señora Kang se dio por vencida, como siempre, ya que no podía negarle nada a una amiga tan querida. Volvió a sentarse con aire bondadoso y Ying se alejó y regresó con una extranjera.

—¡La hermanita Hsia! —anunció.

—¡Oh, señora Wu...! ¡Oh, señora Kang...! —exclamó la hermanita Hsia.

Era una mujer alta, flaca, pálida, de edad casi madura, nacida en Inglaterra. Su rala cabellera era del color de la arena, y sus ojos de pez. Tenía nariz larga y fina y labios azulencos. En su vestido occidental, de algodón gris rayado, parecía más vieja de lo que era, pero ni luciendo sus mejores galas hubiera estado bonita. Las dos damas chinas habían llegado a esta conclusión desde hacía mucho tiempo. Pero querían a Hsia por su bondad y la compadecían por su vida solitaria en la ciudad, donde había tan pocas mujeres de su clase. No la despedían con excusas como algunas de sus amigas cuando Hsia iba a visitarlas. En realidad, en este sentido, tanto la señora Wu como la señora Kang eran demasiado buenas. Pero como la hermanita Hsia era doncella, no se podía hablar de concubinas en su presencia.

—Siéntate, por favor, hermanita —dijo la señora Wu, con su bella voz—. ¿Te has desayunado ya?

La hermanita Hsia se echó a reír. A pesar de sus muchos años de vida en la ciudad, jamás había aprendido a estar enteramente a sus anchas con las señoras. Rió sin cesar mientras hablaba.

—¡Oh...! Madrugué con los gatos —dijo.

Estudiaba concienzudamente el chino a diario; pero, como su oído era torpe, hablaba aún como una occidental. Ahora había confundido el sonido de dos palabras. Ambas damas se miraron con cierta perplejidad, aunque estaban habituadas a las confusiones de la hermanita.

—¿Con los gatos? —repitió la señora Kang.

—Con los gallos —murmuró la señora Wu—. Es cierto que ambas palabras se parecen mucho.

—¡Oh! ¿Dije eso? —exclamó riendo la hermanita—. ¡Oh, perdón! ¡Soy demasiado tonta!

Pero la señora Wu vio que el carmesí ascendía desde su nuca y arrebolaba su pálida piel y comprendió el tumulto que reinaba en aquel corazón extranjero.

—Ying trae un poco de té y algunas tortitas —dijo—. Unos panecillos de larga vida —agregó y se ablandó—. ¿Por qué no he de decirle a mi amiga extranjera que hoy es mi cumpleaños?

—¡Oh, su cumpleaños! —exclamó la hermanita Hsia—. Yo no sabía...

—¿Cómo habías de saberlo? —inquirió la señora Wu—. Hoy cumpla los cuarenta años.

La hermanita Hsia la contempló con ojos pensativos.

—¿Los cuarenta? —repitió.

Hizo un gesto nervioso y rió con su tímida risa inexpresiva.

—Pero... ¡si usted parece tener veinte, señora Wu! —balbució.

—¿Qué edad tienes tú, hermanita? —preguntó cortésmente la señora Kang.

La señora Wu la miró con amable reproche.

—Meichen, nunca te lo he dicho, pero, de acuerdo con las costumbres occidentales, es una descortesía preguntar la edad de una mujer. Me lo dijo la esposa de mi segundo hijo, que ha vivido en Shanghai y conoce a los extranjeros.

—¿Una descortesía? —repitió la señora Kang y sus redondos ojos negros revelaron turbación—. ¿Por qué?

—¡Oh! ¡Ja, ja! —rió la hermanita Hsia—. No tiene importancia. Vivo aquí desde hace mucho tiempo. Estoy tan acostumbrada...

La señora Kang la miró con amable interés.

—Entonces... ¿qué edad tienes? —volvió a preguntar.

La hermanita Hsia adoptó repentinamente un aire solemne.

—Oh... Treinta... y tantos —dijo con rapidez y en voz baja.

La señora Kang no la entendió bien.

—Treinta y seis —replicó, amablemente.

—No, treinta y seis, no, no tanto —volvió a reír la hermanita Hsia, pero al mismo tiempo había un acento de protesta en su risa.

La señora Wu advirtió aquella protesta.

—Vamos... —dijo—. ¿Qué importa la edad? Es muy grato vivir la vida año tras año, disfrutando de cada uno.

Comprendía, gracias a su don de adivinar a los demás, que la cuestión de la edad conmovía a aquella mujer occidental porque estaba soltera aún. ¡Una vieja soltera! La señora Wu ya había visto aquello en la familia de su propia madre. La hermana menor de la madre de su madre se había quedado soltera porque el hombre con quien se disponía a casarse había muerto. La familia la admiró y al propio tiempo la irritó a diario el hecho de que una solterona se marchitara bajo su techo. Finalmente, para obtener la paz del alma, aquella mujer se había hecho monja.

Movida por su gran bondad, la señora Wu dijo entonces:

—Dentro de poco, hermanita, llegarán los invitados, pero antes de que vengan predícanos sobre algo del Evangelio.

Sabía que nada le gustaba tanto a la extranjera como predicar.

La hermanita Hsia la miró con gratitud y metió la mano en un profundo bolso negro que siempre llevaba consigo. Sacó de allí un grueso libro de ajadas tapas de cuero y un negro estuche de anteojos. Tomó los anteojos, se los caló sobre la larga nariz y abrió el libro.

—La voluntad divina me envió hoy aquí, querida señora Wu, para contarle la historia del hombre que construyó su casa sobre arena —dijo con voz seria y conmovedora.

La señora Kang se puso en pie.

—Perdónenme —rogó, con voz sonora y algo seca—. He dejado pendientes unos asuntos de familia.

Saludó y salió del patio con su andar recio y pesado.

La señora Wu, que se había levantado, volvió a sentarse apenas se hubo marchado

su amiga, y llamando aparte a Ying, le dio instrucciones de que enviaran en pos de la señora Kang el caldo que ella le prometiera para su nieto. Luego le sonrió débilmente a la hermanita Hsia.

—Cuéntame qué le dijo tu señor al hombre que construyó su casa sobre la arena —inquirió cortésmente.

—Querida señora Wu, él es tu Señor también —suspiró la hermanita Hsia—. Te bastará con aceptarlo.

La señora Wu sonrió.

—Ese señor es muy amable y debes decírselo —replicó, siempre cortés—. Ahora sigue, amiga mía.

En la dignidad de la señora Wu había al decir esto algo tan inaccesible, que la hermanita Hsia empezó a leer nerviosamente. Su desgarrado acento hacía difícil seguir su relato, pero la señora Wu escuchaba gravemente con los ojos fijos en el pececillo de oro que saltaba como una flecha. Ying se acercó dos veces a la verja del patio e hizo signos por encima de la inclinada cabeza de la hermanita, pero la señora Wu contestó con un leve gesto negativo. Con todo, apenas hubo terminado la hermanita Hsia, se levantó.

—Gracias, hermanita —dijo—. Ese relato ha sido agradable. Por favor, vuelve cuando yo tenga tiempo.

Pero la hermanita Hsia, que se proponía también decir una plegaria, se levantó de mala gana, tomando con torpeza su bolso y sus anteojos y el pesado libro.

—¿No podríamos decir una pequeña plegaria?

Debido a sus errores en el acento, la hermanita dijo en realidad «torta» en vez de «plegaria», y por un momento, la señora Wu quedó perpleja. ¿Habían comido tortas o no? Luego, comprendió y su bondad la indujo a no sonreír.

—Reza por mí en tu casa, hermanita —dijo—. En estos momentos tengo otros deberes.

Mientras hablaba, echó a andar hacia la puerta del patio y Ying apareció de improviso y se encargó de la hermanita Hsia, quedando la señora Wu nuevamente sola. Volvió al estanque y se quedó mirándola, mientras la esbelta figura se reflejaba en las aguas de la cabeza a los pies. Notó que tenía en las manos las orquídeas y alzó aquella mano y dejó caer en el agua las flores. Un enjambre de pececillos de oro saltó a la superficie, mordisqueó las orquídeas y volvió a escabullirse.

—Nada más que flores —dijo la señora Wu, y se rió un poco de los pececillos, siempre hambrientos.

¡Una casa construida sobre arena! Pero ella no sería tan estúpida. Aquella casa en que vivía databa ya de centenares de años. Veinte generaciones de la familia Wu habían vivido y muerto allí.

—Madre, debí venir antes a desearte larga vida.

Desde la puerta llegó la voz de su hijo mayor. La señora Wu se volvió.

—Entra, hijo mío —dijo.

—¡Te deseo larga vida, madre! —dijo Liangmo afectuosamente.

Le había hecho una reverencia algo festiva a su madre al entrar. La familia Wu no era lo bastante anticuada para conservar la vieja costumbre de arrodillarse en homenaje a los mayores en los cumpleaños, pero la reverencia se hacía en memoria de esa costumbre tradicional.

La señora Wu aceptó el saludo de Liangmo con una gentil reverencia a su vez.

—¡Qué buen aspecto tienes, hijo! —dijo, examinando su bello rostro juvenil.

Liangmo era, si cabe, más gallardo que su padre a la misma edad, porque la señora Wu le había dado también algo de su propia delicadeza.

Aquella mañana, Liangmo lucía una larga túnica de seda estival, del color de las aguas verdes pálidas. Su cabello, corto y oscuro, estaba peinado hacia atrás y su piel, de un tinte oliváceo oscuro, se conservaba suave gracias a la salud y la buena alimentación. Sus ojos estaban serenos de satisfacción.

«Lo he casado bien —pensó la señora Wu—. Es feliz».

Y dijo, en voz alta:

—¿Y tu hijito, mi nieto?

—Esta mañana no lo he visto —contestó Liangmo—. Pero si estuviese enfermo, ya lo sabría.

Sin poder remediarlo, respondió a la sonrisa de su madre. Entre ambos existía un gran afecto. Liangmo confiaba en la sabiduría de su madre mucho más que en la propia y, debido a ello, al pedirle la señora Wu que se casara para evitar que la boda de su hermano menor antes que la suya introdujera la confusión en la familia, había respondido inmediatamente:

—Escoge alguien para mí, madre. Tú me conoces mejor de lo que me conozco yo mismo.

Liangmo estaba satisfechísimo de Meng, su linda esposa, y del hijo que le había dado Meng al año de casados. La joven estaba encinta de nuevo.

—Te he reservado algunas buenas noticias para hoy, madre —dijo Liangmo.

—Hoy es un día para buenas noticias —respondió la señora Wu.

—La madre de mi hijo va a alumbrar su segundo niño —anunció orgullosamente Liangmo—. Su segundo ciclo lunar ha pasado y ahora está segura. Me lo dijo hace tres días y le contesté que esperaríamos el cumpleaños de nuestra madre para anunciárselo.

—Por cierto que se trata de una buena nueva —dijo afectuosamente la señora Wu—. Debes decirle que le mandaré un regalo.

En aquel momento sus ojos se posaron sobre el estuche de las perlas, que había dejado sobre una mesita de porcelana.

—Tengo el regalo —exclamó, y, tomando el estuche, lo abrió—. Su propia madre me dio esos aretes de perlas hace una hora. Pero en mi opinión las perlas son para las esposas jóvenes, y será adecuado dárselas a nuestra hija. Cuando vuelvas a Meng... No, yo iré contigo. Pero, por lo pronto, hijo mío..., ¿hay algo que yo pueda hacer por

nuestros invitados de hoy y por la fiesta?

—Nada, madre —contestó Liangmo—. Lo estamos haciendo todo por ti. Tus hijos quieren darte un día de júbilo ocioso. Ni siquiera tendrás que preguntar nada..., te bastará con disfrutar. ¿Dónde está mi padre?

—Dudo de que pueda levantarse antes del mediodía aun tratándose de mi cumpleaños —respondió sonriendo la señora Wu—. Yo también le he dicho que no se levante todavía. Disfruta tanto del día cuando no se levanta temprano... Y se sentirá fresco y feliz en la fiesta.

—Eres demasiado buena con todos nosotros —dijo Liangmo.

La señora Wu lo escudriñó con sus imperturbables y bellos ojos, como si no hubiese oído estas palabras.

—Hijo mío —dijo—, como, sin duda, no tardarán en interrumpirnos, te hablaré inmediatamente de lo que pienso hacer. He resuelto algo, pero con todo me creo obligada a exponerte mi plan, ya que eres mi hijo mayor. He decidido proponerle a tu padre que tome una concubina.

Dijo estas extraordinarias palabras con su voz serena y hermosa.

Liangmo las oyó sin comprenderlas. Luego, las palabras se agolparon en su cerebro y lo ensordecieron como el fragor del trueno. Su hermoso y redondo rostro palideció hasta tornarse del color de la crema.

—¡Madre! —dijo, con voz entrecortada—. ¿Acaso mi padre... ha...?

—Por cierto que no —dijo ella.

Pero sintió una punzada de dolor al formularle también Liangmo aquella pregunta antes que nada. ¿Era posible que su marido les pareciese a todos uno de esos hombres capaces de...? Desechó aquel indigno pensamiento.

—Tu padre es tan joven aún, a pesar de sus cuarenta y cinco años, y sigue siendo tan guapo... Se explica que hasta tú, su hijo, preguntes eso —dijo—. No. Ha sido y sigue siendo muy fiel.

Hizo una pausa y luego, con el aire más parecido a la desconfianza que su hijo viera nunca en sus tranquilos modales, prosiguió:

—No. Tengo mis propios motivos para tomar esa decisión. Pero me gustaría estar segura de que tú, mi hijo mayor, aceptarás a esa mujer cuando venga y ayudarás a que los demás la acepten cuando eso se sepa. Es natural que haya comentarios y algún malestar. Yo no debo darme por enterada de ese malestar. Pero tú debes oírlo y defender la dignidad de tus padres.

En aquellos instantes, aunque en sus mejillas perduraba una palidez cremosa, Liangmo había vuelto en sí. Sus negras cejas se sosegaron sobre sus ojos, parecidos a los de su madre.

—Naturalmente, ese asunto debe resolverse entre mi padre y tú —dijo—. Pero si quieres que yo intervenga en él, abandonando el sitio que ocupo, te ruego que no insistas si mi padre no lo desea. Somos una familia feliz. ¿Quién puede saber qué traerá a la casa una extraña? Sus hijos serán de la misma edad de tus nietos. ¿No

causará eso confusión en las generaciones? Si es muy joven..., ¿no le envidiarán las cónyuges de tus hijos su posición con mi padre? Preveo muchos sinsabores.

—Quizá no comprendas, a tu edad, las relaciones entre los hombres y las mujeres de mi generación —replicó la señora Wu—. Pero si he decidido dar ese paso es porque siempre he sido feliz con tu padre y él conmigo. Te ruego, hijo mío, que vuelvas a tu lugar. Sólo te pido que obedezcas a tu madre como lo has hecho en todo. Has sido el mejor de mis hijos. Lo que digas influirá sobre tus hermanos menores. Lo que diga Meng influirá sobre las esposas jóvenes. Es necesario que me ayudes.

Liangmo se resistía íntimamente a esta idea. Pero su hábito de obedecer a su madre estaba tan hondamente arraigado en su alma, que la obedeció.

—Haré todo lo posible, madre, pero de todos modos no te ocultaré que tus palabras me han ensombrecido el júbilo de este día.

La señora Wu esbozó una leve sonrisa.

—En realidad, te estoy ahorrando tristezas mayores para lo futuro —dijo.

Y al comprender que sus palabras constituían un enigma para aquel hombre mucho más joven que ella, se levantó y tomó el estuche.

—Ven —dijo—. Iremos a visitar a Meng y le daré mi regalo.

Liangmo se había puesto de pie al mismo tiempo y ahora estaba inmóvil a su lado. Era de aspecto juvenil y de recia complexión, como lo había sido antaño su padre, y le llevaba una cabeza a la señora Wu. La madre alargó su pequeña mano y la posó durante un momento sobre el brazo de Liangmo, en una expresión de afecto tan insólito que lo sobresaltó. Era poco frecuente que la señora Wu soportara el contacto de otro ser humano, aun tratándose de sus propios hijos. Liangmo la miró y sus ojos se encontraron con los de su madre.

—En ti he construido mi casa sobre una roca —dijo con voz clara la señora Wu.

* * *

Meng estaba jugando con su hijito en el patio de su propia casa, comprendida entre los muros de la gran casa de los Wu. Se había quedado a solas con él y su nodriza, que estaba en cuclillas, riendo y mirando. Ambas jóvenes, la madre y el ama, prodigaban mimos a aquel chiquillo durante todo el transcurso del día. De noche, el hijito de Meng dormía en los brazos de la nodriza. Ambas mujeres hallaban una profunda camaradería en aquella adoración común. Consagrábanle, en feliz sacrificio, el amor y la atención que exigía el niño.

El cuerpo de Meng estaba hecho para alumbrar hijos y sus pechos habían rebosado leche. Pero nadie, ni siquiera ella, había pensado en permitir que el niño succionara aquellos hermosos y pequeños senos y estropeará su firmeza. Lien había sido contratada para proporcionar los jugos lácteos. Era la joven esposa de un labrador de las tierras de los Wu. El retoño de Lien, varón también, había sido alimentado con harina y agua y papilla de arroz por su abuela, en vez de sorber la

leche materna. Por eso, era flaco y pequeño y amarillo, mientras que el niño que amamantaba Lien era gordo y sonrosado. A Lien se le permitía ir a su casa una vez por mes y cuando veía a su hijo llorando lo acercaba a su gran pecho. La leche manaba de sus pezones rebosantes, pero el niño apartaba la cabeza. Jamás había probado aquella leche y no sabía chupar. Lien nunca se podía quedar allí todo el día a causa de sus pechos doloridos. Al promediar la tarde, debía volver presurosamente a la casa de los Wu. Allí la esperaba su lactante, gritando de cólera y de hambre.

Al verlo, Lien olvidaba al niño flaco y amarillo. Abría los brazos, riendo, y el gran niño gordo chillaba reclamándola desde las rodillas de su madre. Entonces, Lien corría hacia él, desabotonando su chaqueta mientras tanto. Se arrodillaba junto a Meng y el niño aferraba con ambas manos su seno como si fuera una copa y bebía su leche a grandes sorbos. Meng y Lien reían, y ambas sentían en sus cuerpos la satisfacción del niño.

Al ver a las dos mujeres cuando contemplaban al niño, hubiera sido difícil adivinar en sus rostros cuál era la madre. En realidad, el niño no hacía diferencia alguna. Miraba a ambas con una sonrisa radiante. Estaba aprendiendo a caminar y recorría los pocos pasos que separaban a Meng de Lien, riendo y cayendo sucesivamente sobre la una y la otra.

Meng siempre se sentía feliz, pero su felicidad había sido más intensa que nunca durante aquellos últimos días. Sólo Liangmo sabía que la joven llevaba en sus entrañas otro hijo. Las criadas, desde luego, no lo ignoraban. Su propia doncella había sido la primera en recordarle a Meng que su segundo ciclo lunar había transcurrido sin novedad. En los aposentos de la servidumbre, reinaba ya un secreto alborozo. Pero en una casa grande los criados eran como los muebles: se los usaba sin prestarles atención.

Lien lo sabía y por eso estaba más alegre que nunca. Una casa con muchas nodrizas jóvenes era una casa con suerte. Gradualmente, Lien había dejado de amar a su hijo. Todo su pródigo amor animal había sido transferido al niño que amamantaba. Su propia casa era pobre y llena de penurias; el alimento escaseaba allí. Su suegra era irascible y se mostraba codiciosa cuando Lien llevaba su sueldo. Aunque Lien había amado antaño su hogar y llorado durante todo el día y toda la noche cuando la madre de su marido la había enviado a la casa de los Wu, ahora prefería la buena comida, el ocio, la pereza. Sólo se le exigía que amamantara a aquel robusto niño. Se la incitaba a comer, a beber, a dormir. Su joven cuerpo, amante del placer, reaccionaba con presteza ante eso. Ahora su hogar era aquél y amaba a su lactante más que a su hijo.

Aquella mañana, en la suave plenitud de su acontecimiento; sentía deseos de decirle a su joven señora cómo la alegraba la promesa de un segundo nacimiento, pero vacilaba. Aquellas jóvenes ricas, perezosas y suaves, parecían permitirlo todo y, sin embargo, solían irritarse de un modo imprevisto e inmotivado. Por eso se limitó a seguir riendo y a alabar al chiquillo.

—Un diosecillo —dijo, cariñosamente—. Nunca he visto nada parecido en otra

parte, señora.

Meng sólo había tenido tiempo de sonreír cuando se oyeron pasos. El niño corrió hacia Lien y desde sus brazos contempló absorto a su abuela y a su padre. Meng se puso de pie.

—Buenos días, Meng —dijo la señora Wu—. Siéntate, hija. Descansa, te lo ruego. Ven aquí, hijo de mi hijo.

Lien empujó hacia delante al chiquillo y se inclinó para que la criatura siguiera en el refugio de sus brazos. De modo que el niño se paró ante la rodilla de la señora Wu y la contempló fijamente con sus grandes ojos negros, de comisuras huidizas. Se metió los dedos en la boca y la abuela los apartó dulcemente.

—Lindo niño —murmuró—. ¿Le han elegido ya un nombre?

—No corre prisa —contestó Liangmo—, no lo necesita mientras no vaya a la escuela.

La señora Wu contempló al chiquillo. Éste se hallaba inmóvil en el centro, en medio de todos ellos. Y con todo, pensó cavilosamente la señora Wu, no era él, simple criatura, quien concentraba así todas las esperanzas. Si moría, otro ocuparía su sitio. No, el niño era un símbolo de la vida que continuaba. Era el símbolo que materializaba todos los sueños de los tres.

La señora Wu apartó los ojos de la encantadora carita y recordó el motivo de su visita a Meng.

—Meng, Liangmo me dice que tu felicidad se ha acrecentado —dijo—. He venido a darte las gracias y a traerte un regalo.

Meng se sonrojó en su encanto florecido de melocotón y volvió la cabecita. El único defecto de su cabeza era su cabello, que tendía a rizarse a pesar del fragante aceite de madera con que se lo alisaba sin cesar. Ahora, a su placer se unía el temor de que su cabello volviese a rizarse ante los ojos de la madre de Liangmo. Meng amaba a la señora Wu, pero la temía. Nadie había visto jamás un cabello fuera de su lugar en la graciosa cabeza de la señora Wu. Luego, Meng tendió ambas manos para recibir el regalo y olvidó sus temores.

—¡Las perlas de mi madre! —exclamó, con voz entrecortada.

—Me las regaló a mí, pero estoy demasiado vieja para usar perlas —dijo la señora Wu—. Ahora todo marcha para bien en esta casa. Hoy has anunciado tu felicidad y yo tenía estas perlas prontas para dártelas.

—Siempre ansié tenerlas —dijo Meng.

Abrió el estuche y contempló las joyas.

—Póntelas —ordenó Liangmo.

Meng obedeció. Sus suaves mejillas se sonrojaron más intensamente aún. Todos la contemplaban, hasta el chiquillo. Pero los finos dedos de Meng no vacilaron al sujetarse las perlas a las orejas.

—Yo solía ponérmelas en las orejas y le pedía a mi madre que me las dejara —confesó.

—Ahora te las has ganado —dijo la señora Wu y se volvió hacia su hijo—. Mira cuán rosadas se han vuelto. Eran de color gris plateado.

Efectivamente, las perlas parecían de un tono rosa pálido sobre la suave carne de Meng.

—*Ai ya* —exclamó Lien—. ¡No debe estar demasiado linda o su retoño será niña!

Todos rieron y la señora Wu puso punto final a la risa diciendo, mientras se ponía de pie para marcharse:

—Yo le daría la bienvenida a una niña. Después de todo, en el mundo debería haber tantas mujeres como hombres. Lo olvidamos, pero eso es cierto..., ¿verdad, Meng?

Pero Meng era demasiado tímida para contestar a semejante pregunta.

* * *

Era la hora de la fiesta del cumpleaños. La señora Wu había ocupado su sitio a la izquierda de La Vieja Señora, que, dada su edad y generación, estaba sentada en la más alta de las sillas. El señor Wu estaba a la derecha de su madre y Liangmo a la izquierda de su padre. Tsemo, el segundo hijo, estaba sentado a la izquierda de la señora Wu; y a la izquierda de Tsemo se hallaba el tercer hijo, Fengmo. Yenmo, el cuarto, era todavía un niño de siete años. Pero había ido a vivir a los aposentos de su padre y ahora éste lo rodeaba con su brazo. Así, uno por uno, cada miembro de la familia había ocupado su lugar y después de los hijos estaban sentadas sus esposas. Meng con su hijo sobre las rodillas y una doncella de pie a su lado, pronta a llevárselo si molestaba. La Vieja Señora estaba orgullosa de su bisnieto, pero se impacientaba fácilmente, mientras que la señora Wu poseía una paciencia inagotable.

En realidad, nada parecía irritarla. Su rostro, liso y perlino, contemplaba con placer aquella gran reunión de su familia. Junto a otras seis mesas, de ocho asientos cada una, estaban sentados los tíos y tías y primos y amigos y sus hijos, y una de las mesas la presidía la señora Kang. Todos habían enviado regalos a la señora Wu en los días anteriores. Los regalos eran de muchas clases; pares de jarrones, paquetes con dátiles, cajas con suaves tortas y confituras, pergaminos de seda con caracteres recortados en papel dorado, cada uno con un buen deseo. Había muchos otros regalos. El señor Wu había añadido dos piezas de seda adornada con pesado brocado y La Vieja Señora había agregado dos cajones de té fino como obsequio personal.

El regalo de la familia había sido costoso. Le habían encargado un cuadro al mejor pintor de la ciudad, con la imagen de la Diosa de la Larga Vida. Todos los invitados al acercarse a ofrecerle sus primeros saludos a la señora Wu, convinieron en que el cuadro era muy bello. Pendía en el lugar de honor y hasta sus detalles eran correctos. La diosa tenía en la mano el melocotón inmortal. A su lado había un ciervo; en torno de su cabeza volaban rojos murciélagos, bendiciéndola, y de su ceñidor pendían las calabazas con el elixir de la vida. El pintor no había olvidado

siquiera las hierbas de la longevidad; las había atado al cayado de la diosa.

En la pared, detrás de la señora Wu, pendía un cuadrado de raso rojo en que estaban bordados los caracteres de la larga vida con terciopelo negro. Sobre el fondo de aquel brillante raso, la morena cabeza de la señora Wu resaltaba de un modo delicado y austero.

Liangmo respondía a todos los saludos y buenos deseos de los invitados en nombre de la señora Wu. Antes que se sentaran los huéspedes, él y Meng se habían acercado a cada mesa y les habían dado las gracias, en representación de su madre, como hijo mayor y nuera mayor de la casa.

Todo se había hecho, en una palabra, sin estiramiento y, no obstante, con cierta solemnidad, reveladora de que la familia Wu estimaba las viejas costumbres y comprendía las nuevas. De vez en cuando, la señora Wu se levantaba de su silla y rondaba entre los invitados, para asegurarse de que a todos se les había servido debidamente. Cuando hacía esto, los invitados se ponían de pie y le rogaban que no se molestara y ella a su vez les pedía que volvieran a sentarse.

Cuando lo hubo hecho dos veces y procuró hacerlo por tercera vez, el señor Wu se inclinó sobre la esquina de la mesa y dijo:

—Te ruego que no vuelvas a levantarte, madre de mis hijos. Yo ocuparé tu lugar cuando se sirvan las confituras.

La señora Wu inclinó la cabeza y sonrió levemente en señal de gratitud y entonces advirtió que La Vieja Señora había tomado un trozo de ave harito grande y que el caldo le goteaba de la carne al vestido. Al verlo, tomó sus propios palillos y sostuvo el trozo hasta que La Vieja Señora pudo metérselo íntegramente en la boca. Apenas pudo hablar, La Vieja Señora lo hizo con su vehemencia habitual.

—¡Ying! —gritó.

Ying, que esperaba siempre cerca de su ama, se adelantó al instante.

—¡Ying! —exclamó La Vieja Señora—. Dile a ese pedazo de tocino que es tu hombre que corte las aves en trozos más pequeños. ¿Cree que tenemos quijadas de leones y tigres?

—Se lo diré, Antigua —respondió Ying.

Pero La Vieja Señora se sentía muy feliz, ya que estaba repleta de alimento, y comenzó a hablarle a todos con su voz vieja, sonora y grave.

—Los extranjeros comen enormes pedazos de carne —dijo, paseando la mirada alrededor—. Aunque nunca lo he visto, he oído decir que ponen sobre sus mesas todo un perrito de carnero o un trozo de vaca del tamaño de un niño pequeño y los cortan con cuchillos y sacan pedazos de allí. Los agarran con unas horquillas de hierro y se los meten en la boca.

Todos rieron.

—Estás de buen humor, madre —dijo el señor Wu con alegría.

Nunca había intentado corregir las afirmaciones erróneas de su madre. En primer lugar, no quería hacerla desdichada y, en segundo término, tanto daba, y no valía la

pena hacerlo.

En aquel momento hizo su aparición el arroz endulzado con sus ocho preciosas frutas, lo cual significaba que la fiesta había terminado, o poco menos, y todos parecieron complacidos al ver la golosina. Ying vio que su marido estaba a la puerta, oculto a medias para escuchar los elogios de los invitados. La señora Wu lo vio también y se inclinó hacia Ying.

—Dile que venga aquí —ordenó.

El orgullo de Ying arreboló sus regordetas mejillas, pero simuló disimular los méritos de su marido por mera buena educación.

—Señora, no se moleste por el mequetrefe de mi marido —dijo en voz alta.

—Pero si es para mí un placer hacerlo —insistió la señora Wu.

Entonces, con falsa desgana, Ying le hizo una seña a su marido y éste entró y se paró ante la señora Wu, alisando orgullosamente su sucio delantal, porque ningún buen cocinero tiene limpio el delantal, y él lo sabía.

—Debo darte las gracias por este dulce arroz y sus ocho preciosas frutas —dijo con su bondadoso aire habitual la señora Wu—. Es siempre delicioso, pero hoy más que nunca. Lo considero una prueba de tu fidelidad y bondad. Lo recordaré antes que haya terminado el día.

El cocinero comprendió que la señora Wu había querido decir que les haría regalos a los criados cuando concluyera la fiesta, pero por buena educación fingió otra cosa.

—No lo crea bueno, por favor —dijo—. Yo no merezco ser mencionado.

—¡Vete, bobalicón! —murmuró nítidamente Ying, mientras sus ojos brillaban de orgullo.

De modo que su marido se alejó, satisfecho; y a sus espaldas Ying procuró no mostrarse harto orgullosa ni por encima de su condición social.

El señor Wu debía levantarse para cumplir su promesa, de modo que se acercó a cada mesa y rogó a los invitados que hicieran los honores a las confituras de buena gana. La señora Wu lo seguía pensativamente con los ojos. ¿Se imaginaba que se detendría un momento junto a la mesa de la señora Kang, cuya joven y linda tercera hija estaba sentada junto a su madre?

—¡El budín, el budín! —se quejó La Vieja Señora, y la señora Wu estiró el delgado brazo y arremangándose un poco, tomó una cuchara de porcelana y echó una generosa cantidad en la escudilla de La Vieja Señora.

—Una cuchara... ¿Dónde está mi cuchara? —murmuró La Vieja Señora, y la otra puso una cuchara en la vieja mano.

Luego continuó observando pensativamente al señor Wu, mientras todos los demás guardaban silencio disfrutando del manjar. El señor Wu, evidentemente, se entretenía junto a la linda hija de la señora Kang. La joven era moderna, demasiado moderna, porque su cabello estaba cortado hasta los hombros y rizado a la manera extranjera. Había concurrido durante un año a una escuela en Shanghai antes que el

enemigo ocupara la ciudad. Ahora hacía desdichados a menudo a sus padres con el descontento que le inspiraba la vida de aquella pequeña ciudad de provincias.

La señora Wu la contempló cuando la joven erguía la cabeza y replicaba con descaro a algo que le había dicho el señor Wu. El señor Wu se echó a reír y siguió de largo, y la señora Wu tomó su cuchara y recogió un trozo de la pegajosa confitura. Al volver su marido, lo miró con sus ojos límpidos y alargados.

—Gracias, padre de mis hijos —dijo, y en su voz resonaba su música usual.

La fiesta proseguía con su larga y grata trayectoria. Después de las confituras aparecieron las carnes y luego, finalmente, las seis escudillas. En vez de arroz, el cocinero había preparado largos y finos fideos, porque se trataba de un cumpleaños y los fideos largos eran un símbolo de larga vida. La señora Wu, siempre delicada en punto a comidas, rehusó las carnes, pero tomó algunos fideos. El celoso cocinero los había hecho más largos aún que de costumbre, pero la señora Wu los arrolló con graciosa destreza alrededor de sus palillos.

Mas La Vieja Señora no tenía tanta paciencia. Se llevó la escudilla repleta a la boca, con la mano izquierda, y empujó los fideos con los palillos, sorbiéndolos como un niño. La Vieja Señora lo comía todo de buena gana.

—Esta noche me sentiré enferma —dijo con su voz vieja y aguda—. Pero valdrá la pena, hija, por ser el día en que cumples los cuarenta años.

—Come a tu gusto, madre —repuso la señora Wu.

Uno por uno, los invitados se pusieron de pie con pequeños tazones de vino en la mano y se pronunciaron los brindis. La señora Wu no contestó a éstos. Era una mujer silenciosa y miró al señor Wu, que se puso de pie en vez de ella y agradeció los buenos deseos de todos. Sólo la señora Kang, cuando su mirada se encontró con la de su amiga, levantó silenciosamente su tazón y la señora Wu levantó con igual mutismo el suyo y ambas bebieron juntas en secreta inteligencia.

En aquellos instantes, La Vieja Señora estaba ahíta de comida y se echó hacia atrás, contra el alto respaldo de su silla, y contempló a su familia.

—Liangmo parece estar enfermo —declaró.

Todos miraron a Liangmo, que verdaderamente sonrió de un modo muy enfermizo.

—No estoy enfermo, abuela —dijo precipitadamente.

Meng lo contempló con turbados ojos.

—Tienes un aire extraño —dijo—. Te he notado extraño durante toda la mañana.

Al oír esto, los hermanos de Liangmo y sus esposas lo miraron y Liangmo meneó la cabeza. La señora Wu nada dijo. Comprendía que Liangmo era incapaz de resignarse aún a lo que ella acababa de decirle. Su hijo la miró con aire de súplica, pero la señora Wu se limitó a sonreír y apartó los ojos.

Fue entonces cuando advirtió la mirada astuta y harto inteligente de su segunda nuera. La mujer de Tsemo, Rulan, no había pronunciado una sola palabra durante la fiesta, pero aquella muchacha no necesitaba el lenguaje para comprender lo que

pasaba a su alrededor. La señora Wu notó que Rulan había sorprendido las súplicas del hijo y la respuesta de la madre. Pero Tsemo, por su parte, no prestaba atención a lo que sucedía. Era un joven nervioso y se apartó de la mesa, golpeando impacientemente el suelo con el pie. Para él, la fiesta de cumpleaños había durado bastante ya.

En alguna parte, un niño que había comido demasiado vomitó de pronto ruidosamente sobre el piso de ladrillo y hubo alboroto entre la servidumbre.

—Llaman a los perros —aconsejó la señora Kang, pero Ying, acudiendo presurosamente al escenario del desastre, le pidió disculpas.

—Nuestra señora no permitirá perros debajo de las mesas —explicó.

—Ya lo ves, madre —observó haciendo una mueca la linda tercera hija de la señora Kang—. Te digo que nadie lo hace... Eso es anticuado. Siempre me avergüenza vértelo hacer en casa.

—Bueno, bueno —dijo la señora Kang—. No menciones ahora tu vergüenza en presencia de los demás.

—Hablas demasiado para una muchacha —dijo el señor Kang, pero sentía afecto por aquella Linyi, porque era la más linda de sus hijas y le sonrió.

La Vieja Señora se puso de pie, tambaleándose.

—Me voy a la cama —dijo—. Debo estar preparada por si me siento enferma.

La señora Wu se levantó.

—Ve, madre —dijo—. Nosotros nos quedaremos con los invitados en la otra habitación.

Esperó que dos criados acompañaran a La Vieja Señora, mientras todos los invitados permanecían de pie. Luego, miró al señor Wu.

—¿Quieres conducir a tus invitados al salón principal? —le sugirió con dulzura—. Las señoras vendrán a mi sala.

Se alejó mientras hablaba y las mujeres la siguieron y los hombres acompañaron al señor Wu, separándose. Los niños fueron llevados a los patios y sus nodrizas los tuvieron en brazos mientras dormían.

La señora Wu hizo un alto ante la puerta.

—Lleva al enfermito al dormitorio de bambú —le indicó al ama de la criatura—. Allí hace fresco. Debe dormir un rato.

El niño, que había estado lloriqueando, se apaciguó súbitamente al oír su voz.

La fiesta había terminado, pero en su sala la señora Wu conservaba su delicada dignidad ante las mujeres. Hablaba poco, pero su silencio pasaba inadvertido porque era por costumbre una mujer silenciosa. Sólo cuando hacía falta tomar una resolución las mujeres se volvían instintivamente hacia ella, porque sabían que en aquella casa la señora Wu lo decidía todo. Entonces, daba a conocer su decisión con unas pocas palabras simples y claras, dichas con voz siempre hermosa y suave y dulce, como agua que se escurre entre las piedras.

A su alrededor, la conversación menguaba y fluía. Habían contratado a una

pequeña compañía de comediantes y éstos ejecutaban sus suertes de destreza. Los niños miraban con placer y los mayores sorbían té caliente de las mejores hojas arrancadas antes de las lluvias invernales. En presencia de las jóvenes no había conversación posible entre las mayores y la señora Kang durmió un poco. En determinado momento, la señora Wu dijo a Ying:

—Ve a averiguar si nuestra Vieja Señora está enferma.

Ying se fue y volvió riendo.

—Estuvo enferma y le echó la culpa a todo —le dijo a la señora Wu—. Pero, sin embargo, dice que valía la pena.

Todos rieron y, al oír la risa, la señora Kang se despertó.

—Es hora de que nos vayamos a casa —le dijo a la señora Wu—. No debemos fatigarte, hermana, porque tienes que vivir cien años.

La señora Wu sonrió poniéndose en pie cada vez que los invitados se le acercaron uno por uno para despedirse. Para los criados habían preparado golosinas y regalos y dinero de los invitados, y ahora Ying los trajo en una bandeja y los sirvientes acudieron a recibirlos. Se inclinaron ante la señora Wu con las manos cortésmente entrelazadas sobre el pecho y la señora Wu les respondió con urbanidad, uno por uno, y les dio sus regalos. Todos los criados habían festejado ya la fecha en las cocinas.

De modo que, finalmente, volvió a quedarse sola y se permitió confesarse cansada por un momento. Los pequeños músculos que mantenían graciosamente erectos sus huesos se relajaron en la garganta, el pecho y la cintura, y por un momento pareció marchita como una flor, y su verdadera edad quedó al descubierto o poco menos. Luego irguió sus esbeltos hombros. Era hartó temprano para estar cansada. El día no había terminado aún.

Una hora después, cuando hubo descansado, se levantó y se paseó por el aposento siete veces. Luego fue hacia la ventana y se apoyó sobre el bajo alféizar. La ventana era larga y ancha, y las celosías estaban descorridas. La señora Wu vio el patio donde había estado sentada aquella mañana con la señora Kang y luego con Liangmo, recordó el horror de ambos ante lo que se disponía a hacer y sonrió inconscientemente, con su bella sonrisa ni triste ni alegre.

En aquel momento, Ying apareció ante la verja del patio y la señora Wu notó que sonreía.

—¡Señora, usted parece una muchacha ahí, a la luz de la luna! —exclamó la doncella.

La señora Wu; sin dejar de sonreír, se volvió y se sentó ante el tocador. Ying entró y le quitó toda la ropa, hasta las finas medias de seda. Luego, le soltó la larga cabellera y empezó a peinarla con firmes y fuertes movimientos del peine de sándalo de finos dientes. Vio en el espejo su tranquilo rostro y advirtió cuán grandes y negros parecían aquella noche sus ojos.

—¿Está cansada, señora? —preguntó.

—Nada de eso —dijo la señora Wu.

Pero Ying prosiguió:

—Su jornada ha sido larga. Y ahora, señora, usted tiene cuarenta años y empieza otro género de vida y creo que no debiera trabajar tanto. Le convendría entregar el gobierno de la casa y las compras a su hijo mayor y dejar que su esposa dirija las cocinas y hasta la esposa de su segundo hijo podría vigilar a los criados. Ahora, usted debiera sentarse en el patio y leer y mirar sus flores y recordar qué buena es la vida bajo este techo y cómo dan hijos las esposas de sus hijos.

—Puede ser que tengas razón —respondió la señora Wu—. Yo misma he estado pensando en esas cosas. Ying, le pediré al padre de mis hijos que tome otra mujer.

Dijo esto con tanta naturalidad que, por un momento, adivinó que no la había comprendido. Luego sintió que el peine se detenía entre sus cabellos y que la mano de Ying que asía su cabello se tornaba rígida en su nuca.

—No hace falta que hables —dijo la señora Wu y el peine volvió a moverse con rapidez—. Me estás tirando del pelo.

Ying arrojó al suelo el peine.

—¡Yo no cuidaré a más señora que a usted! —estalló.

—No se te pide tal cosa —replicó la señora Wu.

Pero Ying cayó de rodillas sobre el piso de mosaicos junto a la señora Wu y sollozó y se secó los ojos con la punta de la chaqueta nueva de satén que se había puesto con motivo de la fecha.

—¡Oh, señora! —sollozó—. ¿La obliga él, preciosa mía? ¿Ha olvidado toda su bondad y belleza? Dígame solamente una cosa...

—Lo hago por mi propia voluntad —dijo con firmeza la señora Wu—. Ying, levántate. Si él entra, creerá que te he estado pegando...

—¡Usted! —sollozó Ying—. ¡Usted, que sería incapaz de alargar la mano para aplastar a un mosquito, hasta cuando le chupa la sangre!

Sin embargo, se levantó y recogió el peine del suelo y entre lágrimas y bufidos, volvió a peinar el cabello de la señora Wu.

—¿Quién es ella? —preguntó Ying.

—No lo sé aún —dijo la señora Wu.

—¿Cuándo vendrá? —volvió a interrumpirla Ying.

—No lo he decidido —dijo la señora Wu—. Pero cuando venga, habrá de ser recibida con todos los honores y su posición será aquí algo inferior a la mía y algo superior a la de las esposas de mis hijos. Todo se hará como es debido. Sobre todo, nadie deberá decir una sola palabra contra el padre de mis hijos o contra la joven, porque seré yo misma quien la invite a venir.

Ying no pudo soportar eso.

—Señora... Ya que hemos estado juntas tantos años..., ¿puedo preguntarle por qué hace eso?

—Puedes preguntármelo, pero no te lo diré —replicó sosegadamente la señora Wu.

Ying concluyó de peinarla y perfumarla y hacerle las trenzas en silencio. Recogió los cabellos en un rodete para el baño de su ama y luego examinó la preparación del agua en el cuarto de baño. Había allí una profunda tinaja redonda de listas verdes y dos aguadores trajeron grandes cubos de madera con agua caliente y fría por la puerta de la calle y volvieron a marcharse inmediatamente. Ying probó el agua con la mano y le echó perfume con una botella, y luego, con jabón fresco y toallas de seda, entró en la habitación contigua.

—Su baño está listo, señora —dijo, como todas las noches.

La señora Wu se quitó sus últimas prendas de ropa atravesó el aposento y penetró en el cuarto de baño, esbelta como una muchacha, completamente desnuda. Tomó la mano de Ying, se metió en la bañera y se sentó en el agua con las piernas cruzadas mientras Ying la lavaba con tanta ternura como si fuese un niño. El agua era límpida y las exquisitas carnes de la señora Wu eran de un color blanco de marfil que contrastaba con el intenso verde de la porcelana. El agua le cubría los hombros y mientras se hallaba sentada así sumergida, meditó sobre su sabiduría. Su cuerpo estaba, realmente, más hermoso que nunca. El señor Wu nunca le había permitido amamantar a sus hijos y sus pequeños senos semejaban capullos de loto bajo el agua.

Cuando salió de la bañera, Ying la envolvió en la sábana de seda y frotó su carne hasta secarla y la vistió con ropa de noche limpia y cuidó de las uñas de sus manos y pies. Luego, cuando todo hubo concluido, abrió la puerta del dormitorio. El aposento estaba desierto porque el señor Wu nunca entraba antes de que se marchara Ying. Naturalmente, algunas noches no se presentaba siquiera, pero esto pasaba rara vez. La señora Wu subió el largo escabel tallado adosado a la cama y del escabel pasó al lecho alto y con el dosel de seda.

—¿Quiere que corra los cortinajes de la cama? —preguntó Ying—. La claridad de la luna es demasiado brillante.

—No —dijo la señora Wu—. Déjame ver esa luz.

Los cortinajes quedaron detrás de los grandes ganchos de plata y Ying buscó a tientas la tetera y la pequeña pipa de plata que la señora Wu solía fumar de noche cuando se sentía insomne, y vio que los fósforos estaban junto a la vela.

—Hasta mañana —dijo la señora Wu.

—Hasta mañana, señora —dijo Ying, y se fue.

La señora Wu yacía inmóvil y estirada bajo la sábana de seda y el suave cobertor de seda estival. La claridad lunar se proyectaba sobre el muro, enfrente de su lecho. Realmente había mucha luz, tanta luz que la señora Wu distinguía los contornos del cuadro pintado en el pergamino colgado allí. Era un cuadro sencillo, pero obra de un artista. Éste había usado el espacio en vez de mucha pintura y con sólo unas pocas pinceladas había sugerido un acantilado y una cumbre y una figurita encorvada que pugnaba por llegar a lo alto de la montaña. Nadie habría podido distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Aquello sólo era un ser humano.

A veces —o al menos así le parecía a la señora Wu— aquella figurita parecía

haber llegado a mayor altura que en otras ocasiones. A veces, parecía estar muchos kilómetros más abajo. La señora Wu sabía, desde luego, que aquello dependía exclusivamente de la manera como llegaba la luz por la ventana. Esa noche, el filo de la ventana listaba el cuadro de sombras y luces, de modo que el ser humano parecía haber llegado repentinamente muy cerca de la cumbre de la montaña. Pero, con todo, la señora Wu sabía que el viajero seguía exactamente donde había estado siempre, ni más arriba ni más abajo.

Estaba tendida, sin pensar, sin recordar, limitándose a ser todo lo que era. Ni esperaba ni ansiaba. Si él no acudía pronto, ella no tardaría en dormirse y se lo diría en otra oportunidad. Las oportunidades eran escogidas y predeterminadas. Si una las forzaba, no servían. Toda la tranquila fuerza de su decisión se concentraría en torno del momento oportuno y entonces sería realmente adecuada.

En aquel momento oyó los pasos del señor Wu, que cruzaba con pesado andar el patio. Atravesó la pieza exterior y entró en la sala de la señora Wu. Luego se abrió la puerta y su marido entró en su propia alcoba. Había estado bebiendo vino. Las sensibles fosas nasales de su mujer sintieron el olor a vino caliente al desprender alcohol su aliento y su piel. Pero eso no la turbó, porque el señor Wu jamás bebía demasiado y, desde luego, había estado bebiendo con amigos. ¿Qué podría ser más natural que beber al fin de un día de fiesta? El señor Wu tenía su pipa en la mano y se disponía a dejarla sobre la mesa. Luego, vaciló un momento y permaneció inmóvil, sin dejar la pipa.

—¿Estás cansada? —preguntó bruscamente.

—En absoluto —respondió ella, con calma.

El señor Wu dejó la pipa y soltando los cortinajes sujetos al gancho, se metió en la cama detrás de ellos.

Después de veinticuatro años, naturalmente, había cierta rutina en sus vidas. La señora Wu hubiera querido variarla un poco, ya que aquélla era la última noche que él pasaría con ella. Pero había meditado ya sobre la variación y se había decidido en su contra. Así, sólo le resultaría más difícil convencer a su esposo de lo sabio de su decisión..., en el supuesto caso, naturalmente, de que hiciese falta convencerlo. Ella había procurado prepararse hasta para la posibilidad de que él se sintiera complacido. En ese caso, el asunto sería más fácil. Pero quizá no le gustara. Existía asimismo la posibilidad de que él se negara resueltamente a aceptar su decisión. Pero la señora Wu no creía que su marido se negara, al menos en definitiva.

Tuvo buen cuidado, por lo tanto, de ser exactamente el término medio de lo que era siempre. Esto es, no fue ni fría ni ardiente. Fue agradable, fue tierna. Cuidó de que nada faltara, pero también de que no sobrara nada. Su don natural en todas las cosas era la satisfacción y no el exceso.

De modo que descubrió algo perpleja que el señor Wu no era precisamente el de siempre. Parecía desazonado y algo distraído.

—Hoy has estado más hermosa que nunca —murmuró—. Todos lo dijeron.

Ella le sonrió mirándolo en los ojos, aquellos ojos de su marido que estaban un poco más altos que los suyos, sobre la almohada. Era su bella sonrisa de siempre, pero a la media luz de la única vela que ardía sobre la mesita junto a la cama, vio fulgurar y arder los oscuros ojos del señor Wu con una llama de intensidad ya olvidada. Cerró los ojos y su corazón empezó a latir con violencia. ¿Lamentaría su decisión? Siguió tendida, con la laxitud de una flor arrancada durante las dos horas siguientes, formulándose muchas veces esa pregunta. ¿Lo lamentaría? ¿No lo lamentaría?

Al terminar las dos horas, comprendió que no lo lamentaría. Cuando su marido se quedó dormido, la señora Wu se levantó y fue silenciosamente a su cuarto de baño y volvió a bañarse con agua fría. No regresó al lecho, donde él yacía despatarrado, durmiendo con pesada respiración. Tomó la pequeña pipa y llenó su diminuto hornillo de tabaco dulce y la encendió. Luego fue hacia la ventana y se quedó allí, contemplando el cielo. La luna había bajado por completo. Cinco minutos más y se hundiría detrás de las largas filas de tejados de aquella antigua casa. La paz inundó su ser. Jamás volvería a dormir en aquel aposento. Había elegido ya su sitio. Junto al patio de La Vieja Señora estaba el aposento vacío donde viviera antaño el padre del señor Wu. Ella lo ocuparía, con el pretexto de que allí podría vigilar a La Vieja Señora de noche y de día. Era un hermoso patio enclavado en el centro mismo de la gran casa. Viviría allí, sola y en paz; sería el aislado corazón de toda la vida que se movía a su alrededor.

Desde el gran lecho, el señor Wu bostezó súbitamente y se despertó.

—Tengo que volver a mis habitaciones —dijo—. Has tenido un día largo y debes dormir.

Siempre que decía esto, y lo decía en todos los casos, ya que era un hombre tan cortés en el amor como en los negocios, ella respondía:

—Te ruego que no te muevas. Puedo dormir perfectamente.

Pero esa noche no lo dijo. Contestó, sin volver la cabeza:

—Gracias, padre de mis hijos. Quizá tengas razón.

Él se sintió tan asombrado, que se escurrió fuera del lecho y buscó a tientas las pantuflas. Pero no pudo encontrarlas y entonces ella acudió rápidamente y se arrodilló y las encontró, y siempre hincada se las puso en los pies. Y él, como un niño grande, apoyó repentinamente la cabeza sobre el hombro de su mujer y rodeó su cuerpo con los brazos.

—Eres más fragante que un jazmín —murmuró.

La señora Wu rió suavemente bajo su brazo.

—¿Sigues borracho?

—¡Borracho! —murmuró él—. Borracho... ¡Borracho!

Volvió a atraerla y ella se sintió alarmada.

—Por favor —dijo—. ¿Puedo ayudarte a ponerte de pie?

Se levantó, repentinamente fuerte como el acero y lo indujo a levantarse con ella.

—¿Te he ofendido? —preguntó él.

Ahora estaba totalmente despierto. Su mujer vio que sus oscuros ojos estaban límpidos.

—No —dijo—. ¿Cómo podrías ofenderme después de veinticuatro años? Pero... he llegado al fin.

—¿Has llegado al fin? —repitió él.

—Hoy tengo cuarenta años —dijo la señora Wu.

Comprendió repentinamente que se había presentado el momento oportuno entonces, en plena noche, cuando en torno de ellos toda la casa yacía sumida en el sueño. Se apartó de él mientras su marido se sentaba sobre la cama y encendió las demás velas con la que ardía. Todas fulguraron una tras otra y el aposento se inundó de luz. La señora Wu sentóse junto a la mesa y él se sentó sobre el lecho, mirándola absorto.

—Me he estado preparando para este día durante muchos años —dijo la señora Wu.

Juntó las manos sobre sus rodillas. En su blanca ropa de seda, a la luz de la luna, apeló a todas las recias fuerzas de su ser.

Su marido se inclinó hacia delante con las manos juntas entre las rodillas, mirándola fijamente aún.

—He sido para ti una buena esposa —dijo la señora Wu.

—¿Acaso no he sido para ti un buen marido? —preguntó él.

—Lo has sido siempre —contestó ella—. Nadie pudo hacerlo mejor que nosotros entre los hombres y las mujeres. Pero, ahora, la mitad de mi vida ha pasado.

—Sólo la mitad —dijo él.

—Pero la mitad de la tuya está lejos aún —prosiguió ella—. El cielo ha creado esa diferencia entre los hombres y las mujeres.

El señor Wu escuchó, como escuchaba todo lo que ella decía, aunque sabía que las palabras de su mujer llevaban siempre un lastre de sentido que excedía de su mera estructura y también, quizá, de su comprensión.

—Eres todavía un hombre joven —prosiguió ella—. Tus bríos son ardientes y fuertes. Debes tener más hijos. Pero yo me he completado a mí misma.

Él irguió el descansado cuerpo y su rostro, carnoso y bello, se tornó severo.

—¿Habré entendido bien lo que quieres decir? —preguntó.

—Veo que has entendido —replicó ella.

Se miraron a través de los veinticuatro años convividos en aquella casa donde dormían ahora sus hijos, donde La Vieja Señora dormía ahora su sueño liviano y senil mientras esperaba la hora de la muerte.

—No quiero otra mujer —dijo él, con voz áspera—. Jamás he mirado a otra mujer. Tú has sido más hermosa que cualquiera otra de las mujeres que he visto, y sigues siéndolo.

El señor Wu vaciló y sus ojos bajaron del semblante de su esposa hasta sus

manos.

—Hoy vi a esa muchacha... ¡y al verla, pensé hasta qué punto eres más hermosa que ella!

La señora Wu adivinó inmediatamente a qué muchacha se refería su marido.

—¡Oh!, Linyi es linda —asintió.

Íntimamente, se reafirmó en su decisión. Cuando hablaran de quién debía elegir otra mujer para su marido, se la elegiría ella. La mezcla de generaciones, sería un infortunio para la casa y Liangmo estaba casado ya con Meng, la hermana de Linyi, ambas hijas de su más íntima amiga.

El señor Wu frunció los labios suaves y carnosos.

—No —dijo—. No aceptaré tu plan. ¿Qué dirían mis amigos? Nunca he sido de esos hombres que persiguen a las mujeres.

Ella rió dulcemente y le asombró sentir entonces un leve dolor en el pecho, algo así como el pinchazo de una daga que no perfora la piel. Si su marido era capaz de pensar ya en la opinión de sus amigos, no tardaría en persuadirlo, con más rapidez de la esperada.

—No es decoroso que una mujer dé a luz un hijo después de los cuarenta —dijo—. Tus amigos te censurarían también por esto.

—¿Es necesario que tengas un hijo? —replicó él.

—Es siempre posible —dijo ella—. Me gustaría ahorrarme el temor de create una situación embarazosa.

Él hablaba de amigos y ella de vergüenza. Ambos no se habían encontrado aún. La señora Wu debía cavar en el corazón de su marido y desarraigarse a sí misma de allí, a menos que las raíces fueran demasiado profundas.

El señor Wu la miró.

—¿Has dejado de amarme por completo? —preguntó.

Ella se inclinó hacia él. Ahora hablaban de corazón a corazón.

—Te amo tanto como siempre —dijo, con su hermosa voz inalterada—. Sólo quiero tu felicidad.

—¿Cómo puede ser eso mi felicidad? —preguntó él, tristemente.

—Bien sabes que siempre he tenido tu felicidad en mis manos —replicó ella y alzó ambas manos como si sostuviera un corazón—. La he tenido así, desde el momento mismo en que vi tu rostro por primera vez el día de nuestras bodas. La tendré así hasta que me muera.

—Mi dicha será sepultada contigo si mueres antes que yo —dijo él.

—No, porque antes de morir la habré puesto en otras manos, las manos que prepararé para eso —dijo ella.

La señora Wu advirtió que su influencia sobre su marido iba logrando su objetivo. Él seguía sentado, inmóvil, con los ojos fijos en las manos de su esposa.

—Confía en mí —murmuró ella, manteniendo aún sus manos en forma de copa.

—Siempre he confiado en ti —dijo él.

La señora Wu dejó caer sus manos.

Su marido prosiguió obstinadamente:

—No te lo prometo, no puedo hacerlo tan rápidamente...

—No necesitas prometerme nada —dijo ella—. No te obligaría a hacerlo aunque pudiera. ¿Cuándo he apelado a la fuerza? No, no hablemos de eso por ahora. Vuélvete a la cama y deja que te arrope. La noche está refrescando porque se acerca el alba. Debes dormir y no despertar temprano.

La señora Wu lo guió con rápidas y suaves presiones sobre los hombros, brazos y manos. Él la obedeció a regañadientes, pero la obedeció.

—Recuerda que no te he prometido nada —insistió.

—Nada —asintió ella—. ¡Nada!

Y lo cubrió con los cobertores y apartó un cortinaje para que entrara aire y bajó el otro para detener la luz matinal cuando llegara.

Pero él oprimía fuertemente su mano.

—¿Dónde dormirás? —preguntó.

—¡Oh...! Mi cama está preparada —dijo ella, con aire algo retozón—. Mañana nos veremos. Nada cambiará en la casa. Seremos amigos, te lo prometo. No nos separarán temores ni vergüenzas.

La dejó ir, arrullado por su voz promisoriosa y hermosa. Ella sabía arrullarlo siempre. El señor Wu nunca creía plenamente en lo que ella quería decir.

Y cuando su esposo se hubo sumido en el sueño, la señora Wu se fue y atravesó sola y con suave andar los patios, hasta llegar al patio contiguo al de La Vieja Señora. Por orden suya, había sido conservado limpio durante los años transcurridos desde la muerte del Viejo Señor y sólo unos pocos días antes ella había cuidado de que pusieran ropa de cama limpia sobre el colchón. Se metió entre aquellas sábanas frescas. La sensación era glacial y hartamente nueva, y experimentó momentáneamente el temblor de un escalofrío y una extraña y repentina fatiga mortal. Luego, como si hubiera penetrado en una suerte de muerte, se quedó dormida.

II

Pero es la mañana quien sella lo hecho por la noche. Sólo el sol desbroza lo que está bien y lo que está mal. La señora Wu despertó aquel día, después de su cuadragésimo cumpleaños, con una extraña sensación de levedad. Sus ojos se posaron sobre el aposento conocido, pero no familiar. El cuarto era distinto de aquel en que había dormido por espacio de años. El otro había sido decorado para una mujer joven, una mujer desposada con un hombre y que se suponía le daría hijos. Las cortinas bordadas de aquel lecho exhibían frutos y signos de fecundidad. El aposento que la señora Wu abandonara la noche anterior no había cambiado desde el día en que La Vieja Señora la envió allí como novia de su único hijo. La Vieja Señora había comprado rasos tan fuertes y sedas de colores tan firmes para el bordado dosel, que después de veinticuatro años no había aún pretexto para comprar uno nuevo. El único objeto que había añadido al aposento la señora Wu era el cuadro del ser humano que se esforzaba por subir a la montaña. Ahora, echaba de menos aquel cuadro. Debía hacerlo traer allí con su ropa y sus artículos de tocador. Fuera de esto, su viejo aposento sería muy adecuado para una nueva concubina joven. ¡Que los frutos y signos de fecundidad fuesen para ella!

La señora Wu estaba tendida en su nuevo lecho, a solas. Éste era más grande aún que el abandonado y mientras yacía allí, sondeó delicadamente su corazón. ¿La hacía sufrir la idea de que otra mujer se acostara bajo los rosados cobertores de su cama matrimonial? Sintió algo así como un dolor leve y lejano, pero ni íntimo ni personal. Un dolor prolongado, el dolor que se debe sufrir cuando el cielo, en su impenetrable sabiduría, fulmina el alma solitaria. Entonces, comprendió el inefable y grato consuelo que le habría proporcionado al señor Wu de haber podido recorrer con él la segunda mitad de su vida. Habría sentido un milagroso placer si su marido, por su propia voluntad y sin sacrificio alguno, hubiera llegado al mismo tiempo que ella a la misma altura de la existencia.

Meditó largo tiempo. ¿Por qué no les habría dado el cielo a las mujeres una vida doblemente larga que la de los hombres, para que su belleza y fecundidad pudieran durar mientras viviese el hombre y marchitarse solamente con la procreación? ¿Por qué aquella necesidad del hombre de sembrar su semilla debía prolongarse demasiado para cumplirse en una sola mujer?

«Por lo tanto —pensó la señora Wu— las mujeres deben ser más solitarias que los hombres. Parte de su vida debe transcurrir en la soledad y por eso el cielo las ha preparado para ello».

Su razón la indujo a rehuir tan inútiles preguntas. ¿Podía alguien variar lo decretado por el cielo? El cielo, apreciando solamente la vida, le había dado la semilla al hombre y la tierra a la mujer. Había mucha tierra, pero... ¿de qué serviría la tierra sin semilla? Lo cierto era que la necesidad de un hombre perduraba hasta cuando sus huesos se habían convertido en yeso y su sangre en agua, y ello se debía a

que el cielo anteponía a todo que la humanidad no muriera. Por eso debía sembrarse hasta la última semilla y para que esa última semilla diese un fruto más vigoroso, al envejecer el hombre, la semilla debía ser sembrada en suelo mejor y más fuerte. Para toda mujer, por lo tanto, aferrarse a un hombre cuando había pasado la hora de su fecundidad era desafiar la decisión del cielo.

Cuando hubo razonado así, el lejano y prolongado dolor de la señora Wu se derritió en su alma y se notó aliviada y tranquila. En realidad, se sintió devuelta a sí misma y casi muchacha. ¡Cuán extraño y grato sería quedarse tendida de noche y saber que podía dormir hasta la mañana, o, si se desvelaba, saber que podía velar y no albergar temores de despertar a otra persona! Su cuerpo le había sido devuelto. La señora Wu se arremangó y contempló la carne de su brazo. Era tan firme y maciza como siempre. Alimentada y cuidada y con una saturación de nueva libertad, viviría hasta una edad muy avanzada. Pero para poder vivir feliz debía observar cautela en todas sus relaciones y más que nada con él. No debía permitir que los separaran. Ciertamente, esto no sería fácil cuando no los uniera ya el vínculo de la carne, sino el de la mente y el espíritu. Por lo tanto, debía pensar en ligarlo a ella de otro modo, pero de un modo honrado y que no lo apartara contra toda equidad de la nueva mujer.

—De un modo u otro, debo cumplir con mi deber con todos —murmuró, y bajó la manga sobre su bello brazo.

¿Cómo debía ser aquella joven? La señora Wu había pensado mucho en ella. Ahora, sus cavilaciones se reanudaron. A todas luces, debía ser muy distinta de ella misma. Debía ser joven, pero no más joven que las nueras, porque eso causaría dificultades en la casa. La edad adecuada eran los veintidós años. No debía ser demasiado culta, porque la propia señora Wu era instruida. No debía ser moderna, porque una joven moderna no se conformaría con su posición de concubina y al poco tiempo trataría de desplazar a la señora Wu y exigiría todo el tiempo y corazón del señor Wu, y esto avergonzaría a su esposa ante sus hijos. Un hombre de cierta edad puede tomar una concubina, pero no debe dejarse dominar por ella. Ésta, desde luego, debía ser linda, pero no hasta el punto de perturbar a los jóvenes de la casa ni aun al propio señor Wu. Y ya que la belleza de la señora Wu había sido de cierto tipo, la belleza de aquella joven debía ser de un tipo distinto. Esto es, debía ser rolliza y de carnes sonrosadas y no importaba algún grosor en sus huesos.

Todo esto, reflexionó la señora Wu, sugería la conveniencia de una joven criada en el campo. Además, una campesina tendría salud y carecería de malas costumbres y concebiría hijos sanos. Naturalmente, los hijos debían llegar, ya que ninguna mujer se siente satisfecha sin hijos y cuando no los hay se vuelve malhumorada y cavilosa y le impone sus exigencias al hombre. Su concubina, por cierto, debía hacer feliz también al señor Wu. «Y tendrá que ser algo estúpida —reflexionó la señora Wu—. Así, se sentirá satisfecha con lo que él le dé y no le asombrará lo que haya entre él y yo».

Entonces, la señora Wu comenzó a delinear una clara imagen de aquella mujer. Vio a una muchacha sana, ligeramente estúpida, linda, afecta a comer bien, que por

desconocimiento de las casas ricas sentía cierto temor ante la casa de los Wu y que no era demasiado terca ni orgullosa y por lo tanto, no trataba de vencer su temor con desplantes de ira y alboroto.

«Debe de haber muchas jóvenes como éstas», pensó con ánimo alegre la señora Wu.

Decidió que, cuando se levantara y atendiera a sus obligaciones de la jornada, enviaría por la vieja que había hecho el papel de mediadora con Meng. Porque la señora Wu había empleado a una intermediaria hasta con su amiga, por temor a que la señora Kang, movida por su bondad, pidiera demasiado poco y de que el matrimonio sufriese más tarde por no ser justo. «Debo llamar a esa vieja Liu Ma —pensó la señora Wu— y explicarle claramente qué necesito. Es algo tan concreto como un pedido de mercancías». Esto pensó —y sin cinismo— la señora Wu.

Luego dejó fluir sus pensamientos hacia aquellas habitaciones en que viviría el resto de su vida. Allí haría muy pocos cambios. Siempre había sentido afecto por su viejo suegro. Como éste no tenía hijas, se había mostrado bueno con ella, y al notarla tan inteligente y culta como hermosa, se había sentido ciertamente muy satisfecho, desechando el convencionalismo que le prohíbe a un viejo hablarle a la esposa de su hijo. Muchas veces, hasta había mandado por ella para leerle algunos pasajes de los viejos libros de su biblioteca. Ella se había habituado a visitar aquella biblioteca en vida de su suegro y a leer los libros. Por haber desechado el viejo algunos de éstos como inadecuados para una mujer, ella nunca los había tocado. Pero ahora, ya que la primera mitad de su vida había terminado y estaba sola, podía leerlos todos.

Le causó placer pensar en aquella biblioteca repleta de libros que ahora eran suyos. En los años intermedios de su vida, no había tenido mucho tiempo para hurgar en los libros. Al señor Wu no le interesaba la lectura y por eso no le gustaba verla con un libro en la mano. Ahora, después de haberles entregado su cuerpo y su alma a los demás durante años, la señora Wu sentía la necesidad de beber hondamente en sus viejas fuentes.

Aquellos aposentos eran cada vez más suyos. El Viejo Señor había muerto hacía tanto tiempo, que había dejado de existir para ella en carne y hueso. Ahora, al evocarlo, le parecía un viejo espíritu prudente, una vieja voz serena. Por eso no quería introducir cambios en aquellas habitaciones, ya que sentía la ausencia de la carne y la sangre. Los cortinajes del lecho eran de una fina seda azul oscura adornada con brocado, que no hablaba de pasión ni de fecundidad. Las paredes estaban blanqueadas y cremosas por el transcurso del tiempo. Las vigas del techo no habían sido revestidas de cielo raso. Las puertas y ventanas, las sillas y mesas eran pesadas y lisas y de una sencilla madera oscura con barniz Ningpo, esa tintura y aceite que dura generaciones en una casa. El piso era de grandes mosaicos grises cuadrados, tan viejos que se habían ahuecado junto a la cama y a la puerta que daba a la biblioteca. La alcoba era uno de los tres aposentos y el tercero la larga sala de recibo que daba a un patio. Sólo en el patio, quizás haría un pequeño cambio. Los árboles se habían

acercado al crecer y no dejaban pasar suficiente sol, y las piedras, al pie de los árboles, estaban resbaladizas de musgo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo la señora Wu.

Entró Ying con aire asustado.

—No sabía dónde estaba usted —balbució—. Fui a todas partes. Fui a su viejo cuarto y desperté al señor y se enojó conmigo.

—Me encontrarás ahora aquí, todas las mañanas, hasta que me muera —dijo serenamente la señora Wu.

* * *

La noticia se propagó por la casa durante el día. El hijo se lo dijo a la esposa y una de las esposas se lo dijo a la otra y Ying se lo dijo al cocinero principal y el cocinero principal se lo dijo a su ayudante, y así, al fin de la jornada, nadie ignoraba que la señora Wu se había mudado a los aposentos del Viejo Señor. Por intermedio de los sirvientes la noticia fue llevada a la propia criada de La Vieja Señora y así llegó a La Vieja Señora, que no quiso creerlo. La señora Wu no se lo había dicho a La Vieja Señora con toda intención. Sabía que La Vieja Señora se enteraría de la novedad por su criada y esto le parecía bien, porque entonces el primer desahogo de La Vieja Señora lo sufriría alguien que sólo pertenecía a la servidumbre. Después de esto, La Vieja Señora no sabría si reñir primero con su hijo o con la mujer de su hijo. Si visitaba primero a la señora Wu, esto significaría que la culpaba a ella. Si visitaba primero a su hijo, significaba que el culpable era éste.

Hacia el mediodía, cuando la señora Wu estaba echando las cuentas del mes en la sala de recibo que ahora le pertenecía, vio a la doncella de La Vieja Señora que conducía a ésta a través del patio. Los árboles habían sido talados ya y se los habían llevado, y las piedras cubiertas de musgo estaban raspadas y limpiadas. La Vieja Señora hizo un alto para mirar qué habían hecho. Una de sus manos se apoyó sobre el brazo de su doncella, mientras que la otra oprimía el largo cayado con cabeza de dragón. El sol inundaba con sus rayos el patio antaño sombrío y los peces del estanque del centro, cegados por la luz, se habían zambullido en el barro, de modo que el agua estaba vacía. Pero sobre la superficie bailaban un par de brillantes libélulas azules, ebrias con el nuevo sol.

—Has hecho talar el árbol Orgullo de la China —dijo La Vieja Señora con tono acusador.

La señora Wu, que se había levantado y acudido a su lado, sonrió.

—Esos árboles crecen con tanta facilidad y rapidez... —dijo—. Éste no había sido plantado. Había surgido solo entre dos piedras.

La Vieja Señora suspiró y se encaminó hacia la puerta. Cuando la señora Wu la tomó del codo, la anciana la rechazó con cierto encono.

—No me toques —dijo, malhumorada—. Estoy muy enojada contigo.

La señora Wu no contestó. Siguió a La Vieja Señora a la sala de recibo.

—No me dijiste que te trasladabas aquí —dijo La Vieja Señora, con su vieja voz, ronca y al propio tiempo atiplada—. Nunca me dicen nada en esta casa.

Se sentó mientras hablaba.

—Debí decírtelo —asintió la señora Wu—. Cometí un grave error. Debí pedirte que me perdonaras.

La Vieja Señora gruñó.

—¿Has reñido con mi hijo? —preguntó severamente.

—En absoluto —replicó la señora Wu—. En realidad, jamás reñimos.

—No me complazcas con palabras —ordenó La Vieja Señora—. Puedo soportar la verdad.

—No se trata de palabras, mamá —replicó la señora Wu—. Ayer cumplí los cuarenta años. Desde hace mucho me había habituado a la idea de que ese día renunciaría a mis deberes de mujer y encontraría alguien para mi señor, que es joven. Sólo tiene cuarenta y cinco años. Le quedan muchos aún.

La Vieja Señora estaba sentada, con las flacas manos cruzadas sobre la cabeza del dragón y escudriñaba el rostro de la esposa de su hijo.

—¿Ama a otra? —preguntó—. Si ha estado jugando en las casas de flores yo... yo...

—No, no hay otra mujer —replicó la señora Wu—. Tu hijo es el mejor de los hombres y sólo me ha dispensado bondades. Soy lo bastante egoísta para querer que nuestro buen amor no se marchite. Esto no podrá suceder si me acosa el temor de un hijo tardío y seguramente será imposible si mis fuegos menguan mientras los de él siguen ardiendo.

—La gente dirá que tu marido hizo el tonto y que tú te has vengado —dijo severamente La Vieja Señora—. ¿Quién creerá que te has retirado por tu propia voluntad... a menos que, realmente, hayas dejado de amarlo?

—No he dejado de amarlo —dijo la señora Wu.

—¿Qué amor puede haber entre un hombre y una mujer si no conviven? —inquirió La Vieja Señora.

La señora Wu hizo una larga pausa antes de responder.

—No lo sé —replicó finalmente—. Siempre me lo he preguntado y quizá lo descubra ahora.

La Vieja Señora lanzó un bufido.

—Confío en que no sufriremos todos a causa de eso —dijo, en voz bien alta—. ¡Confío en que no entrará en esta casa una nueva causante de trastornos!

—Tendré que cuidar de eso —respondió la señora Wu—. La culpa será exclusivamente mía si sucede semejante cosa.

—¿Dónde está esa nueva mujer? —respondió La Vieja Señora.

Estaba irritada aún, pero sentía que su ira se derretía contra su voluntad.

Ciertamente, ninguna mujer quería concebir después de los cuarenta años. Ella misma había tenido aquel infortunio, pero el niño había muerto al nacer. Sin embargo, recordaba claramente, como si hubiese ocurrido ayer y no más de treinta años antes, su honda vergüenza al descubrir su embarazo a semejante edad. Hasta entonces había ansiado más hijos y sin embargo, no había querido más a los cuarenta, riñendo con su marido durante todos aquellos meses de descontenta espera.

—Ve y búscate una mujerzuela —le había dicho a su afligido hombre.

El Viejo Señor, apenado ante aquellas observaciones, no había vuelto a acercársele. Pero, por lo demás, él nunca la había amado tanto. A menudo, la había zaherido su reserva, porque el Viejo Señor era dulce y tímido como suele ocurrir con el hombre que lee demasiados libros, pero después de esto ya casi no le habló. Con todo, La Vieja Señora sabía que todo aquello era un mero accidente y que su marido sentía tan pocos deseos de tener un hijo con ella como ella de tener un hijo con él. Aún recordaba su ira contra él con un vago sentimiento de culpa. Lo ocurrido había sido simplemente un hecho de la naturaleza, nada más, y... ¿por qué debía ella culpar a su buen viejo?

La Vieja Señora suspiró.

—¿Dónde está esa mujer? —volvió a preguntar, olvidando que ya lo había preguntado.

—No la he encontrado todavía —contestó la señora Wu.

La sierva estaba escuchándolo todo mientras fingía atender a su vieja ama sirviéndole el té, o abanicándola, o moviendo una pantalla para que el sol no le diera en la cara. Pero la señora Wu había previsto esto y creía conveniente que los criados lo supieran todo directamente de la fuente.

—Costará encontrarla —dijo obstinadamente La Vieja Señora.

—No lo creo —replicó la señora Wu—. Sé exactamente cómo debe ser. Bastará con no tomar otra.

—Con todo, creo que debo culpar a mi hijo —prosiguió La Vieja Señora.

—Te ruego que no lo hagas —le suplicó la señora Wu—. El culparlo de algo sería hacerle suponer que ha cometido una falta, y no hay tal cosa. No debe sentir remordimientos por el solo hecho de que yo tenga cuarenta años. Eso sería muy injusto.

La Vieja Señora gruñó.

—¡Oh, el cielo, que ha hecho al hombre y a la mujer de dos barros distintos!

La señora Wu sonrió al oír esto.

Al parecer, ya no quedaba nada que decir. La Vieja Señora seguía recordando lo penoso de su propia situación, en el mismo caso, muchos años antes. El padre de sus hijos la había irritado tomando a una mujer más joven, aunque ella se lo pidiera a gritos. Aquella mujer, la esposa de su hijo, quizá fuese más prudente.

La Vieja Señora sufrió una leve perturbación mental, como le ocurría con frecuencia a su edad, y miró en torno.

—¿Vas a cambiarlo todo en estos aposentos? —preguntó.

—El único cambio será ese cuadro que he traído de mi habitación —dijo la señora Wu—. Siempre le tuve apego.

El cuadro estaba colgado ya frente a ella, porque aquella mañana, inmediatamente después del desayuno, había ordenado a Ying que lo hiciese colgar por un criado. Había decidido no ponerlo en la alcoba. En aquella alcoba sólo dormiría.

La Vieja Señora se levantó y fue hacia el pergamino y se detuvo ante él, apoyada sobre su bastón.

—¿Es un hombre o una mujer quién trepa por la montaña? —preguntó.

—No lo sé —dijo la señora Wu—. Quizás eso no tenga importancia.

—¡Solitario! —murmuró La Vieja Señora—. ¡Solitario en medio de todas las montañas! Siempre he detestado las montañas.

—Supongo que esa persona no estaría ahí si temiera la soledad —dijo la señora Wu.

Pero La Vieja Señora, siempre que se sentía triste, experimentaba inmediatamente la sensación del hambre también. El cuadro la entristeció.

Se volvió hacia la señora Wu, con aire lastimero.

—Tengo hambre —dijo—. Hace horas que no pruebo bocado.

La señora Wu dijo a la criada:

—Acompáñala a sus habitaciones y que coma todo lo que quiera.

Cuando La Vieja Señora se hubo marchado, la dueña de la casa volvió a sentarse para echar sus cuentas. Durante el resto de la jornada nadie se le acercó. Toda la gente de la casa se sentía desdichada y guardaba silencio. La señora Wu se preguntó si su marido iría a verla y le sorprendió sentir cierta timidez al recordarlo. Pero tampoco él acudió. La señora Wu comprendió perfectamente qué sucedía en aquella gran casa. Sus hijos y las esposas de sus hijos, sin duda, se habían pasado gran parte del día hablando, discutiendo sobre lo que debía hacerse y decirse, y consultándolo con sus primos y las esposas de sus primos. Como no habían llegado a un acuerdo, ninguno se había acercado a ella, y como los mayores no venían, los niños eran mantenidos a distancia. En cuanto a la servidumbre, una natural prudencia la inducía a callar y trabajar hasta que se despejara la atmósfera de la casa. Sólo Ying le sirvió a su ama durante el día y habló poco, aunque sus ojos estaban nuevamente enrojecidos cada vez que entraba. Pero la señora Wu fingió no ver nada. Se pasó el día dedicada a sus cuentas, que había dejado acumularse durante los preparativos de su cumpleaños.

Inspeccionó un libro tras otro, primero las cuentas de la casa que llevaba el administrador, luego las cuentas de la ropa, la arreglada y la nueva, después las reparaciones y sustituciones de la casa, siempre pesadas en tan numerosa familia, y finalmente las cuentas de la tierra. Las tierras solariegas de la familia Wu eran vastas y productivas, y la familia vivía de ellas y de los talleres. Algunos de los primos más lejanos, es cierto, se habían establecido en otras ciudades para ejercer el comercio o trabajar en los bancos, pero hasta esos parientes, cuando se quedaban temporalmente

sin trabajo, volvían a la tierra por algún tiempo para reponerse. La señora Wu administraba aquellas posesiones como lo hacía con la casa. Durante mucho tiempo, el señor Wu se había limitado a leer las cuentas una vez por año, antes de que el año viejo se convirtiera en nuevo. Pero la señora Wu estudiaba las cuentas de la casa dos veces por mes y las cuentas de la tierra una vez por mes. Sabía con exactitud a cuánto ascendían las cosechas de arroz y de trigo, de huevos, legumbres y combustibles. El administrador de la tierra le comunicaba cualquier cambio o desastre. A veces, ella hablaba del asunto con el señor Wu y a veces no. Todo dependía de si estaba o no fatigada. Si lo estaba, resolvía el asunto sola.

Aquel día se lo pasó consagrada a ese trabajo, desde las primeras horas de la mañana hasta el anochecer, con sólo un alto para observar al criado cuando colgaba el cuadro y para mirar cómo talaban los árboles. A su alrededor, la casa estaba en silencio, como si la señora Wu estuviera absolutamente sola. El silencio era reposo para ella. Desde luego, no le gustaba todos los días. Esto habría significado penetrar demasiado pronto en la muerte. Pero, después de los cuarenta años, resultaba agradable pasarse un día enteramente sola sin que se alzara ni una voz para preguntarle algo. Las cuentas eran exactas y satisfactorias. Se había gastado menos de lo percibido. Los graneros no estaban vacíos aún y no se tardaría en recoger las nuevas cosechas. Las alacenas estaban llenas de alimento, tanto salado como fresco. Las sandías habían madurado y pendían en profundos pozos, para que se conservaran frescas. El administrador había escrito, con sus pequeñas letras reptantes: «Diecinueve sandías, siete de corazón amarillo, el resto rojo, colgadas en los dos pozos del Norte». Las sandías eran buenas para los riñones.

Después de cerrar los libros de cuentas, la señora Wu se quedó sentada en la grata y silenciosa soledad. Sentía que estaba empezando a rezumar fatiga, como un veneno expelido por sus pulmones. Estaba mucho más cansada de lo que suponía, con una fatiga más espiritual que física. Costaba definir aún en qué parte del espíritu anidaba aquella fatiga. Desde luego, su cerebro no se había cansado. Estaba alerta y ávido de ejercicio. Le pareció que, en realidad, no había usado su cerebro durante largo tiempo, salvo en cosas tales como el cómputo de cuentas y la solución de rencillas y la decisión acerca de si un niño debía ir a tal o cual escuela. No, su fatiga estaba oculta en algún rincón de su yo íntimo, quizás en su vientre y en su matriz. Había dado la vida sin cesar durante veinticuatro años, antes y después de nacer sus hijos; y ahora, éstos daban la vida a su vez a otros hijos. Madre y abuela, la había absorbido la preocupación de la descendencia. Ahora aquello había terminado.

En aquel momento oyó pasos. Unos pasos nítidos y resueltos, que golpeaban levemente las losas al acercarse. Por un momento, ello la asombró... ¿Zapatos de cuero? ¿Cuál de las mujeres usaba zapatos de cuero? Porque el andar era de mujer. Luego adivinó. Se trataba de Rulan, la esposa de Tsemo, su segundo hijo. La señora Wu, reacia a renunciar por un solo momento a su silencio y a su soledad, suspiró. Pero se censuró a sí misma. Nadie debía suponer que ella se había retirado de la casa.

Era preferible hacerles suponer a todos que el centro de la casa era aquél, porque ella estaba allí.

—Ven aquí, Rulan —dijo.

Su bella voz tenía un acento jovial. Al alzar los ojos, vio las oscuras pupilas de la muchacha, que escudriñaban su semblante. La joven, alta y esbelta, se había detenido en el umbral. Su largo vestido recto estaba entallado, a la manera extranjera de Shanghai. Su pecho era liso. Sus altos pómulos le impedían ser hermosa. El rostro de la señora Wu tenía la lisura de huevo de la belleza clásica. El rostro de Rulan era ancho en los ojos, angosto en el mentón. Su boca era cuadrada y hosca.

La señora Wu simuló no reparar en su aire huraño.

—Entra y siéntate, hija —le dijo—. Acabo de terminar las cuentas de nuestra familia. Tenemos suerte. La tierra ha sido buena.

La muchacha era fea y con todo tenía destellos de belleza, pensó la señora Wu, observándola mientras Rulan se sentaba con envarados movimientos en una silla. No tenía el atildamiento ni la cortesía de todas las demás mujeres jóvenes de la casa. Por el contrario, parecía hasta sentir placer en mostrarse grosera y brusca. La señora Wu la contempló con interés. Era la primera vez que estaba a solas con Rulan.

—Debes cuidar tu bella boca, hija mía —le dijo, con aquel aire amable y desapasionado que todos los jóvenes hallaban desconcertante, ya que no significaba reproche ni consejo.

—¿Qué quiere usted decir? —balbució Rulan, y sus labios temblaron al entreabrirse.

—Ahora, es una linda boca trémula —dijo la señora Wu—. Pero las bocas de las mujeres cambian al envejecer. La tuya ganará en belleza al volverse firme, o bien será áspera y terca.

Su fría voz no revelaba interés: era simplemente la exposición de lo que cabía esperar. Rulan habría contestado, de haber advertido algún interés, que tanto le daba la suerte de su boca. Pero confusa ante la frialdad de su suegra, se limitó a apretar los rojos labios durante un momento y a arquear las negras cejas.

—¿Has venido a hablarme de algo? —inquirió la señora Wu.

Había remplazado su asiento por otro más cómodo que la silla recta de madera que estaba junto a la mesa. El nuevo era de madera, también, pero de respaldo redondeado. Con todo, no se reclinó contra él. Siguió muy erguida en su asiento mientras cargaba su pequeña pipa. La encendió y aspiró delicadamente dos veces, como de costumbre.

—¡Madre nuestra! —comenzó impetuosamente Rulan.

Reprimía sus sentimientos, muy acongojada, pero no sabía cómo empezar.

—¿Qué, hija? —dijo con suavidad la señora Wu.

—Madre, ha desconcertado usted a todos —recomenzó Rulan.

—¿De veras? —preguntó la señora Wu, y su voz estaba densa de música y asombro.

—Sí, por cierto —insistió Rulan—. Tsemo dijo que yo no debía venir a hablar con usted. Dijo que debía hacerlo Liangmo, en su carácter de hijo mayor. Pero Liangmo no quiso. Dijo que sería inútil. Y Meng no hace más que llorar. Pero yo no lloro. Dije que alguien debía venir a hablar con usted.

—Y sólo viniste tú —sonrió levemente la señora Wu.

Rulan no le respondió con una sonrisa. Su rostro, joven y demasiado serio, era desgarrado a un tiempo por la timidez y la decisión.

—Madre —recomenzó—, siempre me pareció que usted no me quería y que, por lo tanto, yo era la menos indicada para ir a hablarle.

—Hija, te equivocas —dijo la señora Wu—. Yo quiero a todo el mundo, hasta a esa pobrecita extranjera, la hermanita Hsia.

Rulan vaciló.

—Realmente, usted no me quiere —arguyó—. Lo sé. Soy mayor que Tsemo y usted no me quiere por eso. Y nunca me perdonó el habernos enamorado en Shanghai y el haberme casado en vez de dejar que usted arreglara nuestros asuntos.

—Naturalmente, eso no me gustó —admitió la señora Wu—. Pero después de meditarlo, comprendí que quería la dicha de Tsemo y cuando te vi tuve la certeza de que mi hijo era feliz, de modo que me dejaste satisfecha. Eres mayor que él, pero eso no tiene remedio. Es algo que resulta fastidioso en la casa, pero he salido del paso a pesar de ello. Todo puede arreglarse.

—Pero si yo fuese como Meng y las otras —dijo con su fogoso ímpetu habitual Rulan— no me dolería tanto lo que ha hecho usted. Madre, usted no debe permitir que nuestro padre tome otra mujer.

—No se trata de permitirselo o no —dijo la señora Wu siempre con suavidad—. He llegado a la conclusión de que es lo mejor que se puede hacer.

Los colores se esfumaron del rubicundo rostro de Rulan.

—Madre... ¿Sabe qué está haciendo?

—Creo saberlo —dijo la señora Wu.

—La gente se reirá de nosotros —dijo Rulan—. Tomar una concubina es algo anticuado.

—Para la gente de Shanghai, quizá —dijo la señora Wu, y su voz le dio a entender a Rulan que no le importaba la opinión de la gente de Shanghai.

Rulan la miró estupefacta, con obstinada desesperación. Aquella fría mujer, la madre de su esposo, era tan hermosa y perfecta, que estaba fuera del alcance de toda ira, de todo reproche. Rulan sabía desde hacía muchísimo tiempo que no podía influir sobre Tsemo para que contrariara la voluntad de su madre. La influencia de la señora Wu sobre él era tan absoluta, que Tsemo ni siquiera se rebelaba contra ella. Estaba persuadido de que todo lo que hacía su madre redundaba finalmente en su beneficio. Ahora, cuando todas las mujeres se habían sublevado furiosamente contra la idea de la nueva mujer y sólo Liangmo había guardado silencio, Tsemo se había encogido de hombros. Estaba jugando al ajedrez con Yenmo, su hermano menor.

—Si nuestra madre quiere una concubina, por algún motivo será, ya que ella nunca obra sin motivo —dijo—. Yenmo, te toca jugar a ti.

Yenmo jugó, sin prestar atención al torbellino que reinaba en torno. De todos sus hermanos, al que más amaba era a Tsemo, porque éste jugaba con él todos los días. Sin él, Yenmo se habría sentido solitario en aquella casa llena de mujeres y niños.

—¡Un motivo! —exclamó con desdén Rulan.

—Domina tu lengua —le replicó severamente Tsemo, sin alzar los ojos del tablero.

Ella no se había atrevido a desobedecerle. Aunque era menor que ella, Tsemo tenía algo de la calma materna y esto le daba poder sobre la fogosidad y el apasionamiento de Rulan. Pero la joven había decidido en secreto hablar a solas con la señora Wu.

Entrelazó las manos sobre sus rodillas y contempló a su suegra.

—Madre... En realidad el hecho de que un hombre tome una concubina viola las leyes..., ¿sabes?

—¿Qué leyes? —preguntó la señora Wu.

—Las nuevas leyes —exclamó Rulan—. ¡Las leyes del partido revolucionario!

—Esas leyes, como la nueva Constitución, sólo existen por ahora en el papel —declaró la señora Wu.

Vio que su modo de usar la palabra Constitución había tomado de sorpresa a Rulan. La joven no creía que la señora Wu estuviese enterada de que existía la Constitución.

—Muchos de nosotros hemos trabajado afanosamente para abolir el concubinato —declaró—. Desfilamos por las calles de Shanghai en pleno verano, con un calor infernal, mientras el sudor chorreaba de nuestros cuerpos. Llevábamos banderas que insistían en el sistema matrimonial de la esposa única, como en Occidente. Yo misma llevaba una bandera azul que ostentaba en letras blancas las palabras «Abajo las concubinas». Y ahora, que un miembro de mi propia familia, la madre de mi propio esposo, haga algo tan anticuado tan... tan malo..., porque volver a esas viejas e ingratas costumbres es malo, madre...

—Hija mía —preguntó la señora Wu, con su dulce y razonable voz—. ¿Qué harías si Tsemo quisiera algún día otra esposa, una mujer, digamos, menos llena de energía e inteligencia que tú, una mujer blanda y cómoda?

—Me divorciaría de él sin demora —dijo orgullosamente Rulan—. No lo compartiría con otra mujer.

La señora Wu volvió a encender su pequeña pipa y aspiró otras dos veces el humo.

—La vida del hombre está formada de muchas partes —dijo—. Cuando una mujer envejece, lo advierte.

—Creo en la igualdad del hombre y la mujer —insistió Rulan.

—¡Ah! —dijo la señora Wu—. Dos iguales no son necesariamente lo mismo. Son

iguales en importancia, igualmente necesarias a la vida, pero no lo mismo.

—Hoy no pensamos así —dijo Rulan—. Si una mujer está satisfecha de un hombre, un hombre debe estar satisfecho de una mujer.

La señora Wu dejó su pipa.

—Eres tan joven que me pregunto cómo podría explicártelo —dijo, meditativamente—. Mira, hija mía. Lo importante es la satisfacción: la satisfacción de un hombre, la satisfacción de una mujer. Cuando uno de ellos llega a la cumbre de la satisfacción... ¿puede decirle al otro «debes detenerte aquí porque ahora yo estoy satisfecho»?

—Pero Liangmo nos dijo que nuestro padre no quiere otra mujer —afirmó obstinadamente Rulan.

La señora Wu pensó:

«¡Ah, Liangmo ha estado hablando hoy con su padre!».

Por un momento sintió piedad de su marido, a merced de sus hijos, sin culpa alguna de su parte.

—Cuando se ha vivido con un hombre durante veinticinco años en calidad de esposa, se lo conoce a fondo —dijo con dulzura.

Suspiró y súbitamente sintió el deseo de que aquella joven se alejara. Y, sin embargo, Rulan le agradaba más que antes. Se necesitaba valor para presentarse sola para decir aquellas palabras ásperas, valientes, temerarias.

—Hija —prosiguió, inclinándose hacia Rulan—. Creo que, después de todo, el cielo se porta bondadosamente con las mujeres. No es posible que tengamos hijos sin cesar. De modo que el cielo, en su misericordia, dice cuando una mujer llega a los cuarenta: «Ahora, pobre alma y cuerpo, tendrás para ti el resto de tu vida. Te has dividido repetidas veces y ahora toma lo que queda y vuelve a ser tú misma, íntegramente, para que la vida pueda ser buena para ti, no sólo por lo que das sino por lo que obtienes». Yo dedicaré el resto de mi vida a reunir los restos de mi mente y de mi alma. Cuidaré escrupulosamente de mi cuerpo, no para que pueda gustar ya a un hombre, sino porque me alberga y, por lo tanto, dependo de él.

—¿No detesta usted a todos? —preguntó la muchacha.

Sus ojos se dilataron y la señora Wu vio por primera vez que eran muy hermosos.

—Los quiero más que nunca —dijo la señora Wu.

—¿A nuestro padre también? —preguntó la muchacha.

—A él también —dijo la señora Wu—. En caso contrario...

—No la comprendo, madre —dijo la muchacha, al cabo de un instante—. No sé qué se propone.

—¡Oh...! Tu edad y la mía están tan distantes... —replicó la señora Wu—. Sé paciente conmigo, hija, para saber qué quiero.

—¿Usted hace realmente lo que quiere hacer? —preguntó Rulan, con tono de duda.

—Realmente, sí —replicó con ternura la señora Wu.

Rulan se levantó.

—Regresaré a decírselo a ellos —declaró—. Pero creo que ninguno lo comprenderá.

—Diles que tengan paciencia conmigo —aconsejó la señora Wu, sonriéndole.

—Bueno. Si está segura... —dijo Rulan, vacilante aún.

—Absolutamente segura —dijo la señora Wu.

Se alegró de nuevo de la soledad y del silencio cuando Rulan se hubo marchado. Sonrió levemente al pensar en la familia reunida sin ella, en la consternación general, en todos desorientados y sin saber qué hacer, porque por primera vez, si no recordaba mal, ella había hecho algo para sí misma exclusivamente. Pero, al sonreír, se sintió plena de paz. Sin esperar a Ying, ya que le faltaban dos horas para acostarse, se bañó y se puso la ropa de noche, de seda blanca, y se tendió en el viejo y enorme lecho de cortinajes oscuros. Cuando Ying llegó una hora después, el silencio la asustó y corrió a la alcoba. Allí, detrás de los descorridos cortinajes del lecho, vio tendida a la señora, pequeña e inmóvil. Se abalanzó, el terror impreso en el rostro, para contemplar fijamente aquella figura inmóvil.

—¡Oh, cielos! —gimió Ying—. ¡Nuestra señora está muerta!

Pero la señora Wu no estaba muerta, sino solamente dormida, aunque Ying nunca la había visto dormir así. Ni los gritos de la doncella despertaron a la señora dormida.

—¡Ella, a quien el aleteo de un pájaro en el colgadizo despierta al amanecer! —se maravilló Ying.

Por un momento se quedó contemplando la pura belleza del rostro de la señora Wu; luego retrocedió y corrió los pesados cortinajes.

—Está mortalmente cansada —murmuró—. Está cansada porque toda esta gran casa se alimenta de ella, como los niños de pecho.

Se detuvo a la puerta del patio y miró con enojo a derecha e izquierda. Pero nadie se acercaba y menos que nadie el señor Wu.

* * *

En el patio de Liangmo, los dos hijos mayores y sus esposas conversaron hasta que el reloj de agua pasó la primera mitad de la noche. Los dos jóvenes maridos, durante la mayor parte del tiempo, guardaron silencio. Al pensar en su padre, se sentían azorados y confusos. También Wu había sido un hombre como eran ellos ahora. Cuando llegaran a la edad madura... ¿les sucedería lo mismo con sus esposas? Dudaban de sí mismos y disimulaban su duda.

De las dos jóvenes, Meng era la más callada. Su propia vida la hacía hartamente feliz para reñir con nadie en ningún momento. Liangmo era en su opinión el más gallardo y mejor de los hombres y Meng se asombraba continuamente de su suerte al tenerlo para toda la vida. Nada había en Liangmo que no se amoldara al gusto de Meng. Su cuerpo, joven y fuerte, su buen carácter, la dulzura de sus modales, su infinita

bondad, su paciencia, su fácil risa, la forma como juntaba los labios, lo liso de sus mejillas, la densa suavidad de su cabellera negra, la firme tersura de sus manos, sus palmas secas y frías..., todo lo conocía Meng y todo la alegraba.

Liangmo le parecía impecable. Meng se perdía en él y le alegraba perderse. No quería ser ella misma. El pertenecer a Liangmo, yacer en sus brazos de noche, servirle de día, doblar sus ropas, traerle ella misma sus alimentos, darle el té y encenderle la pipa, escuchar cada una de sus palabras, atarearse con la curación de la menor de sus jaquecas, probar el sabor de un plato o el calor del vino, eran sus alegrías y ocupaciones. Pero, por encima de todo, estaban sus hijos. Darle muchos hijos a Liangmo era el único deseo de Meng. Ella era el instrumento de Liangmo para obtener la inmortalidad.

Como siempre que él estaba presente, Meng pensaba en él y oía las voces de los demás a través de la dorada niebla de la alegría que Liangmo le inspiraba. El hecho de que el padre de su marido pudiese tomar una concubina, sólo hacía a Liangmo más perfecto ante sus ojos. No había hombre alguno comparable con Liangmo. Era mejor que su padre, más prudente, más leal. Y Liangmo estaba satisfecho de Meng.

Mientras Rulan hablaba, Meng escuchaba, pensando en Liangmo. Cuando Rulan le preguntó: «Meng, tú eres la esposa del hijo mayor... ¿Qué opinas?», Meng se volvió hacia Liangmo para saber qué pensaba él.

Por cierto que Rulan sabía esto y desdeñaba a Meng por carecer de pensamiento propio. También ella amaba a su joven marido y le decía con frecuencia a Tsemo, cuando estaban a solas, que lo quería más aún porque no era un tonto como Liangmo. En secreto, le irritaba la circunstancia de que Tsemo no fuese el hijo mayor. Era más fuerte que Liangmo, más sagaz, más inteligente, más incisivo. Liangmo se parecía a su padre, pero Tsemo se asemejaba a su madre. Hasta cuando reñía con él, Rulan lo quería mucho. Pero sus riñas con Tsemo eran frecuentes y mientras lo increpaba le dolía hacerlo. Cada reyerta terminaba con el tempestuoso arrepentimiento de Rulan y aquel arrepentimiento provenía de su constante temor secreto, oculto hasta de ella misma, porque era mayor que Tsemo y sabía que lo había amado antes de que él la amara. Sí, aquélla era su secreta vergüenza: el haberse enamorado de él en la escuela al conocerlo y el haberse visto impulsada por su corazón a buscarlo con mal disimulados pretextos de libros no comprendidos y lecturas de apuntes extraviados y todas las excusas que había podido urdir para atraérselo. Ella había sido la primera en ofrecer su amistad y la primera en tenderle la mano.

Ante ella misma y ante él, Rulan se excusaba valerosamente por esto diciendo que era una mujer nueva, no chapada a la antigua, que no temía a los hombres y creía que los hombres y las mujeres eran iguales. Pero jamás olvidaba que Tsemo era el más joven de los dos y que jamás había conocido antes a otra mujer y que el amor de ella había ejercido gran influjo sobre él y que Tsemo había cedido, pero no con todo su ser.

—¡Le temes a tu anticuada madre! —había gritado ella.

A esto él le había respondido, pensativamente:

—La temo porque tiene razón.

—Nadie tiene razón siempre —había declarado Rulan categóricamente.

—No conoces a mi madre —había contestado Tsemo, riendo—. Hasta cuando deseo que esté equivocada, tiene razón. Es la mujer más sabia del mundo.

Había dicho estas palabras con toda inocencia, pero la frase hundió un puñal en el corazón de Rulan y el puñal quedó clavado allí para siempre. Rulan fue a la casa de Wu pronta a odiar a la madre de Tsemo y a sentir celos de ella, y le irritó el no poder odiar ni ser celosa. Porque la fría bondad de la señora Wu con todos no daba asidero a ello. Si adivinaba el odio de Rulan, no lo revelaba, y la joven no tardó en notar que a la señora Wu no le importaba ni el amor ni el odio.

Tampoco pudo sentir celos. Durante una de sus reyertas, le echó en cara a Tsemo:

—¿Por qué quieres tanto a tu madre? Ella no te quiere tanto.

A esto, Tsemo replicó con su frialdad usual:

—No deseo que me quieran demasiado.

Con esto le devolvió el dardo a Rulan y lo dejó sepultado en su carne trémula. Pero su mujer era fácil de herir, su corazón estaba siempre abierto y pronto a la herida, y su amor propio vibrante.

—¡Supongo que, a tu entender, yo te quiero demasiado! —le había gritado a Tsemo entonces.

Pero él no quiso responder a esto. Era un joven amable, ancho de hombros, de talle escaso. Todos los hijos de Wu eran gallardos salvo Yenmo, demasiado gordo aún, pero Tsemo parecía en cierto modo más noble que ellos. Aquel aire noble atormentaba a Rulan. ¿Sería un signo de su alma, o sólo una trepa de los huesos armonizados en su cerebro y revestidos de hermosa carne y suave piel dorada? La joven no lo sabía y él le ocultaba la verdad, o al menos así lo suponía Rulan.

—Dime qué estás pensando —le preguntaba a Tsemo, a menudo.

A veces, él se lo decía; en otras ocasiones no quería hacerlo.

—Déjame un poco de intimidad —le decía entonces a Rulan, con aspereza.

—¡Tú no me quieres! —exclamaba ella, hartado a menudo.

—¿Crees que no? —replicaba él, y ella maldecía su propia lengua cargada de reproches.

Con todo, había oportunidades en que él la amaba con toda la bondad que ella exigía y... ¿cómo podía saber ella cuándo ocurría esto? Cuando estaba sola, a Rulan la enfurecía la jovialidad de Tsemo y se sentía a merced de su propio amor y ansiaba verse libre de éste porque la deprimía junto a Tsemo y la hacía depender de él. Pero... ¿cómo podía librarse de las cadenas que ella misma se había impuesto? Su alma era todo tempestad. Sus sueños de antaño frente a la vida habían muerto. Estaba aprisionada en aquella casa. Y, con todo..., ¿quién sino ella misma era el carcelero?

En aquella tempestad, ella vivía lo más secretamente posible, pero no podía disimularlo todo. Su temperamento era irascible y su desprecio violento. Culpaba

fácilmente a los criados y éstos no estaban habituados a la descortesía en aquella casa y por eso no la servían tan bien como a los demás miembros de la familia y se burlaban de ella en las cocinas, y por cierto que nunca faltaba algún sirviente que le revelara aquellas burlas. Y ella estaba malhumorada con frecuencia y todo le parecía inadecuado y viejo.

—En Shanghai teníamos instalaciones para el abastecimiento de agua y luz — solía decir, y se quejaba de las bañeras llenadas con cubos y de las velas y lámparas de petróleo.

Pero... ¿quién le prestaba atención? Era sólo una de las sesenta y tantas personas que vivían bajo el techo de los Wu y ni siquiera había tenido un hijo aún.

Por eso, cuando aquella noche se quejó durante demasiado tiempo de su padre, Tsemo se cansó de ella. Bostezó, se desperezó y se echó a reír.

—¡Nuestro pobre padre! —dijo, jovialmente—. Después de todo, es a él a quien debemos compadecer, si hemos de hacerte caso, Rulan. Nosotros sólo veremos a esa mujer de paso, pero para él será una carga cada día, y cada noche. Ven, muchacha, ya es la medianoche. Ve a la cama y descansa... y déjame descansar.

Tsemo se levantó, se desperezó, se alisó el cabello, le silbó a Rulan como si fuese un perro y se fue. ¿Qué podía hacer ella sino seguirlo al patio de ambos?

III

Por la mañana, después de dormir toda la noche, la señora Wu se despertó. Tenía esa suerte: que, cuando despertaba, sus ojos veían con la claridad de la luz lunar sobre el oscuro mar el camino, el camino que debía recorrer. Ahora, éste se extendía claramente ante sus ojos.

«Debo elegir sin pérdida de tiempo a esa mujer», se dijo. La gente de la casa no podía vivir tranquila en aquella espera. De modo que ella enviaría inmediatamente por la mediadora y le preguntaría qué jóvenes criadas en el campo podrían convenirle. Había pasado revista ya a todas las que conocía, pero ninguna era la que necesitaba. Todas eran demasiado nobles o demasiado humildes, hijas de ricos que resultarían altivas y molestas, o educadas en el extranjero a tal punto que hasta podrían querer desplazarla, o hijas de pobres, que serían igualmente orgullosas y molestas. No. Debía encontrar a alguna joven ni demasiado encumbrada ni hartamente humilde, de modo que estuviese igualmente libre del temor y la envidia. Y sería mejor, meditó, que la joven fuese totalmente extranjera, para que al venir se desarraigara por completo de su país y aportara a la casa de los Wu sus raíces y las hundiera en aquel suelo nuevo.

Cuando entró Ying, con el té de la mañana y las confituras, la señora Wu dijo después de saludar:

—Apenas haya comido, hablaré con esa vieja Liu Ma.

—Sí, señora —dijo con tristeza Ying.

En silencio, le ayudó a la señora Wu a levantarse y a vestirse. Peinó los largos cabellos, suaves como el raso, y los recogió en un rodete y luego se fue y volvió con el desayuno de la señora Wu. Mientras ocurría todo esto, la doncella no dijo una sola palabra y la señora Wu tampoco habló. Dejó que la vistieran, abandonando el esbelto y hermoso cuerpo, inerte como el de una muñeca, en manos de Ying. Pero comió bien y se sintió satisfecha.

Apenas hubo tomado el último sorbo de té, Ying trajo a Liu Ma. Por cierto que Liu Ma sabía ya para qué la habían llamado. En todas las casas ricas tenía espías a sueldo para que la informaran cuando crecía el descontento entre los hombres y las mujeres. Su ancha y roma nariz tenía un olfato tan delicado para unir a un hombre con una mujer como un sabueso para la carne salvaje. Por lo tanto, sabía que era necesario encontrarle una concubina al señor Wu. Pero era demasiado ducha para dejarle adivinar a la señora Wu lo que sabía. En cambio, simuló presumir que la causa de aquel encuentro debía de ser el deseo de la señora Wu de casar a Fengmo, su tercer hijo.

Pero la señora Wu era buena conocedora en punto a seres humanos y estaba segura de que Liu Ma lo sabía todo por confidencias de los criados y, por consiguiente, le dejó suponer que había logrado engañarla.

—Te has levantado temprano, señora —dijo sin aliento Liu Ma, al entrar.

Era una mujer baja y regordeta, cuya adolescencia había transcurrido en una casa de flores. Pero había engordado muy pronto y se había casado con un modesto tendero, aportándole como dote el dinero ahorrado y consagrándose a la profesión de mediadora entre las buenas familias.

—Me gusta levantarme temprano —respondió con dulzura la señora Wu.

No se puso de pie porque Liu Ma era su inferior, pero le señaló bondadosamente un asiento y Ying le sirvió té a la vieja y se fue.

Liu Ma sorbió ruidosamente el té. No comentó la mudanza de la señora Wu a aquel patio. En vez de hacerlo, dijo con ronca voz:

—Estás más hermosa que nunca, señora. Tu señor tiene mucha suerte.

Dijo esto para traer a colación el tema de las concubinas. Porque seguramente, la señora Wu manifestaría con un suspiro que su belleza de nada le servía, por desgracia. Pero la señora Wu se limitó a darle las gracias.

Liu Ma sacó un trozo cuadrado de algodón blanco y tosió en él. Sabía que no debía escupir en el suelo de aquella casa. Nadie ignoraba que la señora Wu era tan exigente como una extranjera en ese terreno. Luego prosiguió:

—Pensé que debías necesitar una hermosa muchacha para tu tercer hijo, de modo que he traído algunos retratos.

Sobre sus rodillas, tenía un paquete cuadrado envuelto en un pañuelo azul de algodón. Lo desató. Dentro, había una vieja revista extranjera con retratos de actrices cinematográficas. La abrió y sacó algunas fotografías.

—Tengo ahora tres muchachas, todas muy buen negocio —dijo.

—¿Sólo tres? —murmuró sonriendo la señora Wu.

Aquella vieja Liu Ma suscitaba siempre su secreta risa. Su mercancía era la pasión entre hombres y mujeres y la negociaba con tanta franqueza como si se tratara de arroz y huevos y coles.

—No quiere decir que sólo tenga tres —se apresuró a replicar Liu Ma—. Seguramente, mis clientes son tan buenos como los de cualquier mediadora de la ciudad. Pero te muestro las mejores. Estas tres muchachas son de buenas familias que pueden dar dinero y los mejores muebles y ajuar de boda.

—Muéstrame ese libro extranjero —dijo la señora Wu.

Llegado el momento de escoger a una mujer para que la sustituyera, se sentía algo asustada. Quizás hubiera acometido una empresa superior a sus fuerzas.

—Ninguna de esas jóvenes es mía —dijo Liu Ma—. Sólo son las sombras eléctricas de las mujeres norteamericanas.

—Lo sé —dijo la señora Wu, riendo suavemente—. Sólo siento curiosidad de ver cómo entienden la belleza de la mujer los extranjeros.

Tomó la revista de manos de Liu Ma. Estaba sucia pero no arrugada, porque Liu Ma la cuidaba mucho. Ninguna de las dos sabían leer aquel idioma extranjero, de modo que los nombres les resultaban desconocidos.

La señora Wu hojeó la revista y contempló sucesivamente aquellos alegres

rostros.

—Todos parecen iguales —murmuró—. Pero, naturalmente, todos los forasteros lo parecen.

Liu Ma rió sonoramente.

—Por cierto que la hermanita Hsia no tiene ninguna semejanza con ellas —dijo—. ¡Yo podría casar a éstas, pero no a la hermanita Hsia!

En la ciudad, todos conocían a la hermanita Hsia y junto a los mostradores, en las tiendas, en los patios y casas de té, se contaban anécdotas sobre la hermanita. Todas la declaraban de buen corazón, pero se reían de ella. Sólo su único criado, un viejo, la defendía.

—No me digas que la entiendes —le había dicho burlonamente un pescadero en el mercado, mientras pesaba un pescadito para el almuerzo de la hermanita Hsia.

—Sí que la entiendo —había jurado el viejo—. Si sé qué va a decir, puedo entenderla más fácilmente aún.

—La hermanita Hsia es una monja —le contestó la señora Wu a Liu Ma—. Una monja extranjera. Las monjas no son mujeres. ¿Dónde conseguiste ese libro?

—Lo compré —dijo orgullosamente Liu Ma—. Un amigo mío fue a Shanghai hace cinco o seis años y yo le dije que necesitaba un libro como éste y me lo trajo. Me costó cinco dólares.

—¿Para qué querías un libro de mujeres extranjeras? —inquirió la señora Wu.

—A algunos hombres les gusta mirar esas caras —explicó Liu Ma—. Eso despierta su deseo y me proporciona trabajo. Además, naturalmente, están los hombres nuevos que gustan de las mujeres modernas y que me indican alguna de éstas y dicen: «Quiero una así». Les busco en alguna parte a una muchacha que se arregle hasta parecerse lo más posible a la elegida.

La señora Wu cerró con presteza la revista y se la devolvió a Liu Ma.

—Muéstrame esas tres fotografías —dijo.

Las tomó sin tocar la sucia y vieja mano de Liu Ma y las miró una por una.

—Pero esas tres caras también parecen iguales —objetó.

—¿No se parecen acaso todas las muchachas? —replicó Liu Ma—. Los ojos brillantes, el cabello lustroso, las narices pequeñas y los labios rojos... Y si se les quita la ropa... ¿qué diferencia hay entre una mujer y otra? —Y el abdomen de Liu Ma se estremeció de risa bajo su holgada chaqueta de astrosa seda—. Pero no debemos decirles eso a los hombres, preciosa mía, porque en ese caso mis negocios naufragarían. Debemos hacerles creer que cada muchacha es tan distinta de las demás como el jade de las perlas... ¡y que todas son joyas, desde luego!

Su abultado abdomen parecía próximo a estallar de risa.

La señora Wu sonrió levemente y dejó las fotografías sobre la mesa. Los juveniles rostros, todos bellos, encuadrados por su liso cabello negro, la contemplaban desde allí. La señora Wu dio vuelta a los retratos, el rostro contra la mesa.

—¿Tienes muchachas cuyas familias viven lejos? —preguntó.

—Dime con exactitud qué quieres —dijo Liu Ma.

Adivinó que se estaban acercando al quid del asunto y puso a contribución toda su astucia.

—Me parece ver a la mujer que necesito —dijo la señora Wu, algo vacilante.

—Entonces, tenla por encontrada —dijo ansiosamente Liu Ma—. Siempre que esté en la tierra y no haya subido al cielo.

—Una mujer joven —dijo la señora Wu, con la misma voz vacilante.

No había balbucido al hablar de la muchacha ante su familia, pero sabía que no podría ocultarle nada a aquella mujer vieja y avezada cuyo oficio cotidiano era negociar en hombres y mujeres.

Liu Ma esperó, con los penetrantes ojillos fijos en el rostro de la señora Wu. La dama rehuyó su mirada y contempló el patio. La mañana era hermosa y el sol brillaba sobre las losas recién lavadas y arrancaba leves tonos rosados y azules y amarillos.

—Una mujer linda —dijo, débilmente, la señora Wu—. Muy linda, pero no hermosa. Una muchacha —mejor dicho, una mujer— de unos veintidós años, mofletuda y joven y suave como un niño, pronta a amar a todos y no sólo a un hombre... alguien que, en realidad, no ame demasiado a un hombre determinado y a quien un abrigo nuevo o una golosina le haga olvidar un pesar... que ame a los niños, naturalmente, y sea de buen carácter... y cuya familia esté lejos, de modo que no llore siempre su hogar...

—Tengo exactamente lo que necesitas —dijo Liu Ma, con aire de triunfo, y tornándose solemne, agregó—: No, por desgracia. La muchacha es huérfana. Tú no querrás que uno de tus hijos se case con una huérfana que ignora quiénes son sus padres. No, no, eso sería atraer a la casa sangre salvaje.

La señora Wu, apartó la mirada del patio y la detuvo sobre el rostro de Liu Ma.

—No necesito a la muchacha para Fengmo —dijo, tranquilamente—. Para él, tengo otros planes. No, esa muchacha ha de ser una mujercita para mi propio señor.

Liu Ma simuló horror y sorpresa. Frunció los gruesos labios y sacó nuevamente el cuadrado de algodón y se lo llevó a los ojos.

—¡Ay! —murmuró—. ¡Ay! ¡Hasta él!

La señora Wu meneó la cabeza.

—No lo juzgues mal —dijo—. Se trata de una idea exclusivamente mía. Él tiene muy pocas ganas. Soy yo quien insiste.

Liu Ma apartó el paño de los ojos y volvió a guardarlo contra el amplio pecho.

—En ese caso —dijo con vivacidad— quizá la huérfana sea la más adecuada. Es fuerte y útil.

—No necesito una criada para mí —la interrumpió la señora Wu—. Tengo muchas criadas para la casa y Ying ha cuidado siempre de mí y envenenaría a otra doncella. No, si es una criada no servirá.

—No es una criada —dijo Liu, alarmada—. Lo que quiero decir, es que se trata de una muchacha tan amable, tan voluntariosa, tan dulce...

—Pero debe ser muy robusta y sana —insistió la señora Wu.

—Lo es —replicó Liu Ma—. En realidad, asimismo es muy bonita y si no fuese huérfana, yo habría podido casarla hace muchos meses. Pero ya sabes cómo son las cosas, señora. Las buenas familias no quieren sangre salvaje para sus hijos y las dispuestas a admitirlas, son un poco humildes para ella. La muchacha es fuerte, pero no humilde. En realidad, señora, yo había pensado en colocarla por algún tiempo en una casa de flores para encontrar algún hombre maduro que la quisiera como segunda esposa. Pero el cielo debe de estar velando por ella, ya que en este preciso momento, cuando está en la flor de la vida, necesitas a una muchacha así.

—¿Tienes su retrato? —preguntó la señora Wu.

—No, por desgracia. No pensé en pedirle un retrato ni ella pensó en retratarse —dijo Liu Ma—. Lo cierto es que —la vieja volvió a sacar el paño de algodón y a toser— el único defecto de la muchacha es su simpleza e ignorancia. Más vale que yo te diga lo peor, señora. Antaño, esto se habría considerado casi una virtud, pero ahora, desde luego, está de moda que las muchachas sepan leer lo mismo que los muchachos. Es la costumbre extranjera que se ha infiltrado en nuestro país.

—No me importa que no sepa leer —dijo la señora Wu.

El rostro de Liu Ma se descompuso en arrugas de placer. Se golpeó las gordas rodillas con las palmas de las manos.

—¡Entonces, señora, es cosa hecha! —exclamó—. La traeré cuando quieras. Está en el campo con su madre adoptiva, en una alquería.

—¿Quién es esa madre adoptiva? —preguntó la señora Wu.

—No es nadie —dijo, ansiosamente, Liu Ma—. Yo ni siquiera sabría decirte quién es. Esa mujer, una noche glacial encontró una niña junto a las murallas de la ciudad. Alguien la había dejado allí... era una niña que no necesitaban. La vieja volvía a su casa después de una comilona, con su hermano que aquel día cumplía los treinta años. Tiene un mercadito en... No, no te hablaré siquiera de él. Tanto da dónde está ese hombre o cómo es su mercado. La vieja oyó chillar a una criatura y vio a la niña. Pues bien... No quería llevar otra boca a su casa porque era pobre, pero lo cierto es que tenía un hijo y al ver a la niña pensó que algún día podría servirle de esposa a su hijo y que se ahorraría el trabajo de buscarle otra. ¿Cómo podía saber que su único hijo enfermaría y moriría antes de la boda? Se lo llevó la peste. Ahora tiene a la muchacha y le falta un marido para ella.

La señora Wu escuchaba, sin apartar los ojos del rostro de Liu Ma.

—¿Renunciará por completo a la muchacha? —preguntó.

—Lo hará gustosamente —dijo Liu Ma—. Es muy pobre y, después de todo, la muchacha no es de su sangre.

La señora Wu le volvió la espalda al patio. El sol había franqueado el muro y abreviaba y espesaba y ennegrecía las sombras sobre los bambúes, entre las piedras.

—Más vale que yo la vea —dijo cavilosamente.

Se llevó al labio el delicado dedo, como lo hacía cuando estaba pensativa.

—No —continuó—. ¿Por qué habría de hacerlo? A ti no te convendría engañarme, y como decías, todas las muchachas se parecen, cuando hemos llegado a una conclusión sobre su carácter.

—¿Cuánto pagarías, señora? —preguntó ahora Liu Ma.

—Yo tendría que vestirla, naturalmente —dijo con aire pensativo la señora Wu.

—Sí; pero ya que la vieja no es su madre, no le importará cómo lo hagas —dijo Liu Ma—. Le bastará con tener unas buenas monedas de plata en la mano.

—Cien dólares no es poco por una muchacha del campo —dijo tranquilamente la señora Wu—. Pero pagaré más que eso. Pagaré doscientos.

—Agrega cincuenta, señora —dijo con tono zalamero Liu Ma y el sudor apareció sobre su oscura piel—. Entonces podré darle los doscientos a esa mujer. Dejará ir a la muchacha hoy mismo por esa suma.

—Que así sea —dijo la señora Wu, tan repentinamente que vio brillar un fulgor de codicioso pesar en los ojillos que se habían fijado en ella con ansiedad—. No tienes por qué lamentar el no haber pedido más. Sé distinguir lo justo de lo generoso.

—Conozco tu sabiduría, señora —dijo con vehemencia Liu Ma y recogió desmañadamente las fotografías, después de lo cual hizo una pausa—. ¿Estás segura de que no necesitas una linda esposa para tu hijo también, señora? Te haría una rebaja por dos muchachas a la vez.

—No —dijo la señora Wu, con cierta severidad—. Fengmo puede esperar. Es muy joven.

—Es verdad —asintió Liu Ma.

Una vez cerrado el trato, estaba casi lacrimosa de júbilo y dispuesta a asentir a todo lo que le dijera la señora Wu.

—Sí; sí, señora, es el viejo quien no puede esperar. Los viejos deben ser servidos primero, señora. Tú tienes siempre razón. Conoces todos los corazones.

Volvió a poner la revista dentro del pañuelo y se puso de pie.

—¿Te traigo a la muchacha inmediatamente?

—Tráela hoy al anochecer —dijo la señora Wu.

—Bueno —dijo Liu Ma—. Bueno. Un momento inmejorable. Tendrá el día para lavarse y lavar su ropa y limpiarse el cabello.

—Dile que no traiga nada —replicó la señora Wu—. Nada en las manos y nada en cajas. Debe venir a mí con las manos vacías, con sólo lo puesto.

—Te lo prometo..., te lo prometo —balbució Liu Ma e inclinándose y balbuciendo cosas, se alejó presurosamente, arrastrando los pies, malheridos durante su infancia y que parecían gruesos tocones.

Casi inmediatamente, Ying entró en la habitación con té fresco. No habló y tampoco dijo nada la señora Wu. Ésta observó en silencio a Ying mientras la doncella limpiaba la mesa y la silla donde se había sentado la vieja y tomaba el tazón de té usado por ella como si fuese un pedazo de mugre. Cuando se disponía a marcharse con aquel tazón, la señora Wu habló.

—Esta noche, después del crepúsculo, una joven se acercará a la verja.

Ying permaneció inmóvil, escuchando, con el sucio tazón entre el pulgar y el índice.

—Tráemela directamente —ordenó la señora Wu—. Y ponle una camita de bambú aquí, en esta habitación.

—Sí, señora —murmuró Ying.

La voz se le ahogó en la garganta y se alejó precipitadamente.

* * *

El día prosiguió su curso hacia la noche. La señora Wu acostumbraba retirarse a su alcoba después del almuerzo. Pero aquel día, cuando entró en el grande y umbrío dormitorio, comprobó que no podía dormir ni descansar. No porque el aposento le fuera extraño aún. A decir verdad, estaba ya tan a sus anchas en las habitaciones, que le asombraba cuán cómoda se sentía en ellas. Su desasosiego no se debía a la alcoba, sino a su yo interior.

—Hoy no me acostaré —le dijo a Ying.

Ying la miró asombrada, con un pensamiento, en los leales ojos.

—Más vale que duerma esta tarde, señora —dijo—. Dudo de que duerma bien esta noche, con una extraña en nuestra casa.

—Según parece, no necesito dormir —dijo la señora Wu, y al advertir el presentimiento de Ying, su humor cambió; se sintió maligna y caprichosa.

Extendió la mano y tocó suavemente a Ying en el brazo de un modo que era casi un empujón.

—Vete... Déjame, Ying —ordenó—. Encontraré un libro... eso me divertirá.

—Como usted quiera —dijo Ying, y con desusada brusquedad se volvió y dejó a la señora Wu parada en el centro de la habitación.

Pero la señora Wu no advirtió su actitud. Con el dedo sobre el labio permanecía inmóvil, sonriendo a medias. Luego hizo un rápido gesto de asentimiento y cruzó la habitación dirigiéndose a la biblioteca. Su pie pisó la piedra ahuecada que estaba delante de la puerta, que hollaran ya antes que ella muchísimos pies.

«Pero todos ellos eran hombres», pensó, sonriendo a medias aún, al sentir aquel hueco bajo su cuerpo.

Se sentía libre y audaz como nunca. Nadie veía lo que estaba haciendo. Durante aquella hora se pertenecía íntegramente a sí misma. Le había llegado el momento de leer uno de los libros prohibidos.

El Viejo Señor nunca le había ocultado el sitio que ocupaban aquellos libros sobre los estantes. En realidad, después de haber sabido que la señora Wu sabía leer y escribir, la había guiado cierto día a la biblioteca, mostrándole él mismo el estante donde estaban aquéllos, paquete tras paquete, con sus azules tapas de algodón.

—Estos libros, hija mía —le había dicho con su aire grave de costumbre—, no

son para ti.

—¿Porque soy una mujer? —le había preguntado ella.

Él había asentido. Luego añadió:

—Pero tampoco se los dejé leer a mi hijo hasta que cumplió los quince años y pasó su adolescencia.

—¿Los leyó todos mi señor? —había preguntado entonces ella.

El Viejo Señor reveló turbación.

—Supongo que sí —dijo—. Nunca se lo pregunté, pero supongo que todos los jóvenes los leen. Por eso los tengo aquí. Le dije a mi hijo: «Si es forzoso que leas esos libros, espera tener quince años y léelos entonces en mi biblioteca y no escondiéndolos astutamente dentro de tus libros de texto».

Entonces ella le había formulado otra de sus claras preguntas:

—Padre nuestro... ¿Crees que mi mente nunca superará la de mi señor a los quince años?

Este interrogante había turbado más aún al Viejo Señor. Pero era un anciano honrado, a pesar de ser un erudito, y frunció las altas y descoloridas cejas amarillas.

—Tu mente es excelente para ser mujer —le había dicho finalmente—. Hasta aseguraría, hija mía, que si tu cerebro estuviese en el cráneo de un hombre, aprobarías con todos los honores los exámenes imperiales y serías un funcionario de tu país. Pero tu cerebro no está en el cráneo de un hombre. Está en el cráneo de una mujer. Lo recorre una sangre de mujer, lo anima el latido de un corazón de mujer y es limitado por lo que debe ser una vida de mujer. En una mujer, no está bien que el cerebro se desarrolle más allá del cuerpo.

Si ella no hubiese sido un ser tan delicado, su pregunta siguiente hubiera podido parecer grosera. Pero sabía que El Viejo Señor la quería y comprendía. De modo que volvió a preguntar:

—¿Significa eso, padre nuestro, que el cuerpo de una mujer es más importante que su cerebro?

Al oír esto, El Viejo Señor suspiró. Se había sentado en la gran butaca de pino gigante, junto a la larga mesa de la biblioteca. Recordándolo, la señora Wu se sentó también allí, mientras evocaba los lejanos días de antaño. El anciano se había acariciado la blanca perilla y a sus ojos había asomado algo que parecía pena.

—Como lo ha probado la vida, es cierto que el cuerpo de una mujer es más importante que su mente. Sólo ella puede crear nuevos seres humanos. De no ser por ella, la especie humana dejaría de existir. El cielo ha puesto ese don en su cuerpo, como en un cáliz. Por eso, su cuerpo es indeciblemente precioso para el hombre. El don no se cumple si ella no crea. La simiente es del hombre, pero sólo ella puede hacerla florecer y fructificar en otro ser como él.

Ella había escuchado con suma atención. Le parecía verse a sí misma aquel día, a los dieciséis años, de pie ante el sabio viejo. Había formulado otra pregunta.

—Entonces... ¿para qué tengo un cerebro, si sólo soy mujer?

El Viejo Señor meneó lentamente la cabeza, mientras la miraba. Un extraño fulgor aparecía en sus ojos.

—No lo sé —había contestado—. Eres tan hermosa que ciertamente no necesitas también un cerebro.

Ambos habían reído, ella con su gorgoteante risa juvenil, él con su risa vieja y cascada. Luego El Viejo Señor había recobrado su gravedad habitual.

—Pero he pensado mucho en eso que preguntas, sobre todo desde que llegaste a mi casa —prosiguió—. Te elegimos para nuestro hijo porque eres hermosa y buena, y porque tu abuelo fue virrey de la provincia. Ahora, advierto que también eres inteligente. A una vasija llena de oro se le han añadido joyas. Pero sé que, en mi casa, no necesitas tanta inteligencia... Sí, conviene tener un poco para poder echar cuentas y vigilar a los criados y fiscalizar a tus inferiores. Pero tienes capacidad para razonar y dudar. ¿Qué harás con ella? No lo sé. Si fueras una mujer inferior eso me alarmaría, porque podrías causar trastornos entre estos cuatro muros que deben ser también tu mundo. Pero no causarás trastornos porque tú tienes sabiduría, una sabiduría desusada en un ser tan joven. Sabes dominarte.

Ella había permanecido de pie ante él, inmóvil. El Viejo Señor se había acordado de esto, diciendo:

—Siéntate, hija. Debes de estar cansada. Además, ya no necesitas estar de pie en mi presencia.

Pero ella apenas si lo había oído: tan ensimismada estaba pensando en las palabras que acababan de decirle. Siguió parada ante él, con las manos apenas entrelazadas sobre el pecho. Su pregunta siguiente estaba ya concreta y pronta.

—¿Me amaré menos mi señor por ser yo lo que dices?

El Viejo Señor había adoptado un aire muy grave al oír estas palabras. Su mano volvió a acariciar la blanca barba. A la señora Wu le parecía ver aún aquella vieja mano enjuta, con la piel estirada como una llamita de oro sobre los finos huesos.

—¡Ah! ¡Eso es lo que me he preguntado también yo! —había replicado él, con un profundo suspiro—. Este asunto de la inteligencia es un don grande..., una carga muy pesada. La inteligencia, más que la pobreza y las riquezas, separa a los seres humanos y los convierte en amigos o enemigos. La persona estúpida teme y odia a la persona inteligente. Sea cual fuere la bondad del hombre inteligente, debe saber también que ello no le proporcionará el amor de otro menos inteligente que él.

—¿Por qué? —había preguntado ella, con extraño temor.

En aquellos tiempos, era algo engreída. Sabía la capacidad de su mente y confiaba en ella. Ahora, El Viejo Señor decía que la aborrecían por eso.

—Porque el primer amor que alberga el corazón de un hombre es el amor a sí mismo —dijo El Viejo Señor, sin signos de emoción en el rostro o la voz—. El cielo antepuso ese amor a todo lo demás para que el hombre sintiese deseos de vivir, cualesquiera que fueran sus penas. Pero cuando el amor a sí mismo es herido, ningún otro amor puede sobrevivir, porque cuando el amor a sí mismo está demasiado

herido, el yo quiere morir y eso contraría la voluntad del cielo.

—¿Me odiará mi señor, entonces? —había vuelto a preguntar ella.

Evidentemente, El Viejo Señor le daba a entender que la sabía más inteligente que su hijo y la estaba poniendo en guardia.

—Hija mía, no hay hombre capaz de soportar una sabiduría mayor en la mujer si ésta vive en su casa y duerme en su lecho —dijo El Viejo Señor—. Podrá decir que su mujer es un altar, pero la adoración es pobre alimento para la vida diaria. Un hombre no puede convertir su casa en templo ni tomar una diosa por esposa. No es lo bastante fuerte.

—¿No será mejor que yo lea los libros malos, padre nuestro? —le preguntó ella, tan súbitamente que El Viejo Señor se sobresaltó.

Le sorprendió y aun le chocó un poco advertir cierto recelo en los ojos del anciano. Éste la había estado mirando con su habitual y mansa franqueza. Ahora, para rehuir sus ojos, se volvió hacia la tetera que estaba sobre la mesa.

Ella se había adelantado.

—Déjeme servírselo —le dijo, sirviéndole el té al instante.

Él sorbió su té durante una pausa antes de responder. Luego, dijo sin mirarla aún:

—Hija, tú, posiblemente, no me comprenderás. Pero créeme sin comprender. Es mejor que no leas esos libros. Los hombres aman a las mujeres cuando éstas no saben demasiado. Tú eres sabia ya... Demasiado sabia para tu juventud. No necesitas esos libros. Aplica tu propia mente, ahora fresca y pura, a la tarea de hacer feliz a mi hijo. Aprende el amor en su fuente, hija mía, pero no en los libros.

Por un momento, a ella le había parecido que aquello no era una respuesta. Luego, mientras estaba allí, de pie junto a la mesa, apoyándose sobre las manos al mirarlo, comprendió que El Viejo Señor era el hombre más sabio del mundo y que hasta que su propia sabiduría alcanzara la de él, más le valía creerle.

—Te obedeceré, padre mío —dijo; y por eso le había obedecido durante veinte años y aun más.

Pero ahora, a solas en aquel aposento donde habían estado antaño, sentada en el sillón que sólo ocupara El Viejo Señor, a la señora Wu se le antojaba que su sabiduría corría parejas con la de él y que había sido obediente de acuerdo con su promesa. También se había liberado del Viejo Señor, finalmente.

De modo que se levantó, latiéndole extrañamente el corazón y fue hacia los libros prohibidos. Conocía los nombres de algunos de ellos, los nombres de novelas y cuentos que, según le habían dicho siempre, nunca eran leídos por el verdadero erudito porque no estaban a su altura. Sólo los humildes y los vulgares, incapaces de soportar el elevado éter del espíritu y el pensamiento, podían permitirse el entretenimiento de esos libros. ¡Pero todos los hombres los leían! ¡Sí! ¡Hasta los eruditos! El propio Viejo Señor los había leído y dejado que su hijo los leyera, sabiendo que, en caso contrario, su hijo los leería de todos modos.

«¿Acaso una mujer no debe saber lo que saben todos los hombres?», se preguntó

la señora Wu.

Escogió un libro al azar. Era un libro largo. Muchos delgados volúmenes estaban en la caja revestida de paño. El nombre del libro le era conocido. Entre las muchas mujeres de una casa tan grande como la de su madre y como la de los Wu, había siempre algunas vulgares en su modo de hablar. De un modo u otro, todas habían oído contar la historia de Hsi Men Ch'ing y de sus seis esposas. «La flor del ciruelo en un vaso de oro...». Las letras estaban delicadamente pintadas sobre la tapa de raso de aquel primer volumen.

«Estos libros parecen muy leídos», pensó la señora Wu, y sonrió con fugaz y amarga alegría. Sin duda, los habían leído generaciones de hombres de la casa de los Wu, pero sus manos quizá fueran las primeras manos de mujer que los tomaban.

Los llevó a la mesa y miró antes que nada los dibujos. Los había trazado un pintor. En las líneas, veíase el sello de un arte profundo y sensible. Más que nada, la señora Wu examinó el semblante del propio Hsi Men Ch'ing. El artista se había superado al describir con dibujos la decadencia del hombre. El joven, gallardo y gozoso rostro de Hsi Men Ch'ing, que hallara la expresión de su juventud en el amor por la carne de las mujeres, se había vuelto repulsivo como el rostro de un ahogado, a quien ha hinchado la descomposición. La señora Wu contempló pensativamente cada dibujo y advirtió el profundo sentido de la narración. Era la historia de un hombre que vivía sin su mente o su espíritu. Era la historia del cuerpo de un hombre, en que su alma luchaba, padecía hambre y perecía.

La señora Wu comenzó a leer. Las horas pasaron. Oyó moverse a Ying en el aposento contiguo, pero luego no advirtió que su doncella atisbaba desde la puerta, la miraba fijamente y se iba. Sólo tuvo conciencia del tiempo cuando las tinieblas penetraron en el aposento y no veía. Entonces miró alrededor como si no supiese dónde estaba.

—No debí obedecer al Viejo Señor —murmuró—. Debí leer estos libros hace mucho tiempo.

Pero ahora que había dejado de leer, ya no quería reanudar la lectura. Estaba saciada y enferma. Volvió a colocar los volúmenes dentro de la caja y ajustó el pequeño gancho de marfil y depositó nuevamente la caja sobre los estantes. Luego apoyó las manos contra sus mejillas y así empezó a pasearse por la habitación. No, pensó. Era preferible no haber leído aquel libro cuando joven. Ahora que había vuelto a colocarlo dentro de su cubierta, advertía que era un libro muy procaz. Porque el genio del escritor era tal, que el lector podía hallar allí todo lo que quería. Para quienes deseaban el mal, todo aquello era mal. Para los sabios, aquel libro contenía la más dolorosa de las sabidurías. Pero El Viejo Señor tenía razón. Un libro como aquél no debía ser puesto en manos de los jóvenes. Hasta ella, de haberlo leído veinte años antes... ¿habría podido comprender su sabiduría? ¿No se hubiera sentido más bien tan enferma que no habría podido irse gustosamente a la cama de noche? El Viejo Señor seguía siendo el más sabio de los hombres. Los muy jóvenes no están

preparados para asimilar demasiado conocimiento. Éste debe serles dado lentamente, en proporción a sus años de vida. Primero se debe vivir, para poder saber sin peligro.

A esta altura de sus meditaciones, Ying reapareció en la puerta. Su maciza sombra destacó su negrura contra el gris de la luz crepuscular. En el patio, a sus espaldas, veíase otra sombra.

Ying habló:

—Señora, ha venido la vieja Liu... La muchacha está aquí.

La señora Wu volvió a llevarse las manos a las mejillas. Por un momento, no contestó. Luego apartó las manos de su rostro. Se adelantó hacia el sillón y se sentó.

—Enciende la vela —ordenó a Ying—. Y hazla entrar aquí sola. No quiero ver a la vieja.

Ying se apartó silenciosamente y la señora Wu vio en la puerta a la muchacha. La luz de la vela se proyectaba sobre ella de lleno, pero iluminándola suavemente. El semblante y la figura que vio la señora Wu eran casi exactamente lo que había imaginado. Una muchacha sana y rubicunda la miraba con sus ojos redondos e infantiles, grandes y muy negros. Su cabello, negro, estaba recogido en la nuca y sobre su frente caía un flequillo a la manera de las campesinas. En la mano tenía un pañuelo anudado.

—¿Qué traes en la mano? —preguntó la señora Wu—. Les dije que no debías traer nada.

El aire de la muchacha era tan inocente e infantil, que la señora Wu sólo atinó a proferir estas simples palabras.

—He traído unos huevos —contestó la moza—. Pensé que a usted le gustarían y no tenía otra cosa. Son muy frescos.

Su voz era agradable, cordial, pero algo tímida.

—Ven aquí, enséñame eso —dijo la señora Wu.

La muchacha se adelantó con cierta timidez, de puntillas, como temiendo perturbar con algún ruido el silencio absoluto de la habitación. La señora Wu le miró los pies.

—Veo que no te han ligado los pies —dijo.

La recién llegada pareció confusa.

—No había quien me los ligara —replicó—. Además, siempre he tenido que trabajar en los campos.

Ying habló.

—Tiene los pies muy grandes, señora. Sin duda, habrá caminado descalza como los niños del campo y sus pies se han vuelto toscos.

La muchacha permanecía inmóvil, miraba alternativamente a Ying y a la señora Wu.

—Ven, muéstrame los huevos —volvió a ordenarle la señora Wu.

La muchacha se adelantó y depositó cuidadosamente el hatillo sobre la mesa. Luego desató el pañuelo y tomó los huevos uno por uno y los examinó.

—Ni uno solo está roto —exclamó—. Temí tropezar en las tinieblas y aplastarlos. Hay quince...

Hizo una pausa y la señora Wu comprendió que la muchacha no sabía cómo llamarla.

—Puedes llamarme hermana mayor —dijo.

Pero la muchacha era demasiado tímida para esto. Y repitió:

—Quince huevos y ninguno de ellos tiene más de siete días. Son para que los coma usted.

—Gracias —dijo la señora Wu—. Parecen muy frescos.

Ya había notado algunas peculiaridades de la muchacha mientras estaba a su lado. Su aliento era agradable y limpio y sus carnes sólo desprendían los olores de la salud. Sus dientes eran sanos y blancos. Las manos que habían desatado el pañuelo eran morenas y toscas, pero bien formadas. Bajo la chaqueta y los pantalones de algodón azul recién lavados, el cuerpo de la muchacha era redondo sin gordura. Su nuca era suave y su rostro inocentemente bello.

La señora Wu no pudo contener una sonrisa al mirarla.

—¿Crees que te gustaría quedarte aquí? —preguntó.

Sentía cierta piedad por aquel joven ser, comprado como un animal a un agricultor. Adivinaba en la muchacha algo de delicado y bueno, a pesar de sus bronceadas mejillas y de su tosca indumentaria.

La moza adivinó aquella bondad y en sus oscuros y límpidos ojos fulguró una luz de inmediata devoción.

—Liu Ma me dijo que usted era buena. Dijo que usted no es como las otras mujeres. Me pidió que la complaciera antes que nada y eso es lo que haré.

—Entonces, debes contarme todo lo que recuerdes de tu vida —contestó la señora Wu—. No me ocultes nada. Si eres franca, te querré mucho.

Advertía la devoción de la muchacha y sintió, con gran sorpresa, una dolorosa punzada en el corazón, algo así como una sensación de culpabilidad.

—Se lo diré todo —prometió la adolescente—. Pero... ¿no debo llevar primero los huevos a la cocina?

—No —dijo la señora Wu, disimulando una sonrisa al oír esto y pensando cuán asombrada se sentiría la servidumbre ante aquella visitante—. Los llevará Ying. Tú debes quedarte sentada aquí, frente a mí, y conversaremos.

La muchacha ató los huevos en el pañuelo y se sentó en el borde de la silla. Pero parecía algo afligida.

—¿Tienes hambre? —preguntó la señora Wu.

—No, gracias —dijo la muchacha.

Estaba muy rígida en su asiento, mirando hacia delante, con las manos entrelazadas.

La señora Wu volvió a sonreír.

—Vamos, debes ser franca —dijo—. ¿No tienes hambre?

La muchacha, repentinamente, se echó a reír, con un rápido estallido de gorgoteante risa.

—Soy una tonta —dijo, con franqueza—. No podría mentir ni aun por cortesía. Pero Liu Ma me dijo que debía contestar «No, gracias», en el caso de que usted me preguntara si tenía hambre, para no parecer voraz en el primer momento.

—¿No cenaste antes de venir aquí? —preguntó la señora Wu.

La muchacha se sonrojó.

—No tenemos mucha comida —dijo—. Mi madre adoptiva dijo..., mi madre adoptiva pensó...

La señora Wu la interrumpió.

—¡Ying! —ordenó—. Trae comida.

La muchacha suspiró. Su cuerpo se relajó y lo hizo girar de un modo que le permitiera estar frente a la señora Wu. Pero no la miró.

Si la muchacha tenía un defecto, pensó la señora Wu, ese defecto era cierta corpulencia. Esto debía significar que provenía de sangre del Norte. Probablemente, su familia estaba integrada por refugiados de algún desastre, de una inundación, quizá del río Amarillo, o de una sequía, que se habían visto obligados a dejar desamparada a la niña.

—Liu Ma me dijo que eras huérfana —dijo la señora Wu—. ¿Sabes algo sobre tu familia?

La muchacha meneó la cabeza.

—Yo acababa de nacer cuando me abandonaron. Sé el sitio donde me dejaron abandonada, porque mi madre adoptiva me lo indicó muchas veces cuando visitamos la ciudad. Pero me dijo que sobre mi cuerpo no había señal alguna, salvo que yo no estaba envuelta en algodón, sino en seda. Aunque era seda reducida a harapos.

—¿Conservas esa seda? —preguntó la señora Wu.

La muchacha asintió nuevamente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, con ingenua sorpresa.

—Me imaginé que traerías contigo lo único que te pertenecía —dijo la señora Wu, y sonrió en respuesta a los redondos ojos de la muchacha.

—Pero... ¿cómo puede conocer el corazón de una extraña? —insistió la muchacha.

—Muéstrame la seda —replicó la señora Wu.

No deseaba explicarle a aquella muchacha sus hábitos de conocimiento intuitivo.

Sin vacilar, como si hubiese decidido realmente ya obedecer a la señora Wu en todas sus cosas, la muchacha se llevó la mano al pecho y sacó un trozo de seda doblado. Estaba lavado y limpio, pero su color rojo primitivo se había desteñido hasta convertirse en un tono rosado. La señora Wu lo tomó y lo desdobló. Era una prenda femenina, una chaquetilla, esbelta en su anchura, pero de largas mangas.

—Si esto era de tu madre, también ella debía de ser alta —observó la señora Wu.

—¡También sabe eso! —exclamó la muchacha.

La señora Wu examinó el bordado. La prenda era anticuada y había una franja bordada alrededor del cuello que descendía por la abertura lateral. Unas franjas idénticas rodeaban las anchas mangas.

—Es un bordado delicado y hecho en un punto Pekín de pequeños nudos —observó la señora Wu.

—Me dice usted más de lo que he sabido nunca —dijo la muchacha en voz baja.

—Pero eso es todo lo que puedo decirte —expresó la señora Wu.

Volvió a doblar el paño y se lo tendió a la muchacha.

Pero ésta no extendió las manos para recibirlo.

—Guárdemelo —dijo—. No lo necesito aquí.

—Te lo guardaré si quieres —contestó la señora Wu—. Pero si luego crees necesitarlo, te lo devolveré.

—Si me permite quedarme aquí, nunca volveré a necesitarlo —replicó la muchacha, con tono de súplica.

Pero la señora Wu no estaba dispuesta aún a prometer.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre —manifestó.

El rostro de la muchacha acusó una transformación tan clara como el de un niño desilusionado.

—No tengo un nombre verdadero —dijo, con humildad—. Mis padres adoptivos nunca me dieron uno. No saben leer ni escribir, ni yo tampoco.

—Pero te llamaban de alguna manera —replicó la señora Wu.

—Me llamaban Pequeña Huérfana cuando era pequeña y luego Gran Huérfana cuando crecí.

—Eso, desde luego, no es un nombre —asintió con dulzura la señora Wu—. Cuando te conozca mejor, te daré uno.

—Gracias —dijo humildemente la muchacha.

En aquel momento, entró Ying con dos escudillas llenas de comida y las puso sobre la mesa. La señora Wu miró ambos platos. Si Ying hubiese traído viandas propias de la servidumbre, su ama las habría devuelto. Pero Ying había sido razonable, trayendo platos que, desde luego, no eran suficientemente buenos para la familia, pero demasiado buenos para la cocina. Dejó sobre la mesa una escudilla de caldo con menudillos de pollo y un plato de carne de cerdo con coles. También un pequeño cubo de madera con arroz y una tetera y un tazón para el té, y palillos. Los palillos no eran los de marfil y plata que usaba la familia ni los comunes de bambú de las cocinas. Eran de madera pintada, como los usados por los niños.

—Sírvete —ordenó la señora Wu.

Ying vacilaba, pero obedeció, con los labios apretados y en silencio.

Mas la muchacha nada había notado. Recibió la escudilla de arroz que le tendía Ying con ambas manos, levantándose un poco de su asiento con campesina cortesía y pareciéndole todo muy abundante. En realidad, la señora Wu pronto notó que en la muchacha pugnaba una franca hambre con el deseo de mostrarse cortés, de modo que

se levantó y dio una excusa para dejarla sola.

—Volveré dentro de un rato —dijo—. Mientras tanto, come a tus anchas.

Después de estas palabras, entró en su sala. Allí estaba el lecho de bambú que Ying había preparado para la muchacha. La señora Wu lo contempló pensativamente. Haría dormir en él a la recién llegada unas cuantas noches. Hasta quizá se viera obligada a retenerla allí hasta que la muchacha comprendiera su lugar en la familia y hasta que la comprendiese también ella. Entre ambas debía establecerse un profundo acuerdo antes de que la muchacha dejara aquel patio para entrar en el otro, ya que en caso contrario podrían surgir dificultades en la casa. Su tarea, pensó la señora Wu, era delicada y difícil, y debía ejecutarla hábilmente. Se quedó inmóvil, asido el labio inferior entre el pulgar y el índice. En sus tiempos de niña, durante la primavera, le había gustado ayudar a fabricar la seda en las tierras de la familia. Cuando los gusanos de seda habían tejido sus capullos, se presentaba cierto momento, seguro pero efímero, en que los capullos debían ser puestos en artesas con agua caliente para que no se convirtieran en mariposas y éstas no royesen los capullos. La señora Wu sabía adivinar ese momento. Las esposas de la casa rural se maravillaban de su sagacidad. Recordaba ahora la dimensión de su certeza obtenida de la nada, y que, sin embargo, lo abarcaba todo.

«Ahora», solía decir, y los ramajes de paja de arroz a que se aferraban los capullos caían en las artesas. Luego ella, asimismo, con sus delicados y sensibles dedos, encontraba el húmedo y fino extremo de la seda y desenmarañaba los capullos. El viejo instinto adivinatorio resucitaba en ella. Su sensibilidad no debía flaquear, porque el señor Wu se lo reprocharía mientras viviera.

Pasó de aquel aposento a su alcoba y empezó a pasearse, y los pies calzados con raso se movieron silenciosamente sobre los lisos mosaicos.

La muchacha parecía sincera como un niño. Su carácter y temperamento estaban a la vista de todos. Pero esto significaba que le faltaba desarrollo y... ¿cómo podría desarrollarse? No era una tonta. Sus ojos estaban animados por la luz de la inteligencia. Sus labios eran tiernos en su plenitud. ¿Sería demasiado inteligente? También estaban la prenda de seda y el fino bordado. Su sangre no era plebeya, salvo que su madre hubiese sido doncella de una familia rica. Sí, existía la posibilidad de que aquella muchacha fuera hija de una doncella de familia pudiente, de la cual hubiera abusado uno de sus hijos, y de que aquella prenda fuera una que su ama se había cansado de usar. O también podía ser que una muchacha de casa de té hubiese usado aquella prenda, dándosela luego a una hija no deseada.

—Imposible adivinar quién es esa muchacha —murmuró la señora Wu.

¿Quería ella acoger en su casa a una criatura tan desconocida? No pudo contestar a esto. Al poco rato, volvió a la biblioteca. La muchacha estaba sentada allí a solas, con aire asustado, en el gran aposento invadido por las sombras. Tenía entrelazadas las manos sobre las rodillas. Había concluido de comer y Ying había retirado las escudillas. Al ver a la señora Wu, la muchacha se levantó y su rostro irradió una

sensación de alivio.

—¿Qué haré ahora, hermana mayor? —preguntó.

El apodo acudió a sus labios sinceramente y emocionó a la señora Wu contra su voluntad. Tenía buen cuidado de no entregar su afecto demasiado pronto.

—¿Qué hacen ustedes habitualmente a esta hora? —preguntó.

—Siempre me voy a la cama apenas he cenado —replicó la muchacha—. Cuando una se queda sentada después de oscurecer, se gastan velas.

La señora Wu se echó a reír.

—Entonces lo mejor será, posiblemente, que te vayas a la cama —dijo.

La condujo a la habitación donde esperaba el angosto lecho.

—He aquí tu cama, y al otro lado de la puerta está la habitación donde puedes prepararte para la noche.

—Pero si estoy pronta —replicó la muchacha—. Me he lavado antes de venir aquí. Me quitaré el vestido, y eso es todo.

—Entonces hasta mañana —dijo la señora Wu.

—Hasta mañana —respondió la muchacha—. Pero le ruego que me llame si necesita algo de noche, hermana mayor.

—Si te necesito te llamaré —dijo la señora Wu, y se fue a su cuarto.

Habían transcurrido varias horas y la señora Wu no podía aún conciliar el sueño. Hacia la medianoche, se levantó y fue al otro cuarto y encendió la vela y miró a la muchacha dormida. No había cambiado de postura y ni siquiera se había movido. Estaba tendida sobre su costado derecho, con una de las manos bajo la mejilla. Respiraba con desahogo, cerrada la boca, que resaltaba en su semblante sonrosado. Dormida, era más linda aún que despierta. La señora Wu notó esto. Notó también que la muchacha no se movía ni roncaba. Los cobertores estaban corridos casi hasta su cintura. Dormía con su sencilla ropa interior de algodón, pero se había desabrochado el cuello, de modo que se veía su redondo cuello y parte de su pecho.

Dormía profundamente, sin moverse. Una buena cualidad. La señora Wu había tenido siempre el sueño liviano y despertaba apenas se volvía en la cama el señor Wu y no lograba volver a conciliar el sueño. Pero aquella muchacha dormiría profundamente toda la noche y se despertaría fresca por la mañana. La señora Wu le formó pantalla a la vela con la mano y se inclinó hacia el rostro de la muchacha. ¡Siempre el mismo aliento agradable! La señora Wu se incorporó y volvió a su aposento, apagó la vela apretándola entre el pulgar y el índice y volvió a acostarse.

La despertaron, antes del alba, unos leves ruidos en el cuarto contiguo. El lecho de bambú crujía, se oía un frufrú de ropa. La señora Wu despertó del todo, como siempre y se quedó tendida escuchando. ¿Se estaría disponiendo a huir la muchacha a aquella hora? Se levantó y se puso su vestido, encendió la vela y volvió a salir. La muchacha se hallaba sentada sobre un escabel, peinándose el largo cabello. Estaba vestida; hasta tenía puestos los zapatos y las medias de algodón blanco.

—¿Adónde vas? —preguntó la señora Wu.

La muchacha se sobresaltó al oír la voz y dejó caer el gran peine de madera que estaba usando. Su negro cabello pendía en torno de su rostro.

—A ninguna parte —dijo.

Se levantó y miró absorta a la señora Wu. Sus oscuros ojos brillaron desde las volanderas sombras de su cabello.

—Me estoy levantando.

—Pero... ¿por qué te levantas a esta hora? —preguntó la señora Wu.

—Es hora de levantarse —dijo la muchacha, sorprendida—. He oído cantar al gallo.

La señora Wu rió, con risa repentina y desusada.

—No pude imaginarme por qué te habías levantado, pero, desde luego, eres una muchacha del campo. Aquí, no hay necesidad de que madrugues tanto. Hasta los criados tardarán todavía una hora en levantarse. Y nosotros nos levantamos una hora después.

—¿Debo volver a la cama? —preguntó la muchacha.

—¿Qué otra cosa podrías hacer? —preguntó la señora Wu.

—Permítame barrer las habitaciones —dijo la muchacha—. O el patio.

—Bueno, haz lo que quieras —replicó la señora Wu.

—Lo haré en silencio —prometió la muchacha—. Vuelva a la cama, hermana mayor.

De modo que la señora Wu volvió a la cama y oyó al instante el rumor de una escoba que la muchacha había encontrado en el pasillo. La usó en el patio y en los aposentos, y sus pasos eran leves y cautelosos cuando se movía. Luego, sin advertirlo, la señora Wu volvió a dormirse y cuando despertó era tarde. La luz matinal inundaba los aposentos y Ying estaba esperando de pie junto al lecho.

La señora Wu se levantó rápidamente y comenzó el rito de vestirse. Ying no mencionaba a la muchacha y la señora Wu no hablaba. En las habitaciones, reinaba el silencio. No se percibía el más leve ruido.

Aquel silencio se tornó tan pesado que, finalmente, la señora Wu hubo de romperlo.

—¿Dónde está esa muchacha? —le preguntó a Ying.

—En el patio, cosiendo —respondió Ying—. Necesitaba hacer algo y le di unas suelas para los zapatos de los niños.

A juzgar por el leve desdén que vibraba en la voz de Ying, la señora Wu comprendió que el deseo de la muchacha de tener algo que hacer, como una sirvienta, no había contribuido a realzar la opinión de Ying sobre ella. La señora Wu no volvió a hablar. No se dejaría guiar por los gustos y aversiones de Ying.

En vez de hacerlo, se desayunó y salió al patio. La muchacha se había sentado allí sobre un escabel en forma de trípode, a la sombra del bambú. Estaba cosiendo: sus dedos empujaban ágilmente la aguja a través de la gruesa suela de paño. Sobre su dedo medio usaba a guisa de dedal un anillo de latón. Al ver a la señora Wu, se

levantó y permaneció de pie indecisa, sin querer ser la primera en hablar.

—Siéntate, haz el favor —dijo la señora Wu.

Ella, por su parte, se sentó en uno de los bancos de porcelana del jardín.

Casualmente, dada la situación de aquel banco, la señora Wu quedó sentada de espaldas a la verja redonda del patio, pero la muchacha estaba frente a aquélla. Apenas hubo vuelto a sentarse sobre el escabel y levantado la aguja, alzó los ojos y vio alguien en aquella verja. La señora Wu advirtió que bajaba los grandes ojos y que el rubor de sus mejillas se intensificaba. La señora Wu se volvió, deduciendo de esta conducta que se trataba de un hombre, quizá del cocinero.

Pero no era el cocinero. Era Fengmo, su tercer hijo. Estaba parado allí con la mano apoyada sobre el flanco de la verja, mirando absorto a la muchacha.

—¿Qué quieres, Fengmo? —preguntó la señora Wu.

Súbitamente, sintió una extraña ira ante la imprevista aparición de Fengmo. Era el hijo a quien ella menos conocía y a quien menos amaba. Fengmo era caprichoso y menos amable que Liangmo y Tsemo, y menos retozón que el pequeño Yenmo. Cuando niño, había preferido la compañía de los criados a la de su familia y esto le había parecido a su madre una señal de inferioridad. La señora Wu lo trataba al parecer como a los otros, pero íntimamente, sabía que lo quería menos. Sin duda, Fengmo había adivinado aquella diferencia, porque rara vez se acercaba a ella, desde los quince años, salvo que su madre mandara por él.

—¿A qué has venido, Fengmo? —volvió a preguntar, al ver que su hijo no respondía.

Fengmo seguía mirando absorto a la muchacha y ésta, como si lo adivinara, alzaba los párpados por momentos y lo miraba fugazmente y volvía a bajarlos.

—He venido a ver... a ver... cómo estás, madre —balbució Fengmo.

—Estoy perfectamente —replicó la señora Wu, con bastante frialdad.

—Hay algo más, también —dijo Fengmo.

La señora Wu se levantó.

—Entonces, ven a la biblioteca.

Se encaminó allí y él la siguió, pero ninguno de ambos se sentó. En vez de hacerlo, Fengmo señaló con la mano a la muchacha.

—Madre —dijo—. ¿Ésa es... aquélla?

—¿Por qué has venido aquí a preguntármelo, Fengmo? —dijo severamente la señora Wu—. Eso no es cosa tuya.

—Sí que lo es, madre —dijo él con vehemencia—. ¿Cómo crees que lo pasaré, madre? Mis amigos se burlarán de mí...

—¿Es eso lo que has venido a decirme? —inquirió la señora Wu.

—Sí —exclamó Fengmo—. Ese asunto era ya bastante desagradable. Pero ahora que la he visto..., es tan joven... y mi padre... es tan viejo...

—Volverás inmediatamente a tu patio —dijo la señora Wu, con la misma voz glacial—. Has cometido una intrusión al venir aquí sin enviar primero un criado para

saber si yo quería recibirte. En cuanto a tu padre, la generación joven no decide por la vieja.

Estaba habituada a la obstinación de Fengmo. Por ello, la sorprendió ver flaquear aquella obstinación. Notó que el bello rostro de su hijo se sonrojaba y se contraía. Luego, en silencio, Fengmo giró sobre sus talones y salió del aposento y del patio sin volver los ojos.

Pero a la señora Wu la fastidiaba profundamente el que aquellos dos seres se hubieran visto. A pesar de haber violado muchas viejas costumbres —y no vacilaba en violar las que se le ocurrían— se había atenido con firmeza a la que separaba a edad temprana al hombre de la mujer. En aquella casa, sus hijos habían sido separados de todas las mujeres a los siete años de edad. La señora Wu no había censurado siquiera a los criados por sus ignorantes respuestas a las preguntas de los varones. En cierta oportunidad, le había escuchado a Fengmo preguntarle al administrador:

—¿Por qué me prohíben seguir jugando con mis dos primitas?

—Los niños y las niñas no deben jugar juntos. Les dolerían los pies —había dicho el administrador, con tono semifestivo.

La señora Wu, que se apresuraba tanto generalmente a corregir la ignorancia, había pasado por alto esto.

Y Fengmo había visto a aquella muchacha antes de que ésta ocupara su lugar en la casa y la muchacha lo había visto a él. ¡Quién sabe el incendio que podía surgir de esto! La señora Wu empezó a pasearse por la biblioteca. Cada vez que pasaba junto a la puerta abierta, veía la cabeza de la hacendosa muchacha inclinada sobre la suela del zapato, y su mano que metía y sacaba la aguja. Repentinamente, la señora Wu se decidió. El asunto debía ser resuelto sin dilación. Retendría allí a la muchacha. Pero ésta debía comprender con exactitud cuál era su deber. Salió con su andar más vivo que de costumbre y volvió a sentarse.

—He tomado una decisión —comenzó, con brusquedad—. Te quedarás en esta casa.

La muchacha alzó los ojos, con la aguja pronta a perforar el paño, pero no hizo movimiento alguno para seguir bordando. Se puso de pie, por respeto a la señora Wu.

—¿Quiere usted decir que le gusto? —preguntó en voz baja y sin aliento.

—Sí, siempre que cumplas con tu deber —dijo la señora Wu—. Debes comprenderlo... Has venido aquí a servir a mi señor..., a ocupar mi lugar... en ciertas cosas...

—Comprendo —dijo la muchacha, con la misma voz semidesfallecida.

Sus ojos estaban fijos en el rostro de la señora Wu.

—Debes saber —prosiguió la señora Wu— que en nuestra casa rigen en ciertas cosas costumbres a la antigua. No se permiten idas y venidas entre los patios de los hombres y los de las mujeres.

—¡Oh no! —asintió con presteza la muchacha.

Sus manos cayeron sobre su regazo, pero sus ojos continuaron inmóviles.

—En ese caso, no hay motivo para que no cerremos este trato —dijo la señora Wu, con un tono extraño y brusco absolutamente desusado en ella.

—Pero... ¿no debiera yo tener un nombre? —preguntó ansiosamente la muchacha—. ¿No tendré un nombre en la casa?

En esa pregunta había algo de patético y conmovedor y así le pareció a la señora Wu.

—Sí —dijo—. Debes tener un nombre y te lo daré. Te llamarás Ch'iuming. Eso significa Otoño Radiante. En ese nombre fijo claramente tu deber. Él es el otoño; tú eres radiante.

—Ch'iuming —repitió la muchacha, saboreando al parecer el nombre con la lengua—. Soy Ch'iuming.

IV

El señor Wu no se acercaba a la señora Wu y ella dejaba que las cosas marcharan así. Después de tantos años comprendía lo que pasaba en el espíritu de su marido. Si éste hubiese sido resueltamente contrario a la muchacha, habría ido a decírselo a su mujer, con ira y decisión, posiblemente hasta riendo. Pero el hecho de que se alejara de ella le probaba a la señora Wu que a su marido no le disgustaba la idea de que la muchacha viniera a su patio y que la circunstancia de no disgustarle esto le causaba secreta vergüenza ante su esposa. La señora Wu lo conocía suficientemente para presumir que hasta quizá se sintiera íntimamente satisfecho de sí mismo, aunque en grado harto escaso para combatir aquella inclinación. En suma, el señor Wu era tal como lo conocía su esposa, esto es, de un temperamento capaz de conocer las virtudes de un gran hombre, de admirar y desear todas esas cualidades, y con todo, de una alma desquiciada por las exigencias del cuerpo.

Por eso, así como el señor Wu nunca había podido resistirse a un plato bien sazonado en la mesa, nunca podría, a pesar de sus ansias de perfección, negarse el placer de una mujer joven. No era austero, aunque había logrado darse por satisfecho durante muchos años con la señora Wu por mujer. Pero la señora Wu, sin engreimiento, sabía que si hubiese sido menos hermosa y menos consciente como esposa, él hubiera podido descarriarse. Había cuidado de satisfacer a su marido en todo sentido. Si él mostraba ansias de conocimiento sobre cualquier punto que pudiera hallarse en los libros, ella se informaba al respecto y se lo decía. Si el señor Wu mencionaba una curiosidad sobre cosas extranjeras, ella estudiaba el asunto y se lo decía. Durante todos esos años, él no había tenido un solo deseo insatisfecho. Pero la señora Wu adivinaba sin dolor que esto se debía a que ella había estudiado sus deseos; y cuando éstos eran vagos, hablándole cuidadosamente a su marido, los ayudaba a surgir con claridad, hasta para él mismo, y cuando eran perentorios e inmediatos, los satisfacía sin pérdida de tiempo. Había sido una buena esposa.

Por lo demás, no se había sentido descontenta de él. Su marido no le había causado desengaños repentinos. Al principio, la señora Wu había considerado que las extravagantes curiosidades de su marido eran los impulsos de una alma trabada por el hecho de que su madre lo hubiese mimado desde su nacimiento. La Vieja Señora jamás le había concedido al Viejo Señor poder alguno sobre el único hijo de ambos, harto precioso por ser el único que había quedado vivo después de varios alumbramientos. Al principio, La Vieja Señora había reñido violentamente con El Viejo Señor, cuando éste procuraba infundirle disciplina a su hijo. Esto había ocurrido cuando el niño tenía siete años. Hasta entonces, de acuerdo con la costumbre de todas las familias de esta clase, El Viejo Señor le había permitido al niño que viviera en los patios de su madre. Pero a los siete le dijo a La Vieja Señora que era hora de que el párvulo viviera en su patio.

Entonces, La Vieja Señora dio una excusa tras otra. Primero afirmó que el niño

tenía la garganta débil y que debía tenerlo cerca para poder cuidarlo de noche, y luego que tenía poco apetito y debía ser alimentado a fuerza de zalamerías.

Al mostrarse severo El Viejo Señor, ella había llorado, y al irritarse su marido, ella se irritó más aún.

Pero El Viejo Señor era más duro que una roca y ella se vio obligada a ceder. A los nueve años de edad, el hijo de ambos había sido trasladado a un cuartito contiguo a la alcoba de su padre y El Viejo Señor inició la enseñanza de su único hijo y la tarea de disciplinarlo.

¡Desgraciadamente aquel cuartito tenía también una puerta lateral por la cual el altanero y caprichoso niño podía escurrirse de noche al cuarto de su madre! El Viejo Señor, paciente y tiernamente, instruyó a su hijo, pero todo fue inútil. Porque, en vez de la autodisciplina que él le enseñaba, su mujer, por exceso de amor, le ayudaba al niño a jugar cuando debía estar estudiando. Le daba viandas sabrosas y delicadas y cuando su pequeño estómago estaba repleto y le dolía, le enseñaba a fumar una pipa de opio para aliviar el dolor. Sólo la salud y el temperamento inquieto del propio niño lo habían salvado del opio. De todos modos, cuando tuvo los veinte años, El Viejo Señor advirtió que La Vieja Señora le había ganado la partida y con una última hora de amonestación, le había entregado a su hijo.

—Hijo mío —había dicho, concluyendo su amonestación—, has preferido la mujer al hombre, tu madre a tu padre, la felicidad a la hazaña. Que así sea. Ahora, en bien de nuestra casa, conviene encontrarte una esposa que dé fuerzas a tu debilidad.

El tono grave de la voz paterna había asustado al joven y, como siempre que estaba asustado, había corrido con toda la rapidez posible al lado de su madre y a los pocos minutos su desconsuelo estaba olvidado.

La señora Wu había llegado a la casa poco después. Al décimo día de la boda, El Viejo Señor la hizo llamar a su biblioteca y le habló así sobre su hijo:

—Será lo que tú hagas de él. Algunos hombres se hacen a sí mismos, pero a él lo harán siempre las mujeres. Sin embargo, no debes dejarle adivinar que sabes eso. Nunca le echés en cara su debilidad, porque entonces se volverá totalmente débil. Nunca le dejes adivinar que sería inútil sin ti, porque entonces se volverá totalmente inútil. Debes buscar en él sus pocas hebras de fuerza y tejer su tela con ellas, y cuando las hebras sean débiles, no confiar en ellas, y proporcionarle secretamente las tuyas.

La señora Wu era muy joven entonces, y su novio gallardo y alegre, y ella sentía la ebriedad de las bodas. Nada temió.

—Lo amo —le había dicho simplemente al Viejo Señor.

Esto lo había sobresaltado, porque no era usual que una mujer hablara con tanta audacia. Pero la voz con que ella había proferido estas extraordinarias palabras era muy suave y bella, y su aire tan delicado e inocente, que El Viejo Señor no había tenido valor para censurarla.

En vez de la censura, se había limitado a inclinar la cabeza y decir:

—Entonces, tienes en tus manos el arma más afilada de la mujer.

Transcurrieron unos diez años antes de que la señora Wu llegara a la completa comprensión del hombre con quien estaba casada y a quien amaba aún con ternura. Había descubierto todos los límites de su mente y su alma tan lenta y gradualmente, que no había sentido el dolor del desengaño. El espacio contenido entre aquellos límites era pequeño. Las curiosidades y preguntas que la excitaban al principio, por suponerlas inquietudes de la inteligencia, según pudo verlo, carecían de raíz. Sólo eran maneras de matar el tiempo. A nada llevaban. En cualquier momento su marido podía cansarse de una interrogante y dejar de perseguirla, y entonces ella tenía que descubrir hacia dónde soplaba el viento siguiente.

Fue entonces cuando la señora Wu franqueó los límites de su marido y dejó a los suyos toda la expansión posible.

Pero no se lo dijo. En realidad...; ¿por qué había de decírselo, ya que él no la comprendería? Dentro de los límites de su marido quedaba buena parte de su persona, de modo que él la suponía aún a su lado. Pero la señora Wu había comenzado ya a soñar con su cuadragésimo cumpleaños y a trazar sus planes para ese día.

Ahora decidió ir a decirle personalmente al señor Wu que había encontrado a Ch'iuming y que ésta se hallaba dispuesta. Él debía de haberlo oído de los criados, pero, con todo, ella debía decírselo. Convenía no perder tiempo, ya que Fengmo había visto a la muchacha. Para un joven el haber visto a una muchacha podía no significar nada, pero también podía significar mucho. En la marejada de la juventud hay un momento en que semejante encuentro, por accidental que sea, puede resultar tan peligroso como una cita. Si el señor Wu tenía el ánimo dispuesto, ella le enviaría a Ch'iuming apenas estuviera preparada.

Aquella luminosa mañana estival, Ch'iuming se sentía bastante feliz. La señora Wu había enviado a Ying a una tienda en busca de algodón floreado de buena calidad y de seda de calidad mediana, y un empleado había traído piezas de ambos paños. La señora Wu escogió lo suficiente para hacerle a Ch'iuming tres mudas de ropa. Quería complacer a la muchacha, de modo que le permitió indicar sus colores y dibujos favoritos, y le gustó que la moza eligiera dibujos pequeños y colores suaves. Se sintió más satisfecha aún al ver que Ch'iuming se ponía a trabajar inmediatamente, para hacerse la ropa ella misma.

Ch'iuming se puso de pie ante la mesa cuadrada y extendió allí antes que nada el algodón estampado. Luego, se detuvo, con las tijeras de hierro en el aire.

—¿Los corto a la manera de sus vestidos, hermana mayor? —preguntó.

Los suyos eran de mangas anchas y chaqueta corta, como los de la gente de campo.

—Ying te ayudará a cortar el modelo adecuado a esta casa —respondió la señora Wu.

De modo que Ying había medido y marcado con un trozo de piedra blanca cretácea y luego había cortado el paño para que se amoldara al cuerpo esbelto y curvo

de Ch'iuming.

Y mientras ocurría esto, la muchacha estaba en un éxtasis de purísimo placer.

—Jamás tuve un vestido de paño nuevo —murmuró.

Después de cortadas las piezas, enhebró su aguja y se deslizó el anillo de latón de su dedal sobre el índice y sentóse, sumida en un sueño de júbilo. Cosió lenta y cuidadosamente, mientras Ying trataba de que las puntadas fuesen pequeñas y parejas. Al observar a Ch'iuming, la señora Wu volvió a sentir aquella extraña punzada de vaga culpa, como si se preparase a hacerle un mal a aquella muchacha. Decidió ir inmediatamente en busca del señor Wu y le hizo señas a Ying de que acudiera un momento a la habitación contigua. Allí, cuando ya no pudo oírlas la muchacha, dijo:

—Debes ayudarla. Cuida de que tenga pronto un juego completo de ropa interior y otro de vestidos de calle. Quizá yo la mande mañana, según lo que me depare el día.

—Sí, señora —dijo Ying, tratando de que su rostro y su voz no revelaran placer ni tristeza.

La señora Wu salió de su patio por primera vez desde que se había instalado allí. Como acto de respeto, se detuvo a visitar a La Vieja Señora. La encontró bien, sentada al sol junto a su puerta y desusadamente alegre, mientras una doncella le frotaba con aceite los pies y tobillos, casualmente algo hinchados.

—Fueron los cangrejos —dijo La Vieja Señora—. Los cangrejos siempre me hinchan los pies. Pero, ya que puedo bajar a la tumba de un momento a otro..., ¿he de privarme de los cangrejos por eso? De poco me sirven, de todos modos, mis pies y tobillos. Además con los cangrejos bebo mucho vino para quitarles el veneno.

La Vieja Señora parecía haber olvidado totalmente que estaba irritada con su nuera a causa de la concubina y la señora Wu no se lo recordó. Inclínose y examinó los hinchados pies de La Vieja Señora y le indicó a la doncella que los frotara hacia arriba, de modo que la sangre subiera antes que descender. Luego siguió su camino.

Esperaba encontrar al señor Wu en su patio de antes más bien que en el de él, de modo que se encaminó allí. En aquel patio, sus plateadas orquídeas se estaban marchitando. Se inclinó para observar las hojas y entonces fue cuando advirtió al señor Wu, sentado en su habitación con ropa de casa. Debido al calor, vestía un par de pantalones blancos de seda holgada en los tobillos y una chaqueta de seda abotonada sobre el liso pecho. Se daba aire con un abanico de seda blanca donde estaban pintados bambúes verdes y en la mano tenía un tazón de té. Sobre la mesa veíanse los platos vacíos de su desayuno. La señora Wu notó turbación y cierto aire huraño en su rostro hermoso y propio del hombre bien nutrido, y le habló jovialmente, bajo el impulso de la costumbre.

—Creo que es hora de volver a plantar peonías en este patio. ¿Qué opinas, padre de mis hijos?

—Nunca me han gustado esas orquídeas grises —contestó él—. Me gusta algo

con color.

—Las haré sacar y ordenaré que planten peonías hoy mismo —prosiguió la señora Wu—. Si las compramos en tiestos, seguirán floreciendo sin ser molestadas.

Su marido se puso de pie y salió despaciosamente del aposento al patio y se detuvo junto a ella, contemplando las orquídeas.

—Peonías rojas y rosadas —dijo, con aire serio—. Y una blanca por cada cinco, digamos, de las rojas y rosadas.

—Una buena proporción —asintió ella—. ¿Dónde está Yenmo?

Su hijo menor estaba habitualmente cerca de su padre.

—Lo mandé ayer al campo —dijo con tono solemne el señor Wu—. Es demasiado joven para el alboroto de esta casa.

—Has sido muy precavido —le dijo su esposa—. Eres muy prudente.

Lo miró afectuosamente. Era un hombre alto, algo grueso, porque le gustaba comer.

—¿Cómo estás esta mañana? —le preguntó ella—. Pareces un príncipe de Chu.

—Bien —dijo él—. Muy bien.

Pero la señora Wu notó en él cierta impaciencia. Sonrió.

—No te he olvidado —dijo, con su bella voz pródiga de ternura.

—Creí que sí —gruñó él, y entreabrió la chaqueta y se abanicó rápida e intensamente durante un momento el pecho desnudo—. Me he sentido muy solitario mientras esperaba que tomaras una decisión. ¡Yo soy un buen marido, Ailien! Otro hombre no habría soportado esta separación durante tanto tiempo. ¡Durante todos estos días! ¡Basta ya, te digo!

—No te he olvidado ni un momento —dijo ella—. He buscado diligentemente y la joven está aquí.

Un vivo carmesí arreboló el semblante del señor Wu.

—Ailien —dijo—, no vuelvas a hablar de eso.

—Debes de haber oído decir que está aquí —prosiguió la señora Wu, con su clara voz.

—No le presto atención a la charla de los sirvientes —dijo él, con aire majestuoso.

Pero ella sabía que aquello era mera jactancia. El señor Wu escuchaba todo lo que le decía su criado y festejaba sus chistes, porque aquel hombre era un payaso y sabía que a su amo le gustaba reír.

La señora Wu se dirigió con garboso andar hacia un banco del jardín.

—La joven es realmente adecuada —murmuró, y sus delicadas manos se posaron con su tranquilidad usual sobre su regazo—. Sana, joven, linda, inocente...

—¿No sientes celos en absoluto? —la interrumpió él, con esperanza.

La límpida luminosidad del sol lo envolvía y su mujer contempló con aire estimativo el cuadro que ofrecía: lustroso cabello negro, suave piel dorada, hermosos labios y grandes ojos audaces.

—Eres tan gallardo —dijo, sonriendo— que podría sentirme celosa si ella no fuera tan criatura, tan simple, tan menos que nada entre tú y yo.

—No puedo comprender por qué te has vuelto tan monstruosamente fría de la noche a la mañana —se quejó él—. Ailien, la semana pasada eras... como siempre. Esta semana...

—He cumplido los cuarenta años —dijo ella por él, sonriendo aún y con un gesto le indicó que se sentara a su lado—. Ven —insistió zalameramente—. Siéntate.

El señor Wu acababa de sentarse cuando su esposa vio que Fengmo franqueaba el umbral. El hijo se asomó, vio a sus padres el uno junto al otro y se alejó rápidamente.

—¡Fengmo! —llamó la señora Wu.

Pero, él no la oyó y no volvió.

—Debemos casar a nuestro tercer hijo —le dijo la señora Wu a su marido—. ¿Qué te parece si yo le hablara inmediatamente a la señora Kang... mañana, quizá..., y le pidiera a Linyi?

—Tú has elegido siempre las esposas de los muchachos —replicó él.

—Tsemo escogió la suya —le recordó ella—. Quiero evitar que Fengmo cometa el mismo error.

—Me parece bien —dijo el señor Wu.

La señora Wu notó con satisfacción que la voz de él no revelaba interés cuando pensaba en Linyi. La había olvidado. Sólo pensaba en sí mismo. Decidió hablarle con franqueza, como si le hubiese encargado un traje nuevo o un par de zapatos.

—A menos que te opongas, te enviaré mañana a la muchacha —dijo.

El vivo tono carmesí invadió nuevamente las mejillas del señor Wu. Metió el pulgar y el índice en el bolsillo pequeño de su chaqueta y sacó una cajetilla de cigarrillos extranjeros, extrajo uno de ellos y lo encendió.

—Sé que eres una mujer tan endiabladamente obstinada, que podría matarme luchando contra tu deseo —murmuró, entre bocanadas de humo—. ¿Por qué habría de matarme?

—¿Acaso mi obstinación ha perjudicado alguna vez tu felicidad? —inquirió ella, con voz grávida de risa—. ¿Acaso no he sido siempre obstinada por tu bien?

—No me hables de ese asunto —dijo él, y lanzó bruscamente una bocanada de humo—. ¡No vuelvas a mencionarme jamás a esa muchacha!

—No hay motivo para que hablemos de ella —convino la señora Wu—. Te la mandaré mañana por la noche.

En la verja que daba al patio, vio otra figura y reconoció a su hijo mayor, Liangmo. También él estaba de paso, o lo parecía al menos.

—¡Liangmo! —llamó la señora Wu.

Pero también Liangmo se fue y no volvió.

El señor Wu se puso de pie repentinamente.

—Ahora recuerdo que he prometido encontrarme con un hombre en la casa de té —le dijo a su mujer—. El administrador de las tierras cree que debiéramos comprar

esa parcela que mi abuelo, hace tres generaciones, le dio a uno de sus criados que le salvó la vida. Los descendientes de ese hombre están dispuestos a vender, y eso les devolvería a las tierras su forma de antaño.

—Me parece muy bien —dijo la señora Wu—. Pero eso no debe costar más de setenta y cinco dólares cada quinto de acre.

—Podríamos darle ochenta —dijo el señor Wu.

—Me gustaría que no excediera de esa cantidad —manifestó ella—. Debemos pensar en nuestros hijos.

—No más de ochenta —le prometió el señor Wu.

Le volvió la espalda y entró en la casa, y ella se levantó a su vez y se dispuso a marcharse. Pero, al llegar al umbral, el señor Wu se detuvo, se volvió y después de mirarla, exclamó:

—¡Ailien, yo no puedo tomar sobre mí la culpa de nada!

—¿Quién te culpará? —replicó ella—. Y, por lo demás, he olvidado decirte su nombre. Se llama Ch'iuming. Será la luz radiante de tu otoño.

El señor Wu oyó estas palabras, abrió la boca, la cerró y se fue.

La señora Wu contempló con aire pensativo las orquídeas que se marchitaban.

«Quiso maldecirme —pensó—, pero no supo cómo hacerlo».

Repentinamente, se sintió tímida y anheló volver a sus tranquilos aposentos. Pero sabía que no debía hacerlo, por obligación con sus hijos, que la estarían esperando. Debía visitarlos a todos, hijo por hijo.

Encontró a Liangmo en el patio contiguo, que era el hogar de su hijo y su familia. Un hogar sereno y feliz. El hijito de Liangmo estaba jugando con su nodriza en el patio y se adelantó hacia la señora Wu al verla. Ésta le acarició las mejillas y se inclinó para aspirar el grato olor de su carne.

—Pastelito de carne —dijo tiernamente—. ¡Ah, qué bien huelen tus mejillas!

Liangmo oyó su voz y salió de su casa. Vestía traje de calle.

—Aquí estoy, madre. Me disponía a salir a los alrededores de la ciudad y ver cómo crece el arroz. Es hora de medir la cosecha.

—Aplaza tu salida, hijo mío —dijo ella.

Liangmo extendió el brazo y ella apoyó la mano sobre él para sostenerse y así él la condujo hasta un banco del jardín situado bajo un pino, que habían curvado sobre el banco como un dosel.

—He venido a pedirte que vayas con tu padre a la casa de té. Piensa recobrar la parcela de tierra que la familia Wang ha poseído durante estas tres generaciones. Su hijo actual, como sabes, es un fumador de opio, y la oportunidad es buena para reincorporar este terreno a nuestras posesiones. Pero debes ir para tratar de que no se ofrezcan más de setenta dólares. Tu padre habla de ochenta. Pero eso puede obtenerse por setenta. La gente nos roba porque nos cree ricos, y nadie es lo bastante rico para que le roben.

—Iré, madre —dijo Liangmo—. Claro está que iré.

La señora Wu le vio vacilar, y comprendió inmediatamente que su hijo quería preguntarle por Ch'iuming. Pero ella había decidido no hablar de la muchacha con ninguno de sus hijos. No convenía permitir que una de las generaciones discutiera a la otra.

—¿Dónde está Meng? —preguntó—. No he vuelto a verla desde mi cumpleaños. Quiero preguntarle (y también a ti, hijo mío) qué opina de Linyi para esposa de Fengmo.

—¿Linyi? —Liangmo no había pensado en esto—. Pero... ¿permitirá Fengmo que lo decidas por él?

—Si no lo permite, dejaré que él solo decida casarse con Linyi —dijo la señora Wu, con bella y suave risa—. Nunca obligo a nadie a hacer nada.

En ese momento, Meng salió de la casa. El principal de sus defectos era que por la mañana estaba soñolienta y seguía desaliñada al par de horas de haberse levantado. Aquella mañana, al oír llegar a la señora Wu, estaba sentada con la ropa interior y sin peinar. Y se había refugiado precipitadamente en el cuarto de dentro para adecentarse. Salió con el aire de una rosa, ni en capullo ni plenamente florecida. Su estado la volvía suave y dulce en su laxitud. Sus grandes ojos estaban húmedos y sus labios entreabiertos. Se había colgado de las orejas las perlas que la diera la señora Wu.

—¿Es usted, madre? —exclamó adelantándose, a guisa de saludo.

—¡Qué bien te quedan las perlas! —exclamó la señora Wu y miró a Liangmo—. Ve, hijo mío —dijo, con la hermosa autoridad que nunca parecía real por ser tan leve—, Meng y yo conversaremos un poco.

Cuando Liangmo se hubo marchado, la señora Wu examinó a Meng de la cabeza a los pies.

—¿Vomitas ya? —preguntó, afectuosamente.

—Estoy empezando a hacerlo —contestó Meng—. Mejor dicho, siento náuseas, pero no pasa nada.

—Diez días más y empezarás —dijo la señora Wu—. Todo niño sano, sobre todo si es varón, hace vomitar siempre a la madre durante tres meses.

—Ése lo ha hecho —dijo Meng, frunciendo el rojo labio inferior al mirar a su hijito, que estaba cabalgando sobre las espaldas de su nodriza.

La señora Wu necesitaba siempre tiempo para iniciar una verdadera conversación con Meng. Ninguno de los hijos de la señora Kang tenía la amplitud física y mental de su madre. La señora Wu meditó en esto al contemplar la pequeña y regordeta figura de Meng, y su rostro y sus manos, pequeños y exquisitos. Se hubiera dicho que su amiga se había dividido en nueve partes en sus hijos. La señora Wu, por su parte, al dar a luz a sus hijos, no había tenido la sensación de dividirse. Los había creado íntegramente nuevos, y sus hijos habían sido separados de ella al nacer. Pero Meichen no se había separado de sus hijos.

—Meng, hija mía —prosiguió la señora Wu—. Vengo a verte en demanda de consejo. ¿Qué te parece si yo le pidiera a tu madre que me diese a tu hermana Linyi

para Fengmo? Son casi de la misma edad. Tu hermana tiene, según creo, cuatro meses menos que Fengmo. Es linda y Fengmo es bastante bien parecido. Ambos son sanos. No he consultado aún los horóscopos, pero sé que sus meses de nacimiento son adecuados. Ella es agua y él es piedra.

—¡Cómo me gustaría tener aquí a mi hermana! —exclamó Meng.

Batió palmas, y sus anillos tintinearón al chocar. Luego dejó caer las manos.

—Pero debo decirte una cosa, madre. Linyi considera que Fengmo es anticuado.

—Pero... ¿por qué? —preguntó la señora Wu, asombrada.

—No ha ido a la escuela. Ha crecido aquí, en esta casa —explicó Meng.

—Tu madre nunca debió permitir que Linyi fuese a la escuela ese año en Shanghai —dijo la señora Wu.

La severidad endureció las hermosas líneas de su boca.

—Desde luego, Fengmo podría ir aún a la escuela —dijo Meng, disimulando un bostezo detrás del hoyuelo de su mano.

—No alejaré a Fengmo en una época en que no se ha formado aún. Quiero que sea esta casa quien modele a mis hijos, no una escuela extranjera —replicó la señora Wu.

Meng nunca discutía.

—¿Debo preguntárselo a Linyi? —inquirió.

—No —dijo la señora Wu, con aire digno—. Yo misma hablaré con tu madre.

La señora Wu, por un momento, se sintió descontenta de Meng. Pero antes de que pudiera meditarlo, el rostro juvenil de la joven acusó un sobresalto.

—¡Oh, cielos! —exclamó, y juntó las manos sobre el vientre.

—¿Qué te pasa, ahora? —inquirió la señora Wu.

—¿Podría ser el niño lo que siento... tan temprano? —dijo con solemnidad Meng.

—Otro varón —declaró la señora Wu—. Cuando despierta tan temprano, es un varón.

Habría sido indecoroso demostrar impaciencia con Meng en aquel momento, de modo que la señora Wu se dominó. A las mujeres jóvenes sólo se les pedía que cumplieran con sus funciones. Y Meng lo hacía.

La señora Wu se levantó.

—Debes tomar un poco de caldo caliente, hija —dijo—. El caldo de arroz es el mejor. Cuando el niño se mueve, es porque tiene hambre.

—Lo beberé —dijo Meng—, aunque acabo de terminar mi comida de la mañana. Pero tengo hambre día y noche, madre.

—Come —dijo la señora Wu—. Come hasta hartarte y hasta que se harte tu hijo.

Se fue y mientras seguía atravesando los viejos y hermosos patios, se sintió desgajada de su propio ser y arrastrada como tantas otras veces por el torrente de aquella familia Wu, en la cual ingresara muchos años antes. La vida y el casamiento, un nacimiento y otro casamiento, todo se sucedía en aquel torrente. ¿Por qué había de

impacientarse ella con Meng, que sólo podía pensar en tener hijos?

«Con mis hijos también yo he aportado mi parte a ese río de vida», se dijo la señora Wu. Ahora su deber era solamente mantener el fluir del torrente libre y sin trabas en cada generación. Alzó la cabeza y aspiró el aire de la mañana. Fuera de aquel deber, era libre.

Pero quedaba aún Tsemo. No vería a Fengmo mientras no supiera la intención de Linyi. Yenmo se había marchado. Apenas hubiera saludado a Tsemo y Rulan, habría completado sus tareas del día.

El patio de Tsemo era el menos agradable de todos. Cuando la señora Wu pisó aquel reducido espacio, se arrepintió de la venganza que se había tomado contra Tsemo a causa de su boda. Sólo había dos aposentos y miraban al Norte. El sol no los calentaba en invierno, y en verano eran húmedos.

Encontró a Tsemo en el cuarto principal. Estaba secando una tinta extranjera que se le había derramado de la botella y la señora Wu le miró la cara y lo notó irritado. Aquel hijo suyo se irritaba a menudo, mostrando la hermosa boca inclinada y los ojos crueles. Así estaba ahora.

La señora Wu se detuvo en el umbral.

—Y bien, hijo... —dijo, después de saludarlo—. ¿Estás solo?

—Rulan está enferma —respondió él, tirando sobre el piso el trapo manchado de tinta.

—¿Enferma? Nadie me lo dijo —dijo la señora Wu, franqueando el alto umbral de la puerta y entrando.

—No tenía buena cara y le dije que se quedara en cama —añadió Tsemo.

—Entraré a verla —dijo la señora Wu.

Apartó el cortinaje rojo de seda que pendía entre ambas habitaciones y entró. Era la primera vez que la señora Wu entraba en aquella habitación desde la llegada de Rulan y notó que había cambiado. La cama carecía de cortinajes y éstos habían sido sustituidos por cortinas de la ventana. En las paredes había cuadros extranjeros y entre los libros de los estantes adosados a las paredes había libros extranjeros.

Rulan estaba tendida sobre la revuelta cama. Su cabeza reposaba sobre una alta almohada y se había apartado del rostro la corta cabellera, la cual dejaba ver las orejas, pequeñas y lindas como diminutas caracolas. La señora Wu las advirtió inmediatamente.

—Hasta ahora nunca había visto tus orejas —dijo bondadosamente—. Son muy lindas. Debieras usar aretes. Te enviaré un par de zarcillos de oro.

Rulan volvió sus oscuros y brillantes ojos hacia la señora Wu.

—Gracias, madre —dijo con desusada mansedumbre.

La señora Wu se sintió alarmada ante tanta docilidad.

—¡Temo que estés muy enferma! —exclamó.

—Estoy cansada —admitió Rulan.

—Quizá llesves la felicidad en ti misma —sugirió la señora Wu.

Pero Rulan meneó la cabeza.

—Sólo estoy cansada —repitió.

Comenzó a plegar el cobertor de seda con sus dedos morenos.

—Entonces descansa —dijo la señora Wu—. Descansa. En esta casa no hay tareas que no puedan ser hechas por otra persona.

Hizo un gesto de asentimiento y volvió a salir en busca de Tsemo. Su hijo estaba escribiendo una serie de cartas extranjeras, con una pluma extranjera en la mano. Se puso de pie al ver a su madre, con la pluma entre los dedos aún.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó la señora Wu.

—Estoy practicando el inglés —dijo él.

—¿Quién te enseña? —inquirió la señora Wu.

Tsemo se sonrojó.

—Rulan —dijo.

La señora Wu comprendió rápidamente que su hijo estaba avergonzado, de modo que añadió con presteza algo más:

—Rulan está fatigada. Debe descansar.

—La obligaré a hacerlo —dijo Tsemo con vehemencia—. Es demasiado activa. Ayer concurrí a una asamblea del Comité de Reconstrucción Nacional en el salón del Consejo de la ciudad, y fue elegida presidenta del Comité. Al volver, estaba agotada.

—¿De nuevo la Reconstrucción Nacional? —preguntó la señora Wu, con argentina voz—. ¡Oh...! Eso es muy fatigoso.

—Es lo que yo le dije —convino Tsemo.

La señora Wu hizo un gesto de asentimiento y penetró con inusitada agilidad en su patio. Ch'iuming estaba sentada allí sobre un escabel, cosiendo su ropa nueva. La señora Wu se detuvo a su lado y la muchacha hizo ademán de levantarse. Pero la señora Wu la obligó con dulzura a sentarse, apoyando la mano sobre el hombro de Ch'iuming.

—Sigue cosiendo —ordenó—. Mañana es el día y debes prepararte.

La muchacha volvió a sentarse y recogió la aguja que había caído y pendía del hilo. No dijo una sola palabra. Inclinando la cabeza, comenzó a coser de nuevo con veloces y ágiles movimientos del dedo y la mano. La señora Wu, al contemplar aquella juvenil cabeza abatida, vio que un rubor tan carmesí como las flores del melocotón subía de entre los hombros de Ch'iuming y se esparcía por su redonda nuca hasta perderse en las raíces de su suave cabello negro.

* * *

En las postrimerías del día, la señora Wu decidió cómo debía entrar Ch'iuming en el patio del señor Wu. Lo menos molesto sería hacerlo silenciosamente y de noche. No había motivo para vocearlo. Aquel asunto le correspondía a la generación de ella

y su marido, y el darle alguna intervención en el asunto a la generación joven sería crearle un malestar.

De modo que, al día siguiente, la señora Wu le indicó a Ying que ayudara a la muchacha en ciertos detalles de su tocado, que Ch'iuming ignoraría, naturalmente. En cuanto a la señora Wu, se pasó el día en la biblioteca. No tenía deseos de volver a tomar los libros prohibidos. Ahora, en realidad, sentía que jamás podría volver a abrir ninguno de ellos. ¿Qué tenía ya de común ella con el hombre? En vez de esto, escogió un libro de historia y empezó a leer todo lo sucedido desde los orígenes, cuando la tierra y el cielo no estaban separados, sino confundidos en el caos.

El día transcurrió como si ella se hubiese salido de su cuerpo y viajara por el espacio. Nadie se le acercó. Sabía que toda la servidumbre esperaba su decisión y que mientras no hubiese resuelto el destino de Ch'iuming nadie iría allí. Nadie sabría cómo hablar mientras perdurara la confusión en el núcleo central de la familia. Su único visitante fue el administrador de las tierras, que le comunicó en las últimas horas de la tarde su deseo de informarle sobre la compra de la parcela. La señora Wu lo hizo llamar y cuando el administrador apareció en el umbral de la biblioteca, ella alzó los ojos de su libro y sin cerrarlo le ordenó que entrara. El administrador entró y, deteniéndose ante ella, sacó del pecho un papel doblado.

—Señora —dijo—, he traído la escritura de compra del terreno de Wang. Pagamos por él ochenta dólares. Si nuestro señor no hubiese intervenido en el asunto, habríamos podido obtenerlo por setenta, pero él recordó que la tierra había sido un regalo y que no quería ser duro.

—Deme la escritura —dijo ella, sin responder a la queja del administrador contra el señor Wu.

Tendió la mano y el administrador puso en ella el documento.

—¿Es eso todo? —preguntó la señora Wu.

Sin duda, aquel hombre sabía lo que estaba ocurriendo en la casa. Lo vio mirar rápidamente alrededor, como si sus ojos buscaran un rostro nuevo.

—¿Es eso todo? —repitió la señora Wu.

El administrador volvió sus ojos hacia ella, pero como era un hombre vulgar y corriente no pudo ocultar lo que pensaba. La señora Wu advirtió cómo se relajaban las comisuras de sus gruesos labios, cómo vacilaban sus pupilas y leyó sus pensamientos con la misma claridad con que había leído el libro prohibido.

—¿Y bien? —preguntó ásperamente.

El administrador bajó los ojos ante aquella aspereza.

—Nada más, señora —dijo—, salvo que, si usted no dispone lo contrario, sembraré habas en la nueva parcela. Es tarde para otras siembras.

—Habas, y luego trigo mocho —ordenó ella.

—Eso pensaba hacer —asintió él.

La señora Wu hizo un gesto de asentimiento y luego comprendió que el administrador esperaba algún regalito con motivo de la compra. Se levantó y sacó

una llave de su bolsillo interior y la introdujo en un cofre de madera adosado al muro, y, después de abrirlo, sacó una caja de madera sujeta con aros de hierro, la abrió y tomó algunos dólares de plata, contando diez ante los ojos de su administrador.

—Con esto le doy las gracias —expresó cortésmente la señora Wu.

El administrador adelantó la mano en ademán de protesta, retrocedió, meneó la cabeza para rehusar el regalo y luego lo tomó.

—Gracias, señora, gracias —dijo, y se retiró caminando hacia atrás hasta la puerta.

La señora Wu vio que se erguía en el patio y miraba a derecha e izquierda mientras se dirigía hacia la verja.

Pero le alegró no ver a Ch'iuming. La muchacha había tenido la atinada idea de no dejarse ver. Esto hablaba más aún en favor de ella. La señora Wu cerró el libro que había dejado abierto sobre la mesa, lo guardó y se dirigió a la sala. Ying había traído su comida de la noche y con ella la de Ch'iuming. La señora Wu examinó las viandas que iba a comer la muchacha.

—¿No le has puesto ajo o cebolla o alguna cosa de olor fuerte? —le preguntó a Ying.

—Sé qué debe hacerse —dijo lacónicamente Ying.

—¿No contiene pimienta? —insistió la señora Wu—. Eso causa acidez.

—Nada que no pueda comer un niño —repuso Ying.

Daba a su bondadoso rostro un aire hostil e indiferente, para probarle a su señora que no se había ablandado. La señora Wu sonrió al ver los irritados ojos y la fruncida boca de su doncella.

—Ying, eres la fidelidad en persona —dijo—. Pero si quieres servirme realmente, has de saber que yo sólo hago lo que deseo.

Pero Ying no quiso contestar a esto.

—Señora, su comida está en su cuarto —dijo, siempre lacónica.

De modo que la señora Wu cenó a solas en su cuarto con su melindrosa lentitud de costumbre y fumó su pequeña pipa. Más tarde fue al patio, donde un jardinero se había consagrado todo el día a trasplantar las orquídeas. Ella le había dado instrucciones sobre la manera de hacerlo y ya el trabajo estaba concluido. El jardinero había desprendido las flores y capullos y cortado las hojas externas, pero cada tallo conservaba un único chapitel de hojas nuevas. Las orquídeas vivirían. El patio donde habían florecido aquel día estaba lleno de hermosas peonías recién plantadas.

Al caer la noche, la señora Wu esperó una hora y al oscurecer volvió a entrar en la casa. Ch'iuming se había bañado, peinado y puesto la ropa nueva. Ahora, estaba rígidamente sentada sobre el borde del angosto lecho, con las manos entrelazadas sobre su regazo. Su juvenil semblante estaba cristalizado en una única expresión y nada decía. Pero la señora Wu vio resbalar, desde debajo de su cabello, alisado sobre las orejas, dos finos hilos de sudor. Se sentó junto a la muchacha.

—No debes tener miedo —dijo—. Es un hombre muy bueno.

La muchacha la miró rápidamente desde debajo de sus párpados inclinados y volvió a bajar los ojos.

—Te bastará con obedecerlo —dijo la señora Wu.

Pero se sentía algo cruel aun al decir estas palabras. Y, con todo..., ¿por qué había de sentirse cruel? La muchacha no era ya una niña. El hombre destinado a ser su esposo había muerto. De haber seguido viviendo en casa de su madre adoptiva..., ¿qué suerte hubiera podido esperar? A lo sumo, el casamiento, en su carácter de joven viuda nunca desposada, con algún otro agricultor cuya mujer hubiese muerto dejándole muchos hijos. ¡Por cierto que este destino era mejor!

De modo que la señora Wu trató de endurecer su alma. Pero la muchacha alzó furtivamente la mano y después de secarse el sudor de las mejillas guardó silencio.

—Más vale que la lleves ahora —dijo bruscamente la señora Wu a Ying, que estaba esperando.

Ying se adelantó y tomó la manga de la muchacha entre el pulgar y el índice.

—Ven —le dijo.

Ch'iuming se levantó. Su roja boca se abrió y su respiración se volvió entrecortada y permaneció inmóvil, vacilando. Sus ojos se dilataron, tornándose cada vez más negros.

—Ven —dijo Ying con dureza—. ¿Para qué le han traído, si no, a esta casa?

La muchacha miró sucesivamente a Ying y a la señora Wu. Luego, al ver que ninguno de ambos rostros le daba esperanzas de eludir su destino, inclinó la cabeza y siguió a Ying afuera del cuarto, afuera de la verja y luego afuera del patio.

Sola ya, la señora Wu se quedó sentada durante algún tiempo, absolutamente inmóvil. Ni un solo pensamiento se agitaba en su mente. La agitaban ciegas emociones y dejaba que los sentimientos siguieran su curso. ¿Estaría sufriendo? Sabía que no. ¿Le causaba remordimientos aquello? No; no sentía remordimientos, sino el vacío que puede sentir una alma abismada en la muerte.

Luego alzó la cabeza. Su boca tembló. ¿Acaso las almas nonatas no existían también en un vacío semejante? La señora Wu se levantó y salió al patio y elevó los ojos hacia el oscuro cielo. La noche era suave y negra y el cuadrado del cielo sobre el patio estaba cubierto de nubes, entre las cuales no brillaban estrellas. Llovería antes de la mañana. Pero ella siempre dormía bien en las noches lluviosas.

Ying volvió y pasó a su lado, sin verla en la oscuridad. Entró en la casa desierta y su abandono la sobresaltó.

—¡Oh, cielos! —la oyó murmurar la señora Wu—. ¿Adónde habrá ido ahora? Señora... ¡Señora! —gritó la voz de Ying.

—Aquí estoy, estúpida —dijo tranquilamente la señora Wu desde la puerta—. Salí al patio para ver si llovería.

Ying estaba verde como cuajada de habas viejas. Se llevó la mano al corazón.

—¡Oh, señora! —dijo, con voz entrecortada—. Yo pensé..., pensé...

La señora Wu se echó a reír.

—Si dejaras de pensar, serías mucho más feliz. Deja eso de pensar por mi cuenta, Ying. No te hace falta.

Ying suspiró y dejó caer la mano.

—¿Quiere acostarse ahora, señora, como de costumbre?

—¿Por qué no? —replicó la señora Wu, con su bella voz de siempre—. Está empezando a llover. Lo oigo en el tejado.

Una hora después trepaba al grande y alto lecho. Recién bañada, recién vestida con su traje de noche, de seda blanca, se acostó.

Repentinamente, Ying se echó a llorar.

—¿Qué novia es tan bella como usted? —exclamó entre sollozos.

La señora Wu había dejado caer la cabeza sobre la almohada. La levantó nuevamente.

—¿Cómo te atreves a llorar cuando yo no lloro? —dijo.

Dominando sus sollozos, Ying aflojó los cortinajes y los corrió a través del lecho. Y oculta tras de su esplendor de raso, la señora Wu juntó sus manos sobre el pecho y cerró los ojos. Sobre el techo de tejas, allá arriba, oía el incesante y tranquilizador torrente de la lluvia.

* * *

Ch'iuming había avanzado a través de las tinieblas en una dirección que le era extraña. No había salido ni una sola vez del patio de la señora Wu desde su llegada. Al verse ahora alejada de allí se sentía absolutamente desamparada, tan huérfana como si la mujer que le había dado el ser la hubiese abandonado ante las murallas de una ciudad. Entonces no había comprendido su desamparo. Ahora lo comprendía.

Pero su vida había sido tal, que, desde mucho antes, había aprendido a ser silenciosa, porque ninguna voz podía oírla si llamaba. Ying asía aún su manga entre el pulgar y el índice y ella sentía que aquella leve presión guiaba sus pasos. Pero no le habló a Ying.

Y también Ying había guardado silencio mientras pisaba las losas de un patio tras otro. En el patio de La Vieja Señora reinaba el silencio, porque aquella anciana se iba a la cama al atardecer. Desde no se sabe dónde, al Oeste, llegó el llanto de un niño. Era el vástago del hijo mayor. Al Norte, Ying oyó o creyó oír los sollozos de una mujer. Se detuvo a escuchar.

—¡Un momento! —dijo—. ¿Quién está llorando de noche?

Ch'iuming alzó la cabeza.

—No lo oigo ya —dijo Ying—. Quizá sea solamente una paloma plañidera.

Prosiguieron la marcha. El corazón de Ch'iuming empezó a latir desordenadamente. Todos sus sentidos se excitaron. Sintió el aire húmedo sobre su piel. Sí, oía sollozar a una mujer. Pero... ¿qué mujer podía estar llorando en aquellos patios? Ch'iuming no lo preguntó. ¿Qué podría hacer ella aunque lo supiese?

Advirtió claramente su impotencia y eso la asustó, y también ella sintió deseos de llorar. Necesitaba hablar, necesitaba llegar hasta alguna alma viviente y oír una voz que le contestara, aunque sólo fuese la de aquella criada.

—Me parece extraño que me necesiten —dijo, con voz entrecortada—. Pensé que él querría alguna muchacha de una casa de té, alguna que supiera... Yo sólo he vivido en el campo...

—Nuestra señora no habría permitido vivir en nuestra casa a semejante muchacha —dijo con frialdad Ying.

Antes de que Ch'iuming pudiera volver a hablar, llegaron. El patio estaba lleno de peonías. Una linterna proyectaba su luz sobre ellas y las flores brillaban entre las sombras.

—Aquí no hay nadie —anunció Ying.

Señaló el camino y Ch'iuming la siguió. Vio una gran habitación, la más grande que había visto en su vida. El mobiliario era suntuoso y oscuro y de las paredes pendían cuadros. En los vanos de las puertas, el viento nocturno agitaba suavemente los cortinajes de raso. Éstos destacaban su escarlata contra el marfil de los muros. Ella viviría allí..., si le agradaba a él.

Pero... ¿dónde estaba él?

No lo preguntó y Ying no habló de aquel hombre. Con la misma frialdad, le ayudó a Ch'iuming en sus preparativos para acostarse. Sólo cuando la muchacha se sentó en el borde del lecho y Ying vio su pálido rostro, se apiadó.

—Debes recordar que ésta es una casa honorable —dijo con voz sonora—. Si cumples aquí con tu deber, no tendrás motivo para temer nada. Él es bueno y ella tan sabia como buena. Eres una mujer de suerte. ¿A qué viene tu miedo, pues? ¿Tienes un hogar al cual correr, o una madre que vuelva a recibirte?

Ch'iuming meneó la cabeza y el carmesí afluyó a sus mejillas. Se tendió y cerró los ojos. Ying corrió los cortinajes y se fue.

Detrás de los cortinajes, Ch'iuming yacía sola y llena de terror. ¿Qué le ocurriría dentro de la hora o las dos horas siguientes? Aquella gran casa la rodeaba. Desde alguna parte, oyó llegar el golpeteo de las piezas de mahjong. Estaban jugando los criados... ¿O serían los hijos? ¿O quizás él, con sus amigos? ¿Habrían llevado alguna vez a semejante casa a una concubina, sin haberlo visto siquiera? Se diría que ella era una esposa y no una concubina. Pero la esposa era aquella señora mayor, no ella. ¿Y acaso podía ella compararse en hermosura con aquella esposa y gustarle a él después de semejante mujer, cada uno de cuyos gestos reflejaba la belleza?

«Soy tan vulgar —pensó Ch'iuming—. ¡Hasta mis manos!». Las levantó en las tinieblas y volvió a dejarlas caer. Eran toscas y la fina seda del cobertor se enredaba en ellas.

Ch'iuming recordó a la mujer que había sollozado. ¿Quiénes más vivían en la casa? Los hijos y las esposas de los hijos. Ella debía hacer las paces con todos ellos, para que no la odieran. Y los numerosos criados... ¿serían tan buenos como Ying? ¿Y

para qué llamaba uno a los criados? A ella, que no tenía con qué pagarlos cuando necesitara un servicio..., ¿le permitirían servirse a sí misma?

—Ojalá estuviera en mi cama de nuevo —gimió, conteniendo el aliento.

Había dormido siempre en un pequeño colgadizo, junto a la habitación de su madre adoptiva. Su lecho lo habían constituido unas tablas tendidas sobre dos bancos y de noche podía oír la respiración del buey y el aleteo de las escasas aves domésticas que descansaban en un gallinero. Sobre las tablas había un cobertor de algodón que usaba para envolverse y que le servía a un tiempo de colchón y cobertor. A veces, por la mañana, la despertaban excrementos de pájaros que le goteaban sobre el rostro, ya que los gorriones se refugiaban debajo de los cabrios.

Luego pensó en el niño con quien se había criado, el hijo de su madre adoptiva, pero que jamás había sido su hermano. Recordaba, desde que tenía uso de razón, que la habían llevado allí para ser su esposa. No lo había amado porque lo conocía demasiado bien. Era un niño de granja como todos los demás del pueblo. Le parecía ver su rostro redondo y sus mejillas regordetas, al evocarlo tal como era cuando ella había sido una niña. Luego se había vuelto alto y flaco, y ella empezaba a tenerle miedo, cuando él murió. Ella ni siquiera se había hecho un ajuar de bodas. Él había muerto muy joven, antes de que ella empezara a considerarlo realmente su marido. Al morir el hijo, su madre adoptiva la había culpado a ella.

—Has traído una maldición a mi casa —le había dicho—. Debía haberte dejado morir junto a las murallas de la ciudad. No estabas destinada a mi hijo.

La muchacha recordaba cómo la habían herido estas palabras. El cortijo era su único hogar, aquella mujer su sola madre. No había sido mala, pero al oírle esas palabras, Ch'iuming comprendió que ella había vuelto a ser simplemente una parásita y que estaba de más en aquella casa. Al venir Liu Ma y cerrarse el trato, nada dijo.

«¿Qué podía hacer sino venir aquí?», se preguntó.

En aquel momento oyó pasos y le pareció que la sangre se detenía en sus venas. Agarró el cobertor de seda y se lo subió hasta el mentón y contempló fijamente los cortinajes corridos. Éstos se separaron. Vio el rostro bello y severo, ni joven ni viejo y enrojecido por la bebida. El olor a vino llegó hasta el lecho. Él la contempló fijamente durante todo un minuto, y luego volvió a cerrar los cortinajes con suavidad.

Durante largo tiempo, Ch'iuming nada oyó. ¿Se habría ido él? No se atrevió a moverse. Estaba tendida en la impenetrable tiniebla, esperando. Si no le había gustado, la echarían al día siguiente. Pero... ¿adónde podría ir? Si la despedían..., ¿le darían algún dinero? ¿Qué suerte corrían las concubinas que no gustaban? Se sintió tan asustada ante semejante destino, que todo le pareció preferible a aquello.

Se sentó impetuosamente en el lecho y separó los cortinajes con una mano y miró. Él estaba sentado, inmóvil, en un gran sillón. Se había quitado parte de la ropa y sólo tenía puesta la interior, de seda blanca. Pero... ¿cómo había podido moverse tan silenciosamente que ella no lo había oído?

Lo miró y él la miró a ella. Luego, Ch'iuming cerró rápidamente los cortinajes y

se tendió y ocultó su rostro en sus manos. ¡Él! La muchacha oyó su suave y pesado andar sobre los mosaicos del piso. Los cortinajes de seda se abrieron como si los desgarraran y Ch'iuming sintió que las manos de él apartaban las suyas de su rostro.

V

La señora Wu despertó del sueño, profundo como nunca. Era de mañana ya y había dormido toda la noche de un tirón. Esto le sucedía por primera vez. La vela nueva que Ying había puesto sobre la mesa la noche anterior, junto a su lecho, conservaba aún su pábilo blanco.

Su primera sensación fue de descanso total. La fatiga había desaparecido de su cuerpo y de su alma. Pero también sentía algo de familiar en aquel alivio. Evocó su pletórica vida de antaño y reencontró su memoria. Lo mismo había sentido al nacer cada uno de sus hijos. La carga de sus entrañas, en el curso de los diez meses lunares, se había vuelto cada vez más pesada y próxima e invasora, hasta tal punto, que sólo el más cuidadoso autodomínio le había permitido conservar el suave equilibrio que era su atmósfera. Luego había ocurrido el nacimiento del hijo. Pero para ella, más que un nacimiento, había sido una reivindicación de su cuerpo. Lo primero que se le ocurría al cesar repentinamente el dolor y al oír el penetrante vagido del niño separado, era siempre la idea de su libertad. Apenas le llevaban al niño, lavado y vestido, comenzaba a amarlo por lo que era, pero nunca por formar parte de ella misma. En realidad, no deseaba la división de sí misma. Sólo quería volver a ser ella misma íntegramente.

De modo que aquella mañana sintió de nuevo que se integraba, pero de una manera más profunda y completa. Había cumplido con todo su deber. En aquella casa a nadie le faltaba lo necesario.

Pero se acordó de su tercer hijo, Fengmo. ¡Ay! ¡No sería del todo libre mientras él no se casara!

Al pensar en eso, se levantó y metió sus pequeños y estrechos pies en las bordadas pantuflas de raso negro que Ying dejaba siempre sobre el largo escabel, junto a la cama. Los pies de la señora Wu eran algo más angostos de lo resuelto por la naturaleza. Esto se debió a que mucho antes, a los cinco años de edad, su madre había empezado a ligarlos. Su padre viajaba entonces por el extranjero con el príncipe Li Hung Chang. Ella conocía las fotografías de su padre tomadas en aquellos países extranjeros y su nodriza le había hablado de su sabiduría y bondad. Su madre, asimismo, le había hablado de él con frecuencia, pero siempre para corregir en ella cierta indocilidad. «¿Qué te diría ahora tu padre?», le había preguntado a menudo. Como la niña no podía contestar a esto, ya que lo ignoraba, siempre cedía en su obstinación. Cuando la madre llamó a la niña cierto día, y la criatura vio las largas vendas de tela y algodón, comenzó a llorar. Había visto todo aquello cuando le sucedió a su hermana mayor, aquella hermana que antaño había corrido y jugado tan alegremente y que ahora se pasaba el día silenciosa, abatida sobre su bordado, sin querer apoyarse siquiera sobre los pies vendados y doloridos.

La madre se había levantado para mirar severamente a su segunda hija.

—¿Qué diría tu padre si volviera y te encontrara con unos pies anchos como los

de la mujer de un agricultor? —había preguntado.

Los sollozos de la niña se habían reducido a un lloriqueo y se dejó vendar los pies.

La señora Wu recordaba aún aquel mes de torturas. Luego había llegado la carta que anunciaba el regreso de su padre. Ella había soportado medio mes más, en homenaje a aquél. Al volver su progenitor, la niña se había forzado a caminar hacia él sobre aquellos piecitos. ¿Qué alegría era comparable con la que había sentido entonces? Antes de que tuviera tiempo de ver el rostro de su padre o de pronunciar su nombre, él había proferido un ronco grito y la había alzado en sus brazos.

—¡Quítenle esas vendas a los pies de la niña! —había ordenado.

Y luego, el alboroto y la gritería. La señora Wu nunca había podido recordar una sola palabra de aquella batalla entre sus mayores, pero jamás olvidó la tempestad. Su madre había llorado y su abuela chillado de rabia, y hasta su abuelo había gritado sin cesar. Pero su padre se había sentado con ella sobre sus rodillas y le había quitado con sus propias manos las vendas, liberándole los pies. Le parecía recordar aún el dolor, la alegría de los pies liberados. Su padre los había tomado en sus manos, el uno y luego el otro, y los había frotado con dulzura para devolverles la sangre, y aquella sangre que había acudido a las oprimidas venas había sido primero un tormento y luego un placer.

—Nunca..., nunca —había murmurado él.

La niña se había aferrado a su padre, gritando contra su pecho:

—¡Si no hubieras vuelto a casa!

Su padre había vuelto a tiempo para salvarla. Podría volver a correr a los pocos meses. Pero para los pies de su hermana mayor era demasiado tarde. Tenía rotos los huesos.

Después de aquello, la casa sólo había presenciado trastornos durante tres años. Su padre había aprendido en los países nuevos costumbres nuevas e insistió en que a la niña le enseñaran a leer. Al morir su progenitor de un repentino cólera, al terminar un cálido estío tres años después, era demasiado tarde para volver a vendarle los pies a la niña y también para que viviera en la ignorancia, porque ya sabía leer. Hasta se le permitió seguir con sus lecturas porque estaba comprometida y al Viejo Señor le agradaba que supiese leer y que no tuviese ligados los pies.

—Tenemos mucha suerte por haber encontrado una familia rica tan indulgente —había dicho su madre.

La señora Wu recordó a su padre en el momento en que metía los estrechos pies en las pantuflas. Sentía nuevamente un poco de aquella alegría de la libertad. Sonrió y llegó Ying y la sorprendió riendo.

—Señora —la regañó Ying—. ¡Es usted demasiado feliz esta mañana!

Miró a su ama y, a pesar de todos sus deseos de portarse decorosamente, no pudo contener una sonrisa.

—Parece una niña traviesa —dijo.

—No trates de entenderme, alma buena —dijo alegremente la señora Wu—. ¿Por qué has de atormentarme? Seamos simplemente los de siempre. Dime... ¿Está hermoso el día?

—Como si nunca hubiese llovido —contestó Ying.

—Entonces vísteme para hacer una visita —dijo la señora Wu—. Iré a ver a la señora Kang apenas haya comido. Tengo que hablar con ella de un asunto. ¿Qué te parece su Linyi para nuestro Fengmo?

—Dos nudos en la misma cuerda —respondió Ying, pensativamente—. Bueno, señora. Más vale repetir una cosa buena que una mala. Nuestro joven señor es bastante feliz con la hija mayor de los Kang. Pero nuestro segundo señor le pegó anoche a su esposa.

—¿Tsemo le pegó a Rulan? —exclamó la señora Wu.

—La oí llorar —dijo Ying—. Debe de haberle pegado.

La señora Wu suspiró.

—¿Nunca he de tener paz bajo este techo?

Se desayunó rápidamente y fue al patio de Tsemo. Pero Tsemo se había levantado más temprano aún y se había ido ya. Rulan, le dijo la criada, estaba aún en cama, durmiendo. La señora Wu no quiso preguntarle a una sirvienta por qué le había pegado su hijo a su esposa, de modo que le replicó:

—Dile a mi hijo que lo veré esta noche.

Luego prosiguió su recorrido, como todos los días, para inspeccionar las cocinas y patios de las familias, y cuando hubo examinado todas las partes de la casa, elogiando esto y corrigiendo aquello, volvió a su patio.

Dos horas después franqueó la verja de la casa de los Wu. El señor Wu había comprado unos dos años antes un automóvil extranjero, pero las calles eran tan angostas que la señora Wu nunca lo usaba gustosamente. Le desagradaba ver a la gente del pueblo pegarse a los muros de las casas, mientras aquel gran automóvil avanzaba por la calle. Al mismo tiempo, no le agradaba lo abierto del palanquín que el señor Wu le había regalado antaño. Le gustaba más la intimidad de la anticuada silla de manos que formó parte de su mobiliario nupcial. De modo que le dijo a Ying que la siguiera en el palanquín. Luego uno de los cuatro portadores alzó la cortina y la señora Wu entró en la silla de manos y se sentó, y aquél dejó caer la cortina. Por la ventanita de vidrio podía ver suficientemente las calles para satisfacer su interés y no ser vista.

Llevada así por las atestadas calles por los cuatro portadores, creía no hacer daño a nadie. Su peso era liviano para los portadores y la silla de manos era tan angosta que nadie tenía que cederles el paso. Además, a la señora Wu le gustaba la cortés exhortación del portador principal cuando les gritaba a los que se interponían en su camino: «¡Tomo en préstamo tu luz! ¡Tomo en préstamo tu luz!». Los ricos debían ser corteses con los pobres y los encumbrados con los humildes. La señora Wu nunca podía sufrir opresión alguna. Desde que mandaba en la casa de los Wu, ningún siervo

había sido golpeado ni humillado ningún sirviente. Aunque a veces se hacía necesario despedir a un criado infiel o incapaz, nunca se daba ese motivo, sino algún otro que, aunque el interesado lo sabía falso, no lo dejaba tan mal parado ante sus compañeros. Con tanto mayor motivo, pues, la señora Wu se sintió afligida al pensar en lo que le dijera Ying: que Tsemo le había pegado a Rulan.

«No lo creeré mientras no haya investigado la verdad», pensó.

Y por eso, olvidó momentáneamente el asunto.

La distancia entre las casas de los Wu y los Kang no era escasa y, en realidad, resultaba necesario cruzar casi toda la ciudad. Pero la señora Wu no tenía la menor prisa. Gozaba del sol que bañaba las calles, húmedas aún por la lluvia de la noche. Las piedras estaban lavadas y limpias y la gente alegre y contenta de la luminosidad del cielo. En los mercados reinaba gran animación y los agricultores traían ya a la ciudad sus cargamentos de coles verdes frescas, sus cestos de huevos y manojos de hierba combustible. El espectáculo de toda aquella vida en marcha confortaba siempre a la señora Wu. En aquella ciudad, la familia Wu no era más que una casa. Resultaba grato pensar que también existían todas aquellas otras, donde los hombres y mujeres convivían y donde nacían sus hijos y los hijos de sus hijos. Y en aquella nación había otras muchas ciudades como aquélla y en todo el mundo muchas más naciones donde, en distintas formas, los hombres y las mujeres vivían la misma vida. A la señora Wu le gustaba detenerse en estos pensamientos. Su vida cobraba así las debidas proporciones. ¿Qué significa una pena entre tantas parecidas o una alegría en un mundo de tantas alegrías?

Al cabo de una hora, aproximadamente, la silla de manos fue depositada en el suelo, frente a las puertas de los Kang. Ying, naturalmente, había enviado con tiempo a un criado para anunciar la visita de la señora Wu, y la esperaban. Las grandes puertas barnizadas de rojo se abrieron de par en par y apareció un criado alerta. Ying se adelantó presurosamente, dejando su palanquín, para ayudar a la señora Wu a bajar de su silla de manos. Llevaba bajo el brazo el pequeño neceser de la señora Wu, por si su ama quería alisarse el cabello o darse un toque de polvo en la cara.

Luego ambas entraron en la casa, pero antes de que cruzaran el primer patio, la propia señora Kang acudió a saludar a su amiga. Ambas damas se estrecharon la mano.

—¡Cuánto me alegro, hermana! —exclamó con vehemencia la señora Kang.

Ansiaba saber de labios de la propia señora Wu todo lo ocurrido. Como los criados de ambas casas iban y venían, no ignoraba que la señora Wu había realizado su plan. Hasta sabía que la noche anterior Ch'iuming había ido al patio del señor Wu.

—He venido a hablarte de muchas cosas, hermana —repuso la señora Wu—. Pero vengo demasiado temprano... ¿Te molesto?

—¿Cómo puedes decir eso? —replicó la señora Kang.

Escudriñó el rostro fresco y bello de su amiga. No había sufrido el menor cambio. Los tranquilos ojos, la boca sosegada y exquisita, la piel perlina, todo estaba en su

mejor momento.

—¡Qué bella sigues siendo! —dijo tiernamente la señora Kang, y recordó, aunque sin el menor dolor, que ella no se había peinado aún.

—Me levanté temprano —dijo la señora Wu—. Ahora entremos y mientras te peinan, esperaré.

—No te preocupes de mi cabello —le observó la señora Kang—. Me peinarán por la tarde. No sé por qué, las mañanas transcurren con demasiada rapidez.

Miraba alrededor y reía al hablar, porque a sus espaldas parecían haber surgido no se sabe de dónde una docena de niños. Los hijos estaban mezclados con los nietos. La señora Kang se inclinó y asió al más pequeño, que aún no caminaba y cuyos pies estaban sujetos con un paño de algodón que le ceñía luego a la cintura y que una sierva sostenía por las dos puntas. La criatura no había sido lavada y no estaba muy limpia, aunque su chaqueta era de raso, pero la señora Kang la olió amorosamente, como si acabara de salir de la bañera, y la apretó contra su cuerpo.

Las dos amigas entraron juntas en la casa y atravesaron dos patios hasta llegar al de la señora Kang. Allí ésta dejó al niño que había llevado en brazos hasta entonces y con sus regordetas manos hizo ademán a los niños y a las pequeñas siervas de que no la siguieran.

—¡Váyanse! —les gritó jovialmente.

Y al leer en sus rostros cierta desilusión, metió la mano en su holgada chaqueta y sacó un puñado de moneditas, que puso premiosamente en las manos de la mayor de las siervas.

—Ve y compra cacahuets para todos —le ordenó—. ¡Con cáscaras! —le gritó a la ansiosa niña—. ¡Para que tarden mucho en comerlos!

Rió con su pletórica y ondulante risa, al ver a los niños que corrían hacia la calle. Luego asió nuevamente de la mano a la señora Wu y la condujo a su aposento, y cerró la puerta.

—Ahora estamos solas —dijo.

Se sentó apenas se hubo sentado la señora Wu e inclinóse hacia delante, puestas las manos sobre las rodillas.

—Dímelo todo —pidió.

Pero la señora Wu miró a su amiga. En sus ojos había cierta turbación y al propio tiempo sorpresa.

—Es extraño —dijo después de una momentánea pausa—. Pero siento que nada tengo que decir.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamó la señora Kang—. Estoy tan llena de preguntas como una gallina de huevos. La muchacha... ¿Quién es? ¿Te gusta? ¿Le gusta a él?

—Me gusta —dijo la señora Wu.

Mientras su amiga hacía una pausa, comprendió que aquella mañana no había querido pensar deliberadamente en el señor Wu y en Ch'iuming. ¿Le gustaba la joven

a su marido? Con un esfuerzo prosiguió, sin responder a esta pregunta que había saltado en su corazón como una serpiente.

—Le he puesto un nombre..., Ch'iuming. Es una muchacha vulgar, pero buena. Estoy segura de que le gustará a él. Les gustará a todos, porque nada puede inspirar aversión en ella. En la casa nadie estará celoso de Ch'iuming.

—¡Cielos! —exclamó la señora Kang, asombrada—. ¡Y dices todo esto como si hubieras alquilado una nodriza nueva para un nieto! ¡Pero si cuando mi padre tomó una concubina, mi madre lloró e intentó ahorcarse y tuvimos que vigilarla noche y día, y cuando mi padre tomó una segunda concubina la primera se tragó sus zarcillos y las cosas siguieron así hasta que él tuvo las cinco con que terminó su vida! Todas se odiaban entre sí y reñían por él.

La tumultuosa risa de la señora Kang brotaba de ella a raudales.

—Solían darle caza a sus zapatos —añadió—. Él dejaba sus zapatos en el cuarto de la concubina a la que pensaba visitar aquella noche. Entonces, otra trataba de robarlos. Finalmente, en homenaje a la paz, él dividió su tiempo entre todas ellas por igual.

—Esas mujeres debían de ser muy tontas —dijo tranquilamente la señora Wu—. No me refiero a tu madre, Meichen. Desde luego, es natural que haya podido creer en el corazón de un hombre. ¡Pero esas concubinas...!

—Nunca hubo una mujer como tú, Ailien —dijo afectuosamente la señora Kang—. Dime, por lo menos... ¿Pudiste dormir anoche?

—Anoche dormí muy bien, gracias a la lluvia sobre el tejado —dijo la señora Wu.

—¡Oh, la lluvia sobre el tejado! —exclamó la señora Kang, y prorrumpió en tan estrepitosas risotadas que hubo de secarse los ojos con las mangas.

La señora Wu esperó, sonriendo, a que terminara todo aquello. Luego dijo con aire serio:

—Tengo que hablar contigo de un asunto, Meichen.

La señora Kang se tornó grave al advertir el tono de su amiga.

—No reiré más. ¿De qué se trata?

—Ya conoces a mi hijo Fengmo —dijo la señora Wu—. ¿Te parece que debo mandarlo a la escuela?

Había formulado esta pregunta muy hábilmente. Si la señora Kang declaraba que era innecesario, le pediría inmediatamente a Linyi. Si, en cambio...

—Se trata, simplemente, de lo que quiera hacer ese muchacho —respondió la señora Kang, y su gran rostro redondo se cubrió de arrugas.

—Fengmo nunca ha sabido cuáles son sus deseos —dijo la señora Wu—. Hasta ahora se ha limitado a crecer. Pero después de los diecisiete, una madre debe empezar a vigilar a su hijo.

—Naturalmente —convino la señora Kang.

Frunció los labios y pensó en Fengmo, en su arrogante cuerpo, semejante a una espada, y su altiva cabeza.

—Vamos —dijo con franqueza la señora Wu—. ¿Por qué no me hablas con sinceridad? Yo había pensado en verter nuestra sangre en el mismo río, de nuevo. Fengmo y Linyi... ¿Qué te parece?

La señora Kang batió palmas dos veces seguidas.

—¡Muy bien! —exclamó.

Y luego dejó caer sus manos.

—Pero esa Linyi... —dijo melancólicamente—. Yo puedo decir que eso está muy bien. ¿Cómo sé lo que dirá ella?

—No debiste dejarla concurrir a una escuela extranjera —dijo la señora Wu—. Te lo dije entonces.

—Tenías razón —asintió con tristeza la señora Kang—. Ahora nada le gusta en su casa. Se queja de todo. Riñe con su padre cuando el pobre escupe en el suelo. Quiere que pongamos vasijas en el suelo para escupir. Pero las criadas agarran las tinajas y las dejan caer y las rompen. Y Linyi está irritada porque quiere que a todas las criaturas les pongan paños debajo de las posaderas. Pero, ya que tenemos bajo este techo trece nietecitos que no saben contenerse aún y se mojan..., ¿cómo podemos atarles paños a todos? Nuestros antepasados nos enseñaron sabiamente a usar pantaloncitos sin parte trasera. ¿Hemos de escarnecer su sabiduría? Así y todo, tenemos ya tres lavanderas.

—En nuestra casa, Linyi no tendría que cuidarse de más criaturas que las suyas —dijo la señora Wu—. Y con las suyas, una mujer aprende a ser sabia.

La señora Wu era demasiado bondadosa para decirle a la señora Kang que, en aquel asunto, estaba en el fondo de acuerdo con Linyi. Las nodrizas y doncellas de la casa de su amiga llevaban continuamente a los niños para que hiciesen aguas menores en el suelo, hasta que por fin uno no sabía dónde pisar. La señora Wu nunca había tolerado tan fáciles costumbres en su propia casa. Las doncellas tenían siempre orden de llevar a los niños pequeños a ciertos rincones apartados o detrás de los árboles.

La señora Kang miró a su amiga con aire vacilante.

—Me agradecería que te la llevaras —dijo—. Le conviene casarse y ocuparse en algo. Pero te quiero demasiado para no decirte sus defectos. Linyi exigirá, lo presiento, que a Fengmo se le dé una educación extranjera, aunque esté dispuesta a casarse con él. Le parecerá vergonzoso que Fengmo no hable algún idioma extranjero.

—Pero... ¿con quién lo hablaría Fengmo? —preguntó la señora Wu—. ¿Sentarían ella y él a hablar en lengua extranjera? Eso sería estúpido.

—Ciertamente —asintió la señora Kang—. Pero hoy, para esas jóvenes, como sabes, es cuestión de amor propio saber algún idioma extranjero.

Ambas damas se miraron pensativamente. Luego, la señora Wu dijo con sencillez:

—O Linyi deberá darse por satisfecha con Fengmo tal como es, o tendré que abandonar ese asunto. La guerra está próxima y no puedo enviar mis hijos a las

ciudades costeras. Aquí estamos a salvo, porque se trata de provincias alejadas del mar.

—¡Espera! —expresó reanimándose súbitamente la señora Kang—. Ya sé. En la ciudad hay un sacerdote extranjero. ¿Por qué no lo contratas como preceptor para Fengmo? Entonces, cuando yo le hable a Linyi, podré decirle que Fengmo está aprendiendo idiomas extranjeros.

—¿Un extranjero? —repitió con aire de duda la señora Wu—. Pero ¿cómo podríamos dejarlo entrar en la casa? ¿No habría trastornos? He oído decir que todos los hombres de Occidente son muy lujuriosos y violentos.

—Se trata de un sacerdote —dijo la señora Kang—. Está más allá de esas cosas.

La señora Wu meditó el asunto más detenidamente aún.

—Bueno —dijo, por fin—. Si Linyi insiste, eso será mejor que alejar de aquí a Fengmo enviándolo a una escuela extranjera.

—De acuerdo —aprobó la señora Kang.

La señora Wu se levantó.

—Entonces habla con Linyi y yo hablaré con Fengmo.

—¿Y si Fengmo no quiere? —preguntó la señora Kang.

—Querrá —dijo la señora Wu—. Porque yo elegiré el momento oportuno. Tratándose de un hombre, joven o viejo, lo importante es saber elegir el momento.

—¡Qué bien lo sabes! —murmuró la señora Kang.

Las dos señoras se levantaron y salieron cogidas de la mano. En el patio habían servido el té y unas tortas.

—¿No te quedarás a tomar algo, hermana? —preguntó la señora Kang.

Pero la señora Wu meneó la cabeza.

—Si me perdonas la descortesía, iré a casa —dijo—. Hoy, posiblemente, es el día indicado para hablar con Fengmo.

La señora Wu no quería decirle, ni aun a su amiga, que Fengmo podía estar desasosegado por haber visto a Ch'iuming antes de irse ésta a los patios de su padre. Se despidió de la señora Kang y le dio una propina a la doncella que había preparado el té, y Ying salió del cuarto de la servidumbre, donde había estado chismorreando, y la señora Wu volvió a su casa.

Pero la primera persona que vio no fue Fengmo sino la extranjera, la hermanita Hsia. Como todos los criados de todas las casas de la ciudad sabían qué pasaba en las casas de la familia Wu y de la familia Kang, que eran las dos grandes familias, la señora Wu comprendió que la cocinera de la hermanita Hsia se había enterado también de la noticia y la había repetido.

La hermanita Hsia cruzaba el patio principal, después de franquear la verja, cuando vio a la señora Wu. Inmediatamente, se detuvo y exclamó:

—¡Oh, señora Wu! Acabo de oírlo. Eso no puede ser cierto... ¿verdad?

—Entra —dijo bondadosamente la señora Wu—. ¿No te parece que el día es hermoso? Raras veces el aire es tan límpido a esta altura de la estación. Nos

sentaremos junto a la puerta y Ying nos traerá algo de comer. Ya debe de ser casi el mediodía.

Guió a la hermanita Hsia a través del patio general y luego al de ella.

—Siéntate, por favor —dijo—. Tengo que ir por un momento a mis habitaciones. Pero descansa. Disfruta de la mañana.

Con una sonrisa y graciosas reverencias, la señora Wu se retiró a sus aposentos. Ying la siguió con aire avinagrado.

—Seguramente volveremos a tener lluvia —murmuró—. Los demonios andan sueltos.

—¡Chitón! —dijo la señora Wu.

Pero sonrió al sentarse ante el espejo. Alisó su cabello suelto, se dio un toque de polvo en las mejillas y sustituyó sus sencillos aretes de oro por los de jade. Luego se lavó y perfumó las manos, y volvió a salir.

El pálido semblante de la hermanita estaba arrugado por una expresión de solidaridad. Levantóse de la silla con la torpe rapidez habitual en ella.

—¡Oh, mi buena amiga! —suspiró—. ¡Qué prueba para usted! Nunca supuse que... El señor Wu parecía tan distinto de los demás hombres... Siempre pensé que...

—Me alegro mucho de que hayas venido esta mañana —dijo jovialmente la señora Wu, con su cordial sonrisa—. Puedes ayudarme.

Se sentaron. La hermanita Hsia se inclinó hacia delante con su aire vehemente usual, las manos tensamente entrelazadas.

—¡Haré cualquier cosa! —murmuró—. ¡Cualquier cosa! Querida señora Wu... A veces el Señor castiga a aquellos que ama...

Los grandes ojos de la señora Wu se dilataron.

—¿Quieres predicarme el Evangelio esta mañana, hermanita? —preguntó—. Si es así, aplazaré lo que me disponía a decirte.

—Tan sólo para consolarla —dijo la hermanita Hsia—. Tan sólo para ayudarla.

—Pero si estoy muy bien —dijo la señora Wu, sorprendida.

—Yo oí, yo pensé... —balbució la hermanita, muy perpleja.

—No debes prestar atención a las habladurías de los criados —dijo con dulzura la señora Wu—. Les gusta siempre ser portadores de alguna noticia emocionante. Si por ellos fuera, todos estaríamos enfermos hoy y muertos mañana, para resucitar al tercer día.

La hermanita Hsia miró con ojos penetrantes a la señora Wu. ¿Estaría bromeando? Resolvió no irritarse.

—¿De modo que no es verdad? —preguntó.

—No sé qué es o no es verdad —replicó la señora Wu—. Pero puedo asegurarte que en esta casa nada sucede sin mi conocimiento y autorización.

Sintió piedad al ver el débil rubor purpurino que coloreó aquel pálido rostro extranjero.

—Tú siempre eres buena —dijo con dulzura—. ¿Quieres ayudarme?

La hermanita Hsia asintió. Sus manos se separaron, cayendo laxamente. Sobre sus descoloridos labios y sus ojos se cernía una sombra de decepción.

La señora Wu rozó sus bellos labios con su perfumado pañuelo de seda.

—Creo que mi tercer hijo necesita más educación —dijo con voz untuosa, cuya amabilidad interponía siempre grandes distancias entre ella y su interlocutor—. De manera que he decidido encargar a un extranjero adecuado que le enseñe un idioma extranjero y le haga leer libros extranjeros. Después de todo, lo que les bastaba a nuestros antepasados no nos basta hoy a nosotros. Los mares no separan ya a los pueblos y el cielo ya no es nuestro dosel. ¿Puedes decirme si hay en la ciudad algún extranjero a quien yo pueda encomendarle la educación de Fengmo?

Esta petición, tan ajena a todo lo que había oído, sorprendió tanto a la hermanita Hsia, que por un momento quedó privada del habla.

—He oído decir que hay un sacerdote extranjero —prosiguió la señora Wu—. ¿Puedes decirme algo sobre él?

—¿Un sacerdote? —murmuró la hermanita Hsia.

—Eso he oído —dijo la señora Wu.

La hermanita se mostró indecisa.

—Si se refiere al que supongo, no creo que le convenga para su hijo —declaró.

—¿No es instruido? —preguntó la señora Wu.

—¿Qué importa la sabiduría del hombre, mi querida amiga? —replicó la hermanita Hsia—. ¡Ese sacerdote es como un ateo!

—¿Por qué dices eso? —interrogó la señora Wu.

—No puedo admitir que sea un verdadero creyente —dijo con aire grave la hermanita Hsia.

—Quizá tenga su propia religión —repuso la señora Wu.

—Hay una sola religión verdadera —afirmó rotundamente la hermanita.

La señora Wu sonrió.

—¿Quieres invitarlo a hacerme una visita? —rogó.

Le asombró ver un fugaz rubor en el feo rostro que tenía delante.

—Es soltero —dijo la hermanita Hsia—. No sé qué pensaría si yo lo visitara.

La señora Wu extendió una bondadosa mano y tocó los huesudos dedos que reposaban sobre el regazo de la hermanita.

—Nadie podría recelar de tu virtud —dijo.

Su bondad derritió el temor de la extranjera.

—Querida señora Wu, haré cualquier cosa por ayudarla —dijo.

En su voz volvía a insinuarse un acento forzado, pero la señora Wu lo repelió gentilmente, ya que detestaba la afectación.

—Eres tan buena... —expresó.

Dio una palmada y Ying entró con la bandeja del té y las confituras.

La señora Wu se entretuvo así por espacio de media hora. Luego hizo lo posible

por facilitarle la despedida a la visitante.

—¿Te gustaría rezar una plegaria antes de irte? —dijo.

—Sí —respondió la hermanita Hsia.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza, y su voz inició una ferviente oración dirigida a un ser invisible. La señora Wu, mientras tanto, permanecía sentada en amable silencio. No cerró los ojos. En vez de hacerlo, observaba el semblante de la hermanita Hsia con indulgente comprensión. ¡Cuán vacía estaba aquella alma, tan solitaria y alejada de su país! La hermanita había cruzado el mar para hacer sus buenas obras. Todos sabían de ella, de su reunión semanal para enseñarles costura a las mendigas. Todos sabían que vivía pobremente y daba la mayor parte de lo que tenía. Pero... ¡qué solitaria estaba la mujer en aquel pobre ser! Un bondadoso afecto se agitó en las profundidades del corazón de la señora Wu. La hermanita Hsia, desde luego, era ignorante, y no se le podía dar importancia, pero era buena y estaba sola.

Cuando la hermanita Hsia abrió los ojos, le asombró la límpida cordialidad de los grandes y bellos ojos de la señora Wu. Por un momento creyó que su plegaria había obtenido una maravillosa respuesta. ¿No habría tocado Dios el corazón de aquella pagana?

Pero la señora Wu se levantó y con resuelto movimiento le impuso a la hermanita Hsia la despedida.

—¿Me enviarás pronto al sacerdote? —preguntó, y la pregunta contenía una orden.

Contra su voluntad, la hermanita Hsia prometió hacerlo.

—¿Cómo podría pagártelo? —dijo cortésmente la señora Wu—. Al menos, hermanita Hsia, déjame decirte esto: En pago de tu bondad al conseguirme un maestro para mi tercer hijo, haz el favor de orar por mí siempre que quieras.

Y, con esto, despidió a su visitante.

* * *

Durante el transcurso de aquella jornada, la señora Wu no había olvidado que, según las palabras de Ying, Rulan había llorado aquella noche. Pero la señora Wu había aprendido desde hacía muchísimo tiempo que los asuntos de una casa grande debían ser manejados uno por uno y siguiendo un orden. Este orden privaba en su imaginación. Había tratado de ver a Tsemo y el cielo se lo había impedido. Por lo tanto, no había madurado aún la oportunidad. Y como aprendiera a hacerlo, mientras meditaba sobre las cosas grandes, obraba con las pequeñas.

Envío por el cocinero para que le presentara sus cuentas del mes, que el criado hubiera debido rendir dos días antes, absteniéndose de hacerlo dada la confusión reinante en la casa. La señora Wu revisó las cuentas e hizo notar el alto precio de la hierba combustible.

Ying cuidaba siempre de estar presente cuando se mostraban las cuentas, porque

opinaba que su marido, aun siendo un cocinero inmejorable, era torpe en todos los demás sentidos. Cuando la señora Wu se refirió al combustible, Ying comprendió inmediatamente que algún otro sirviente había denunciado aquello y adivinó que se trataba de cierta mujer de edad madura que se había acercado en determinada ocasión al cocinero con ofertas de amor. Pero el marido de Ying era harto prudente para mirar a otra mujer y aquélla se sentía furiosa y les encontraba a Ying y a su marido todos los defectos posibles.

Cuando la señora Wu mencionó el combustible, Ying le gritó a su marido:

—¡Estúpido, te dije que no lo compraras en el Mercado de la Puerta Occidental! Allí todo es más caro.

—A esta altura del año no debiéramos comprar combustible en absoluto —dijo la señora Wu—. El combustible de nuestras tierras bastará hasta el octavo mes, en que se podrá cortar la hierba nueva.

—El administrador ha hecho arar algunas de las tierras herbosas —respondió el cocinero.

La señora Wu sabía que era innecesario llevar más adelante el asunto. Aceptó la excusa, ya que había hecho conocer su censura, y cerró los libros y se los dio al cocinero. Luego fue hacia la caja del dinero y sacó lo que se debía por el mes anterior y lo suficiente para disponer de efectivo el mes siguiente. La familia excedía de sesenta personas, incluyendo todas las bocas, y la suma nunca era pequeña.

Luego llegó el criado que tenía a su cargo la ropa y sus arreglos, y con él las dos costureras, y la señora Wu discutió con ellos la ropa de verano requerida por los criados y la familia, los cambios de ropa de cama y otros asuntos semejantes. Cuando hubieron concluido, tocóles el turno a los carpinteros para calcular el costo de las reparaciones de dos tejados con goteras y la construcción de una nueva dependencia que debía servir de depósito.

La señora Wu consagró una detenida y excluyente atención a todos estos pormenores. Poseía el talento de dedicarse al asunto que tenía entre manos con toda su tensión mental y de no pensar mientras tanto en otra cosa. Liquidado un asunto, su mente se ocupaba íntegramente en otro. Así, en el curso del día afrontó una tarea tras otra. Sólo al anochecer, y cuando concluyeron los asuntos de la casa, franqueó nuevamente el acceso a sus propios pensamientos. Éstos se concentraban en Fengmo.

«Hoy he adelantado mucho en la decisión de su vida», pensó. No se había levantado del gran sillón colocado junto a la mesa de la biblioteca, donde estuvo trabajando todo el día. Aunque estaba más decidida que nunca a casar a Fengmo con Linyi, era simplemente justo que hablara con él y le dejara desahogar primero un poco su rebeldía. Llamó a Ying del cuarto contiguo, donde estaba preparando la cama para la noche.

—Ve a decirle a Fengmo que venga —ordenó.

Vaciló, mientras Ying esperaba.

—Y cuando hayas llamado a mi hijo —prosiguió la señora Wu—, invita a la

segunda señora a la cena de la familia de esta noche.

Ying hizo una mueca y se fue, y la señora Wu se quedó sentada con los labios apretados entre el índice y el pulgar, mientras esperaba. A esa hora Fengmo debía de estar en su aposento, ya que cenaría de un momento a otro. Si Fengmo estaba de acuerdo con lo resuelto por su madre, la señora Wu cenaría con la familia en vez de comer sola, como los días anteriores. Era hora de que saliera de sus habitaciones y volviera a ocupar su sitio entre ellos.

A los pocos minutos oyó los pasos de Fengmo. Conocía el andar de cada uno de sus hijos. El de Liangmo era lento y firme, el de Tsemo rápido e irregular y Yenmo corría siempre. Pero Fengmo caminaba con cierto ritmo dando tres pasos más rápidos que el cuarto. Apareció en la puerta de la biblioteca, con su uniforme estudiantil azul oscuro. Estaba tocado con un gorro con visera del mismo paño y el gorro ostentaba el nombre de su escuela, la Escuela Secundaria de la Reconstrucción Nacional.

La señora Wu sonrió a su hijo y le indicó que entrara.

—¿Qué significa esa Reconstrucción Nacional? —preguntó, entre burlas y veras.

—No es más que un nombre, madre —respondió Fengmo.

Sentóse en una silla, quitóse el gorro y lo hizo girar como una rueda entre los dedos de ambas manos.

—¿Nada significa eso para ti? —inquirió la señora Wu.

—Desde luego, todos queremos la reconstrucción nacional —contestó Fengmo.

—¿Sin saber qué significa? —preguntó la señora Wu, con el mismo tono casi retozón.

Fengmo se echó a reír.

—Actualmente tengo dificultades con el álgebra —dijo—. Cuando las haya vencido quizá comprenda mejor la Reconstrucción Nacional.

—El álgebra... —caviló la señora Wu—. Algunos de esos estudios nacieron en la India y luego fueron llevados a Europa.

Fengmo pareció sorprendido. No esperaba que su madre tuviese tales conocimientos, y la señora Wu lo sabía y le divirtió sorprenderlo.

—Estás pálido —dijo bruscamente—. ¿Tomas tu tónico de polvo de cuernos de ciervo?

—Sabe peor que el pescado podrido —objetó Fengmo.

La señora Wu lució su bella sonrisa.

—Entonces, no lo tomes —dijo con tono complaciente—. ¿Por qué habrías de tomar algo que te desagrada tanto?

—Gracias, madre —dijo Fengmo, pero nuevamente se sintió sorprendido.

La señora Wu se inclinó hacia delante y sus manos se entrelazaron sobre su regazo.

—Fengmo, es hora de que hablemos de tu vida —dijo.

—¿Mi vida? —dijo Fengmo alzando los ojos y dejando de jugar con su gorra.

—Sí —repitió la señora Wu—. Tu vida. Tu padre y yo hemos hablado ya del

asunto.

—Madre, no creas que voy a permitirte que elijas mi esposa —dijo Fengmo con apasionamiento.

—Claro está que no haré tal cosa —repuso rápidamente la señora Wu—. Todo lo que puedo hacer es presentarte ciertos nombres y preguntarte si alguno de ellos te gusta. Por supuesto, he tenido en cuenta tus gustos, así como la posición de la familia. He desechado por completo la posibilidad de una muchacha como la segunda hija de la familia de Chen, que ha sido educada a la antigua.

—Yo no la aceptaría jamás —declaró Fengmo.

—Naturalmente. Pero hay otra dificultad —dijo la señora Wu con su serenidad usual—. También las muchachas son muy exigentes en la actualidad. Ya las cosas no son como en mis tiempos de niña. Yo dejaba todos esos asuntos en manos de mi madre y en las de mi tío, que reemplazó a mi difunto padre. Pero ahora las muchachas —el tipo de muchachas que te gustarían, Fengmo— no quieren a un joven que no sepa hablar por lo menos un idioma extranjero.

—Estudio algo de inglés en la escuela —dijo Fengmo con altanería.

—Pero no lo sabes hablar bien —replicó la señora Wu—. Ignoro ese idioma, pero advierto tus balbuceos y tropezones cuando profieres esos sonidos. No te culpo, pero así es.

—¿Quién es la muchacha que no quiere aceptarme? —preguntó Fengmo, irritado.

La señora Wu galopó hacia su objetivo cabalgando sobre esta ira, como cabalga el bote sobre la marejada para acercarse a la playa.

—La tercera hija de la señora Kang, Linyi —dijo, y si bien no había visto surgir interés alguno entre ellos, la ira que revelaba Fengmo le bastaba.

El joven se mostró interesado al instante.

—¡Esa muchacha! —murmuró—. Parece demasiado orgullosa. La detesto.

—En realidad, es muy hermosa —replicó la señora Wu—. Pero lo importante no es eso. Para mí, es una de tantas. Si Linyi, que conoce nuestra familia y posición, formula con todo objeciones a casarse contigo..., ¿podemos aspirar a alguna que esté más alto?

—Podrías enviarme a un colegio extranjero —dijo Fengmo con vehemencia.

—No haré tal cosa —replicó la señora Wu, con su hermosa voz, que era, sin embargo, tan inexorable como el sol y la luna—. Dentro de pocos años habrá guerra en todo el mundo. En esta época, todos mis hijos deberán estar en casa.

Fengmo la miró asombrado.

—¿Cómo puedes prever esas cosas, madre?

—No soy tonta, aunque esté rodeada de tontos —dijo sosegadamente la señora Wu—. Cuando se toman ciertas medidas y nadie las impide, se toman otras.

El joven guardó silencio, con los ojos fijos en el rostro de su madre. Aquellos ojos eran grandes y negros como los de ella, pero no tenían su profundidad. Fengmo era demasiado joven aún. Pero no habló, como si se esforzara por comprender las cosas

de que hablaba ella.

—He oído decir que en la ciudad hay un sacerdote extranjero —prosiguió la señora Wu— y se trata de un hombre culto. Es posible que, pagándole, te enseñe a hablar otros idiomas. ¿Te agradecería eso? Los idiomas extranjeros podrán servirte algún día. No pienso solamente en el matrimonio. En los tiempos futuros habrá cambios.

Su voz, tan clara y musical, estaba con todo cargada de presagios. Fengmo amaba y temía a su madre, a un tiempo. Para él, ella tenía razón siempre y las pocas veces que él se había mostrado desobediente, su madre no llegó a castigarlo, pero él se había visto castigado de todos modos. Lenta y penosamente había aprendido que las palabras de la señora Wu contenían sabiduría. Pero, como era un niño, vaciló un momento.

—¿Un sacerdote? —repitió—. No creo en las religiones.

—No te pido que creas en las religiones —dijo ella, en respuesta—. No estamos hablando de eso.

—Ese hombre tratará de convertirme —dijo Fengmo, con aire hosco—. La hermanita Hsia está tratando de convertir a toda la gente de la casa. Siempre que pasa a mi lado me da un papel con palabras del Evangelio.

—¿Tienes que ceder a la conversión? —preguntó la señora Wu—. ¿Tan débil eres? Debes aprender a tomar de una persona lo que tiene de mejor y a pasar por alto todo lo demás. Vamos, prueba con el sacerdote durante un mes y si prefieres luego no seguir estudiando, consentiré en ello.

El secreto del poder de la señora Wu en la casa, era que jamás hacía sentir su voluntad como algo absoluto. Concedía tiempo a la promesa de un fin y luego usaba el tiempo para modelar los acontecimientos de acuerdo con sus propios objetivos.

Fengmo comenzó de nuevo a hacer girar suavemente el gorro entre sus manos.

—Quedamos en que será un mes —dijo—. No más de un mes si no me gusta.

—Un mes —asintió la señora Wu y se levantó—. Y ahora, hijo mío, iremos juntos a cenar. Tu padre habrá empezado sin nosotros.

En la casa de los Wu, los hombres y las mujeres comían en mesas separadas. De modo que, en el umbral del gran comedor, Fengmo se separó de su madre y fue hacia un extremo, donde se había sentado ya su padre y sus hermanos y los primos, y la señora Wu se dirigió con su garboso andar habitual a las mesas donde estaban sentadas las mujeres. Todas se levantaron cuando se acercó. Inmediatamente notó que Ch'iuming estaba entre ellas. La muchacha estaba tímidamente apartada de las demás y tenía un chiquillo sobre la rodilla. Con el chiquillo en los brazos, se puso de pie y procuró ocultar su rostro con el cuerpecito. Pero la señora Wu la había visto perfectamente momentos antes. El aire de la muchacha era grave, pero esto resultaba natural en una casa extraña. Bastaba con que estuviese allí.

—Siéntense, por favor —dijo cortésmente la señora Wu, dirigiéndose a todas y a ninguna, y ocupó su sitio en el asiento más alto y tomó sus palillos.

Meng había estado sirviéndoles a las demás y la señora Wu volvió a dejar sus palillos.

—Sigue haciéndolo por mí, Meng, te lo ruego —dijo—. He estado atareada todo el día con asuntos de la casa y estoy algo cansada.

Se echó atrás, sonriendo, y con su aire habitual le dijo algunas palabras a cada una de sus nueras y le habló al niño de Meng que sostenía la nodriza. El chiquillo estaba impaciente y la señora Wu tomó sus palillos, eligió un trozo de carne y se lo dio. Luego le habló directamente a Ch'iuming.

—Segunda señora —dijo sonriendo—, come lo que más te guste. El pescado, generalmente, es bueno.

Ch'iuming alzó los ojos y un vivo carmesí arreboló su rostro. Se puso de pie e hizo una leve reverencia, con el chiquillo aún entre sus brazos.

—Gracias, hermana mayor —dijo con voz débil.

Sentóse y no volvió a hablar. Cuando un criado le puso delante una escudilla de arroz, alimentó primero al niño.

Pero, con aquellas bondadosas palabras, la señora Wu le había comunicado a toda la casa que el sitio de Ch'iuming estaba determinado y que la vida de la familia debía incluir en adelante a aquel ser agregado a ella. Todos oyeron aquellas pocas palabras, a las que siguió un momento de silencio. Luego un criado le habló a otro y una nodriza a un niño, para disimular el silencio.

La señora Wu recibió la comida que le entregaban y comenzó a comer con su delicadeza de costumbre. El nietecito, conquistado por el don de la carne, reclamó de pronto ruidosamente el derecho de sentarse sobre su rodilla. Meng lo regañó con ternura:

—¡Con tu cara y tus manecitas tan sucias!

La señora Wu alzó los ojos, como saliendo de un sueño.

—¿Es a mí a quien quiere el niño? —preguntó.

—Está tan sucio, madre... —dijo Meng.

—Pero vendrá a mí —dijo la señora Wu.

Tendió las manos, alzó en vilo al pesado niño y lo sentó sobre sus rodillas. Luego, con su instintiva pulcritud, tomó un par de palillos limpios y encontró trozos de carne en las fuentes centrales y se los dio al chiquillo. No hablaba, pero sí sonreía ante cada uno de sus bocados.

El niño no respondió a su sonrisa. Estaba sumido en un sueño de éxtasis, abriendo la boquita y masticando cada trozo con silencioso placer. Tal era el efecto habitual de la señora Wu sobre los niños. Sin embargo, lograba que se sintieran contentos a su lado. Y el nieto la alegró a ella. Con él se integraba su deber para con la familia y se mitigaba también su secreta soledad en aquella casa. La señora Wu no advertía su soledad y si alguien se lo hubiera dicho, lo habría negado, asombrada de tan errónea interpretación. Pero estaba demasiado sola para que alguien llegara a su alma. Su alma había dejado rezagada a su vida. Había llegado mucho más allá de los cuatro

muros dentro de los cuales vivía su cuerpo. Vagabundeaba por el mundo, se internaba en lo pasado, se arrastraba hacia lo futuro y sus muchos pensamientos jugaban en torno de aquel incesante viaje. Pero, de vez en cuando, su alma volvía a aquella casa. Súbitamente, tuvo plena conciencia de aquel niño y de su significado. Las generaciones seguían su marcha, la de ella concluía, la de él empezaba.

—Hijo de mi hijo —murmuró; y continuó poniendo trozos de carne en su boquita roja, abierta para recibir lo que ella le daba.

Cuando el niño hubo comido lo suficiente, se lo entregó a su madre.

Pero antes que los demás terminaran, ella concluyó y se levantó, rogándoles que continuaran, y salió lentamente del comedor. Cuando pasaba junto al señor Wu y a sus hijos, ellos la saludaron, levantándose a medias de sus asientos y ella sonrió e inclinó la cabeza y siguió su camino.

Esta vez volvió a dormir toda la noche de un tirón y no se despertó.

* * *

Para Ch'iuming, la media hora de presencia de la señora Wu fue su ceremonia nupcial. La noche la había dejado confusa. ¿Le había gustado a él o no? El señor Wu no le había dicho una sola palabra, dejándola antes del amanecer. Después de esto, ella durmió hasta el mediodía. Nadie se le había acercado en toda la tarde, salvo una criada. Luego, Ying la había invitado a concurrir a la cena de la familia, y después de presurosos preparativos, al llegar la hora, Ch'iuming se había deslizado en el comedor en el último momento, y tomado rápidamente al niño de manos de la nodriza. El chiquillo no había llorado. Pero los chiquillos nunca lloraban con ella. En la aldea había cuidado a muchos niños de las granjeras. Una por una, las señoras que eran ahora sus parientas la habían saludado, entre displicentes y tímidas, limitándose ella a bajar un poco la cabeza en respuesta. Y por lo demás, no había podido comer.

Pero al marcharse la señora Wu, Ch'iuming sintió una repentina voracidad y, adoptando una posición que le permitiera no dar la cara a las otras, comió dos escudillas de arroz y de carne con toda la rapidez posible.

Terminada la cena, se quedó esperando con creciente timidez mientras Meng y Rulan se marchaban. Pero Meng, con su amable bondad, se retrasó un instante para conversar con ella.

—Iré a visitarte mañana, segunda señora —le dijo.

—No soy digna de eso —contestó Ch'iuming con voz débil.

No se atrevía a sostener la mirada de Meng, pero se sentía consolada y feliz. Alzó los ojos y Meng leyó en ellos su tímido y desolado corazón.

—Iré y llevaré a mi hijo —prometió.

Y Ch'iuming salió con las mujeres y los niños, ocultándose entre ellos de la vista de los hombres. Pero éstos la miraban, cada cual a su manera secreta.

Aquella noche, el señor Wu llegó temprano al patio de las peonías y ella no estaba

acostada aún. Cosía su ropa cuando oyó los pasos de él. Se levantó al entrar el señor Wu y rehuyó sus ojos. El señor Wu se sentó, mientras ella seguía de pie, apoyó las manos sobre sus rodillas y la miró.

—Tú —comenzó sin llamarla por su nombre—, tú no debes temerme.

Ch'iuming no pudo contestar. Apretó con ambas manos la prenda que cosía y permaneció inmóvil y petrificada ante él.

—En esta casa hay todo lo necesario para hacerte feliz —prosiguió el señor Wu—. La madre de mis hijos es buena. Hay mujeres jóvenes, las esposas de mis hijos y las esposas de sus jóvenes primos y muchos niños. Pareces tener buen carácter y desde luego eres servicial. Aquí serás muy feliz.

Ch'iuming seguía guardando silencio. El señor Wu tosió y se aflojó un poco el cinturón. Había comido con mucho apetito y se notaba un poco falto de aliento. Pero no había terminado lo que pensaba decir.

—En cuanto a mí, tendrás pocos deberes —prosiguió—. Me gusta dormir hasta tarde. No me despiertes si estoy aquí. De noche me gusta el té cuando me desvelo, pero no muy cargado. Soy muy sanguíneo y no puedo usar dos cobertores ni aun en invierno. Pronto aprenderás éstas y otras cosas.

La prenda cayó de las manos de Ch'iuming. Miró al señor Wu y olvidó su timidez.

—¿De modo que... me quiere usted aquí?

Le formuló la pregunta con todas sus ansias de encontrar refugio en algún rincón, bajo el cielo.

—Ciertamente —dijo el señor Wu—. ¿No te lo he estado diciendo?

Sonrió, y su suave y hermoso rostro fue iluminado por un repentino calor interior. Ella vio y lo comprendió.

Aquella noche no sentiría miedo. Era un pequeño precio que debería pagarle a un hombre bueno, un precio muy pequeño, por el hogar obtenido... finalmente.

VI

La hermanita Hsia se apresuraba siempre a cumplir con su deber, pero la señora Wu no esperaba tanta rapidez, porque a los siete u ocho días entró corriendo Ying. Sus redondos ojillos centelleaban de sorpresa.

—¡Señora, señora! —gritó.

La señora Wu se paseaba entre sus orquídeas y se detuvo disgustada.

—¡Ying! —dijo con firmeza—. Cierra la boca. Pareces un pez en un anzuelo. Ahora dime qué pasa.

Ying obedeció, pero casi inmediatamente prosiguió:

—¡El hombre más grande... que he visto en mi vida..., un extranjero! Dice que usted ha mandado por él.

—¿Yo? —dijo turbada la señora Wu y luego recordó—. Quizá sea así.

—Señora, usted no me dijo nada —le reprochó Ying—. Le ordené al conserje que no lo dejara entrar de ningún modo. En esta casa jamás hemos visto un extranjero.

—Yo no te lo digo todo —replicó la señora Wu—. Dile que entre inmediatamente.

Ying se retiró estupefacta y la señora Wu siguió paseando entre sus orquídeas. En tan breve tiempo, las plantas habían resucitado después de su trasplante. Crecerían lozanas en aquel patio lleno de sombras. La señora Wu se preguntó si las nuevas peonías florecerían también. En aquel momento oyó una voz grave y sonora que llegaba desde las puertas.

—¡Señora!

Esperaba la voz, pero no estaba preparada para un timbre tan poderoso. Apartó la vista de las orquídeas y vio a un hombre alto, de anchos hombros y larga sotana parda ceñida con una cuerda. Era el sacerdote. Su mano derecha asía una cruz colgada sobre su pecho. La señora Wu sabía que la cruz era un símbolo cristiano, pero lo que más llamó su atención fue el tamaño y la fuerza de la mano que la aferraba.

—No sé cómo llamarlo. En caso contrario, contestaría a su saludo —dijo con voz leve y argentina—. ¿Quiere usted entrar?

El sacerdote inclinó su gran cabeza y penetró en el patio. Ying le siguió, pálida de susto.

—Venga a mi biblioteca, si gusta —dijo la señora Wu.

Se detuvo a un lado de la puerta, para que el sacerdote entrara primero. Pero él apartó la mano de la cruz e hizo un leve ademán señalando la puerta.

—En mi país es la dama quien entra primero —dijo sonriendo.

—¿De veras? —murmuró ella—. Pues lo mejor será entonces que yo entre como de costumbre.

La señora Wu entró y se sentó en su silla de siempre y le indicó al sacerdote la otra silla, que estaba del otro lado de la mesa. Ying se acercó furtivamente a la puerta y se quedó mirándolo asombrada, oculta a medias. La señora Wu lo notó.

—Sal de ahí, Ying —ordenó, y se volvió hacia el sacerdote con leve sonrisa—. Esa tonta nunca ha visto un hombre de tanta corpulencia y no puede contener el deseo de mirarlo. Sírvase perdonarla.

El sacerdote contestó con estas curiosas palabras:

—Dios me dio este inmenso cuerpo, posiblemente, para entretenimiento de los que miran. Después de todo, la risa es algo bueno.

Su vozarrón retumbaba por todo el aposento.

—¡Cielos! —dijo con voz débil Ying, mirando las vigas allá en lo alto—. Parece un trueno.

—Ying, ve a traer té caliente —le ordenó la señora Wu para calmarla, y Ying se escabulló como un gato.

El sacerdote estaba inmóvil en la gran silla tallada, que llenaba con su enorme cuerpo. Pero la señora Wu notó que tenía propensión a enflaquecer. La cruz de su pecho era de oro. Su piel era morena y sus grandes ojos oscuros muy límpidos y tristes. Su cabello no era corto ni largo, pero sí algo rizado. Usaba barba y el pelo de ésta era negro y fino. En aquella oscura barba, sus labios resaltaban con intenso tono rojo.

—¿Cómo he de llamarlo? —preguntó la señora Wu—. Se me olvidó preguntarle su nombre a la hermanita Hsia.

—No tengo nombre —respondió el sacerdote—. Pero me han dado el de André. Es tan bueno como cualquier otro. Algunos me llaman padre André. Preferiría, señora, que usted me llamase hermano André.

La señora Wu ni aceptó ni rechazó este deseo. No pronunció el nombre ni el título. En vez de hacerlo, formuló otra pregunta.

—¿Y su religión?

—No hablemos hoy de mi religión —dijo el hermano André.

La señora Wu sonrió un poco al oír esto.

—Yo creí que a todos los sacerdotes les gustaba hablar de su religión.

El hermano André la miró largamente. A pesar de la fuerza de sus ojos, no había audacia en su mirada y ésta no sobresaltó a la señora Wu. Era tan impersonal como la lámpara que alza un hombre para mostrarle a otro un camino desconocido.

—Me dijeron que usted quería hablarme, señora —dijo el hermano André.

—¡Ah!, sí —dijo la señora Wu.

Pero hizo una pausa. Notaba que Ying, al ir a las cocinas, había difundido la noticia de la llegada de un monstruo. En la puerta se oían cuchicheos y se percibía agitación. Desde su sitio, la señora Wu vislumbró, figuras de niños. Llamó, con amable voz:

—Venid, niños... ¡Venid y vedlo!

Inmediatamente, una bandada de chiquillos se agolpó en el umbral. Parecían flores bajo el sol de la mañana y la señora Wu se enorgulleció de ellos.

—Quieren verlo —explicó.

—¿Por qué no? —dijo él, y se volvió hacia ellos.

Los niños retrocedieron, pero al notar al sacerdote inmóvil y sonriente, volvieron a acercarse.

—Tened por seguro que no se come a los niñitos —les dijo la señora Wu—. Acaso sea budista y sólo coma frutas y legumbres.

—Así es —dijo el hermano André.

—¿Cómo se explica que sea tan grande? —preguntó un niño, sin aliento.

Era el hijo de uno de los primos menores de la familia Wu.

—Dios me hizo así —respondió el hermano André.

—Pero supongo que sus padres serían así también —dijo la señora Wu.

—No recuerdo a mis padres —contestó amablemente el hermano André.

—¿Cuál es su patria? —preguntó un chico, lo bastante mayor para ir a la escuela y que sabía de patrias.

—No tengo patria —dijo el hermano André—. Dondequiera que esté, está mi país.

—¿Hace muchos años que vive aquí? —dijo la señora Wu—. Usted habla perfectamente nuestro idioma.

—Hablo muchos idiomas para poder conversar con todos —respondió el sacerdote.

—Pero... ¿hace mucho que vive en nuestra ciudad? —insistió ella.

Aquel hombre le estaba inspirando creciente curiosidad.

—Sólo un año —contestó el hermano André.

A esta altura de la conversación los niños se habían envalentonado y estaban ya muy cerca del sacerdote.

—¿Qué es eso que cuelga de la cadena que tiene al cuello? —preguntó uno de ellos, y señaló con su delicado y pequeño índice dorado.

—Es mi cruz —dijo el hermano André.

Al hablar, levantó la pesada y sencilla cruz y se la tendió a los niños.

—¿Puedo agarrarla? —preguntó el niño.

—Si quieres... —dijo el hermano André.

—No —dijo con presteza la señora Wu—. No la toques, niño.

El hermano André se volvió hacia ella.

—Pero, señora... Si esto es inofensivo...

—Él no la tocará —replicó ella, con frialdad.

El hermano André dejó caer nuevamente la cruz sobre su pecho, juntó sus manazas sobre las rodillas y guardó silencio.

Ying entró con el té, abriéndose paso entre los niños.

—Sus mamás los reclaman —dijo en voz alta—. ¡Todas sus mamás los llaman!

—Volved al lado de vuestras madres —dijo la señora Wu, sin alzar la voz.

Inmediatamente, los chiquillos les volvieron las espaldas y se marcharon corriendo.

El hermano André miró a la señora Wu, con súbita estima en sus profundos ojos.

—Los niños no la temen, pero la obedecen —observó.

—Son muy buenas criaturas —dijo la señora Wu, y la comprensión del sacerdote le causó placer.

—También usted es buena —dijo él tranquilamente—. Pero no estoy seguro de que sea feliz.

Estas palabras, dichas tan serenamente, hirieron a la señora Wu tan en lo hondo como si un puñal oculto la hubiese traspasado sin que ella supiera exactamente dónde. Inmediatamente empezó a desmentirlas:

—Todo lo contrario... Soy absolutamente feliz. He ordenado mi vida en la forma que deseaba. Y tengo hijos...

El hermano André alzó los ojos, profundos y penetrantes, pero nada dijo. En vez de hablar, escuchó atentamente. Esta atención silenciosa y absoluta tuvo la virtud de hacerla balbucir.

—Mejor dicho... —prosiguió ella—, soy absolutamente feliz, aunque siento la necesidad de adquirir más conocimientos de cierta especie. Pero yo misma no sé qué especie.

—Quizá no se trate tanto de adquirir más conocimiento como de comprender el que ya posee —le dijo el sacerdote.

¿Cómo se explicaba que ella le estuviera hablando a aquel extraño de sí misma? La señora Wu caviló un momento sobre esto y luego desechó la respuesta.

—No lo he invitado a venir aquí por mí —explicó—. Lo he llamado pensando en mi tercer hijo. Quiero que aprenda a hablar un idioma extranjero.

—¿Cuál? —preguntó él.

—¿Cuál es el mejor? —inquirió a su vez la señora Wu.

—El francés es el más hermoso —dijo el hermano André—. Y el italiano, el más poético, el ruso el más vigoroso y el alemán el más macizo. Pero en inglés se hacen más negocios que en cualquier otro.

—Entonces más vale que estudie el inglés —dijo con decisión la señora Wu y contempló el moreno rostro de su interlocutor—. ¿Cuánto me cobrará usted?

—Nada —dijo tranquilamente el hermano André—. No me interesa el dinero.

—¿Un sacerdote al cual no le interesa el dinero?

La sonrisa de la señora Wu contenía una fina ironía.

—A mí no me interesa el dinero —repitió el hermano André, subrayando su persona.

—Pero usted me pone en posición desventajosa si me obliga a aceptar algo por nada —dijo la señora Wu—. ¿No podré darle dinero para su religión, entonces... para buenas obras?

—No, la religión es mejor sin esos dones —replicó el hermano André.

Meditó un instante y prosiguió:

—Puede ser que, de vez en cuando, hagan falta ciertas cosas en su ciudad... Por

ejemplo, un lugar para albergar expósitos. Yo mismo he tomado a mi cargo algunos niños en esas condiciones hasta que pueda encontrarles buenos padres. Cuando haya que hacer esas cosas, señora, vendré a verla y su ayuda será mi recompensa.

—Pero esas cosas no son para usted —dijo ella—. ¿No podría yo hacer algo por usted mismo?

—Al hacer eso, lo hará por mí, señora —respondió el hermano André, y su voz vibró en todo el aposento como una campana.

Ella no lo contradijo. Ying, que se había retirado al patio, regresó y atisbo y volvió a marcharse al verlos sentados como antes.

—¿Cuándo empezaremos las lecciones? —preguntó la señora Wu.

Sentíase incapaz de contradecir a aquel hombre.

—Ahora mismo, si quiere —dijo él—. Todas las oportunidades son iguales para mí.

—¿Vendrá todas las tardes? —preguntó la señora Wu—. Mi hijo va a la escuela nacional de día.

—Vendré con toda la frecuencia que me necesiten —contestó él.

La señora Wu se levantó y llamó a Ying.

—Dile a Fengmo que venga.

Se detuvo en el umbral: a la izquierda, estaba el jardín; a la derecha, la biblioteca. Por un momento tuvo la extraña sensación de estar entre dos mundos. Salió al patio y dejó solo al sacerdote. Quedóse inmóvil con el oído alerta, como si esperase su llamada. Pero nada oyó. Sobre el muro del cerco se posó un ruiseñor, como todos los días al atardecer, poco más o menos. El pájaro emitió lentamente cuatro nítidas notas. Luego vio a la señora Wu y levantó el vuelo. La señora Wu lamentó casi su invitación a aquel forastero. ¡Qué extrañas cosas debía de enseñar con las palabras extranjeras! Había obrado con precipitación. Se dirigió nuevamente hacia la puerta y atisbo. ¿Le parecería descortés su actitud de dejarlo solo? Pero, al mirar, vio la gran cabeza del hermano André caída sobre su pecho y sus ojos cerrados. ¿Estaba durmiendo? No, sus labios se movían. La señora Wu retrocedió con leve temor y le alegró ver a Fengmo, que se acercaba por la puerta opuesta a la suya.

—¡Fengmo! —llamó.

Volvió la cabeza y vio que el sacerdote alzaba la suya y que sus oscuros ojos se abrían y brillaban.

—¡Fengmo, ven aquí! —volvió a llamar la señora Wu.

—Voy, madre —respondió Fengmo.

Llegó al momento, muy joven y frágil si se lo comparaba con el corpulento sacerdote. A la señora Wu la sorprendió advertir cuán pequeño era su hijo, a quien siempre había creído tan alto. Lo tomó de la mano y lo condujo a la biblioteca.

—Éste es Fengmo, mi tercer hijo —le dijo al hermano André.

—Fengmo —repitió el sacerdote.

Por cortesía hubiera podido decir «tercer señor joven», pero se limitó a repetir su

nombre, Fengmo.

—Soy el hermano André —dijo y se sentó—. Siéntate, Fengmo. Me han encargado que te enseñe un idioma extranjero y tu madre quiere que sea el inglés.

—Pero sólo el idioma —estipuló la señora Wu.

Ahora que iban a empezar las lecciones, se preguntó si no había hecho mal al entregar la mente de su hijo a aquel hombre. Porque enseñarle a una mente es asumir poder sobre ella.

—Sólo el idioma —repitió el hermano André y, advirtiendo el temor contenido en las palabras de la señora Wu, contestó a él inmediatamente—. No tiene por qué temer, señora. Soy un hombre honesto. La mente de su hijo será sagrada para mí.

La señora Wu se sintió confusa ante esta comprensión del forastero. No esperaba tan delicados instintos en tan velludo cuerpo. Ella no había conocido a forastero alguno... salvo, desde luego, la hermanita Hsia, que sólo era una mujer aniñada. Hizo un leve saludo y volvió a salir al jardín.

Al cabo de una hora, el sacerdote apareció en la puerta de la biblioteca. Le estaba hablando a Fengmo con sílabas desconocidas. Las pronunciaba con claridad y lentitud, y Fengmo escuchaba como si nunca hubiese oído otra cosa.

—¿Le ha enseñado usted tan pronto? —preguntó la señora Wu.

Estaba sentada en su silla de bambú bajo los árboles, con las manos juntas sobre su regazo.

—Señora, él no las comprende todavía —replicó el hermano André—. Pero yo enseño hablando solamente el idioma que se aprenderá. Dentro de pocos días, él mismo usará esas palabras.

Se volvió hacia Fengmo y dijo:

—Mañana.

Y después de saludar a la señora Wu, franqueó la verja con pasos largos y lentos.

Al marcharse aquel gigantesco sacerdote, todo recobró sus debidas formas y proporciones.

—¿Y bien, hijo mío? —dijo la señora Wu.

Pero Fengmo parecía aturdido aún.

—Me ha enseñado mucho en esta sola hora.

—Dime las palabras que te enseñó —lo apremió ella.

Fengmo abrió los labios y repitió algunos sonidos.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

Fengmo meneó la cabeza, siempre con aire aturdido.

—No lo sé... No me lo dijo.

—Mañana tendrá que decírtelo —afirmó ella con cierta severidad—. No permitiré que en esta casa se digan palabras que ninguno de nosotros pueda entender.

* * *

La noticia de la aparición del corpulento sacerdote extranjero se propagó por la casa con la rapidez del rayo y el señor Wu se enteró de ella también. Al promediar la tarde del día siguiente, la señora Wu lo vio llegar. Estaba escogiendo varias sedas similares para la costurera, que se disponía a bordar zapatos nuevos para los niños.

—Aleja a esa mujer —dijo el señor Wu, al acercarse.

La señora Wu advirtió que estaba disgustado. Juntó las piezas de seda y le dijo a la mujer:

—Vuelve dentro de un par de horas.

La mujer se fue y el señor Wu se sentó, sacó la pipa y la encendió.

—He oído decir que has contratado un preceptor extranjero para Fengmo, sin decirme una sola palabra sobre el particular —dijo.

—Debí decírtelo —respondió con dulzura la señora Wu—. Cometí un error. Pero, no sé por qué pensé que no debía yo molestarte, y con todo, me pareció necesario que Fengmo se interesara por Linyi.

—¿Por qué? —inquirió el señor Wu.

La señora Wu había aprendido, desde hacía mucho tiempo, que nada le resultaba tan útil a la mujer como decirle la verdad al hombre. Ella nunca había engañado al señor Wu y no lo haría entonces.

—Fengmo vio por casualidad a Ch'iuming el otro día, cuando la muchacha estaba aquí —dijo—. No creo que haya surgido nada entre ellos, pero Fengmo pasa por ese momento de la juventud en que eso le puede ocurrir con cualquier joven y bonita. Por eso he desviado esa llama. Sería embarazoso tener trastornos en la casa.

El señor Wu, como siempre, se mostró confuso ante la verdad, y su mujer vio que un revelador sudor empezaba a humedecer las raíces de su cabello.

—Ojalá no te imaginaras cosas tan fácilmente —dijo él—. Siempre estás desviando a los hombres de las mujeres. Tienes una opinión muy pobre de todos los hombres. Lo adivino. Adivino que hasta a mí me has convertido en un macho cabrío.

—Si te he dado esa sensación, soy una torpe y debo pedirte que me perdones —dijo ella con voz argentina.

Sentóse con una inefable gracia que la alejaba tanto de él como si ella no estuviese en el aposento. Comprendía esto perfectamente. Mucho antes, había aprendido que una rendición aparente es siempre más fuerte que una ostentación de resistencia y que el reconocimiento rápido de un error implica siempre mostrar una invencible rectitud.

Pero advirtió que su esposo estaba herido aún e íntimamente la humilló pensar que había cometido la torpeza de ofenderlo.

—Ojalá pudieras verte hoy —le dijo, con su encantadora sonrisa—. Me parece que nunca te he visto tan hermoso. Se diría que tienes diez años menos que hace unos días.

El señor Wu se sonrojó y se echó a reír.

—¿De veras? —dijo.

Advirtió la ternura que había en los ojos de la señora Wu y se inclinó hacia ella sobre la mesa que los separaba.

—Ailien, aún no hay nadie que se te pueda comparar —exclamó—. Todas las mujeres son insípidas después de ti. Sólo hice lo que hice porque insististe.

—Lo sé y te lo agradezco —dijo ella—. Durante toda nuestra vida conyugal, sólo hiciste lo que yo deseaba. Y ahora, cuando te he pedido tanto, también lo has hecho.

Los ojos del señor Wu se humedecieron de emoción.

—Te he traído un regalo —dijo.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un envoltorio de papel de seda, que desdobló. Dentro había dos adornos para el cabello, con forma de mariposas y flores de jade y aljófares y oro.

—Las vi ayer y me hicieron pensar en ti. Aunque siempre pienso en ti.

El señor Wu secóse la transpirada frente.

—Hasta de noche —murmuró sin mirarla.

La señora Wu se tornó muy seria al oír esto.

—No debes pensar en mí de noche —dijo—. Eso no es justo con Ch'iuming. Después de todo, su vida está dedicada ahora íntegramente a ti.

El señor Wu, al parecer, seguía sintiéndose desdichado.

—¡Oh!, sí que me agrada —dijo él de mala gana—. Pero, tú... tú estás tan lejos de mí en estos días. ¿Hemos de pasar el resto de nuestra vida separados así? Tú, que has vivido siempre en lo más hondo de mi existencia...

Su carnosos labio inferior tembló.

La señora Wu estaba tan conmovida, que se levantó involuntariamente y se acercó a él. El señor Wu la aferró entre sus brazos y oprimió su rostro contra el cuerpo de su esposa. Algo tembló en ella y se sintió alarmada, no a causa de él, sino de sí misma. ¿Destruiría aquella momentánea debilidad todo lo que había hecho?

—Tú —murmuró él—. Perlas y jade... sándalo e incienso...

Ella se libró con mucha dulzura de su prisión, hasta que sólo sus manos quedaron aprisionadas en las de su marido.

—Serás más feliz que nunca —le prometió.

—¿Volverás a mí? —preguntó él.

—En formas nuevas —prometió la señora Wu.

El momento había pasado, ahora que podía ver el rostro de su marido. Los labios, con sus arrugas de leve impaciencia, se habían relajado. Al verlos, la señora Wu sintió que su cuerpo se convertía en un dardo de frío mármol. Retiró hasta sus manos.

—En cuanto a Fengmo, no te preocupes —dijo—. Por lo que respecta al preceptor, Linyi, según parece, quiere que Fengmo hable el inglés. Dice que sería muy anticuado en caso contrario. Estará en condiciones de casarse con Linyi dentro de un mes. ¡Ya lo verás!

—¡Maquinadora! —dijo el señor Wu, riendo—. ¡Haces planes y maquinaciones con las vidas de los hombres!

Había recobrado el buen humor y se levantó; riendo y meneando la cabeza, se fue.

A los pocos minutos, cuando entró Ying, halló a la señora Wu sumida en uno de sus característicos silencios. Al ver a Ying, alzó la cabeza.

—Ying —dijo—, toma un trozo de mi jabón perfumado y dile a Ch'iuming que no use otro.

Ying permaneció inmóvil, escandalizada.

—No me mires así —dijo la señora Wu—. Debes hacer más aún. Llévale uno de mis peines de sándalo para el cabello y ponle polvo de sándalo en la ropa interior.

—Como usted quiera, señora —respondió Ying con acritud.

Fue entonces cuando la señora Wu vio la pipa del señor Wu. Éste la había dejado sobre la mesa lateral al salir. Ella comprendió instantáneamente que lo había hecho con intención, como señal de que volvería. Aquel abandono de la pipa era una vieja señal entre hombre y mujer.

Se la señaló a Ying cuando ésta se iba a marchar y su bella voz tenía un acento áspero.

—¡Ying! El señor Wu ha olvidado su pipa. Llévasela.

Ying se volvió sin decir una sola palabra, tomó la pipa y se fue con ella.

* * *

Cuando la señora Wu concluyó de preparar las sedas, había oscurecido demasiado para distinguir los colores. Se disponía a hacer encender las velas cuando llegó Fengmo. Se había quitado su uniforme estudiantil y lucía una larga túnica de seda cremosa con bordados del mismo color. Se había peinado la corta cabellera, apartándola de la cuadrada frente. La señora Wu, después de saludarlo, elogió su aspecto.

—Una túnica te sienta mejor que esos pantalones —dijo y mientras hablaba miró detenidamente la frente de Fengmo.

Era una frente hermosa, pero que no permitía adivinar la calidad del cerebro que ocultaba. Fengmo sólo estaba empezando a entrar en la virilidad.

—¿Recuerdas las palabras que aprendiste anoche? —preguntó la señora Wu, sonriendo.

Fengmo había encendido un cigarrillo extranjero de los que él y Tsemo fumaban en grandes cantidades. La voluta de ascendente humo parecía complacerlo, quién sabe por qué. No se sentó, sino que empezó a pasearse con impaciencia por la biblioteca y se detuvo y repitió las palabras extranjeras con mucha claridad.

—¿Las entiendes ya? —preguntó ella.

Fengmo meneó la cabeza.

—No, pero esta tarde le preguntaré qué significan —respondió.

Hizo una pausa para escuchar.

—¡Ahí viene! —exclamó.

Oyeron las largas y recias pisadas de los zapatos de cuero sobre las piedras. Luego vieron en la puerta al hermano André, acompañado por el portero, que retrocedió al ver aparecer a la señora Wu.

—¿Ha comido usted? —preguntó la señora Wu, según la fórmula del saludo corriente.

—Sólo a mediodía —dijo el hermano André.

Sonreía de un modo agradable, casi tímido. Nuevamente, al verlo parado allí, la señora Wu tuvo la sensación de que todo el aposento, Fengmo, y hasta ella misma, se contraían y empequeñecían en presencia de aquel hombre enorme. Pero el sacerdote no parecía tener conciencia de su gran corpulencia ni de sí mismo.

—Fengmo estaba repitiendo las palabras extranjeras que usted le enseñó anoche, pero no sabemos qué significan —dijo la señora Wu, cuando se saltaron.

—Le enseñé palabras que dijo antaño un hombre en Inglaterra —manifestó el hermano André—. Mejor dicho... nacido en Inglaterra, pero que vivió y murió aquí. Y su alma vagabundeó por todas partes.

Hizo una pausa, como si estuviese pensando, y luego tradujo las palabras a modo de salmodia.

*¡Y la luz no sólo entra
por las ventanas orientales, al llegar el día!
¡De frente el sol sube lenta, lentamente!
¡Pero ved qué luminosa está la tierra al Occidente!*

La señora Wu y Fengmo escucharon esto, bebiendo cada palabra como si fuese agua pura.

—¿Eso no es religión? —preguntó con aire de duda la señora Wu.

—Eso es poesía —dijo Fengmo.

—Te he enseñado las primeras palabras inglesas que me enseñaron a mí —dijo el hermano André, sonriéndole—. Y, por lo demás, no las comprendí al principio, cuando era aún niño y vivía en Italia.

—De modo que ese mismo sol ilumina todo el mundo —comentó meditativamente la señora Wu, y se echó a reír—. Esto le hará sonreír, hermano André, pero aunque sé que no es así, siempre tuve la sensación de que el sol nos pertenecía solamente a nosotros.

—El sol nos pertenece a todos y reflejamos su luz, el uno para el otro, en Oriente y Occidente, donde sale y donde se pone —dijo el hermano André.

Los cuatro muros del aposento parecieron esfumarse: muros de los patios donde ella se había pasado la vida se desvanecieron a lo lejos. La señora Wu tuvo momentáneamente una clara visión. El mundo estaba lleno de tierras y pueblos bajo el mismo cielo y en los siete mares subían y bajaban las mismas mareas.

La señora Wu sentía ansias de quedarse y escuchar la nueva lección del hermano André, pero sabía que Fengmo no se sentiría a sus anchas si se quedaba. Se levantó.

—Enséñele a mi hijo —dijo, y se fue.

* * *

—¿Cuáles son los sentimientos de Linyi, ahora que Fengmo está aprendiendo el inglés? —le preguntó la señora Wu a la señora Kang.

Su amiga había ido a verla un anochecer, terminado el trajín del día. El hecho de que la señora Wu sólo fuese unas pocas veces por año a visitar a la señora Kang, mientras que la señora Kang la visitaba a ella dos o tres veces por semana, era un símbolo de la amistad existente entre ambas mujeres.

Pero a ellas esto sólo les parecía natural.

—Mi hija me sorprende —contestó la señora Kang—. Dice que se casará con Fengmo si le gusta después de haber conversado con él varias veces y cuando Fengmo haya aprendido suficiente inglés para hablarlo. ¡Qué desvergüenza por parte de Linyi al querer verlo! Con todo, recuerdo que, cuando era muchacha, una traviesa criada me tentó un día de Año Nuevo en que estuvo el señor Kang con su padre a hacernos una visita. Atisbé por una ventana con celosías y lo vi. Me casé y tuve mi primer hijo antes de atreverme a contarle esto. Y hasta entonces, la vergüenza de haberlo hecho pesó sobre mí como un pecado.

La señora Wu se echó a reír, con su suave gorgoteo de alegría.

—Sin duda, el daño lo causó esa sola mirada.

—Lo amé apenas lo vi —dijo la señora Kang, sin rastro de vergüenza ya.

—¡Ah, esos momentos...! —prosiguió la señora Wu—. Ya ves por qué resulta prudente estar preparada para ellos. Los corazones de los jóvenes son como incendios que estallan de pronto. La leña y la mecha están listas. Pero... ¿cómo podríamos concertar un encuentro entre nuestros hijos... o varios encuentros?

Ambas amigas estaban sentadas en la frescura del atardecer. Sobre una mesa próxima, Ying había puesto un melón partido. El núcleo amarillo, punteado de brillantes pepitas, era húmedo y dulce. La señora Wu indicó la parte que estaba del lado de su amiga.

—Come un poco de melón —dijo amablemente—. Te refrescará. Esta noche pareces cansada.

El regordete rostro de la señora Kang se turbó al oír estas bondadosas palabras. Sacó de su pecho un pañuelo de seda floreado, se cubrió el rostro y empezó a sollozar detrás de aquél, sin ocultar su llanto, ya que estaban solas.

—Vamos, Meichen —dijo la señora Wu, muy asombrada—. Dime por qué lloras.

Extendió la mano y apartó el pañuelo del rostro de su amiga. La señora Kang reía y lloraba a un tiempo.

—Estoy tan avergonzada... —balbució—. No puedo decírtelo, Ailien. Debes

adivinarlo tú misma.

—No estarás... —dijo severamente la señora Wu.

—Sí que lo estoy —dijo la señora Kang.

Sus redondos ojillos, tan alegres habitualmente, estaban trágicos ahora.

—¡Tú a tu edad y con tantos hijos ya! —exclamó la señora Wu.

—Soy una de esas mujeres que conciben hasta cuando su hombre les pone solamente los zapatos sobre la cama —dijo la señora Kang.

La señora Wu no pudo responder. Era demasiado bondadosa para decirle a su amiga lo que pensaba o culparla por no haber seguido su ejemplo.

—Lo extraño es que ninguno de mis hijos me preocupa tanto como Linyi —dijo la señora Kang, estrujando y doblando el gran pañuelo, húmedo ahora de lágrimas—. Linyi me censura tanto... Me repite a cada momento que estoy demasiado gorda y que debiera peinarme de otro modo, y que es una vergüenza que no sepa leer y que la casa está sucia y que hay demasiados niños. Si Linyi se queda conmigo y tengo que decirle que...

—Linyi debe venir aquí pronto —dijo la señora Wu.

Íntimamente, se estaba preguntando si convenía traer a su casa a una muchacha terca y voluntariosa, que juzgaba a su propia madre.

—Tú podrías enseñarle —dijo pensativamente la señora Kang—. Creo que te tiene miedo. Pero no nos teme ni a su padre ni a mí.

De súbito, la risa afloró entre sus lágrimas al pensar en su marido.

—Pobrecito —dijo, y se secó los ojos—. Cuando se lo dije esta mañana, se arrancó los mechones de cabello y declaró: «Yo debiera irme a instalar una casa de comercio solo en otra ciudad».

La señora Wu no contestó a esto y como aquel silencio le pareció frío a su amiga, la señora Kang la miró y dijo, entre maliciosa y triste:

—Quizá tengas suerte, Ailien, al no amar a tu marido.

La señora Wu sintió que estas palabras le habían llegado al corazón. No estaba habituada a semejante aspereza en su amiga.

—Quizá la diferencia no esté en el amor, sino en el dominio de una misma —contestó y tomó una tajada del frío y dorado melón—. O bien —agregó— que nunca me gustó que se rieran de mí. Tú, después de todo, eres más fuerte que yo, Meichen.

—No riñas conmigo —rogó la señora Kang.

Tendió su regordeta mano y ésta se posó, ardiente, sobre la fría y fina mano de la señora Wu.

—Tenemos la misma dificultad, Ailien. Todas las mujeres la tienen, me parece. Tú la resuelves de un modo, yo de otro.

—Pero... ¿es una solución lo tuyo? —preguntó la señora Wu.

Sintió que su sincero y fiel cariño por su amiga suavizaba su corazón al hablar y rodeó con los delicados dedos la gruesa y bondadosa mano que la aferraba.

—Yo no podría soportar... eso que has hecho —contestó la señora Kang—.

Quizá seas prudente, pero yo no puedo ser prudente si eso significa algo entre... mi marido y yo.

¿Quién hubiera supuesto que, en aquel momento, el corazón de la señora Wu era desgarrado por un inexplicable dolor? Se sintió súbitamente tan sola, aunque las manos de ambas se entrelazaban, que la dominó el terror. Le pareció estar de pie sobre una cumbre, rodeada de hielo y de frío, extraviada y solitaria. Quería llorar, pero las lágrimas no brotaron de sus ojos. El crepúsculo la ocultó. La señora Kang no logró ver la palidez de su rostro y, dada su abstracción, no pudo notar la rigidez del cuerpo de la señora Wu en aquel pánico que la envaraba.

En medio de aquel extraño terror, la señora Wu vio al hermano André. La enorme y bien plantada figura del sacerdote se había cernido sobre su soledad y ésta se disipó ante la necesidad de hablarle.

—Hermano André —dijo con gratitud—, entre. Mandaré por mi hijo.

Soltó los dedos de la señora Kang mientras hablaba y se puso de pie.

—Meichen, éste es el maestro de Fengmo —dijo—. Hermano André, le presento a mi amiga, que es para mí una hermana.

El hermano André se inclinó sin mirar a la señora Kang, pero la expresión de su rostro era bondadosa. Entró en la biblioteca. Allí, a la luz de una vela, lo vieron sentarse y sacar de su chaqueta un libro y empezar a leer.

—¡Qué gigante! —exclamó con voz contenida la señora Kang—. ¿No le tienes miedo?

—Un gigante bueno —repuso la señora Wu—. Ven, Fengmo estará aquí dentro de un momento. No debe suponer que hablamos de él. ¿Entramos?

—Debo volver a casa —contestó la señora Kang—. Pero antes de irme, quisiera saber si Linyi hablará con Fengmo o no.

—Se lo preguntaré —dijo la señora Wu—. Y si Fengmo lo desea, lo llevaré a tu casa primero y luego algún día vendrás aquí y traerás a Linyi. Dos encuentros bastarán para que conozcan mutuamente su modo de pensar.

—Tú siempre tienes razón —dijo la señora Kang, y después de estrechar las manos de su amiga, se fue.

* * *

La señora Wu retuvo a Fengmo después de su lección. Los dos hombres se habían quedado sentados largo tiempo sobre sus libros. La señora Wu había pasado junto a la puerta, invisible en las tinieblas y había atisbado el interior del aposento. Algo la asustó en el aire atento de Fengmo y en la intensa gravedad del hermano André. ¿Estaría aquel sacerdote hechizando el alma del niño con la sola fuerza de su enorme ser?

La señora Wu se sentó de improviso, desfalleciente, en una de las sillas de bambú y las tinieblas la alegraron.

«¡Cómo procura una lograr las cosas y cómo fracasa! —pensó—. ¿Cómo podía imaginarme cuando invité a un sacerdote a que viniese y le enseñara a mi hijo, que ese sacerdote estaría tan rebosante de su dios que brillaría y fulguraría y lo atraería todo hacia él?».

Sabía que el alma de Fengmo estaba en ese momento de despertar cuando, si una mujer no hechiza a un joven, puede hacerlo Dios. No quería que Fengmo fuese sacerdote y ello por muchos motivos. Cuando un dios roba una alma de un cuerpo, el cuerpo se venga y deforma el alma y la destruye y estropea. El cuerpo y el alma son socios y ninguno de ellos debe abandonar al otro. Si veinticinco años más tarde, después de haber engendrado hijos e hijas, Fengmo deseaba hacerse sacerdote, como muchos hombres que vivían en templos, que sirviera a su alma después de haber servido a su cuerpo. ¡Pero no entonces!

Debía entrar y romper el hechizo cuya trama se tejía ante sus propios ojos. La señora Wu vaciló en el umbral, invisible aún. Luego, se retiró. Ella, la madre y sólo la madre, no era lo bastante fuerte para resistir al gran sacerdote. Para mostrarse independiente de ella, si no por otro motivo. Fengmo se le resistiría. No, necesitaba una mujer joven, una muchacha alegre, un hermoso pedazo de carne y sangre para que le ayudara. Linyi debía llegar pronto.

Cuando hubo transcurrido la hora de la lección, llamó desde las tinieblas.

—Hermano André, gracias por haberle enseñado tan bien a mi hijo. ¡Hasta mañana! ¡Mis saludos!

Se levantó y adelantó con aquellas palabras. Ambos hombres se interrumpieron como si su presencia les chocara. El hermano André se inclinó saludando y se fue rápidamente, con las volanderas sombras de su larga sotana agitándose en pos de él. Pero la señora Wu apoyó la mano sobre el codo de Fengmo y cuando él se disponía a salir también, lo retuvo fuertemente.

—Hijo mío —dijo—, quédate un poco conmigo. Tengo algo muy extraño que decirte.

Sintió que la negativa se intensificaba en el brazo de Fengmo y alzó la mano.

—Querido hijo, suelo sentirme muy sola. Esta noche es una de las oportunidades en que me sucede eso. ¿Quieres quedarte un poco conmigo?

¿Qué hijo podía negarse a aquella voz? La señora Wu volvió a apoyar la mano sobre el brazo de Fengmo, tirando suavemente de él.

—Ven y siéntate en esta fresca oscuridad —le dijo—. ¿Me dejarás hablar sin contestarme hasta que yo haya terminado?

—Si lo quieres así, madre... —dijo Fengmo con resignación.

Pero ella adivinaba sus deseos de abandonarla, su anhelo de liberarse de ella. ¡Ah, podía descifrar aquellas señales!

—Fengmo —dijo, y su voz era música que brotaba de las tinieblas. Él no podía verla. Sólo estaba la bella voz que se derramaba en sus oídos—. No sé cómo decírtelo —y Fengmo oyó una risa algo turbada—. Eres tan mayor ya..., un hombre...

Supongo que debo esperar... Bueno, ciertamente, es necesario que no sea egoísta. Linyi quiere hablar contigo. Eso me hubiera parecido imposible cuando Liangmo era de tu edad. Creo que Meng no habría pensado en pedirlo. Pero Linyi es muy distinta, y tú eres muy distinto a Liangmo.

La bella voz vertía todo esto en la noche. Era tan difícil creer que aquélla era la voz materna, tan joven, tan tímida, a medias riente, cortada por pausas...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él bruscamente.

—Hoy me lo dijo su madre —respondió la señora Wu.

Echándose atrás en su silla, con el rostro vuelto hacia el cielo negro y suave, pesaba y medía cada tono de la voz de Fengmo. Se sentía excitada, como si estuviese chocando con una fuerza muy superior a la suya. Pero vencería.

—Quizá yo haga mal —dijo, con tono algo lastimero, ante el silencio de Fengmo—. Mi primer impulso es decir que si Linyi es tan audaz... no la quiero en la casa.

Eran las palabras adecuadas. Fengmo respondió apasionadamente desde las tinieblas. Se inclinó hacia ella. La señora Wu pudo sentir su aliento fresco y joven contra su rostro.

—¡Madre, tú no comprendes!

—¿De veras?

La señora Wu volvió a sentirse segura al oír aquellas palabras familiares del joven. Era lo que decían todos los hijos a todas las madres.

—Muchos jóvenes y muchachas se encuentran actualmente —declaró Fengmo—. Las cosas no son como cuando eras joven, ni aun como cuando se casó Liangmo.

—Quizá tengas razón —suspiró ella—. Quiero que seas feliz..., eso es todo. No quiero que veas a Linyi si no lo deseas. Puedo decirle a su madre que no es conveniente. Entonces sabrá que Linyi no te importa.

—Claro está que la veré —dijo Fengmo con aire arrogante—. ¿Por qué habría de oponerme?

—Fengmo —dijo ella, con la misma voz suplicante—, no permitas que Linyi se imagine cosas. Hay muchas muchachas a quienes gustaría venir a nuestra casa. Ahora que pienso en Linyi, recuerdo que siempre me pareció algo bizca.

—Si lo es, lo veré claramente —declaró Fengmo.

—Entonces..., ¿debo decirle a su madre que dentro de pocos días tú y yo iremos a...?

—¿Por qué tú, madre? —preguntó él, con voz nítida.

—¡Fengmo! —exclamó ella con aspereza—. No cederé demasiado. ¿Cómo pretendes ver a la muchacha a solas?

—Claro que la veré a solas —dijo Fengmo, algo irritado—. ¿Debo ser llevado por mi madre como un chiquillo?

—¿Y si digo que no irás? —preguntó con vehemencia la señora Wu.

—Madre, no lo digas —replicó Fengmo con igual ardor—. No quiero desobedecerte.

El silencio se interpuso entre ambos. La señora Wu se levantó de su silla.

—¿De modo que insistes en ver a Linyi?

—Iré —dijo Fengmo obstinadamente.

—Ve, pues —dijo la señora Wu, y pasando precipitadamente junto a su hijo, entró en su cuarto, donde encontró a Ying que la esperaba.

La doncella les había oído levantar la voz a ambos interlocutores.

—Señora..., ¿qué? —empezó.

Pero la señora Wu alzó la mano.

—¡Espera! —murmuró—. ¡Escucha!

Se quedaron de pie, escuchando. Ying completamente boquiabierto. Los ojos de la señora Wu brillaban y la risa iluminaba su rostro. Oyeron los pasos violentos e irritados de Fengmo, que se alejaba del patio. La señora Wu se ciñó el cuerpo con los brazos y rió a sus anchas.

—Señora —recomenzó Ying—. ¿Qué pasa?

—¡Oh!, nada —dijo alegremente la señora Wu—. Yo quería que Fengmo hiciera algo y lo va a hacer... ¡Eso es todo!

Fengmo no se acercó al día siguiente, pero al tercero, por la mañana, volvió a aparecer la señora Kang. Las dos amigas se estrecharon rápidamente la mano.

—Fengmo y Linyi se han visto —dijo la señora Kang.

—¿Qué tal fue el encuentro? —preguntó, sonriendo, la señora Wu.

—Reí y lloré —contestó la señora Kang, sonriendo a su vez—. Me senté lejos, simulando no estar allí. Ellos querían que me marchara y no se animaban a decirlo. Estaban mudos, sentíanse desdichados juntos y, sin embargo, no podían dejar de mirarse. Me fui solamente unos minutos y al volver estaban exactamente como antes. Ninguno de los dos se había movido. Sólo se miraban fijamente. Luego, él se levantó y se fue y al separarse se dijeron: «Hasta que volvamos a vernos».

—¿Sólo esas palabras corrientes? —preguntó la señora Wu.

—Pero ¡cómo se las dijeron! —respondió la señora Kang—. Ailien, te reirás, pero su manera de decirlas me impulsó a ir en busca de mi marido, nada más que para sentarme a su lado.

—Te habrá creído una boba, sin duda —dijo la señora Wu, sonriendo aún.

—¡Oh, sí! —dijo riendo la señora Kang—. ¡Y no le dije nada, porque no quería alborotarlo de nuevo!

—¿Qué daño podía causar eso ahora? —preguntó maliciosamente la señora Wu.

—¡Ah, Ailien, no te burles! —dijo con un suspiro la señora Kang—. Cuando vi a esos dos jóvenes..., tanta dicha..., tantos trastornos futuros... ¡Una no se atreve a decirles la verdad a los jóvenes!

—Que la boda sea pronto —dijo la señora Wu.

—Cuanto antes, mejor —asintió la señora Kang—. Es un error encender fuego bajo una marmita vacía.

Fengmo no se acercó a su madre aquel día ni ningún otro. La señora Wu no lo vio

hasta que llegó nuevamente de noche el hermano André. Entonces, aquélla pasó y volvió a pasar junto a la puerta. Fengmo estaba preguntando nuevas palabras. Quería escribir una carta. La señora Wu miró el rostro del hermano André. Reflejaba bondad y paciencia, pero también perplejidad. El sacerdote deletreaba las palabras para Fengmo, una y otra vez, y se las escribía. La señora Wu oyó las sílabas sin comprender, como extraños sonidos sin sentido. Pero no interesaba que ella las comprendiera. Las comprendería Linyi. El joven revelaba ansiedad por escribirle una carta en inglés. La señora Wu rió silenciosamente en las tinieblas. Luego se sintió avergonzada ante el hermano André por lo fácil de su victoria. Se fue y no lo volvió a ver esa noche. En vez de hacerlo, se fue temprano a la cama y a dormir.

VII

Un agradable día de fines del noveno mes, Linyi fue a la casa como novia. La estación era adecuada para las bodas, porque la cosecha estaba próxima y el arroz agobiaba las espigas. El verano había pasado y el otoño no había comenzado aún.

Las dos familias se reunieron en recíproco alborozo para aquella segunda unión entre ellos. Más que nadie, Liangmo y Meng desbordaban alegría. El cuerpecito de Meng se estaba hinchando con el hijo. Tenía hambre día y noche, y su enfermedad había desaparecido. Estaba hermosa y madura de dicha al darle la bienvenida a su hermana. Las dos madres, después de conversar sobre el asunto, habían decidido complacer los deseos de sus hijos y no realizar una larga fiesta nupcial a la manera antigua, como cuando se casaron Liangmo y Meng. Tres días de festejos eran demasiado para aquellos dos impacientes que eran Fengmo y Linyi. Querían el casamiento rápido de los nuevos tiempos, una promesa ante los mayores y nada más.

De modo que así se hizo y la señora Wu indemnizó a los vecinos, consternados por la pérdida de la fiesta, alquilando un restaurante durante tres días. Esto evitó el engorro de que desfilaran multitudes por la casa.

—Esas costumbres nuevas tienen algo de bueno —dijo la señora Kang al terminar el día de la boda.

Nuevamente los hombres estaban en el patio del señor Wu y las mujeres en el patio de la señora Wu. A las mujeres les servían confituras de las especies más delicadas, a los hombres sabrosas carnes. Fengmo y Linyi se habían retirado a su patio. Afortunadamente, un mes antes o poco menos había muerto un viejo primo y dejado dos habitaciones vacías, y por orden de la señora Wu, éstas habían sido reparadas y pintadas.

—Ciertamente, no tenemos muebles rotos y pisos sucios como después de la boda de Liangmo —convino la señora Wu.

Aquella noche se sentía feliz, como siempre que se determinaba el destino de algún miembro de la familia. Su libertad se volvía más completa aún. Durante una semana, por propia decisión, Fengmo no había tenido clase, y el hermano André no había acudido. La señora Wu no formuló objeciones a esto. Había llegado la hora de la carne. Ahora no temía al poder del hermano André. Tanto le daba que siguiera yendo o no. Ella había salvado a Fengmo para la familia.

El patio estaba iluminado por linternas de papel rojo y estas luces atraían a las mariposillas de las tinieblas. Muchos de los insectos sólo eran unos pequeños seres grises, meros manojitos de polvo. Pero, de vez en cuando, una gran mariposa pasaba agitando sus pálidas alas verdes o sus alas negras y doradas. Entonces, todas las mujeres gritaban y ninguna se daba descanso hasta que el insecto era atrapado y clavado sobre la puerta con un alfiler, donde todas podían ponderar su belleza mientras estaban cómodamente sentadas y comían sus confituras. La Vieja Señora, más que nadie, disfrutaba con aquella diversión y palmoteaba de placer.

Acababan de atrapar una de aquellas libélulas cuando Ch'iuming entró en el patio. La señora Wu la vio inmediatamente, como siempre que entraba, y, como siempre, no dio señales de haberla visto. La joven había ocupado su sitio en la casa día tras día, en grave silencio. Nadie hablaba de ella, ni bien ni mal, en presencia de la señora Wu. Pero la señora Wu la recordaba constantemente. A veces, de noche, al despertar, cavilaba... y desechaba sus cavilaciones.

Ahora, al entrar Ch'iuming, la vio. La muchacha estaba delgada y algo pálida pero su delicado tipo había ganado en belleza.

«Debo preguntarle cómo está —pensó la señora Wu, reprochándose involuntariamente aquello—. Cuando haya terminado la boda, mandare por ella».

Nuevamente, como siempre, desechó a Ch'iuming de su mente y la joven se dedicó en silencio a la animada tarea de servirles el té a los invitados. Había intervenido en la jornada, pero casi a escondidas y cuidándose silenciosamente de la comida o de los niños o de cosas parecidas. De vez en cuando, alguien la llamaba:

—¡Descansa, segunda señora!

Pero Ch'iuming replicaba siempre con las mismas palabras:

—Sólo haré esto y nada más.

Mientras contemplaba a la nueva mariposa, también ella se acercó a mirarla. Era de un color amarillo cremoso, como el amarillo del limón llamado La mano de Buda, y tenía unas largas antenas negras. Éstas temblaron cuando la mariposa se sintió pinchada. Las anchas alas vibraron y sus manchas negras se tornaron momentáneamente de color verde y oro. Luego, la mariposa quedó inmóvil.

—¡Qué pronto mueren! —dijo repentinamente Ch'iuming.

Todos se volvieron al oír su voz, y como si a ella misma la sorprendiera oírse hablar, retrocedió, sonriendo con su sonrisa entre temblorosa y tímida. Se quedó de pie, esperando hasta que todos volvieron a sentarse. Luego, silenciosamente se deslizó detrás de las demás y, acercándose a la señora Wu, probó con la mano su tazón de té.

—Su té está frío —dijo—. Lo calentaré.

—Gracias —dijo la señora Wu.

Permaneció absolutamente inmóvil mientras Ch'iuming se inclinaba para ejecutar su tarea. Y al inclinarse la muchacha, la señora Wu olió la fragancia del sándalo y al olerla miró su rostro. Leyó en él una mirada humilde.

—¿Puedo conversar un poco con usted esta noche, hermana mayor? —preguntó Ch'iuming, en voz baja.

—Claro que sí —respondió la señora Wu.

No sabía qué otra cosa contestarle, ya que... ¿cómo negarse? Pero sintió que la alegría la abandonaba. ¿Qué nueva preocupación cernía su sombra sobre ella? Sorbió su té y guardó silencio hasta que se fueron los invitados.

Cuando se hubieron marchado, sólo quedaron con ella Ch'iuming y Ying.

—Vete —le dijo la señora Wu a Ying— y vuelve dentro de un rato.

No quería llevarse a Ch'iuming al interior de la casa. El aire del patio estaba sereno y fresco. Las últimas orquídeas purpurinas florecían bajo las linternas. Meng le había llevado aquel día a la señora Wu los primeros pericarpios de loto. La blanca pulpa, dentro de las cápsulas, no tenía perfume, y su sabor era dulce.

La señora Wu se sentó cuando se fueron los invitados y tomó una de las grandes y suaves cápsulas. Ch'iuming permaneció de pie, algo decaída, vacilando.

—Siéntate, te lo ruego —dijo la señora Wu—. He estado pensando en estas semillas de loto. Mientras hablamos, las comeremos.

Pero Ch'iuming dijo:

—Yo no las comeré, gracias.

—Entonces, comeré yo y escucharé —repuso la señora Wu.

Sus delicadas manos abrieron la vaina. Aquellas manos de la señora Wu parecían siempre débiles, pero eran fuertes. El meollo de la cápsula era de resistente fibra, pero cedió bajo sus dedos, y la señora Wu le arrancó una de las muchas semillas que ocultaba. Con sus pequeños y puntiagudos dientes, tan sólidos ahora como durante su crecimiento, desprendió la verde cáscara de la carne blanca.

—Déjeme que se los pele —rogó Ch'iuming.

Pero a la señora Wu le inspiró desagrado la idea de que las manos de Ch'iuming tocaran la carne que tendría en su boca.

—Deja que lo haga yo misma —dijo, y como si Ch'iuming adivinara algo detrás de estas palabras, no volvió a ofrecerse.

Y mientras la muchacha estaba sentada, contemplando aquel abrirse de la vaina y el pelar de las semillas que contenía, y mientras oía los dientes de la señora Wu, que rompían las frágiles carnes, ninguna de ellas habló. Luego, repentinamente, como si su hambre estuviese saciada, la señora Wu tiró la vaina vacía sobre las piedras.

—Estás con hijo —dijo bruscamente.

Usaba las palabras corrientes de la mujer común.

Ch'iuming la miró.

—Tengo la felicidad dentro de mí —admitió.

Usaba las palabras que usan las mujeres de una casa grande cuando se espera un heredero.

La señora Wu no se corrigió a sí misma ni corrigió a Ch'iuming. Con la misma voz, clara y áspera, dijo:

—Eres muy rápida.

A esto Ch'iuming nada respondió. Abatió la cabeza y se quedó sentada, con las manos sobre el regazo, las palmas hacia arriba, los dedos indiferentes.

—Supongo que él estará contento —dijo la señora Wu con la misma aspereza.

Ch'iuming la miró, con su mirar grande y sincero.

—Él no lo sabe —dijo—. No se lo he dicho.

—Es extraño —repuso la señora Wu.

Estaba irritada con Ch'iuming y asombrada de su propia ira. Ella había traído a

Ch'iuming a la casa con determinado propósito y la muchacha lo había cumplido. ¿Por qué había de irritarse? Pero la ira existía enroscada en ella como una fina serpiente verde, y saltaba y su veneno se esparcía sobre su lengua.

—Las concubinas, por lo general, se apresuran a decírselo a los hombres —manifestó—. ¿Por qué eres distinta de las demás mujeres?

Los ojos de Ch'iuming se llenaron de lágrimas. A la luz de la linterna orlada de flores que pendía sobre su cabeza, la señora Wu pudo ver brillar las lágrimas.

—Yo quería decírselo a usted —dijo Ch'iuming, en voz baja, con acento desfalleciente—. Creí que eso le gustaría, pero usted sólo está irritada. Ahora, me dan ganas de matarme.

Estas desesperadas palabras hicieron volver en sí a la señora Wu. Era bastante corriente que las concubinas de las grandes casas se ahorcaran o se tragaran sus anillos o comieran opio crudo; pero esto implicaba siempre vergüenza para la casa. Con la presteza de siempre, la señora Wu acudió en defensa de su casa.

—Hablas estúpidamente —dijo—. ¿Por qué habrías de matarte cuando te has limitado a cumplir con tu deber?

—Pensé que, si usted estaba satisfecha, yo podría estarlo también —continuó la muchacha, con la misma voz quebrantada—. Creí que podría calentarme las manos en su fuego. Pero, ahora..., ¿en qué fuego me las calentaré?

La señora Wu comenzó a sentirse asustada. Había dado por sentado que Ch'iuming era una muchacha vulgar, criada en el campo, que les daría la bienvenida como un animal a los signos de su fecundidad. La vaca no piensa en el toro, sino en el ternero. Si había pensado alguna vez en la vida de Ch'iuming, la señora Wu se había confortado pensando que Ch'iuming se vería recompensada con un hijo y que se daría por satisfecha con él.

—¿Y qué? —preguntó—. ¿No estás contenta? Eso te hará feliz. Tendrás un pequeño juguete con que jugar, alguien de quien reírte, una cosita propia que atender. Si es varón, tu posición en esta casa mejorará. Pero te prometo que si es mujer, no te haré reproche alguno. He dado la bienvenida en mi casa lo mismo al varón que a la mujer. Cuando murió mi propia hija antes de saber hablar, lloré como si hubiese desaparecido un hijo.

La muchacha no contestó a esto, sino que fijó sus tristes ojos en la señora Wu y escuchó.

—No debes hablar de matarte —prosiguió con vivacidad la señora Wu—. Vuélvete ahora y acuéstate. Dile a él, si viene, que tienes buenas noticias.

Hablaba con frialdad para devolverle su serenidad a la muchacha, pero en el fondo de su corazón sentía que volvían a abrumarla las ráfagas glaciales de la cumbre. Ansiaba estar sola y se levantó. Pero Ch'iuming se abalanzó hacia ella y se asió a su vestido.

—Déjeme quedarme aquí esta noche —rogó—. Déjeme dormir aquí como cuando vine por primera vez. Y... dígaselo usted por mí. Pídale... ¡pídale que me

deje en paz!

Ahora la señora Wu se sintió realmente asustada.

—Estás perdiendo el juicio —dijo a Ch'iuming con severidad—. Recuerda quién eres. Viniste a mí sin padre ni madre, como una expósita, recogida en la calle por la esposa de un granjero. Enviudaste sin haberte casado. Ahora, eres la segunda en jerarquía, después de mí, en esta familia, la más rica de la ciudad, una casa a la cual todas las familias de la zona ansían enviar a sus hijas. Vistes sedas. De tus orejas penden aretes de jade y luces anillos de oro. No puedes volver a mi patio. ¿Cómo podría explicarlo yo en la casa? Vuelve inmediatamente al patio a que perteneces y para el cual te compraron.

Ch'iuming soltó el vestido de la señora Wu. Se puso de pié penosamente y retrocedió, paso a paso, hacia la verja. La dureza de la señora Wu empezó a ceder repentinamente al ver su desesperado rostro.

—Vuelve, hija —dijo con su voz bondadosa de costumbre—. No temas. Las mujeres jóvenes suelen sentir miedo y mostrarse reacias cuando se trata del primer hijo, aunque yo no lo esperaba de ti, que has nacido en el campo. Duérmete temprano y no te despiertes si él entra. Sé que, si te ve reacia a despertar, te dejará dormir. Es bueno, realmente bueno. ¿Acaso no lo conozco? ¿Por qué le temes? Y yo haré eso por ti... Se lo diré mañana. Sí que lo haré.

Como si esta prueba de bondad la hubiera devuelto la calma, Ch'iuming murmuró unas palabras de gratitud y salió furtivamente del patio. La señora Wu apagó una por una las linternas hasta que el patio quedó a oscuras. Con fatigoso andar, fue a su aposento y Ying la preparó para dormir. No se atrevía a preguntarle nada a su señora cuando la veía así, tan triste y fría.

Corrió los cortinajes en torno de la silenciosa figura y fue a los ruidosos patios de la servidumbre. Allí, los hombres y mujeres y niños estaban comiendo aún los restos del banquete nupcial y a Ying le gustaba comer. Llenó su escudilla de muchas carnes y fue a sentarse en el umbral y comió con placer, escuchando, mientras tanto, toda la charla de los criados de la gran casa. Ella los superaba en jerarquía a todos, salvo Peng Er, el criado del señor. Peng Er estaba sentado comiendo también. Su gordo rostro brillaba de sudor. Junto a su rodilla, estaba su hija menor, una criatura de unos dos o tres años. Cada vez que Peng Er se detenía a tomar aliento, la niña abría la boca y chillaba, y él le acercaba a la boca la escudilla y le metía comida en ella con sus palillos.

—¡Peng Er! —Llegó, desde la oscuridad, la sonora y riente voz de una mujer—. ¿Duerme el señor en el Patio de las Peonías todas las noches?

—Le llevo el té allí todas las mañanas —gritó Peng Er, en respuesta.

—¡Ying! —gritó la misma sonora y alegre voz—. ¿Cómo marchan las cosas en el Patio de las Orquídeas?

Pero Ying desdeñó contestar a esto. Terminó rápidamente su tazón y, sacando agua fría de su tinaja, se enjuagó la boca y escupió el agua en las tinieblas, hacia

donde había llegado aquella voz.

Los hombres y mujeres y niños se dispersaron ante esta señal. Todos temían a Ying. En aquella casa, Ying estaba sentada demasiado cerca del trono.

* * *

La señora Wu se despertó al amanecer. Sentíase abrumada por una carga y, bajo el peso de esta carga, se esforzó por despertar. La noche no había sido buena. La señora Wu había dormido y velado y vuelto a dormir, sin entregarse nunca al sueño por completo. Como vivía en el centro de la casa, solía pasar noches como éstas, en que sentía a toda la familia como el corazón siente al cuerpo. Ahora recordó. Aquella había sido la noche nupcial de Fengmo. Toda noche nupcial eran angustiosa.

La señora Wu suspiró y recordó la segunda carga que la agobiaba. Le había hecho a Ch'iuming una promesa de la cual le hubiera gustado liberarse. Pero... ¿cómo? Sin duda, la muchacha se había aferrado a aquello como a una esperanza durante toda la noche. Luego, como si sus preocupaciones fuesen pocas, Ying entró al ver despierta a su ama.

—La Vieja Señora está enferma —le comunicó—. Dice que siente unos dolores tan fuertes como si hubiese comido una cucaracha en la fiesta de ayer y como si la sabandija se estuviera arrastrando por su vientre. La siente grande como un ratón, sentada sobre su hígado y arañándole el corazón con las patas. Naturalmente, eso no puede ser una cucaracha. Mi hombre, por más defectos que tenga, no puede haber sido tan negligente.

—¡Cielos! —murmuró la señora Wu—. ¡Como si yo no tuviera bastante sin eso!

Pero cumplía con su deber por encima de todas las cosas y se dio prisa, y Ying también, y a los pocos minutos entraba en el patio contiguo, donde La Vieja Señora estaba tendida a buena altura, sobre sus almohadas. La anciana volvió hacia su nuera unos ojos turbios.

—Haz pronto algo por mí. Me estoy muriendo —dijo con voz débil.

La señora Wu se asustó al ver el estado de La Vieja Señora. El día anterior, su animación había sido la de una niña traviesa, y se había jactado de sus victorias al mahjong y comido todo lo que estaba a su alcance.

—¿Por qué no me llamaron antes? —le preguntó la señora Wu a la doncella de La Vieja Señora.

—Sólo durante esta última hora nuestra señora se ha puesto tan verde —dijo la criada a modo de excusa.

—¿Ha vomitado y se ha desaguado? —inquirió la señora Wu.

La Vieja Señora informó personalmente, con aflautada voz:

—He vomitado lo suficiente para tres embarazos y todos mis intestinos están en el orinal. Lléname de nuevo, nuera. Soy toda agua por dentro..., agua y viento.

—¿Puedes comer? —inquirió la señora Wu.

—Hay que llenarme de algún modo —declaró La Vieja Señora con voz débil, pero valiente.

Así alentada, la señora Wu ordenó que trajeran una sopa ligera de arroz y ella misma puso en la sopa raíz de jengibre fresca y picante, y con una cuchara le dio la mezcla a La Vieja Señora.

La Vieja Señora resultaba siempre conmovedora cuando estaba enferma. Su vieja y arrugada boca era cándida e impotente como la de una niña. La señora Wu la miraba a cada cucharada que le daba. Allí no quedaba un solo diente; las encías estaban rosadas y limpias. ¡Cuántas palabras habían brotado de aquella rosada lengua, ahora tan contraída! La Vieja Señora había sido siempre de un temperamento violento, y en sus accesos de irritación, había proferido blasfemias contra todos los que veía. La lengua era su arma. El Viejo Señor la había temido. Pero, sin duda, también había oído de ella otras palabras; y el señor Wu, que había sido siempre el eje de la vida de La Vieja Señora, había aprendido versos infantiles y risas de aquella vieja boca.

—Estoy mejor —suspiró finalmente La Vieja Señora—. Sólo necesito que me conserven llena. A mi edad, el cuerpo no puede estar inactivo. La vida, ahora, es como una hoguera de hierbas. Sólo arde cuando la alimentan.

—Duerme un poco —dijo con tono tranquilizador la señora Wu.

Los ojos de La Vieja Señora se abrieron vivamente al oír esto.

—¿Por qué insistes en que duerma? —preguntó—. Pronto me dormiré para siempre.

A la señora Wu le chocó ver que las lágrimas se acumulaban en los ojos de La Vieja Señora y empañaban su penetrante mirada.

¡La Vieja Señora estaba llorando!

—Hija... ¿Crees que hay alguna otra vida después de ésta? —murmuró.

Extendió una mano que parecía una garra y aferró la de la señora Wu. La vieja garra estaba caliente y llena de fiebre. La señora Wu, que se había levantado, volvió a sentarse. La Vieja Señora, durante toda su vida, sólo había sido un lozano cuerpo, una mujer bastante feliz, que había desechado todo lo que no podía comprender. Rica, bien vestida, poderosa en aquella gran casa..., ¿qué le había faltado? Pero como había vivido íntegramente enclaustrada en su carne, le asustaba ahora verla marchitarse. ¿Adónde iría cuando su cuerpo flaqueara?

—Confío en que exista una vida más allá de ésta —dijo cuidadosamente la señora Wu.

Podía haber engañado a La Vieja Señora como se engaña a una criatura, pero no quería hacerlo. La Vieja Señora no era una criatura. Era una vieja en trance de muerte.

—¿Crees que renaceré en otro cuerpo, como nos lo dicen los sacerdotes en el templo? —preguntó La Vieja Señora.

La Vieja Señora jamás había hablado de aquellas cosas. La señora Wu buscó en

su alma una respuesta honrada. Pero... ¿quién podía penetrar las sombras del más allá?

—No sabría decirlo, madre —respondió finalmente—. Pero creo que la vida nunca se pierde.

No dijo más. Podía concebir vivo sin cuerpo al hermano André, pero no a La Vieja Señora.

La Vieja Señora se estaba quedando ya dormida, a pesar de toda su voluntad de mantenerse despierta. Sus párpados, arrugados como los de un viejo pájaro, se abatieron sobre sus ojos y comenzó a respirar intensamente. Su huesuda mano soltó la suave mano de la señora Wu. Ésta se fue, retrasándose solamente lo necesario para decirle a la criada:

—Esta vez saldrá del paso. Pero trata de evitar que vea platos muy sazonados para que no los apetezca.

—Nuestra señora es obstinada —murmuró la criada en su defensa—. Y no me atrevo a irritarla.

—Obedéceme —dijo con severidad la señora Wu.

Pero cuando se acercaba al patio del señor Wu, le alegró —una luz entre las sombras— que la enfermedad de La Vieja Señora le diese un motivo para ir allí: un motivo que no era el verdadero. Había enviado con antelación a Ying para anunciarla. Al llegar a la verja del patio, se encontró con que su doncella la esperaba para decirle que el señor Wu había salido para atender a un asunto y que acababa de volver. El señor Wu le rogaba a su esposa, por intermedio de Ying, que se sentara y lo esperase, mientras él se cambiaba de ropa.

De modo que, para esperarlo, la señora Wu fue al patio familiar donde había pasado tantos años de su vida. Las peonías trasplantadas crecían allí muy lozanamente. Ya habían dejado de florecer y los pétalos estaban caídos, pero las hojas eran oscuras y gruesas. En el estanque, alguien había plantado raíces de loto y las grandes flores de coral flotaban abiertas sobre la superficie del agua. En el centro de cada flor temblaban estambres maduros, cubiertos de polvillo de oro. Su fragancia impregnaba el aire del patio y la señora Wu sacó su pañuelo y lo colocó ante su rostro. El perfume era muy intenso.

Cruzó el patio, dirigiéndose al aposento principal. El mobiliaje estaba tal como ella lo había dejado, pero habían añadido ciertas cosas. De la pared pendían en sus marcos unos cuadros extranjeros. Nada estaba tan limpio como antes. Le disgustó ver que habían barrido el polvo debajo de las sillas y hacia los rincones. Se levantó y fue hacia las pesadas puertas talladas, provistas de celosías y ahora abiertas de par en par. Miró detrás de una de aquellas puertas.

El señor Wu entró, abotonándose la chaqueta de seda gris.

—¿Hay algo detrás de la puerta, madre de mis hijos? —preguntó con su voz cordial de costumbre.

Ella lo miró y se sonrojó un poco.

—Hay polvo —dijo—. Tendré que hablarle al administrador. Toda esta habitación necesita limpieza.

El señor Wu miró alrededor, como si viera el aposento por primera vez.

—Puede ser —dijo—. Te necesita a ti —agregó, al cabo de un instante.

Pero dijo esto alegremente y con una suerte de burlona risa. La señora Wu se tornó grave y no contestó.

Ambos se sentaron. La señora Wu examinó furtivamente el rostro de su marido. El señor Wu parecía bien alimentado, y las curvas de su boca habían recobrado su jovialidad. Esto era lo que ella quería y lo que había planeado. Entonces... ¿por qué sentía un cruel deseo de herirlo?

—Tu madre está enferma —dijo bruscamente—. ¿Has ido a verla?

Él dejó de sonreír.

—No, por desgracia —respondió—. Debí ir esta mañana antes que nada, pero entre una cosa y otra...

—Está muy enferma —repitió ella.

—No querrás decir que... —dijo el señor Wu.

—No, esta vez no —dijo ella—. Pero el fin no está muy lejos. Su alma está empezando a preguntarse qué vendrá luego y me ha preguntado si creo en otra vida después de ésta. Esas preguntas significan que el cuerpo está empezando a morir y que el alma siente miedo.

—¿Qué le dijiste? —preguntó el señor Wu, con el rostro repentinamente solemne.

—Le dije que tenía esperanzas, pero... ¿cómo podría saberlo? —respondió ella.

Su marido se mostró inexplicablemente irritado.

—¡Qué cruel eres! —exclamó—. ¿Cómo puedes revelarles tus dudas a una vieja?

Se desabotonó totalmente la chaqueta hasta la garganta y sacando su abanico de la nuca empezó a abanicarse con energía.

—¿Qué habrías dicho tú? —preguntó ella.

—La habría tranquilizado —repuso él—. Le habría dicho que sólo le espera la felicidad en los Manantiales Amarillos. Le habría dicho...

—Quizá sea mejor que vayas a decírselo —dijo la señora Wu.

Cuando estaba irritada, nunca alzaba la voz. En vez de hacerlo, vertía en ella plata fundida. Ahora la voz fluía y llameaba.

Pero él adelantó su labio inferior.

—Se lo diré —replicó.

Siguieron sentados durante un momento, esforzándose por recobrar la calma. La señora Wu estaba absolutamente inmóvil, con las manos inertes sobre su regazo, y la cabeza algo caída sobre el esbelto cuello. La inmovilidad de él era idéntica y perfecta, salvo el abanico que su mano movía sin cesar. A ambos les extrañaba estar irritados el uno contra el otro, y ni el uno ni el otro sabían a qué se debía aquello.

Ella fue la primera en hablar.

—Tengo que referirme a otro asunto.

Su voz era argentina aún.

—Habla —dijo él.

La señora Wu volvió a hablarle sin tapujos.

—Ch'iuming vino a verme anoche y me rogó que te dijera que está encinta.

No alzó la cabeza ni lo miró, sino que siguió sentada, inmóvil y donairoso.

Oyó caer el abanico y el rumor que causó al rozar la ropa de seda del señor Wu. Su marido guardó silencio durante tanto tiempo, que ella finalmente alzó los ojos. El señor Wu la miraba con fijeza, con avergonzada y ridícula sonrisa y su mano derecha frotaba su coronilla, una y otra vez, con ademán que ella comprendió perfectamente.

Cuando sus miradas se encontraron, él rió sonoramente.

—Envenéname —dijo—. Ponme veneno en el arroz... u oro molido en el vino. Soy harto desvergonzado. Pero, madre de mis hijos, sólo me limité a obedecerte..., nada más.

Contra su voluntad, la risa se arrastró fuera de la señora Wu. Las comisuras de su boca se crisparon y sus párpados temblaron.

—No finjas estar disgustado —dijo ella—. Bien sabes que te enorgulleces de ti mismo.

—¡Ay de mí...! Soy demasiado vigoroso —dijo él.

La risa de ambos se acercó, como había sucedido tantas veces en su vida en común, y a través del puente de su risa volvieron a encontrarse. En aquella risa ella advirtió algo. ¡No lo amaba! Meichen tenía razón. No lo amaba, nunca lo había amado y, siendo así... ¿cómo podía odiarlo tampoco? Le pareció que caía de su alma la última cadena. Repetidas veces había recogido esas cadenas y vuelto a cargarlas. Pero ya no. No hacía falta. Estaba totalmente libre de él.

—Escúchame —dijo, cuando dejaron de reír—. Debes ser bueno con ella.

—Siempre soy bueno con todos —insistió él.

—Te ruego que te pongas serio por un momento —dijo ella—. Se trata de su primer hijo. De modo que no la molestes. Apártate de ella mientras esté de cara a la pared.

El señor Wu la miró y meneó la cabeza.

—Quizá no baste con una sola concubina —se burló, y sacó la punta de su lengua para tocar el labio superior.

Pero ya no podía herirla ni hacerle daño. La señora Wu se limitó a sonreír.

—Ahora puedes ir a visitar a tu madre —dijo—. Y dile que vas a tener otro hijo. Eso será mejor que hablar de su alma.

* * *

Pero La Vieja Señora ni siquiera se alegró con la noticia que le dio su hijo. La señora Wu acababa de llegar a su patio, después de haberse detenido a jugar con los niños, cuando Ying llegó corriendo a llamarla.

—La Vieja Señora está peor —gritó—. ¡La Vieja Señora está asustada y la llama, señora! Nuestro señor está ahí y le ruega que venga.

La señora Wu se encaminó precipitadamente hacia la cabecera de La Vieja Señora. Allí, el señor Wu estaba sentado acariciando la mano casi inerte de su madre.

—¡Ha dado un mal paso! —exclamó al verla—. ¡Mi vieja madre ha elegido el camino descendente!

Una fluctuante llama brilló en los ojos vidriosos de La Vieja Señora, pero no pudo hablar. En vez de hacerlo, abrió la boca e hizo una mueca como disponiéndose a llorar. Pero ni el sonido ni las lágrimas surgieron cuando miró lastimeramente a su nuera.

La señora Wu comprendió inmediatamente que La Vieja Señora sentía más temor que nunca.

—Trae un poco de vino —le dijo en voz baja a Ying, que la había seguido—. Debemos calentarla..., debe sentir su cuerpo. Trae el vino de Cantón. Caliéntalo pronto. Y envía al conserje en busca del médico.

La Vieja Señora seguía mirando a la señora Wu, implorándole su ayuda, cristalizado el rostro en la lastimera máscara del llanto.

—Ying traerá un poco de vino caliente —dijo la señora Wu, con su dulce y tranquilizadora voz—. Te sentirás mejor y más fuerte. No temas, madre. No hay nada que temer. Todo lo que te rodea sigue como de costumbre. Los niños están jugando fuera, al sol. Las criadas cosen y atienden a los quehaceres de la casa. En las cocinas, los cocineros preparan la cena. La vida sigue su curso como siempre y seguirá así. Nuestros antepasados construyeron esta casa y la hemos seguido sosteniendo durante años, y nuestros hijos lo harán después de nosotros. La vida sigue eternamente, madre.

Su voz cantarina y sedante sonaba plena y fuertemente en la habitación silenciosa. La Vieja Señora la oyó y las arrugas de su rostro se suavizaron y transformaron lentamente, y la máscara del llanto se esfumó. Sus labios volvieron a temblar y comenzó a respirar. Mientras la máscara se había conservado inmóvil sobre su rostro, su respiración había parecido detenerse.

Ying acudió presurosamente con el vino caliente en una jarrita de pico largo y la señora Wu acercó aquel pico a los labios entreabiertos de La Vieja Señora y dejó gotear el vino en su boca. La anciana tragó el líquido una y dos y tres veces. Un leve placer apareció en sus ojos. Volvió a tragar y murmuró unas cuantas palabras.

—Siento que...

Luego asomó a sus ojos una mirada de sorpresa y de ira. En el preciso momento en que sentía en su vientre el vino caliente, su corazón cesó de latir. Se estremeció; el vino volvió a subir impetuosamente y manchó el cobertor, y así fue como murió La Vieja Señora.

—¡Oh, madre mía! —gimió el señor Wu, aterrado.

—Toma la jarra —le ordenó imperiosamente la señora Wu a Ying.

Se inclinó, y con el hermoso pañuelo de seda que sacó de la manga secó los labios de La Vieja Señora y levantó con ambas manos la cabeza de la anciana. Pero la cabeza estaba inerte y volvió a abandonarla sobre la almohada.

—Su alma se ha ido —dijo.

—¡Oh, madre mía! —volvió a gemir el señor Wu.

Comenzó a llorar franca y ruidosamente, y su mujer lo dejó llorar. Había que hacer sin demora ciertas cosas por la muerta. En un ser como lo había sido La Vieja Señora, no se podía esperar que los siete espíritus de la carne abandonaran el cuerpo inmediatamente. La Vieja Señora debía ser exorcizada y encerrada, para que los espíritus libertados de la carne no causaran daño en la casa. Había que llamar a los sacerdotes. En el fondo, la señora Wu no creía en aquellos sacerdotes ni en sus dioses. Se quedó contemplando aquello mientras el señor Wu seguía acariciando la mano de su madre y llorando. La sorprendió descubrir en sí misma el apremiante deseo de llamar allí al hermano André y de confiarle la tarea de exorcizar el mal para expulsarlo de la casa. Con todo, era difícil conformar a la familia. Si, aun al cabo de un año, enfermase un niño bajo aquel techo, la culparían por no haber cuidado de los espíritus carnales de La Vieja Señora. No; por el bien de la familia, debía atenerse a las viejas costumbres.

Se volvió hacia Ying.

—Llama a los sacerdotes —dijo—. Que vengan los embalsamadores cuando corresponda.

—Me cuidaré de todo —prometió Ying, y se fue.

—Ven, padre de mis hijos —dijo la señora Wu—. Dejémosla por algún tiempo. Las doncellas la lavarán y vestirán y los sacerdotes vendrán a exorcizarla y los embalsamadores cumplirán con su deber. Debes alejarte de aquí.

El señor Wu se levantó obedientemente y ambos salieron juntos. Su mujer echó a andar con lentitud a su lado, y él continuó sollozando y limpiándose los ojos con las mangas. Ella suspiraba sin llorar. Se había pasado muchos años sin llorar y, al parecer, sus ojos estaban secos. Pero al oírla suspirar, su marido le tomó la mano y así fueron al patio del señor Wu. Allí, ella se sentó con él y dejó que su marido le contara todo lo relativo a su madre, cómo solía ésta salvarlo de que su padre lo castigara y cómo, cuando su padre le obligaba a estudiar, su madre penetraba furtivamente en su habitación y le daba vino y tortas y nueces, y cómo lo llevaba los días de fiesta a los teatros y cuando estaba enfermo llamaba a prestidigitadores y artistas de circo para que le divirtieran en su lecho y cuando tenía dolor de muelas le daba su pipa de opio para que echara una bocanada.

—Una buena madre —dijo ahora el señor Wu—. Siempre alegre y que me alegraba a mí. Me enseñó a gozar de la vida.

La señora Wu escuchaba todo esto en silencio y lo persuadió de que comiera y bebiera, y luego de que bebiera algo más. Despreciaba la borrachera, pero en ocasiones el vino servía para embotar el filo del dolor. De modo que el señor Wu

bebió el buen vino caliente que ella había encargado y, mientras bebía, su habla se tornó más confusa y repitió lo mismo varias veces, hasta que finalmente dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Entonces, la señora Wu se levantó y entró silenciosamente en el aposento que había sido el suyo. Atisbo por entre los cortinajes de raso del lecho. Allí, acurrucados contra la pared interior, vio la parte de atrás de una cabeza oscura, el perfil de un esbelto hombro.

—Ch'iuming —llamó suavemente—. ¿Estás durmiendo?

La joven se volvió y la señora Wu advirtió que sus ojos la miraban fijamente desde las sombras.

—Ch'iuming, no necesitas dormir aquí esta noche —dijo la señora Wu—. Nuestra Vieja Señora ha ido a los Manantiales Amarillos y él está ebrio de vino y dolor. Levántate, niña.

Ch'iuming se arrastró fuera del lecho, silenciosa, obediente.

—¿Adónde he de ir? —preguntó con humildad.

La señora Wu vaciló.

—Puedes ir a mi patio —dijo finalmente—. Yo no dormiré esta noche. Tengo que velar a La Vieja Señora.

—¡Oh, déjeme velarla también! —murmuró Ch'iuming—. No quiero dormir.

—Pero tú eres joven y no debieras quedarte despierta toda la noche, en bien de lo que llevas dentro —replicó la señora Wu.

—Déjeme quedarme con usted —rogó Ch'iuming.

La señora Wu no podía negarse.

—Así sea —dijo.

Sólo después de haber visto cómo le ayudaban a subir a su cama al señor Wu y de haber corrido personalmente los cortinajes, la señora Wu se preocupó de ocupar su sitio en la casa aquella noche. Los que habían estado velando se fueron ahora a la cama, pero los criados no durmieron ni tampoco los primos mayores. La Vieja Señora fue lavada y vestida, y la señora Wu se quedó allí para cerciorarse de que todo se hacía como era debido, y Ch'iuming permaneció cerca, en silencio, pero pronta a recoger esto y alcanzarle aquello. La muchacha tenía manos diestras y ojos penetrantes y sabía leer un deseo antes de que fuese expresado. Sin embargo, la señora Wu percibió con bastante claridad que Ch'iuming no sentía pena. Para ella aquello no era la muerte. Su rostro estaba grave, pero no triste, y no fingía llorar, como lo habría hecho otra.

«Su corazón no está aquí, en esta casa —pensó la señora Wu, observándola—. Pero cuando llegue el niño, la atará a esto».

Así fue como quedó realizada una generación y cómo desapareció de la casa, y así la señora Wu se convirtió en el jefe absoluto entre los muros de aquel recinto, del mismo modo que el señor Wu era el jefe fuera de la casa. La Vieja Señora no fue sepultada inmediatamente. Al ser consultados los geománticos, declararon que el

primer día de suerte era un día de mediados del otoño. De modo que, al terminar los ritos y cuando La Vieja Señora dormía dentro de su cerrado lecho de madera de ciprés, el ataúd fue trasladado al silencioso templo de la familia existente dentro de los muros. Para nadie, ni siquiera para los niños, La Vieja Señora estaba lejos. A menudo, durante sus juegos, los niños corrían al templo y atisbaban su interior.

—¡Bisabuela! —llamaban, suavemente—. ¡Bisabuela! ¿No oyes?

Luego escuchaban. A veces, nada oían. Pero a menudo, en los días ventosos, se aseguraban mutuamente que habían oído la respuesta de La Vieja Señora desde el ataúd.

—¿Qué dice la bisabuela? —le preguntó en cierta oportunidad la señora Wu a una niñita, hija de un primo hermano.

La niñita adoptó un aire grave.

—Dice: «Niñitos, id a jugar..., sed felices». Pero su voz parece débil y lejana, madre mayor. ¿Estará contenta en el ataúd?

—Absolutamente contenta —le aseguró la señora Wu—. Y ahora, obedécela..., ve a jugar..., sé feliz, niña.

* * *

Al desaparecer La Vieja Señora, durante algún tiempo el silencio pareció cernirse sobre la familia. Se hubiera dicho que cada generación, con su muerte, se sentía más avanzada en el tiempo y en el espacio. Con su muerte, la vida dio un salto adelante y así todos se acercaron más al fin. Al terminar su primer duelo y quitarse la ropa de cilicio, el señor Wu había cambiado mucho. Su carnosos rostro parecía más viejo y más grave. En ocasiones, se acercaba al patio de la señora Wu y hablaba con ella de la familia cuya jefatura compartían. El señor Wu se atormentaba pensando que no había sido lo bastante bueno como hijo. Después de haber platicado sobre las cosechas y los pesados impuestos de los grandes señores y del Gobierno y de haberse referido a sus hijos y nietos, el señor Wu empezaba a cavilar sobre su madre.

—Tú siempre fuiste buena con ella —le dijo a la señora Wu—. Pero yo la olvidé a menudo.

Entonces, para consolarlo, la señora Wu le contestaba así:

—¿Cómo podría un hombre olvidar a su madre? Ella te dio la respiración, y cuando respiras, la recuerdas. Te dio el cuerpo, y cuando comes y bebes y duermes y usas el cuerpo de cualquier modo que sea, la recuerdas con eso. Yo no les pido a mis hijos que vengan corriendo siempre hacia mí para gritar: «Oh, madre, esto» y «Oh, madre, aquello». Me siento suficientemente recompensada con saber que viven y están sanos y se casan y son felices y tienen hijos. Mi vida se completa en ellos. Lo mismo pasa con nuestra Vieja Señora. Vive en ti y en tus hijos.

—¿Lo crees así? —decía él al escucharla, y se sentía siempre consolado, de modo que volvía a marcharse y a dejarla.

La señora Wu, al quedarse sola, meditaba sobre muchas cosas. Más que nunca, su vida estaba dividida en dos: la parte que vivía en la casa y la parte que vivía en su propia alma. A veces, predominaba la una y a veces la otra. Cuando la casa estaba en paz, la señora Wu era feliz sola. Cuando surgía algún trastorno, iba allá y lo arreglaba lo mejor posible.

* * *

A mediados de aquel otoño, vio nacer en la casa una nubecilla que no tardaría sin duda en agrandarse si no la eliminaba, como una agalla que crece sobre un árbol joven. Linyi y Fengmo comenzaban a reñir. La señora Wu advirtió el malhumor de ambos casualmente, cierto día, durante una visita de inspección por la casa. A pesar de toda su audaz belleza, Linyi era desaseada en su patio. Al principio, la señora Wu no había querido hablar de esto, porque Linyi era la hija de su amiga y ella sabía que la señora Kang, dada su numerosa familia, no podía mantener una constante limpieza y pulcritud. Sólo cabía esperar que las hijas fuesen también menos cuidadosas que la propia señora Kang.

Pero Meng era también hija de la señora Kang y la señora Wu prefirió hablar con la hermana mayor y aconsejarse de ella antes que reprochárselo a Linyi.

Cuando llegó, al mediar la mañana, Meng se estaba peinando su larga cabellera. Era una suave mañana gris y la casa estaba semidormida. La señora Wu no le reprochó a Meng el haber empezado a peinarse tan tarde, pero pensó que quizás el saber que la hermana menor merecía un reproche influyera sobre la mayor.

Meng se apretó precipitadamente el cabello al ver a la señora Wu.

—¿Es usted, madre? —exclamó—. ¡Cuánto me avergüenza el no estar peinada aún! Me trenzaré el cabello.

—No, hija, hazlo como es debido —respondió la señora Wu, y se sentó, y la doncella siguió peinando el largo y suave cabello negro de Meng.

Rulan y Linyi usaban el cabello corto, pero Meng había conservado el suyo a la antigua.

—¿Cuántos días te faltan? —preguntó la señora Wu.

—Once, según la luna —respondió Meng—. Confío, madre, en que me darás tu consejo. Ya sabes que he sufrido mucho con el primero.

—Cuando tuve mis hijos —dijo jovialmente la doncella—, los tuve en el campo, donde le estaba ayudando a mi hombre a arar.

La doncella era una mujer de las tierras de los Wu y la conocían desde pequeña. Aún entonces, en verano, volvía a la tierra y sólo después de recogerse las cosechas regresaba a la casa para servir durante el invierno. Hacía esto porque era viuda y tenía que cuidarse, pero amaba a la tierra y debía volver a ella una vez por año.

—No sufrirás tanto con el segundo —le dijo la señora Wu a Meng—. Pero no se puede esperar que las mujeres criadas entre paredes tengan sus hijos con tanta

facilidad como las que viven al aire libre.

—¿Tendrá Linyi a sus hijos mejor que yo? —preguntó inocentemente Meng.

—No; mejor, no —dijo la doncella—. Es demasiado instruida.

La señora Wu se echó a reír.

—Eso dista de ser cierto, buena mujer —dijo—. Quizá yo sea tan instruida como Linyi, pero he tenido mucha suerte.

—¡Oh, usted es una de las mujeres señaladas por el cielo! —observó la doncella.

—Linyi no quiere tener hijos —dijo bruscamente Meng—. Linyi dice que querría no haberse casado con Fengmo.

La señora Wu la miró con sobresalto.

—¡Meng, mide tus palabras! —exclamó.

—Es verdad, madre —dijo Meng y golpeó el suelo con el pie, impacientada por la doncella—. ¡Me tiras del pelo, tonta!

—Culpe a su hermana, que me asustó —replicó la criada—. Nunca oí hablar de una mujer que no quisiera un hijo, salvo el caso de una concubina temerosa de que eso le estropeará la figura. Pero en esta casa hasta la concubina concibe.

La señora Wu no escuchaba esta plática con criadas.

—Meng, yo había venido a hablarte de tu hermana porque es una desaseada, y para preguntarte qué podría decirle yo, pero lo que me manifiestas es más grave que un poco de polvo sobre una mesa. He debido preocuparme antes de esa pareja. Pero he estado atareada con las ceremonias fúnebres de La Vieja Señora. Dime cómo lo sabes.

—La propia Linyi me lo dijo —manifestó Meng.

Ninguna de las dos damas se preocupaba de la criada. En realidad..., ¿qué debían ocultar? Todos podían ver y escudriñar lo que traía la vida a aquella casa, y también los criados tenían su sitio allí.

—Dime qué te ha dicho Linyi —ordenó la señora Wu.

—Dice que aborrece una casa tan grande como ésta —explicó Meng—. Dice que ojalá no hubiese ingresado en ella casándose. Dice que Fengmo pertenece a la familia y no a ella, y que ella también pertenece a la casa contra su voluntad, y no a Fengmo. Quiere irse y poner casa aparte.

La señora Wu no pudo comprender lo que oía.

—¿Aparte? Pero... ¿de qué vivirían?

—Linyi dice que Fengmo podría trabajar y ganar un sueldo si supiera más inglés.

—¿Quiere que mi hijo aprenda más inglés?

—Para poder ganar más dinero para los dos y vivir solos —respondió Meng.

—Pero si nadie los molesta aquí... —declaró la señora Wu.

Le agraviaba la idea de que, bajo su techo, surgiera aquella mácula de sombría rebelión.

—Bueno, se refiere a las costumbres de la familia —replicó Meng—. Los días de fiesta y los días de duelo y los cumpleaños y los deberes de las nueras y las criadas

que se encargan de los niños y de todas esas cosas. Dice que Fengmo piensa en la familia antes que en ella.

—Es lo que debe hacer —afirmó la señora Wu—. Y lo mismo debiera hacer ella. ¿Es acaso una mujerzuela para no pertenecer a esta casa?

Meng guardó silencio, al ver que a la señora Wu no le habían agradado sus palabras. La doncella, asimismo, comprendió que el asunto era demasiado grave para que opinara sobre él una criada. Concluyó de peinar a su joven señora, le agregó dos adornos de perlas, limpió el peine lleno de pelos y arrolló éstos alrededor de su dedo; luego salió y aventó los pelos soplando.

La señora Wu y Meng se quedaron solas.

—¿Tienes tú también pensamientos semejantes? —preguntó con severidad la señora Wu, mirando a aquella linda y regordeta mujercita.

Meng se echó a reír.

—Madre, soy demasiado perezosa —dijo con franqueza—. Me gusta vivir en esta casa. Se conserva limpia y ordenada sin mis dos manos. Me alegra que una criada se encargue de mi niño si llora y me siento feliz durante todo el día. Pero, por lo demás, nunca he ido a la escuela y tanto me da leer libros o no, y el padre de mis hijos me dice todo lo que debo hacer y... ¿qué más necesito saber fuera de lo que él quiere que sepa?

—¿Es bueno contigo Liangmo? —preguntó la señora Wu.

Las suaves mejillas de Meng enrojecieron vivamente.

—Es bueno conmigo en todo —dijo—. Jamás ha habido un hombre tan bueno. Gracias, madre.

—¿No es bueno Fengmo con Linyi? —preguntó la señora Wu.

Meng vaciló.

—¿Quién podría decir cuál es la mano que golpea primero cuando dos deciden reñir? —preguntó—. Pero creo que la culpa es de Rulan. Está siempre en compañía de Linyi. Ella y Linyi hablan de sus maridos y cada cual añade los defectos del marido de la otra a los del suyo.

La señora Wu recordó los sollozos de Rulan en una noche ya lejana.

—¿Está también descontenta Rulan? —preguntó.

Meng se encogió de hombros.

—Linyi es mi hermana —repuso, después de vacilar durante unos instantes—. No sostengo conversaciones con Rulan.

—¡Rulan no te gusta! —exclamó la señora Wu.

Le parecía estar abriéndose paso a través de un laberinto y sumergiéndose profundamente en algo insospechado en su casa. ¡Qué monstruoso era ver reñir a aquellas muchachas por el lugar inmediato al ocupado por ella y el señor Wu!

—Rulan no me gusta —dijo Meng, inmutable y sin el menor acento de odio en la voz.

—¿Deben reñir siempre las mujeres? —dijo severamente la señora Wu.

Meng volvió a encogerse de hombros.

—No gustar de una persona no significa reñir con ella —dijo—. Rulan no me gusta porque se porta siempre como si tuviese razón y los demás estuvieran equivocados. Y se porta del mismo modo con Tsemo, madre, y me extraña que usted no lo haya notado. Le pedí a Liangmo que se lo dijera a usted, madre, pero él siempre dice que no quiere afligirla. La Vieja Señora lo sabía..., solía darle de bofetadas a Rulan.

—¡Darle de bofetadas! —exclamó la señora Wu—. ¿Por qué nunca me lo dijeron?

—Tsemo no quería que Rulan lo dijera —manifestó Meng, a la cual su explicación estaba empezando a divertir—. Rulan es demasiado instruida —prosiguió—. Es más instruida que Linyi, por eso Linyi sigue sus consejos. Habla siempre de cosas que las mujeres no deben saber.

—¿Qué cosas? —inquirió la señora Wu.

—La Constitución y la reconstrucción nacional y los tratados desiguales y todas esas cosas... —dijo Meng.

—Pareces estar enterada de eso —dijo la señora Wu, con la sombra de una sonrisa.

—Liangmo lo sabe, pero yo no —dijo Meng.

—¿No quieres saber lo que sabe Liangmo? —preguntó la señora Wu.

—Tenemos demasiadas cosas de qué hablar para necesitar eso —respondió Meng.

—¿Qué cosas? —volvió a inquirir la señora Wu.

Pero Meng no contestó a esto con palabras. En vez de hacerlo, una sonrisa cavó un hoyuelo en sus mejillas y la joven apartó la mirada.

Y la señora Wu no insistió más. Poco después se levantó y volvió a su patio, llevándose aquel flamante conocimiento sobre los nuevos enredos de la casa. Pero aquel día se sentía algo así como fatigada. Como quien debe disputar una carrera y no ha comido. Ella no era lo bastante fuerte para aquellos jóvenes, aquellos hombres y mujeres cuyas vidas dependían de su voluntad. Su sabiduría era demasiado vieja para ellos; era la sabiduría del invariable camino humano que lleva del nacimiento a la muerte. Pensó en el hermano André. La sabiduría del sacerdote llegaba mucho más allá de aquellas paredes. Llamaría a Fengmo y le sugeriría que reanudara sus estudios. Entonces, cuando volviera el hermano André, ella podría compartir con él los conflictos de aquellos jóvenes que pesaban sobre su espíritu.

Envió a Ying en busca de Fengmo y su hijo acudió inmediatamente, pues estaba en casa y absolutamente desocupado. Su aspecto no le gustó. Si Fengmo no hubiese estado debidamente casado, lo habría supuesto un libertino. Parecía hosco e insatisfecho y con todo saciado y harto alimentado.

—Fengmo, hijo mío —dijo la señora Wu, con su agradable voz—. Durante todos estos días, desde que nos dejó tu abuela, he estado demasiado ocupada. No he preguntado cómo marchaban tus cosas. Te he visto ocupar con Linyi tu puesto en la

familia, pero no he pensado en ti exclusivamente. Ahora, hijo mío, háblale a tu madre.

—No hay de qué hablar, madre —dijo con negligencia Fengmo.

—De ti y de Linyi —dijo ella, tratando de sonsacarlo afectuosamente.

—Linyi y yo estamos bien —dijo el joven.

La señora Wu lo miró en silencio. Era un joven alto, de cintura muy reducida y muñecas y tobillos finos. Su cuerpo era liviano, pero muy fuerte. Su rostro era cuadrado, su boca carnosa y propensa al aspecto huraño.

La señora Wu sonrió.

—¡Cómo te pareces a tus tiempos de chiquillo! —dijo súbitamente—. Es extraño cuán poco cambian los hombres desde que nacen mientras que las mujeres cambian tanto. ¡A veces, cuando te miro, me parece que eres idéntico a la criatura que me pusieron en los brazos!

—Madre... ¿Por qué nacemos? —preguntó él.

La propia señora Wu se había formulado esta pregunta con bastante frecuencia, pero al hacérsela su hijo se sintió alarmada.

—¿Acaso cada generación no tiene el deber de dar vida a la siguiente? —replicó.

—Pero... ¿por qué? —insistió Fengmo—. ¿Por qué debemos existir?

—¿Acaso podemos dejar de ser, ahora que estamos en el mundo? —replicó ella.

—Pero si yo sólo existo para dar vida a otro como yo y éste solamente para dar vida a otro como nosotros dos... ¿de qué me sirve eso? —prosiguió Fengmo.

No la miraba. Tenía apenas juntas delante las manos jóvenes y finas.

—Hay un yo que nada tiene que ver contigo, madre, ni tampoco con el niño que nacerá de mí —dijo lentamente.

La señora Wu se sintió asustada. Aquellas preguntas y sentimientos se habían agitado en su propia alma, pero no había pensado hallarlas en un hijo.

—¡Ay de mí! —dijo—. He sido una mala madre para ti. Tu padre jamás pensó eso. He vertido algún veneno en tu alma.

—Pero yo he tenido siempre esos pensamientos —dijo Fengmo.

—¡Nunca me lo dijiste hasta ahora! —exclamó ella.

—Creí que se esfumarían —respondió él—. Y, sin embargo, continuó teniéndolos.

La señora Wu adoptó un aire muy serio.

—Supongo que eso no significará que tú y Linyi no os entendéis —dijo.

—No sé qué quiere Linyi. Es muy inquieta.

—Estás demasiado en su compañía —declaró la señora Wu—. No es bueno que el marido y la esposa estén continuamente juntos. Veo que Linyi no viene a sentarse entre las mujeres, como Meng. Se queda en tu patio. Naturalmente, allí se aburre, está ociosa, desasosegada...

—Quizá —dijo él, como si no le importara.

Ella seguía mirándolo ansiosamente.

—Fengmo invitemos de nuevo aquí al hermano André. Cuando estabas con él, me pareció verte feliz.

—Quizá no lo fuera ahora —respondió el joven con indiferencia.

—Vamos —dijo la señora Wu con firmeza, porque había aprendido desde mucho antes que la indiferencia debía ser afrontada con firmeza—. Lo invitaré.

Él no contestó.

—Fengmo —continuó ella—, si tú y Linyi queréis iros de esta casa, no lo impediré. Deseo la dicha de mis hijos. Tienes razón al preguntar por qué has de ser solamente un eslabón en la cadena de las generaciones. Tengo otros hijos. Si quieres irte, habla y dímelo.

—No sé qué quiero —dijo Fengmo con la misma apatía.

—¿Detestas a Linyi? —preguntó ella—. Esto sólo puede deberse a que te sientes absolutamente desdichado. ¿Desde cuándo estás casado con ella? Desde hace tres meses apenas. Linyi no está embarazada y te veo indiferente. ¿Qué significa eso, Fengmo?

—Madre, tú no puedes medirnos por esas cosas —declaró el joven.

Pero la señora Wu era demasiado astuta.

—No te mediré por eso sólo —dijo—. Pero sé que si el hombre y la mujer no empiezan por avenirse, no hay modo de que se entiendan. El alma y la mente y todo lo que pueda haber son el tejado, el adorno, todo lo que se añade a una hermosa casa. Pero todo esto se desmorona sin los cimientos.

Fengmo la miró.

—¿Cómo se explica que mi padre tenga una concubina?

Ella no quiso tolerar esta grosería.

—Hay un tiempo para cada cosa —dijo con severidad—. Y un tiempo se transforma en otro.

Fengmo comprendió que había sobrepasado la discreción de un hijo y se frotó el corto cabello y se pasó las manos por las mejillas.

—Bueno, que venga el hermano André —dijo finalmente, y después de meditar un rato, agregó—: Será mi único maestro. Dejaré de ir a la escuela del Estado.

—Que así sea, hijo mío —dijo la señora Wu.

VIII

Así fue cómo reapareció el hermano André en la casa de los Wu. No se refirió al tiempo pasado desde su última visita, ni tampoco a lo ocurrido entretanto. Fengmo llegó al anochecer para la lección y se fue. Pero cuando el hermano André cruzaba el patio después de la lección, la señora Wu lo llamó con dulzura. Estaba en su sitio de costumbre, donde se sentaba siempre al anochecer hasta que empezaban los fríos del otoño. Aquella noche hacía frío, pero la señora Wu no quería dejar huir el verano y se aferraba a un par de noches más. Ying había protestado contra su hábito de sentarse allí y ahora ardía en la biblioteca un brasero de carbones, pronto a curar el resfriado que Ying anunciaba como inevitable.

—Buen hermano André —llamó la señora Wu.

La alta figura del hermano André se detuvo. El sacerdote volvió la cabeza y la vio.

—¿Me ha llamado, señora? —preguntó.

—Sí.

La señora Wu se levantó al hablar.

—Si dispone de algún tiempo, tenga la bondad de concedérmelo para conversar un poco sobre este hijo mío. No estoy satisfecha de él.

El hermano André inclinó su gran cabeza.

—Trae el té, Ying —le dijo la señora Wu—. Y quédate para cuidar de los carbones.

Había recordado que el hermano André era un sacerdote y quería ahorrarle la embarazosa situación de quedarse a solas con una mujer.

Si el hermano André no se sentía a sus anchas, no lo demostraba. Se sentó cuando ella le indicó una silla y esperó. Sus profundos ojos estaban fijos en el rostro de la señora Wu, pero ésta sabía que el sacerdote no pensaba en ella. Hubiera podido decirse que aquellos ojos la estaban mirando desde el cielo.

—¿Por qué es desdichado Fengmo? —le preguntó sin rodeos.

—Está demasiado ocioso —contestó el hermano André con sencillez.

—¿Ocioso? —repitió la señora Wu—. Pero si tiene sus deberes. Todos los días de Año Nuevo le asigno deberes a cada uno de mis hijos y a cada una de mis nueras. Este año, mi hijo mayor es responsable de mis tierras, bajo mi vigilancia. Y Tsemo debe preocuparse de las compras y ventas, y Fengmo está aprendiendo todo lo relativo a los mercados donde vendemos nuestros cereales en la ciudad. Desde que dejó la escuela, se ocupa en eso varias horas diarias.

—Y, sin embargo, sigue estando ocioso —dijo el hermano André—. Fengmo tiene una mente poco común y un espíritu extraordinario. Aprende rápidamente. Usted me encargó que le enseñara inglés. Pero a pesar de todo lo que aprende de inglés, necesita algo más. Advierto que no ha olvidado nada. Lo que le enseñé hace meses, ha arraigado en él y ha proyectado zarcillos hacia arriba como una enredadera,

buscando en el aire algo por donde trepar y florecer y fructificar. Fengmo estará ocioso siempre, por más que usted llene todas las horas de su jornada, mientras no haya encontrado algo que emplee a fondo su mente y su espíritu.

La señora Wu escuchaba suspensa sus palabras.

—Usted procura inducirme a que le deje enseñarle su religión —dijo astutamente.

—Usted no sabe qué es mi religión —respondió el hermano André.

—Lo sé —dijo ella—. La hermanita Hsia me ha leído a menudo fragmentos de sus libros sagrados y me ha explicado sus costumbres extranjeras de orar y todas esas cosas.

—Mi religión no es la de ella, ni la de ella mía —explicó aquel hombre extraño.

—Explíqueme la suya —rogó la señora Wu.

—No se la explicaré, porque no puedo hacerlo —dijo el hermano André—. La hermanita Hsia podrá leerle fragmentos de un libro y hablarle de un modo de orar, pero mis medios no son éstos. Yo leo muchos libros, mas no tengo medios de rezar fijos.

—Entonces..., ¿dónde está su religión? —preguntó la señora Wu.

—En el pan y en el agua —contestó el hermano André—; en el dormir y en el caminar. Consiste en limpiar mi casa y cultivar mi jardín, en alimentar a los niños extraviados que encuentro y tomo bajo mi techo, en venir a enseñarle a su hijo, en sentarme junto a los enfermos y en ayudar a los que deben morir, para que puedan morir en paz.

—Ojalá yo lo hubiese llamado a usted cuando murió La Vieja Señora —dijo repentinamente la señora Wu—. Sentí extraños deseos de llamarlo. Pero temía que la familia reclamara aún a los sacerdotes del templo.

—Yo no habría alejado a sus sacerdotes —dijo el hermano André—. Nunca prohíbo el acceso a quien pueda traer consuelo a cualquier parte. Todos necesitamos consuelo.

—¿Usted también? —preguntó ella con curiosidad.

—Ciertamente.

—Pero usted es tan solitario... —exclamó ella—. No tiene a ningún ser de su misma sangre.

—Todos son de mi sangre —dijo el hermano André—. Y no hay diferencia alguna entre una sangre y otra.

—¿Se parece su sangre a la mía? —preguntó la señora Wu.

—No hay diferencia alguna —replicó él—. Toda la sangre humana está hecha de la misma substancia.

—¿Por qué es usted solamente un sacerdote? —preguntó ella, y comprendió que esto era descortés, de modo que se apresuró a disculparse—. Perdóneme. Soy demasiado curiosa. Sé que a un sacerdote nunca se le debe preguntar por qué se hizo sacerdote. Pero adivino que usted no ha cometido delito alguno y que no necesita un refugio.

—No me pida perdón —dijo el hermano André—. En realidad, apenas si sé cómo llegué a ser sacerdote, salvo porque fui primero astrónomo.

—¿Usted conoce las estrellas? —preguntó la señora Wu, muy sorprendida.

—Señora, nadie conoce las estrellas —replicó el hermano André—. Pero yo estudio su ascenso y descenso, sus idas y venidas a través de los cielos.

—¿Lo hace aún? —inquirió ella.

Le avergonzaba su curiosidad con respecto al hermano André y con todo no podía reprimirla.

—Señora, cuando he terminado mi trabajo del día, a menos que la noche esté nubosa, hago eso —contestó el sacerdote.

Su aire era tan franco y sereno, que la irritó. Su interlocutor respondía a sus preguntas porque ella se las formulaba y porque él nada tenía que ocultar, pero hablaba asimismo como si ella no le importara.

—Usted es muy solitario —dijo con brusquedad la señora Wu—. Durante todo el día, trabaja entre los pobres y de noche entre las estrellas.

—Es cierto —asintió él tranquilamente.

—¿Nunca ha deseado tener un hogar y una esposa e hijos? —preguntó ella.

—Señora, en cierta oportunidad amé a una mujer y pensábamos casarnos —contestó él—. Entonces descubrí la soledad y ya no la amé ni la necesité.

—A mi parecer, fue muy injusto con ella —dijo con aire digno la señora Wu.

—Sí que lo fui —convino él—. Y lo comprendí. Pero sólo podía decirle la verdad. Luego me hice sacerdote para seguir a mi soledad.

—Pero... ¿y su fe? —inquirió ella.

Él escudriñó intensamente a la señora Wu con su mirar oscuro y denso.

—¿Mi fe? Está en el espacio y en el vacío, en el sol y en las estrellas, en las nubes y en el viento.

—¿No hay ningún dios ahí? —inquirió ella.

—Lo hay —dijo él—. Pero no he visto su rostro.

—Entonces..., ¿cómo puede creer en Él? —preguntó la señora Wu.

—Él está también en lo que me rodea —replicó el hermano André y su grave voz dijo las palabras grandes y simples—. Está en el aire y en el agua, en la vida y en la muerte, en la humanidad.

—Pero... ¿y sus expósitos? —lo acosó ella—. Si ama su soledad y no necesita de nadie... ¿por qué ha recogido a esos niños abandonados por el azar?

El hermano André contempló sus enormes manos holladas por el trabajo.

—También estas manos deben vivir y ser felices —dijo, como si se tratara de seres independientes y que no le pertenecieran—. También hay que usar la carne si se quiere que el alma sea libre.

La señora Wu lo contempló con creciente curiosidad.

—¿Hay otros hombres como usted? —preguntó.

—Ningún hombre se parece del todo a otro —dijo el hermano André.

Su rostro, bronceado por el sol, tomó una expresión cordial, casi sonriente, como si brotara de él una luz interior.

—Pero su hijo, señora, el joven Fengmo, podría parecerseme. Creo que llegará a parecerseme.

—¡Lo prohíbo! —dijo imperiosamente la señora Wu.

—¡Ah! —dijo el hermano André y sonrió.

Sus ojos, radiantes y misteriosos, la miraron fijamente durante un instante y luego se despidió.

La señora Wu se quedó sentada, contemplando el puñado de estrellas que se cernía sobre su patio. Ying salió dos veces a regañarla.

—Déjame —dijo la señora Wu—. Tengo cosas en qué pensar.

—¿No podría pensar en su cama en vez de hacerlo con este helado aire de la noche? —rezongó Ying.

Como la señora Wu no le contestó, Ying fue en busca de una manta de pieles y le envolvió con ella las rodillas. Pero la señora Wu seguía inmóvil. Se echó atrás en la silla, contemplando fijamente las estrellas. Los muros del patio recortaban un cuadrado en el cielo lo mismo que en la tierra, pero hacia arriba y hacia abajo, ella en lo alto y acá en lo bajo, sus pensamientos llegaban hondo y se remontaban lejos.

En la tierra, debajo de aquella casa, se hundían las raíces humanas..., las invisibles y desconocidas raíces de todos los miembros de la familia Wu que habían vivido en su recinto. Allí habían nacido, allí habían muerto. Los cimientos seguían incommovibles. Y con todo, antes de ellos aún habían existido otros. El Viejo Señor le había dicho a la señora Wu lo que le oyera decir a su propio padre, a quien se lo había dicho a su vez el suyo: que, al ser fundada la casa de los Wu, las manos que cavaran la tierra habían puesto las piedras no sobre tierra, sino sobre fragmentos de piedra en bruto y porcelanas rotas y tiestos y fragmentos de mosaicos.

—Ninguna casa puede llegar al fondo de nuestra tierra —le había dicho El Viejo Señor—. Ciudad sobre ciudad, nuestros antepasados han construido cinco ciudades, la una sobre la otra. El hombre ha construido sobre el hombre y otros construirán sobre nosotros.

Durante los miles de años futuros, la casa de los Wu serviría de cimiento para muchas otras casas, y otros ojos contemplarían las estrellas. La señora Wu midió toda la soledad del hermano André y comprendió, sin embargo, por qué vivía contento en ella el sacerdote. Ella misma tembló en el linde de aquella soledad, al contemplar las estrellas.

—¡Señora! —gritó Ying desde la casa, desesperada.

Pero la señora Wu no oía su voz.

Finalmente, Ying se sintió alarmada. Se acercó de puntillas y escudriñó el rostro de la señora Wu. Estaba frío y con la mirada fija. Sus grandes ojos oscuros seguían escudriñando el cielo. En la vaga extensión del patio, iluminado solamente por el dardo de luz proyectado por la vela desde la biblioteca, su semblante parecía casi

translúcido en su cremosa blancura.

—¡Ay de mí, su alma ha volado! —murmuró Ying, y se llevó precipitadamente las manos a la boca.

Retrocedió presa del terror ante lo que veía y cruzó el patio de puntillas.

La señora Wu la oyó vagamente, sin que le importara el temor de Ying ni que supiera su motivo. Se sentía libre de aquellos muros. Éstos no llegaban al cielo, como creyó antes, ni recortaban un cuadrado entre las estrellas. En cambio, cuando se hubo remontado a ellas, vio yacer ante sus ojos toda la tierra, los siete mares y los países y pueblos de que había oído hablar solamente en los libros, los dos polos de la tierra y su hielo y nieve que no se derretían, los trópicos y su terrena vida.

«Desde las estrellas se ven, sin duda, todas las cosas», pensó.

Por primera vez en su vida, ansió salir de aquellos cuatro muros y viajar a todos los sitios de la tierra para verlo todo y conocerlo todo.

«Pero quedarían aún las estrellas —pensó—. ¿Cómo se puede llegar a las estrellas?».

Pensó en La Vieja Señora, disuelta en alma libre y polvo encerrado en un ataúd. Pero el alma de La Vieja Señora rondaba aquella casa.

«Apenas esté libre —pensó la señora Wu— dejaré esta casa. Subiré en línea recta hasta saber de qué están hechas las estrellas».

Mientras soñaba así, la señora Wu olvidó que Ying había cruzado el patio y se había marchado y no la vio volver con sus tres hijos. Liangmo, Tsemo y Fengmo se acercaron juntos y contemplaron absortos a su madre. Liangmo fue el primero en hablar...

—¡Madre!

Liangmo dio dulzura a su voz, porque temía que el alma de su madre hubiese abandonado a su cuerpo y cuando esto sucede el alma debe ser cortejada y lisonjeada y no asustada, porque podría no volver jamás. Ya que el cuerpo es la jaula y el alma es el pájaro y cuando se deja abierta la puerta y el pájaro queda en libertad..., ¿por qué habría de volver a la jaula? Debe ser tentado y engañado.

—Querida madre —dijo Liangmo con dulzura—. Aquí están tus hijos..., tus hijos esperan que tú...

Pero la señora Wu parecía estar sumida en éxtasis. No oía voz alguna.

Sus hijos se miraban, llenos de terror.

—Llama a nuestro padre —le ordenó Liangmo a Tsemo.

Tsemo se apresuró a obedecer y a los pocos minutos, mientras los demás esperaban en silencio por temor a que el alma fugitiva huyera más lejos aún, el señor Wu llegó presurosamente al patio. Detrás de él, sin ser advertida, acudió Ch'iuming.

—¿Cómo sucedió esto? —le preguntó a Ying el señor Wu.

—El sacerdote extranjero la dejó así —respondió Ying.

Todos se miraron, con renovado temor.

—¡Madre de mis hijos! —llamó con dulzura el señor Wu.

Su ancho rostro era el color del papel.

La señora Wu no contestó.

—¡Ailien! —llamó su marido.

No se atrevía a tocarla. Las manos de la señora Wu pendían de sus muñecas, como blancas flores inertes.

Pero Ch'iuming no dijo una sola palabra. Se arrodilló ante los pies de la señora Wu y le quitó los angostos zapatos de raso y las medias de seda blanca y comenzó a frotarle los pies desnudos. Estaban fríos y ella los apoyó contra su pecho.

—La despertarás demasiado pronto —le dijo con vehemencia el señor Wu.

—No, porque no me teme —repuso Ch'iuming.

De hinojos, contemplaba a todos ellos, al padre y a los hijos, en aquella casa adonde la había arrojado el cielo.

—No teme a nadie —dijo el señor Wu con aire digno.

—No me teme porque no le importo —respondió con tono extraño Ch'iuming y contempló los angostos pies desnudos que tenía asidos.

En aquel momento, la señora Wu bajó los ojos de las estrellas y vio a sus tres hijos.

—¿Los tres? —dijo—. ¿Qué queréis?

Ch'iuming volvió a ponerle rápidamente las medias y los zapatos. La señora Wu parecía no verla. Pero vio al señor Wu.

—¿Para qué has venido aquí? —le preguntó, con voz fría y lejana.

Todos pudieron notar que su alma no quería volver a ellos.

—Madre, creo que Meng va a tener un hijo —dijo rápidamente Liangmo.

—Madre —exclamó Tsemo—, quisiera que le enseñaras a Rulan a hacer tortas de miel.

—Madre —dijo en voz baja Fengmo—, hoy te he dicho una mentira.

Uno por uno, la habían devuelto a la tierra con sus palabras. El señor Wu habló a su vez:

—Madre de mis hijos, la casa te necesita. ¿Y has olvidado que es hora de disponer la semilla de trigo para la tierra?

De modo que finalmente ella volvió.

—¿No terminaréis jamás con vuestras cuitas?

—No —dijo Liangmo—. ¡Jamás!

La señora Wu estaba jugando con la manta que le rodeaba las rodillas se levantó y la dejó caer. Había bajado de las estrellas y estaba nuevamente en la casa. Miró en torno, aturdida.

—¿Dónde está Ying? Me siento cansada. Tengo que dormir. Mañana... mañana.

Los hombres retrocedieron y dejaron que Ying la condujera a su habitación. Sólo Ch'iuming se escabulló en las tinieblas. Pero los hombres se quedaron en silencio en la sala de recibo de la señora Wu, mirándose mientras escuchaban, hasta que Ying salió y les dijo:

—Ahora, está a salvo... Se ha quedado dormida.

Entonces se marcharon.

—¿Puedes explicarte esto, padre? —le preguntó Liangmo al señor Wu, cuando hubieron salido del patio—. Su alma nunca había abandonado esta casa hasta ahora... ¿verdad?

—No sé qué le ha pasado —gruñó el señor Wu—. Desde que ha cumplido los cuarenta años está demasiado extraña.

Pero Fengmo meneó la cabeza.

—Ninguno entiende a nuestra madre como la entiendo yo. Sé lo que tiene. Siente que tiene alas y que nunca la han dejado volar... Eso es lo que siente.

Su padre y Liangmo y Tsemo lo miraron como si hubiera perdido el juicio y, al cabo de un momento, se dieron las buenas noches con aire grave.

* * *

A la mañana siguiente, la señora Wu se despertó presa de gran terror a causa de lo ocurrido la noche anterior. Jamás había tenido momentos tan dulces como aquellos instantes de perfecta libertad, en que su alma había abandonado su cuerpo. Sabía que aquella libertad podía convertirse en elixir para el alma, en un licor tan irresistible como el vino para un borracho. Porque mientras su alma había estado vagando entre las estrellas, ella había desdeñado todo lo demás y las cargas que aquella gran casa habían caído de sus hombros. Se había desprendido de ellas y las había dejado tras sí. Aquella mañana se sentía irritada contra el hermano André porque éste la había tentado a conquistar aquella libertad y se temía a sí misma por haber cedido. Al despertar, estaba tan abrumada por la culpa como si se hubiese entregado a un amante secreto.

Inmediatamente se levantó, sintiéndose severa consigo misma. Regañó a Ying por algunas pequeñas faltas. Señaló el polvo barrido detrás de una gran silla raras veces movida y una telaraña suspendida de una viga lustrada. Después de comer, censuró al cocinero y le dio instrucciones para muchos días.

—Ahora que el invierno no está muy lejos —dijo— es hora de que dejes de darnos sopas de melón y pepinos y otras cosas refrescantes. Es el tiempo del cerdo pardo y de la carne de vaca y de las habas y de poner carne en las legumbres.

El cocinero abrió desmesuradamente los ojos al oír esto.

—¿De dónde ha estado usted comiendo, señora, para no ver que ya he empezado a hacer esas cosas? Después de tantos años..., ¿necesito que me hablen de las estaciones?

La aspereza de la señora Wu le sorprendió, ya que, siendo como era un excelente cocinero, tenía seguro su lugar en la casa y era descarado cuando se le antojaba, cosa que ocurría a menudo, porque tenía el temperamento irascible de todos los buenos cocineros. Pero la señora Wu persistió en su aspereza.

—Vete —le dijo—. No me digas lo que estás haciendo y lo que no estás haciendo.

La señora Wu no tuvo tiempo para ella misma aquel día. Apenas se había ido alguien, llegaba otro. No se había calmado aún después del incidente con el cocinero cuando vio entrar en su patio al señor Wu, a una hora en que habitualmente dormía.

—Entra, padre de mis hijos —le dijo—. He estado regañando al cocinero. A veces me parece que debiéramos cambiarlo. Su lengua es demasiado atrevida.

—Pero es el único cocinero que hace los cangrejos como me gustan —dijo el señor Wu, alarmado—. Ya sabes cómo he buscado en siete u ocho ciudades antes de encontrarlo y cómo lo casé con tu doncella para asegurármelo.

—También Ying es descarada —dijo la señora Wu.

Estas palabras eran tan desusadas en boca de su esposa, que el señor Wu se sintió más preocupado de la cuenta. Sentóse, sacó su pipa de su manga y la cargó y encendió.

—Vamos, madre de mis hijos —dijo—. Tú no te sientes bien esta mañana. Tienes sombríos los ojos.

—Estoy bien —insistió la señora Wu.

El señor Wu aspiró dos veces la pipa y la dejó.

—Ailien —dijo en voz baja, mirando primero a derecha e izquierda para cerciorarse de que nadie lo oía—, haces muy mal en separarte de mí. Realmente, el hombre y la mujer no pueden tener salud si se separan. No es sólo cuestión de descendencia. Es una cuestión de equilibrio. Vamos, mírate tal como eres. No eres desdentada, tu cabello sigue siendo tan negro como siempre, tus carnes son firmes, tu sangre corre con ritmo rápido. ¿Has olvidado qué bien hemos...?

—Basta —dijo ella con firmeza—. Sabes que no soy una mujer voluble. He planeado de esta manera mi vida. ¿Estás descontento, para venir aquí a hablarme de esta forma?

—A decir verdad, yo te daría la bienvenida —dijo él con franqueza—, porque te amo más que a nadie y tendré que amarte hasta la muerte, pero no estoy pensando en mí.

—No tienes por qué pensar en mí —insistió ella.

—Debo pensar en ti —declaró él.

Por un momento, al señor Wu se le ocurrió la monstruosa idea de que quizá su mujer se hubiera encadenado mediante el alma, por algún extraño capricho de la naturaleza, con el sacerdote extranjero. Pero le avergonzó exponerle esta idea a su mujer. Sabía su escrupulosidad en todas las cosas. Además de su carácter sacerdotal, aquel hombre era extranjero. Hasta en sus tiempos de impaciente juventud, el señor Wu había sabido que le convenía contener su impaciencia y bañarse y purificarse el aliento y el cuerpo antes de acercarse a ella. Pero los extranjeros hedían desde los huesos debido a lo áspero de su carne, a lo abundante de su sudor y al grosor de su lanosa carne. El señor Wu desechó aquel monstruoso pensamiento, por temor a que su mujer lo adivinara mediante su mágico instinto y se lo echara en cara.

Recurrió, pues, a lo único que sabía capaz de resucitar siempre la atención de su mujer. Se mostró malhumorado.

—¡Oh, tienes razón! —suspiró—. También yo estoy viejo. Padezco de flatulencia; me levanto dos y tres veces cada noche y por la mañana me siento cansado.

Pero ella se mostró cruel.

—Toma solamente un poco de caldo en la cena... y duerme solo unas cuantas noches.

Entonces él renunció y se quedó sentado, con el labio inferior proyectado hacia delante y ella golpeó el piso de piedra con el pie, y suspiró. Luego se levantó para servirle el té. El señor Wu vio temblar sus finos dedos cuando sostenía la tapa de la tetera, pero nada dijo. Bebió el té y ella bebió también de un tazón donde se lo sirvió y luego el señor Wu se levantó y se fue. No había llegado a la puerta cuando ella lo llamó con aquella clara y pura voz dura como la plata:

—¡Has vuelto a olvidar tu pipa!

Él se volvió. Su rostro estaba carmesí.

—Es cierto, la he olvidado —dijo.

Pero ella estaba allí, en el umbral, y señalaba la pipa como si fuese un objeto inmundo y él volvió como un niño vapuleado y la tomó y luego pasó a grandes zancadas junto a su esposa, con los labios fruncidos y las mejillas rojas. Durante un momento, ella se quedó mirándolo y algo en su pecho le dolía como si le hubiesen asestado un golpe.

Pero antes de que pudiese pensar en ello..., ¿quién entró? Pues nada menos que la hermanita Hsia. La señora Wu pensó que era la mañana menos indicada para acoger cordialmente a aquella pobre mujer pálida, pero... ¿qué podía hacer sino invitarla a entrar y a sentarse?

—Hace tanto tiempo que no la veo... —dijo la hermanita Hsia, con su hablar rápido y entrecortado.

La señora Wu había aprendido a comprender lo que quería decir sin entender las palabras, porque la hermanita Hsia no dominaba su respiración ni su lengua. Los sonidos salían a tropezones, graves cuando debían ser agudos y agudos cuando debían ser graves, y el subir y bajar de su voz nada tenía que ver con las palabras.

—¿Has estado enferma, hermanita? —preguntó la señora Wu.

—No —respondió la hermanita Hsia—. Pero no sé por qué... la última vez... me pareció que estorbaba.

—¿Acaso puedes estorbar? —murmuró cortésmente la señora Wu.

—¡Qué buena es usted! —dijo la hermanita y en su inocencia aceptó la cortesía—. Hoy he venido por un motivo especial. Querida señora, tengo un plan y si usted lo aprueba...

—¿Qué plan es ése? —inquirió la señora Wu.

—¿Conoce usted a ese sacerdote? —preguntó la hermanita.

—El preceptor de mi hijo —murmuró la señora Wu.

—Tiene un hogar de expósitos —dijo la hermanita—. Desde hace mucho, pienso que una mujer debiera cuidar de las niñas que están allí. Él sólo tiene un viejo criado. Pero hay que enseñarles, señora. ¿No le parece? Me estaba preguntando si usted le pediría..., esto, que me gustaría con su aprobación ofrecer mis servicios como maestra.

—¿Por qué no se lo pides tú misma? —interrogó la señora Wu.

—Usted debe comprenderlo —dijo con aire grave la hermanita Hsia—. La religión de él no es la mía.

—¿Cuántas religiones tienen los extranjeros? —preguntó la señora Wu—. Cada vez oigo hablar de una nueva.

—Sólo hay un Dios verdadero —dijo solemnemente la hermanita Hsia.

—¿Crees tú en Dios? —preguntó la señora Wu.

La hermanita Hsia abrió sus apagados ojos azules. Alzó la mano y apartó de su mejilla un mechón de descolorido cabello amarillo.

—¿Por qué supone que he abandonado mi hogar y mi país para venir a este país extraño?

—¿Es un país extraño el nuestro? —preguntó la señora Wu con cierta sorpresa.

—Para mí es extraño —dijo la hermanita Hsia.

—¿Te dijo tu Dios que vinieras? —volvió a inquirir la señora Wu.

—Sí —contestó la hermanita Hsia.

—¿Oíste Su voz? —preguntó la señora Wu.

La hermanita se sonrojó. Puso sus largas y descoloridas manos sobre su pecho.

—La sentí..., la oí aquí —dijo.

La señora Wu la miró.

—Pero... ¿no trataron jamás de casarte tus padres? —inquirió.

La hermanita Hsia se aferró con más fuerza el pecho.

—En mi país, los padres no conciertan los matrimonios. Los hombres y las mujeres se casan por amor.

—¿Amaste alguna vez? —preguntó la señora Wu, con su voz tranquila.

Las manos de la hermanita Hsia cayeron sobre su regazo de algodón gris.

—Naturalmente —dijo con sencillez.

—Pero... ¿no te casaste? —preguntó la señora Wu.

—En mi país —dijo la hermanita Hsia con esfuerzo— el hombre debe declararse a la mujer.

La señora Wu guardó silencio. Le hubiera sido fácil formular la pregunta siguiente, pero era demasiado bondadosa para hacerlo. Sabía que ningún hombre le había pedido a la hermanita Hsia que se casara con él.

La hermanita Hsia volvió a levantar los ojos valerosamente, aunque estaban empañados.

—Dios tenía otros planes para mí —dijo, y su voz era alegre.

La señora Wu le sonrió bondadosamente y dijo:

—¿Acaso no te conozco?

Tomó su diminuta pipa forrada en plata y encendió, y después de lanzar dos bocanadas la dejó.

—Aquí, en mi país, no le dejamos encomendado a Dios ni a los hombres y las mujeres un asunto tan importante como el matrimonio —dijo—. El matrimonio es como la comida, la bebida y la casa. Ha de atenderse debidamente, o algunos tendrán demasiado y otros pasarán hambre. En mi casa, planeo las comidas para todos, hasta para los criados. Cada cual tiene derecho a su parte. Algunas viandas, naturalmente, gustan más que otras. Pero si confiara a su gusto las viandas, los niños sólo comerían cangrejos y grasas. Algunos de los criados son voraces, y comerían demasiado, y no les dejarían nada a los más tímidos, que padecerían hambre. A cada criado le asigno cierta cantidad, a cada miembro de la familia le asigno cierta calidad. Así todos quedan nutridos bajo mi vigilancia.

La hermanita Hsia estaba jugando con sus dedos, nerviosamente.

—No sé cómo hemos llegado a hablar de esto —dijo—. He venido aquí a pedirle algo... A decir verdad, ya se me ha olvidado de qué se trataba.

—Lo has olvidado porque no pensabas realmente en eso —dijo bondadosamente la señora Wu—. Yo te contestaré. No, hermanita Hsia, debes dejar solo al hermano André. Te aseguro que es una grande y alta roca, dura porque es alta. No debes golpearte contra ese acantilado. Te lastimarás, se te desgarrará la carne, te sangrará el corazón y tu cerebro quedará deshecho como una cuajada, y él no lo sabrá. Conságrate a tu propio Dios... Te lo aconsejo.

La hermanita Hsia estaba mortalmente pálida.

—No sé qué quiere decir —balbució—. A veces me parece que usted es muy mala. Piensa cosas... Me sugiere pensamientos... y no tengo esos pensamientos...

—No te avergüences de tus pensamientos —dijo con tono cordial la señora Wu—. Son buenos pensamientos, porque eres una mujer buena; pero estás muy sola. No quieres estar sola. Pero debes estarlo. Ése es tu destino. La vida no ha pensado en ti. El país extraño y cruel es el tuyo. Ni siquiera tus padres se preocuparon de ti cuando la vida no lo hizo. Hermanita Hsia, yo misma te concertaría un matrimonio si ello fuera posible. Pero aquí no hay hombre alguno de tu clase.

La hermanita Hsia la escuchaba. Su boca se abrió y cerró, profirió una exclamación entrecortada y finalmente estalló en lágrimas de cólera.

—¡Es usted aborrecible! —le gritó a la señora Wu—. Usted..., usted..., yo no soy así... Ustedes los chinos son todos iguales... Siempre piensan... en cosas tan horribles...

La señora Wu se sintió profundamente asombrada.

—Hermanita —dijo—, hablo de la vida, de la vida del hombre, de la vida de la mujer. Te compadezco, te ayudaría si pudiera...

—No quiero su ayuda —sollozó la hermanita Hsia—. Sólo quiero servir a Dios.

—¡Pobrecita! —murmuró la señora Wu—. Entonces ve y sirve a tu Dios.

Se levantó y con tierna mano tomó la mano de la hermanita y la condujo hacia la puerta y se despidió de ella. Decidió no volverla a ver jamás. Se hallaba serenamente sentada, los ojos llenos de meditativa piedad, cuando Ying entró corriendo.

—¡La esposa del primer señor joven está empezando a sentir los dolores del parto! —gritó.

—¡Ah! —dijo la señora Wu—. Manda por su madre. Mientras tanto, iré a verla ahora mismo.

Se levantó y fue a su alcoba, se lavó concienzudamente las manos y cambió su chaqueta de seda por una de limpio lino azul. Luego, después de haberse perfumado las manos y las mejillas, fue al patio del Liangmo.

Bienvenida aquella noticia. Nada era tan emocionante en una casa como el nacimiento de un niño. La señora Wu no había gozado del acto tratándose de ella misma y con todo, cada vez, al dar a luz, se había sentido purificada y renovada. No temía por Meng. Meng era joven y robusta y había nacido para los hijos.

Era el día de las mujeres, como lo son todos los días de parto. El aposento principal del patio de su hijo mayor estaba lleno de excitadas criadas y primas y parientas. Hasta los niños estaban excitados y reían cuando trataban de llenar cubos de agua y marmitas de té. La gran casa estaba bastante atestada ya y, sin embargo, todos daban la bienvenida a la llegada de otro hijo. Además, como Meng era la esposa del hijo mayor, aquel nacimiento tenía más jerarquía aún.

—Otro hijo varón sería lo mejor —decía una prima de cierta edad cuando la señora Wu entró en el patio—. Entonces, si le sucediera algo al primero, quedará el segundo. Una casa con muchos hijos siempre está segura.

En aquel preciso momento entró la señora Wu y todos se levantaron. Le habían reservado el asiento más alto y lo ocupó. De la habitación, sumida en repentino silencio, brotaron murmullos de salutación. Rulan, como segunda nuera, se puso en pie y sirvió el té. Hasta ella guardaba silencio.

—¡Ah, Rulan! —dijo la señora Wu.

Contempló a la muchacha con mirada rápida y penetrante. Pálida... Está pálida... Al ver a Rulan, recordaba siempre el llanto de aquella noche. Luego la señora Wu vio a Linyi, sentada algo aparte. Estaba rompiendo semillas secas de sandía con los dientes y aventando de un soplo las cáscaras al suelo. La señora Wu contuvo un reproche. La señora Kang llegaría a los pocos minutos y más valía no perturbar a Linyi. La muchacha se había levantado cuando vio los ojos de la señora Wu fijos en ella.

—¡Ah, Linyi! —dijo la señora Wu.

Luego se ocupó del asunto principal.

—¿Cómo marchan las cosas? —le preguntó a la comadrona, que había salido corriendo de la alcoba al oír el alboroto causado por la llegada de la señora Wu.

—Todo va bien —contestó aquella obesa mujer.

Era un ser ruidoso, vulgar y cordial, que cumplía su misión en todas partes, pero que se alegraba de un parto en una casa rica porque sus regalos serían ricos también, sobre todo si el niño nacía vivo y normal y si era varón.

—Con seguridad que es varón —dijo y todo su ancho rostro resplandeció—. La señora de nuestro primer hijo lo ha llevado alto.

Pero la voz de Meng se oyó claramente al culminar en súbitos gemidos y la comadrona salió corriendo de la habitación. Antes de media hora, entró precipitadamente la señora Kang. Su cuerpo también estaba ya deforme, aunque se había puesto ropa holgada. El silencio se hizo general cuando franqueó el umbral. Había en él tanta curiosidad como piedad. La señora Kang lo sintió y disimuló su vergüenza con palabras.

—¡Hermanas —exclamó—, ya las veo a todas aquí! ¡Qué buenas son al preocuparse de mi hija!

Luego habló a la señora Wu.

—¿Cómo está Meng, hermana mayor?

—He estado esperando tu llegada —dijo la señora Wu—. Entremos juntas.

Juntas entraron en la habitación donde yacía Meng sobre un angosto lecho. El sudor resbalaba copiosamente por sus mejillas y humedecía su larga cabellera. Las dos mujeres se acercaron a ella, una de cada lado y la asieron de las manos.

—Madre —dijo con voz entrecortada Meng—, madre... Esto es peor que la vez pasada.

—Seguro que no —la consoló la señora Kang—. Esto será mucho más rápido.

—¡No hablen! —les ordenó a ambas la señora Wu—. Es el momento del esfuerzo.

Meng se asió de la fresca y fina mano de la señora Wu y de la regordeta y tibia mano de la señora Kang. Ansiaba apoyar la cabeza contra el pecho de su madre y llorar, pero no se atrevía a hacerlo porque esto hubiera sido irrespetuoso con la madre de su marido. La comadrona se mostró de pronto muy activa.

—¡Ahí viene el pequeño señor de la vida! —exclamó—. Veo su corona.

Meng se estremeció y gritó y estrujó las dos manos que apretaba. Ni la una ni la otra se estremecieron. Meng inclinó la cabeza y mordió su propia mano, que asía su madre, y la señora Kang aferró aquella mano y la apretó con más fuerza contra su pecho.

—¿Por qué lastimarte a ti misma? —exclamó.

Pero Meng se arrojó al suelo y convirtió su cuerpo en un arco de dolor. Abrió la boca desmesuradamente y profirió un enorme gemido que se convirtió en un alarido final. La señora Kang soltó su mano, apartó a la comadrona de un empujón, extendió ambas manos y atrapó al niño.

—Otro varón —dijo con aire de respeto.

Como si la hubiese oído, el niño, que había contenido el aliento, lo dejó escapar ahora en un vagido.

La señora Wu le sonrió a la carita arrugada y furiosa.

—¿Te irrita el haber nacido? —le preguntó al niño, con tierna burla—. Óyelo, Meng, nos está culpando a todos.

Pero Meng no contestó. Se había librado del dolor y, con los ojos cerrados, yacía como una flor aplastada sobre la tierra después de la lluvia.

* * *

Aquella noche, la señora Wu y la señora Kang estaban sentadas juntas. Todo marchaba bien en la casa. El niño era sano. La joven madre dormía. Mutuamente satisfechas, las dos amigas se habían sentado. La señora Wu, para ahorrarle una pena a su amiga, no había aludido durante todo el día a su cuerpo, que se estaba hinchando desvergonzadamente. Mientras hablaban de asuntos de familia y muchas pequeñas cosas y entretejían éstas con los recuerdos de su juventud, una larga sombra se proyectó en el vano de la puerta abierta. Era el hermano André, que iba a darle su lección de costumbre a Fengmo.

—¿El sacerdote extranjero? —preguntó la señora Kang.

—Viene todavía a darle lecciones a Fengmo —dijo la señora Wu.

Le parecía que había transcurrido muchísimo tiempo desde la noche anterior, en que su alma se había evadido de los muros de la casa. Ahora aquel nuevo niño que acababa de nacer había vuelto a asegurar, atrapar y aprisionar su alma. Era otra boca, otra mente de la cual ella era responsable.

—No entiendo a ningún sacerdote ni monja, del mismo modo que no entiendo un idioma extranjero —dijo la señora Kang.

La señora Wu le sonrió.

—¡Vamos! ¡Eres una...!

La señora Kang rió traviesamente y se acarició el vientre henchido.

—Cuando estoy sola, me siento feliz —confesó—. Me alegra tener otro hijo.

En el rosado rostro de la señora Kang, tan distante de la juventud, la señora Wu vio con asombro algo del divino contento entrevisto la noche anterior en el semblante del hermano André. Aquella amistad se había desarrollado siempre sobre el nivel de la femineidad común a entrambas. La señora Wu sabía que su amiga no había aprendido siquiera a leer. En realidad, a la señora Kang le hubiera parecido una pérdida de tiempo leer cuando podía tener un hijo.

—Meichen —dijo la señora Wu, entre sonriente y tierna—, eres insaciable. No quieres dejarles los hijos a las muchachas. Se diría que eres capaz de dar a luz a tu propio nieto. ¿No renunciarás algún día a eso?

—¡Ay de mí! —suspiró la señora Kang, con fingida vergüenza—. ¡Eso me proporciona tal placer...!

—¿Realmente no aspiras a otra vida que la que llevas? —preguntó con curiosidad la señora Wu.

—En absoluto —dijo la amiga—. Si pudiera seguir engendrando un hijo cada año, tan sólo... ¿De qué serviré si dejo de dar ese fruto?

La esbelta y garbosa sombra de Fengmo franqueó el umbral.

La señora Wu lo miró fugazmente, al pasar.

—Fengmo viene por su lección —dijo.

Ambas mujeres miraron alejarse la sesgada sombra del joven.

—Linyi... —empezaron y se detuvieron, esperando cada una que continuara la otra.

—Sigue —dijo la señora Kang.

—No, sigue tú, eres su madre —insistió la señora Wu.

—No, no seguiré —repuso la señora Kang.

—Pues bien —dijo después de un momento la señora Wu—. Seguiré yo. Fengmo no es feliz con tu hija, Meichen. Es una lástima que no le hayas enseñado a Linyi la manera de hacerlo feliz.

—¡Fengmo! —exclamó la señora Kang y el tono de su voz sorprendió a la señora Wu—. ¡Que Fengmo no es feliz! —repitió con cierto desdén—. ¡Permíteme que te diga, Ailien, que es Linyi quien no es feliz!

—Mira lo que dices, Meichen —dijo la señora Wu, con su voz más argentina.

—Sí —declaró la señora Kang—. Tú crees haberle enseñado bien a Fengmo. Pero Linyi no es feliz con él. En cada matrimonio hay dos personas. ¿Acaso se puede aplaudir con una sola mano? No le has enseñado a Fengmo su papel en el matrimonio.

—¿Yo? —dijo con aspereza la señora Wu.

—Sí —dijo la señora Kang—. Liangmo se parece a su padre. Es hombre por instinto y por eso Meng es feliz con él. Pero Fengmo se parece a ti.

—Lo cual equivale a decir que existe algo que está por encima de lo corriente —dijo con amargura la señora Wu.

La señora Kang meneó la cabeza.

—Entonces que lo encuentre fuera —dijo—. Que se ocupe en sus estudios y encuentre algún trabajo capaz de absorber su descontento. Eso nada tiene que ver con Linyi.

—¡Meichen, me agravias! —exclamó la señora Wu.

—Más vale que Linyi vuelva a casa por algún tiempo —replicó la señora Kang—. Tú y Fengmo podéis estudiar esos libros y prescindir de ella hasta que comprendáis su valor.

La señora Wu vio peligrar aquella amistad, que le era tan cara.

—¿Vamos a reñir, Meichen? —exclamó.

La señora Kang replicó con apasionamiento:

—Siempre fui una buena amiga para ti y jamás te juzgué, a pesar de verte pensar cosas que estaban por encima de una mujer. Pero comprendí que eras demasiado sabia, demasiado inteligente para ser feliz. Así se lo dije al padre de tus hijos...

—¿Habéis hablado de mí? —preguntó la señora Wu.

Su voz era absolutamente serena.

—Sólo por tu bien —respondió la señora Kang.

Al decir estas palabras se levantó y ajustó el holgado vestido, y con vigoroso andar se alejó de la señora Wu.

En las últimas horas de la noche, cuando la señora Wu estaba en la cama, Ying dijo:

—¿Sabe que la señora Kang se llevó esta noche a casa a la esposa de su tercer hijo, señora?

—Lo sé —dijo la señora Wu.

Cerró los ojos como disponiéndose a dormir. Pero no durmió. No hubiera creído capaz a la señora Kang de llevarse a su hija, como si Linyi le perteneciera aún. Inmóvil en el lecho, la ira le impidió conciliar el sueño durante la mayor parte de la noche.

Si la señora Wu hubiese sido una mujer más común, se habría limitado a sentirse irritada con su amiga y segura de sí misma, pero no era una mujer de ésas. Se culpó a sí misma de negligencia en su conducta. Había sabido siempre que su amistad con la señora Kang giraba en torno de la casa y la familia, de la tierra y el barro. ¿Por qué no se había contentado con esto, en vez de abrir una puerta que había asustado a su amiga? Toda alma se siente asustada cuando se la empuja más allá de su nivel. Ahora, a causa de su negligencia, el abismo entre Fengmo y Linyi se había ahondado. Porque, sin duda, la situación es muy grave cuando se saca a una joven esposa de la casa de su marido para devolverla al techo que cobijó su infancia. Fengmo debía ir en su busca. La señora Wu mandó por Fengmo.

Éste acudió pálido, pero silencioso.

—Hijo —dijo la señora Wu—, te he llamado para confesarte mi propia falta. La madre de Linyi y yo hemos reñido. Como las mujeres estúpidas, ambas hemos defendido a nuestros vástagos, y ella se llevó a su hija. Debo decirte esto para que sepas que la culpa no es de Linyi. Ahora debemos invitarla a volver...

Con gran horror de la señora Wu, Fengmo meneó la cabeza.

—No la invitaré, madre —declaró—. Que las cosas sigan así. Linyi y yo no nos entendemos.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó la señora Wu.

Su corazón latía con tanta violencia, que le parecía sentirlo estremecerse contra el grueso satén de su chaqueta. La mañana era fría, y se había puesto una prenda de lino.

—Todo hombre y toda mujer, usando de su inteligencia, pueden entenderse. El matrimonio es un asunto de familia, Fengmo. Es una disciplina. Uno no debe pensar en sí mismo solamente.

—Madre, sé que es eso lo que te han enseñado —replicó Fengmo—. Y es lo que nos has enseñado a nosotros. Si yo fuese tu único hijo, podría considerarme obligado a aceptarlo. Pero tengo dos hermanos mayores. Madre, déjame en libertad.

La señora Wu se inclinó hacia delante en su silla, con las manos entrelazadas.

—Fengmo, dime qué ha ocurrido entre tú y Linyi. Soy tu madre.

—Nada —dijo Fengmo obstinadamente.

Pero la señora Wu interpretó esto en un sentido literal.

—¿Nada? —repitió, espantada.

—¡Oh, madre! —gimió Fengmo—. Yo esperaba algo más, madre... ¿Me entiendes?

—¿Qué esperabas? —preguntó la señora Wu.

Fengmo tendió sus manos grandes y delgadas.

—Algún género de conversación, de comprensión, de camaradería..., algo después del prólogo. Quiero decir... Cuando se ha terminado con el cuerpo..., ¿qué hay?

Empezaba a advertir que no había comprendido a Fengmo. Había dado por sentado que todos los hombres no eran más que varones. En cierta ocasión, la había hecho reír un cuento extranjero, un cuento de la Grecia antigua, sobre una mujer que se había enamorado de un hombre que no era su marido, porque tenía el aliento fragante. Porque aquella mujer sólo conocía a su marido y creía que un aliento fétido era inevitable en el hombre y que todos los hombres tenían aquel aliento. Ahora la señora Wu comprendía que ella era tan estúpida como aquella mujer al presumir que todos los hombres eran iguales. Ella misma había dado el ser a un hombre que era algo más que un varón. Esto la asombró tanto, que se quedó durante algún tiempo contemplando a su hijo.

Pero Fengmo parecía no advertir sus pensativos ojos. Estaba sentado con el cuerpo inclinado, los codos sobre las rodillas separadas, las manos juntas colgando entre ambas.

—Siento que no puedo ordenarte que hagas nada —dijo finalmente, con voz grave—. Ahora advierto que he violado tu ser.

Fengmo miró y ella vio lágrimas en sus ojos.

—¿A qué llamas libertad? —preguntó—. Dímelo y te la daré.

—Quisiera irme de esta casa —dijo el joven.

Estas palabras desgarraron el corazón de la señora Wu. Pero sólo preguntó:

—¿Adónde querrías ir?

—El hermano de André dijo que me ayudaría a cruzar el mar —declaró Fengmo.

—Si el hermano André no hubiera venido a esta casa... ¿habrías pensado en eso? —dijo ella, atormentada por los remordimientos.

—Habría pensado en ello —replicó Fengmo—, pero sin saber cómo hacerlo. El hermano André me ha indicado la manera.

A esto la señora Wu nada replicó. Seguía sentada, silenciosa y pensativa. Luego suspiró.

—Muy bien, hijo mío —dijo finalmente—. Sé libre.

IX

Antes de un mes, un día en que cayó la primera nevada ligera, Fengmo se fue. Toda la gente de la casa se agolpó junto a la verja para despedirlo. La calle a la cual daba la verja terminaba en el río, y los hombres de la casa, y con ellos solamente la señora Wu, fueron con él hasta la orilla. Los criados le ayudaron a llevar el equipaje y a subir a un oscilante bote, que debía llevarlo a una pequeña lancha encargada de transportarlo hasta un vapor fluvial. El vapor fluvial lo trasladaría al océano y al gran barco que esperaba. Sobre la blancura del suelo, cavilaba un suave cielo gris. El bote se alejó de la orilla y los copos de nieve se derritieron sobre los remos de los boteros. Una veintena de adioses siguió a Fengmo. La señora Wu no le gritó el suyo. Inmóvil en la orilla, pequeña figura envuelta en pieles, miraba a aquel hijo que se alejaba de las riberas de su país. Se sentía asustada y triste, pero se consolaba con estas palabras: «Es libre».

Y después de arrebujarse en su abrigo de pieles, volvió a sus propios muros.

Al irse Fengmo, el hermano André decidió retirarse, pero la señora Wu lo invitó a proseguir sus lecciones, ahora con Linyi.

—Cuando mi hijo vuelva de los países extranjeros —le dijo al hermano André con su aire frío y donairoso—, me gustaría que su esposa supiese algo de lo que él sabe.

El matrimonio de Fengmo había sido encauzado nuevamente en la forma siguiente. Cierta día, la señora Wu había ido a la casa de los Kang y hablado muy dulcemente con Linyi en presencia de su madre. Le había dicho a la joven que Fengmo se iba, invitándola a volver para que, de ser posible, lograra un hijo antes de marcharse Fengmo.

—Lo hago no sólo por el bien de nuestra casa —le dijo a Linyi—, sino también por tu propio bien, a fin de que puedas cumplir tu destino.

Al hablar, había escudriñado el semblante de Linyi... un semblante bastante egoísta, según le pareció. Las buenas madres tienen siempre hijas egoístas. Meichen era demasiado buena. Hacía demasiado felices a sus hijos. A éstos su casa les parecía el cielo y su madre la tierra.

—No es bueno que una joven quede vacía cuando su marido se va —continuó la señora Wu.

La señora Kang, al oír estas palabras, había hecho de buena gana un gesto de asentimiento. Desde la riña con su amiga, estaba arrepentida de su ira. Linyi había ayudado en esto. Porque, aunque la muchacha había vuelto a casa con toda la piedad de su madre, la señora Kang comenzó a ver a los pocos días en su Linyi a una joven voluntariosa. Ya no se trataba de una muchacha, sino de una mujer casada. Con todo, se comportaba como cuando había sido una muchacha de casa rica. Se levantaba tarde y vagabundeaba por los patios y ni siquiera recogía el pañuelo cuando se le caía del bolsillo, sino que llamaba a una doncella para que lo hiciese. Poco a poco, la

señora Kang empezó a reprochar a su hija y a pensar que quizá Fengmo tuviera realmente motivos para quejarse. Cuando se enteró de que Fengmo se marchaba, también ella se sintió ansiosa de que Linyi volviera al lado de su marido.

—Tú ya no perteneces a esta casa —le dijo a la muchacha más de una vez—. Perteneces a la casa de los Wu.

«¿Cómo puedo conseguir que esta muchacha esbelta y díscola se convierta en mujer y esposa? —se preguntaba ahora la señora Wu en secreto—. ¿Y no sólo para mi casa sino para su propia felicidad?».

De modo que volvió a acordarse del hermano André. Vio su corpachón, su pachorra, su enorme y bondadoso rostro. Pero... ¿sería capaz el hermano André de enseñar a una joven esposa?

—Debes volver hoy mismo a la casa de tu marido —declaró la señora Kang.

Y con la misma vehemencia con que se llevara un día a Linyi, volvió a enviarla a la casa de los Wu. Linyi fue en silencio. No era estúpida y advertía evidentemente el cambio operado en su madre. Sabía que la habían expulsado de su cielo y su tierra. Le dolía el corazón y volvió silenciosamente al patio de Fengmo. Éste estaba atareadísimo preparándose para su partida. Pero como ya sabía que sería libre, se mostró con ella alegre y despreocupado.

Tanto daba que Linyi estuviese o no allí, ya que él abandonaba la casa.

—He vuelto —le había dicho Linyi.

Fengmo no se manifestó contento ni ella le preguntó si lo estaba. Ninguno de ellos esperaba el amor del otro. Linyi le ayudó con nueva docilidad a doblar sus ropas y les quitó el polvo a sus libros. Al llegar la mañana, se separaron, siempre en silencio. Por razones de decencia, ella no salió del patio.

—¡Hasta la vista! —había dicho él.

—Que el cielo te dé feliz viaje —había replicado ella, y se había apoyado contra la puerta para mirarlo marcharse.

Una leve incertidumbre conmovía su corazón, pero todavía no estaba pronta a ver una falta en sí misma.

«Aún estoy dormida», pensó y bostezó desmesuradamente y sin ocultar la roja boca, volvió al gran lecho y se acurrucó bajo los cobertores de seda y durmió como una pequeña crisálida.

La señora Wu la despertó de este sueño apenas se hubo marchado Fengmo.

—Ven, Linyi. Has dormido bastante. Ahora, debes despertar y comenzar tu educación.

—¿Mi educación? —balbució Linyi.

—Por la mañana, aprenderás a cocinar y a bordar —dijo la señora Wu—. La prima mayor te enseñará. Luego, durante una hora, antes del almuerzo, te enseñaré los clásicos. Por las tardes, el hermano André te enseñará idiomas extranjeros. De noche, les ayudarás a las doncellas a acostar a los niños. Debes aprender a cuidar a los niños.

Linyi asomó la cabeza fuera del cobertor. En sus grandes ojos se leía sobresalto y su suave cabello estaba completamente desgreñado.

—¿Ahora? —preguntó.

—Ahora inmediatamente —dijo con firmeza la señora Wu.

Llevaba en la mano una fina caña de bambú y golpeó el suelo con ella.

—Lávate —dijo—. Péinate. Luego búscame.

Volvió a sus patios, apretada la boca con gesto harto ceñudo para sentarte a su propia belleza.

«Hago esto por Fengmo —pensó—. Luego, cuando esté hecho, podré volver a pensar en mi propia libertad».

Pero como no confiaba en Linyi, se quedó a su lado por la tarde cuando llegó el hermano André. Linyi no debía estar ociosa. Además, por razones de honor, debía estar allí durante las horas que pasaría con su nuera aquel sacerdote extranjero en ausencia de su hijo. Sabía que el hermano André era una alma, pero... ¿quién creería fuera de ella que su gran cuerpo sólo era una envoltura?

Así permanecía sentada a diario en el asiento más alto de la biblioteca, con el bastón, cuyo puño fingía una cabeza de dragón y que le pertenecía desde la muerte de La Vieja Señora, entre las manos. Escuchaba todo lo que le enseñaba el hermano André a Linyi. Pero mientras la muchacha avanzaba trabajosamente por la dura zona del conocimiento, la mente de la señora Wu volaba adelantándose a ella y vagabundeaba por cien atajos de misterio.

Así llegó a descubrir que la tierra y los mares están concentrados en una gran bola que rueda entre las estrellas y los planetas y comprendió las trayectorias del sol y de la luna, el paso de los vientos y las nubes. Pero éstos nada fueron para su asombro cuando llegó a comprender las lenguas del hombre. Porque le gustaba hacer esto: elegía una palabra, una palabra tal como vida —o muerte—, amor, odio, alimento, aire, agua, hambre, sueño, flor, árbol, hierba, pájaro, y aprendía esa palabra en todos los idiomas que conocía el hermano André.

Estos idiomas eran las voces de la humanidad. Lo aprendía todo con el pretexto de ayudarle a Linyi a aprender.

Y mientras aprendía, todas las cosas que ocupaban su vida llegaron a cobrar un sentido. En tiempos pasados, se había preguntado a veces por qué debía consumirse en la continua sucesión del nacimiento y de la muerte y el nacimiento de nuevo. Dentro de aquellas cuatro paredes, cuando el hombre engendraba y la mujer concebía a fin de que la casa de los Wu no pereciera, la señora Wu solía preguntarse si importaba la muerte de una casa. A menudo se había sentido desalentada en un año en que nacieron demasiadas niñas, en un año en que vino prematuramente al mundo un idiota. En los años que precedieron a su cuadragésimo cumpleaños, más que nada, se había negado a responder a las preguntas de su alma. Uno de esos días, había estado casualmente allí la hermanita Hsia.

—¿Puedo leerle algo del libro bendito, señora? —le había preguntado.

La señora Wu se sentía exhausta ese día, ya que amén de todo lo demás, acababa de descubrir que estaba embarazada. Pero era demasiado cortés para contestarle con una negativa a su huésped.

—Si eso te proporciona placer, lee —le había contestado.

Entonces, la hermanita Hsia había sacado su libro sagrado y leído en voz alta, con su manera infantil, a tropezones, palabras como éstas:

«¿Qué es el hombre para que pienses en él y el hijo del hombre para que no lo recuerdes? Porque los días del hombre son como la hierba...».

—¡Basta! —había exclamado la señora Wu.

La voz había surgido de ella con violencia y su actitud era tan desusada, que la hermanita Hsia la miró absorta.

—¿Son esas palabras adecuadas para consolar a una alma? —había preguntado la señora Wu—. No me leas más tu libro, porque yo no podría vivir.

Pero la señora Wu había meditado sobre las palabras y las recordaba. Sí, aquello era cierto. La carne del hombre era como la hierba. Al nacer muerto su hijo, ella había recordado las palabras al sostener en sus brazos el cuerpecito inerte. Pero ahora, al escuchar las voces de la humanidad que gritaban en distintos idiomas, pero siempre la misma palabra, sentía en sí un nuevo asombro.

—¿Gritan todos los hombres también una misma palabra para decir Dios? —le preguntó al hermano André.

—Todos los hombres —respondió con gravedad el hermano André y luego dejó rodar las sílabas sonoras, que golpearon los oídos de la señora Wu como tambores—. Dios... Dios... Dios... Dios...

En veinte idiomas y en todos los idiomas del hombre.

—Desde todos los lugares de la tierra, clamamos por el Viejo Cielo —dijo la señora Wu meditativamente, y los tambores despertaron ecos en su alma.

En noches como aquéllas no podía dormir. En silencio, dejaba que Ying la desnudara y trepaba a la alta tarima de pino. Detrás de los cortinajes de seda, se abandonaba a su alma y meditaba sobre el sentido de todo lo aprendido. El hermano André había llegado a ser para ella un pozo ancho y hondo, un pozo de sabiduría y conocimiento. De noche, la señora Wu pensaba en muchísimas preguntas para las cuales necesitaba respuestas. A veces, cuando su memoria se veía agobiada por su gran número, se levantaba del lecho y encendía su vela. Y tomaba su pincel de pelo de camello y anotaba con él las preguntas, en una hoja de papel, con su hermosa letra. A la tarde siguiente, al llegar el hermano André, se las leía una por una y escuchaba cuidadosamente todo lo que él le decía.

Ahora bien... la manera de responder a las preguntas del hermano André era sumamente simple, pero ello se debía a que era muy instruido. No necesitaba, como otros hombres menos capaces, perderse en digresiones y circunloquios. En vez de esto, sabía, como los antiguos taoístas, expresar en un puñado de palabras la esencia de la esencia de la verdad. Arrancaba las hojas y arrancaba el fruto y rompía la

cáscara y mondaba la envoltura interna y partía la pulpa y sacaba la semilla y la dividía y le ofrecía a ella la pepita, pura y limpia.

Y la mente de la señora Wu estaba tan aguzada a esta altura de su vida, tan afilada y penetrante, que tomaba aquella pepita y con ella lo abarcaba y comprendía todo. La joven Linyi permanecía sentada entre ambos, con los ojos muy abiertos, cuando se decían y oían esas pocas palabras y era evidente que todo aquello excedía de su comprensión. Su mente dormía aún en la juventud.

Pero el hermano André se maravillaba ante la señora Wu.

—Usted ha vivido toda su vida detrás de estos muros —le dijo cierto día—, y, sin embargo, cuando yo hablo como lo he hecho solamente con un par de mis pocos hermanos eruditos, comprende qué quiero decir.

A lo cual ella, había replicado:

—Usted me ha hablado del vidrio mágico capaz de agrandar las cosas pequeñas. Una mota de polvo, me dice, puede ser aumentada hasta el tamaño de un desierto, y comprendiendo la mota, puede conocerse el desierto. Esta casa es la mota de polvo y con ella lo comprendo todo. Dentro de estos cuatro muros está toda la vida.

Advirtió la expresión hostil de Linyi.

—¿Dice usted que nosotros somos polvo, madre? —preguntó.

—No, hija —respondió la señora Wu—. Digo que sois la vida entera.

Por encima de la juvenil cabeza de Linyi, sus ojos se encontraron con los del hermano André.

—Enséñele a esta niña —dijo.

—Madre, yo no soy una niña —dijo Linyi, enfurruñada.

Pero la señora Wu sonrió. Aquella tarde, cuando el hermano André estaba recogiendo sus libros, le preguntó humildemente:

—¿Puedo atreverme a pedirle que me acepte también como alumna?

—Su deseo me honra —contestó él, con su aire grave habitual.

—Entonces..., ¿durante una hora, quizá, después de haber enseñado a Linyi?

El hermano André inclinó la cabeza. A partir de entonces, todas las tardes, por espacio de una hora, respondió a las preguntas de la señora Wu. Llena de escrúpulos a pesar de su edad, la señora Wu le ordenó a Ying que se quedara sentada en el banco, junto a la puerta, mientras ella platicaba con el hermano André.

* * *

—Señora, tengo que preguntarle algo. Si eso la irrita, le ruego que me eche —le dijo Ying, cierta mañana.

—¿Por qué habría de irritarme contigo después de haberte dejado hablar a tu antojo durante tantos años? —preguntó la señora Wu.

Dejó el libro que leía, pero conservó el pulgar entre las páginas, pronta a seguir leyendo cuando Ying hubiera concluido.

—Lo que voy a decirle no le proporcionará placer —comenzó Ying—. Pero mientras usted vagabundeaba por la tierra con ese gran sacerdote, en esta casa han entrado la confusión y el desorden. La nodriza del segundo hijo de la esposa de su hijo mayor, está perdiendo la leche. El niño enflaquece. De noche hay riña en el patio de su segundo hijo. La doncella de su esposa dice que no hay novedad todavía. Y la segunda señora y nuestro amo... bueno, señora, no quiero suponerlo. Pero me parece un error que una dama como usted se retire así para dedicarse a los libros. Nuestros antepasados tenían sobrada razón al enseñarnos que las mujeres no debían saber leer y escribir.

Ying dijo esto como si se lo hubiera aprendido de memoria.

La señora Wu escuchaba, con su vieja semisonrisa. Pero el pulgar se le escurrió del libro y cerró éste y lo puso sobre la mesa.

—Gracias, buena mujer —dijo.

Se levantó y se fue a su alcoba. La mañana era fresca y se puso una chaqueta de pieles antes de salir. En el patio, las orquídeas se estaban secando con la helada y las hojas se hundían en el barro. Pero el ramaje de bayas del bambú índico se volvía escarlata y pesado. Un mirlo estaba encaramado sobre una roca, comiéndose las bayas, y Ying corrió hacia él para ahuyentarlo de paso. Ahora que su señora se había mostrado tan paciente bajo su censura, Ying se sentía culpable del descaro y trataba de hacerse perdonar con su charla usual. La señora Wu la escuchaba sin contestar. Se le ocurrió al atravesar el patio desierto de La Vieja Señora, cuán conveniente sería que Liangmo llevara a su familia a vivir allí, cerca de ella, para poder vigilar con más comodidad a los niños. Entonces podría trasladar a Tsemo y Rulan al patio que ocupaba ahora Liangmo, y quizá la mayor amplitud les diera más paz.

El día era hermoso. La señora Wu caminaba bajo los claros rayos del sol, sintiendo un bienestar que a ella misma le resultaba incomprensible. Los cuatro muros que rodeaban aquella parcela de tierra estaban llenos de congojas humanas, pero ella se sentía capaz de afrontarlas y aun de curarlas, porque ya no formaba parte de ellas. Con su alejamiento del señor Wu, había cortado todas las ligaduras que la amarraban. Meditó sobre aquel fuerte vínculo secreto entre cuerpo y cuerpo, que, cuando era cortado, liberaba no sólo el cuerpo, sino también el alma. Y su alma seguía los caminos que se abrían ahora sobre toda la tierra. Así penetró en el patio de Liangmo como lo habría hecho una diosa, para ayudar y no para compartir.

Pero los lamentos del niño resonaron en sus oídos de un modo dolorosamente agudo. Lo olvidó todo y corrió de prisa al interior de la casa. Allí estaban sentadas Meng y la joven nodriza, que sostenía al niño hambriento contra el pecho vacío. Las lágrimas resbalaban por las pálidas mejillas de la nodriza. El niño succiohaba y apartaba la cabeza para chillar con furor al advertir que no acudía la leche.

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Wu—. ¿Se le ha agotado la leche?

La joven dejó el niño en brazos de Meng y se echó a llorar.

—¿Le has dado sopa de cangrejo con huevos escalfados? —le preguntó la señora

Wu a Meng.

—Lo hemos probado todo —replicó Meng—. Al principio, creía que no era nada, un resfriado o un exceso de alimentación, y mezclamos harina de arroz con la papilla y le dimos eso al niño durante un par de comidas. Pero esto dura ya dos días y el niño no se alimenta. Está enflaqueciendo a ojos vistas.

Entró la nodriza del primogénito.

—He ofrecido mi leche, pero es demasiado vieja para este niño —dijo—. La vomita.

Parecía satisfecha de sí misma al hablar.

—Nunca he perdido mi leche, señora mayor, de modo que..., ¿cómo podría saber qué debe hacerse?

—Vete —le ordenó la señora Wu, advirtiendo su vanidad y sabiendo que era una mujer ansiosa de regalos.

La joven nodriza seguía llorando y la señora Wu se sentó y juntó las manos sobre su bastón con cabeza de dragón y la miró.

—Eso te pasa porque estás triste —dijo—. ¿Qué te pasa?

Al principio, la joven no quiso contestar. Se secó los ojos con las mangas y los fijó en el suelo y cuando se le acumularon en ellos las lágrimas, volvió a secárselos.

—Es extraño que tengas suficiente agua para tus lágrimas y no leche para mi hijo —dijo con congoja Meng.

—Calla —dijo la señora Wu—. Es un ser humano. Habla, buena mujer.

Así alentada, la joven balbució, con voz tan débil que apenas si pudo oírse:

—No he visto a mi hija. No sé cómo está... Hace cerca de un mes que estoy aquí. En la semana próxima mi hija va a cumplir el mes y no sé cómo está.

Al oír esto, Meng se sintió muy irritada. Frunció su roja boca y abrió desmesuradamente los negros ojos.

—¿Cómo puedes pensar en tu niña y dejar que se te seque la leche? —exclamó.

—Calla —volvió a decir la señora Wu—. Que traigan aquí a esa niña.

—¿Para ser amamantada con mi criatura? —exclamó Meng.

—Para salvar a tu hijo —respondió la señora Wu.

La joven nodriza cayó de rodillas ante la señora Wu.

—¡Oh, señora mayor! —dijo con voz entrecortada—. Usted no es cruel..., ellos me dijeron que era cruel...

—¿Quién dijo que yo era cruel? —preguntó la señora Wu.

—El administrador..., en las tierras..., dijo que yo no debía desobedecerla..., que nadie debía atreverse a desobedecerla. Yo no quería venir aquí, señora. Yo tengo mi propia casita, mi hombre trabaja en las tierras de la señora, tenemos nuestra hijita..., una niña, es cierto, pero es nuestro primer vástago. Yo me sentía orgullosa de ella... Tenía tanta leche... El administrador dijo que yo debía venir, o que echaría a mi marido de la tierra que habíamos arrendado.

—No tenía órdenes mías de hablar así —dijo la señora Wu—. Sólo le dije que me

buscara una nodriza.

—En las aldeas, el administrador consigue que todos le tengamos miedo — prosiguió la joven—. En las tierras, todas la tememos por causa de él, hermana mayor.

La señora Wu se sintió bastante confusa al oír estas palabras, pero no quería que aquella criada advirtiera su confusión. En una casa grande, los que ordenan no deben ponerse a merced de los que obedecen. La señora Wu inclinó la cabeza y dijo con dulzura:

—Hoy daré orden para que te traigan a tu hija. Puede dormir cerca de ti, pero no en el mismo cuarto con mi nieto.

—Usted salva una vida —dijo la mujer, y cayó de rodillas y golpeó la frente contra los mosaicos ante la señora Wu.

Pero el niño volvía a lloriquear y la mujer se levantó y volvió a tomarlo. Las lágrimas se secaron sobre sus mejillas y se llevó al pecho a la criatura. Ésta volvió a aferrar el seno, succionó y la leche empezó a fluir.

—Contenías tu leche —exclamó Meng—. Te negabas a dejarla salir.

—No he hecho tal cosa, señora —dijo—. No sé adónde fue mi leche ni por qué volvió, salvo que cuando nuestra señora mayor dijo que mi niñita podía venir, sentí que se me soltaba algo del corazón y luego bajó la leche.

Pero Meng estaba colérica aún.

—¡Mujer vulgar! ¡Eres demasiado estúpida!

La señora Wu se puso de pie.

—Ya que la vida de tu hijo depende de ella, quizá sea mejor que no te irrites, hija mía —dijo—. Y tú, mujer cuando venga tu niña, no olvides que con quien tienes un deber es con mi nieto.

La joven miró con humildad a la señora Wu.

—No lo olvidaré, señora mayor —dijo, en voz baja—. Siempre lo amantaré primero.

En su mirada y en su voz había algo que impresionó a la señora Wu. Bajo aquella serenidad presentía algo hosco y fuerte. Pero no preguntó qué era. Nunca había investigado demasiado las dificultades de los extraños, por temor a verse enredada en ellas de un modo u otro. De manera que ahora le habló a Meng.

—Te daré los patios de nuestra Vieja Señora. A ti y a mi hijo mayor. Así podré estar cerca de mis nietos.

Meng no pareció contenta y la señora Wu se afirmó en su propósito.

—Enviaré a los criados para que te ayuden a mudarte hoy —dijo y sin esperar a que Meng hablara, fue en busca de su hijo Tsemo.

A aquella hora, Tsemo debía estar ausente, consagrado a sus tareas, que consistían en inspeccionar los mercados donde vendían sus productos. Pero estaba aún allí. La señora Wu lo vio en su patio enjuagándose la boca, como si acabara de comer.

La señora Wu entró y él escupió precipitadamente y dejó la taza que tenía en la

mano.

—Has madrugado, madre —dijo.

—Estoy haciendo mi recorrido —replicó ella—. Me he detenido para decirte que te daré el patio de Liangmo, porque lo trasladaré a él a los aposentos de La Vieja Señora a fin de que mis nietos puedan estar cerca de mí.

—Se lo diré a Rulan —respondió Tsemo.

A la señora Wu le pareció ver en el rostro de su hijo una leve sombra de frialdad al pronunciar aquel nombre y le habló sin circunloquios, como solía hacer siempre que veía dificultades.

—Me han dicho que Rulan llora de noche.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Tsemo lacónicamente.

—Los criados —contestó su madre—. Y avergüenza el ver las cosas de la familia en boca de los criados.

—Tienes razón, madre —dijo él—. Yo no debí casarme con esa mujer.

—¿Ha terminado ya entre vosotros el amor? —preguntó la señora Wu.

Pero a esto él no quiso decir ni no ni sí. Empezó a pasearse por el diminuto patio, dando diez pasos en una dirección y dieciséis en otra.

—No podemos decirnos una sola palabra sin que surja una riña —dijo finalmente.

—¿Cómo se explica que Rulan no tenga un hijo? —preguntó la señora Wu—. Las riñas siempre surgen entre los hombres y las mujeres cuando no hay un hijo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó él, y se encogió de hombros—. Rulan no concibe. Por cierto que no es culpa mía.

—No puede concebirse cuando se riñe —le dijo la señora Wu—. Los corazones irritados secan los jugos del cuerpo y envenenan la sangre. Entre el hombre y la mujer, el torrente de fuerzas de la vida no debe ser enturbiado.

La señora Wu miró a aquel gallardo hijo.

—Es siempre fácil que los hombres y mujeres riñan —prosiguió—. Su diferencia natural es tan grande, que a menos que se unan para crear la nueva generación, se apartan los unos de los otros como el agua del aceite. Una esposa sin hijo es un ser contra natura y se rebela contra el cielo y la tierra, y el hombre nada significa para ella. Debes tener paciencia con Rulan hasta que conciba. Cuando eso suceda, se convertirá en una mujer nueva.

—¿Nada soy yo para Rulan? —preguntó Tsemo con altanería.

—Te quiere demasiado y ése es el motivo de su odio —replicó la señora Wu—. Su amor no da fruto. Se burla de ella. No tiene defensa de ti, le falta refugio. No tiene dónde ocultarse de ti y ser ella misma.

La señora Wu advirtió que su hijo había quedado profundamente herido por sus palabras.

—Debes hacer un viaje a alguna parte —prosiguió—. Entonces, cuando vuelvas, serás amable, no altanero. No le recuerdes a Rulan que es mayor que tú ni que fue ella quien te buscó.

—¿Cómo sabes que fue ella quien me buscó? —preguntó Tsemo y se detuvo para mirar fijamente a su madre—. ¿Cómo lo sabes todo? —dijo, entre riente y lacónico.

—Tengo ojos para ver —respondió ella y apoyó el redondo mentón sobre la cabeza de dragón de su bastón—. Te teme y odia sus temores y te ama y teme su amor. Sí, vete y déjala conmigo. Entre los hombres y las mujeres hay un orden, y tú y Rulan habéis procedido apartándoos de ese orden. Mira a Meng... ¡Con Meng, todas las cosas marchan como lo quiere el cielo y ya ves qué armonía reina en su casa! Sus hijos nacen uno tras otro y Liangmo está satisfecho de ella. Ninguno de ellos ama demasiado al otro y juntos crean la nueva generación.

—Meng es anticuada —dijo con impaciencia Tsemo—. Y también un poco estúpida. Rulan no es estúpida.

—No es necesario que una mujer sea estúpida o no lo sea —replicó pacientemente la señora Wu—. Todas esas cosas están en proporción. Los hombres y las mujeres, en el matrimonio, deben guardar proporción, y por eso elegí a Meng para Liangmo. Él es más sabio que ella, pero ella es lo bastante sabia para comprender lo que dice él. En tu matrimonio, tú eres demasiado igual a Rulan y por eso surgen las riñas.

—Eres más sabia que mi padre —dijo Tsemo y la miró de un modo tan intenso y penetrante que la señora Wu se sintió turbada.

—¡Oh, he aprendido mi sabiduría! —dijo con presteza—. He sido lo bastante sabia para que nunca surgiera una desavenencia entre tu padre y yo. Por eso envié a sus patios a Ch'iuming, a fin de que él siguiera siendo feliz al envejecer.

—¿Y tú? —la sondeó cruelmente Tsemo.

—También yo sigo siendo feliz —dijo ella con serenidad.

Rulan salió de la casa, como si le fuera imposible seguir fingiendo que no oía todo lo que decían en el pequeño patio, junto a su ventana. La señora Wu sabía muy bien que la joven lo había oído todo, pero por cortesía mantuvo la ficción.

—Yo le estaba diciendo a Tsemo que si te agrada, hija mía, puedes trasladarte al patio de Liangmo, más grande, ya que yo traslado a Liangmo y su mujer al contiguo al mío, donde podré velar mejor por mis nietos.

—Gracias, madre —dijo Rulan.

Pero ni en su voz ni en su mirada leía gratitud alguna. Ostentaba negligentemente un feo vestido con cuadros grises y verdes alternados, y parecía mayor de lo que era.

«Apenas se vaya Tsemo —pensó la señora Wu— le enseñaré a arreglarse para mejorar su aspecto».

Seguía sentada y mirando pensativamente a su nuera, y Tsemo, al observar aquella mirada, encontró nuevos defectos en su mujer.

—Detesto ese vestido —dijo con vehemencia.

—Cómprame otro —dijo Rulan con tono insolente, echándose atrás la corta cabellera.

La señora Wu se levantó inmediatamente. No quería seguir allí y ver reñir a

ambos, por temor a verse impelida a luchar por la paz entre ellos. Pero no pudo disimular por completo su disgusto.

—Tsemo se irá por algún tiempo —le dijo a Rulan—. Le he dado mi autorización. Vivid en paz durante los pocos días que faltan para su partida. Ocupaos en trasladar vuestras cosas mañana al nuevo patio.

—Si Tsemo se va, me iré yo —dijo Rulan.

Estaba muy enhiesta con su feo vestido, asidas las manos a las caderas. La señora Wu estaba igualmente enhiesta con las manos sobre su bastón.

—Tú no te vas —le dijo, recalcando bien las palabras—. Te quedas aquí conmigo. Tienes mucho que aprender, y yo te enseñaré.

Tampoco aquí la señora Wu esperó una respuesta de su nuera. Giró sobre sus talones y salió del patio, y no volvió los ojos una sola vez.

«¡Ah, las esposas de mis hijos! —pensó—. ¡Qué preocupaciones me causan! ¡Ojalá las hubiera traído chiquillas a mi casa hace mucho tiempo y las hubiera enseñado a ser las esposas de mis hijos, adaptándolas a nuestras necesidades! Traer extrañas a la casa para darnos nietos, es traer dificultades».

La señora Wu sintió que anhelaba el anochecer y la paz, cuando, con el hermano André por guía, podía dejar atrás su cuerpo e internarse, desnuda el alma, en el mundo.

* * *

En el patio de donde acababa de irse, Rulan miró a su joven marido con ojos dolidos y furiosos.

—Quieres marcharte y abandonarme —murmuró.

—Eso ha sido exclusivamente una idea de mi madre —dijo Tsemo, con negligencia.

Echó atrás la cabeza y se alisó la larga cabellera. Rulan vio sus descoloridas manos y sintió aquel impulso que la inducía a aborrecerse a sí misma.

—Me escaparé —dijo, con la misma voz sombría.

Tsemo se echó a reír.

—Conmigo no. Yo no me atrevería a volver a casa.

—¡Temes a tu madre! —exclamó Rulan.

—Así es —asintió él.

Aquel fácil asentimiento era la treta que usaba con ella. Repetidas veces había cedido en aquel punto y la había dejado sin armas.

—Preferiría no tener hijos a que ellos me temieran —declaró ella.

—Pues tú no tienes hijos —dijo él, con voz tranquila.

El corazón de Rulan se desgarró ante el viejo insulto. A pesar de todos sus esfuerzos, no lograba librarse de su influjo.

—Tsemo... ¿Me odias realmente? —murmuró.

Se acercó más a él al hablar y él la miró en los ojos.

—¿Por qué te empeñas en desgarrarme y herirme y no darme paz? —dijo el joven, entre dientes.

—¡Quieres paz de mí! —exclamó ella.

—Sí. Sólo paz. Simple paz.

—¡Paz para que puedas olvidarme! —dijo ella, apasionadamente.

—Sé que pretendes irritarme para eso —replicó él y rió con acritud—. Tratas de irritarme para que yo tenga que pensar en ti, por eso al menos.

Tsemo le había arrancado la verdad, la verdad que ella se había ocultado hasta a sí misma. Sí, cuando él había dejado de pensar en ella día y noche, cuando se había mostrado indiferente ante su vida conyugal, Rulan lo había irritado ex profeso para recobrarlo. Quería que él la hiciera sufrir... Era mejor el dolor que nada.

Vio que Tsemo apartaba la cabeza de ella y aquel espectáculo la aterró. «Debo salvarme de él —pensó—. Debo librarme del amor de alguna manera. Es demasiado penoso para mí».

Cosa extraña, en aquel momento, cuando ansiaba liberarse de él, pensó en la señora Wu. Ya que era un ser impulsivo, echó a correr, abandonándolo, a través de los patios, y sólo se detuvo cuando la encontró sentada en su biblioteca fumando su pequeña pipa.

—¡Madre! —exclamó—. ¡Déjeme en libertad también a mí!

La señora Wu oyó en aquel grito un eco de su propia alma, pero no reveló su consternación. Dejó la pipa sobre la mesa y contempló a su nuera.

—Cálmate —dijo—. Siéntate y apártate el cabello de los ojos. Mientras pienso en ese asunto, permíteme decirte que no debes volver a usar ese vestido. Necesitas colores alegres. Iluminarán tus tinieblas. Y bien... ¿Cómo puedo darte la libertad?

—Quiero irme de esta casa..., alejarme de Tsemo —dijo Rulan.

No se había sentado, obedeciendo a la invitación de la señora Wu, y permanecía de pie, sin haber oído lo que le dijera aquélla. Ambas se miraron.

—Ya te dije que Tsemo se irá —dijo la señora Wu—. Quedarás libre de él.

—Quiero librarme de él para siempre —exclamó Rulan—. No debí casarme. Odio mi amor por él. Soy la esclava de ese amor. Tsemo me tiene como me quiere él, no como quiero ser yo.

—¿Acaso Tsemo tiene la culpa? —preguntó la señora Wu.

—Déjeme marcharme —repitió Rulan.

Contra su voluntad, la señora Wu empezó a sentir simpatía nuevamente por aquella extraña y colérica muchacha.

—¿Adónde irás? —preguntó—. ¿Qué hay para una mujer fuera de la casa de su marido? Aunque yo te libertara de esta casa..., ¿podrías ser libre? Una mujer sin marido..., es despreciada por todos. Sólo obtiene la libertad mediante el hombre y el hijo.

Rulan la contempló con horror.

—Dígame cómo puedo libertarme —murmuró.

La señora Wu sintió creciente piedad por ella.

—Por desgracia, hija mía, no puedo decírtelo, porque no lo sé —contestó con dulzura.

—¿No ha amado jamás a nadie? —la acosó la muchacha.

La señora Wu bajó los ojos y no contestó. Comenzaba a parecerle que Tsemo había sido injusto en alguna forma con aquella muchacha. Pero... ¿cómo podía saber ella qué quería decir Rulan? Tsemo se había limitado a ser él mismo y... ¿qué podía hacer si ello no bastaba para la muchacha? La señora Wu comenzó a advertir que había tenido suerte al no amar demasiado al señor Wu. En cierto momento, siendo ella muy joven, había corrido cierto peligro de que eso sucediera. Pero su propia melindrosidad la había protegido. Rulan no era melindrosa.

—Si tuvieras un hijo —dijo la señora Wu, finalmente— podrías emanciparte de Tsemo. Al menos, divide tu amor. El hijo exige mucho y te ves obligada a concedérselo. O bien, si no tuvieras ese hijo, podrías emprender estudios o pintar o hacer algo así. Debes dividirte, hija mía. Has dejado que todas tus facultades fluyeran por ese río angosto y profundo. Ahora cava tus canales y arroyuelos y desahoga tu amor por aquí y por allá.

—Trabajos forzados —dijo Rulan con amargura.

—Si es necesario —replicó con dulzura la señora Wu—. Pero es tu único medio de obtener la paz. Seguramente morirás si no lo haces, porque él te odiará, te lo aseguro. Ahora está temblando al borde del odio. Por eso le he ordenado que se aleje de ti por algún tiempo.

Rulan humedeció sus descoloridos labios.

—¿Son como él todos los hombres? —murmuró.

—Los hombres se parecen el uno al otro como las mojarritas —dijo la señora Wu, con su bella y argentina voz—. Las mujeres sólo son libres cuando descubren esto.

—Entonces... ¿por qué yo sólo amo a Tsemo? —inquirió con malicia Rulan.

—Algún ardid del cuerpo de Tsemo —dijo la señora Wu, con la misma dulzura en la voz—. Su modo de mover las cejas, la hechura de su boca, el donaire de sus hombros, sus manos...

—¿Cómo lo sabe? —murmuró espantada Rulan.

La señora Wu se echó a reír.

—El cielo dispone cien trampas para perder a nuestro sexo —dijo.

No podía irritarse con aquella muchacha. ¿Qué era sino un pobre ser atrapado en una celada? Al ver cuán lastimero era el amor de Rulan por Tsemo, se lo perdonaba todo.

Extendió la delgada mano y separó las manos de Rulan y las acarició la una después de la otra.

—No más desdicha —dijo zalameramente—. No me gusta que haya desdichados bajo mi techo. Mira, me paso la vida tratando de hacer felices a todos. ¿Qué

necesitas, hija, para ser feliz aquí?

Rulan no pudo sino rendirse al hermoso y zalamero rostro, a la amable y melodiosa voz. Se dejó arrastrar hasta pararse como una niña junto a las rodillas de la señora Wu.

—Déjalo ir —le dijo ésta con su aire tranquilizador—. No llores cuando se vaya. Ayúdame a empaquetar sus cosas y despídele alegremente, aunque tu corazón solloce. Duerme bien de noche y no te desveles. Deja que sea él quien se desvele, hija mía, no tú.

—Pero... ¿y si yo me desvelo sin él? —preguntó ingenuamente Rulan.

La señora Wu rió, saboreando esta franqueza.

—Entonces levántate y vete a dar un paseo por el patio —dijo—. El aire de la noche es muy frío ahora y cuando tengas frío, tu lecho caliente te hará dormir, aunque te acuestes sola.

Ambas mujeres se miraron fijamente en los ojos. La señora Wu leyó en los de Rulan toda su joven alma apasionada, trémula de angustia, y todos los ríos de su piedad forzaron sus compuertas. Una lealtad más honda que la debida a la familia Wu surgió a la superficie y vertió sus aguas balsámicas sobre aquella alma, que era también una mujer.

—Serás libre cuando te recobres a ti misma —dijo la señora Wu—. Puedes ser tan libre entre estas cuatro paredes como en el mundo entero. ¿Y cómo podrías ser libre si, por lejos que llegues en tus vagabundeos, sigues llevando en ti misma el constante recuerdo de él? Busca tu sitio en el torrente de la vida. Déjalo fluir a través de ti, fresco y fuerte. No lo contengas con tus manos, no sea que rompa la compuerta y se te escape. Deja que Tsemo se vaya, y serás libre.

—No puedo vivir sin su amor —balbució Rulan.

—Entonces ahórcate esta misma noche —dijo tranquilamente la señora Wu—. Porque te aseguro que él no te amará a menos que le des primero la libertad. El amor sólo vive en libertad.

—Yo sería gustosamente una esclava si él me amase —repuso Rulan.

—Tú no eres la esclava —exclamó la señora Wu—. Te esfuerzas por ser el amo mediante tu amor. Tsemo lo adivina y no quiere que eso suceda. Necesita libertarse de ti porque lo aprisionas demasiado con tu amor. ¡Oh, mujer tonta...! ¿Cómo puedo hacerte comprender la manera de ser feliz?

Entonces Rulan cayó de rodillas ante ella.

—Comprendo —sollozó—. Sé qué quieres decir... y... ¡y tengo miedo de hacerlo!

Pero la señora Wu no quería dejarla llorar.

—Levántate..., levántate —dijo, y poniéndose de pie asió a Rulan y la incorporó—. Si sientes miedo —añadió severamente—, he terminado contigo. No vuelvas a mí. No tengo tiempo para ti. Sí, dejaré que te vayas de esta casa para siempre.

Al contemplar aquel ser esbelto, exquisito e indomable, Rulan sintió que su

impaciente y dolorido corazón se apaciguaba en su pecho. Aquella señora, serena y solitaria, parecía ser la única mujer feliz que ella conociera. Su propia madre había sido irritable y descontenta y sus hermanas pendencieras y revoltosas, como lo son todas las mujeres de Shanghai. Pero aquella señora Wu seguía siendo tranquila y profunda, como un lago formado por un río de la montaña.

—Te obedeceré, madre nuestra —dijo Rulan con humildad.

Cuando se hubo ido, la señora Wu pensó, con tranquilo asombro ante su propia actitud, que había dejado marchar de su casa a dos de sus hijos debido a sus jóvenes esposas, a ninguna de las cuales amaba ella, y que había tomado sobre sí aquella doble carga.

—¡Yo, que ansío obtener mi propia libertad! —exclamó.

Y estupefacta ante su contradicción, se entregó a las manos de Ying a fin de que la preparara para la cama.

* * *

—No puedo explicarme a mí misma —le dijo la señora Wu al hermano André al día siguiente.

Le había hablado ya de la partida de Tsemo.

—¿Es necesaria la explicación? —preguntó el hermano André, con una de sus sonrisas habituales.

La señora Wu había observado esta sonrisa con frecuencia. Nacía en la espesura de las cejas y la barba del sacerdote, como una luz que empieza a brillar en el bosque. La enorme cabeza de aquel hombre, toda su corpulencia y talla y vello, la habrían aterrorizado antaño. Ahora estaba acostumbrada a aquello.

—¿En qué está pensando? —le preguntó él, con tono extraño y casi tímido.

—A menudo, usted dice que todos estamos emparentados en este mundo —respondió ella—. Y, con todo..., ¿cómo podría usted explicar su propio aspecto?

—¿Qué ve de extraño en mí? —preguntó el hermano André, con la misma voz casi tímida.

—Es usted demasiado corpulento —dijo ella sosegadamente—. Y demasiado velludo.

—Usted no puede explicarse a sí misma... ¿Podría explicarme a mí? —repuso el hermano André.

Las luces del bosque, ahora, eran muy brillantes. La señora Wu vio centelleos de blancos dientes en las tinieblas de la barba del sacerdote y puntillos de risa en los oscuros ojos.

—He leído que los extranjeros son velludos porque están más cerca de los animales —observó ella.

—Quizá —dijo el hermano André, que abrió su boca y dejó escapar una carcajada, que más parecía un bramido.

En plena noche, cuando yacía solo sobre su jergón de bambú, le había agradecido a Dios el no haber conocido a la señora Wu cuando muchacha.

«Yo no habría respondido por mi alma, ¡oh Dios mío!», se había dicho con tono sombrío entre las tinieblas. Pero ahora era el dueño de su enorme cuerpo y ella sólo lo divertía.

—En ese caso —le dijo a la señora Wu—, ¿verdad que, después de haberme hecho, Dios mejoró el modelo primitivo al hacerla a usted?

Ahora también ella se echó a reír y el ronco bramido y la delicada y argentina risa se mezclaron. En el patio, una sierva lavaba la fina ropa interior de la señora Wu, mientras Ying estaba sentada a su lado para decirle qué debía hacer. Ying advirtió la mirada de asombro de la sierva.

—¡No frotes la seda con jabón, estúpida! —gritó Ying—. Y mira eso que haces.

Pero se preguntó también qué le habría dicho el moreno y alto sacerdote a la señora para hacerla reír de tan buena gana. No se ocultó a sí misma su asombro.

Porque era indudable que, a pesar de sus dificultades en la casa, la señora Wu estaba llegando a una secreta y exquisita madurez. Saludaba a cada día con fruición y júbilo. Sólo la impacientaban las tareas de la casa y, sin embargo, dominaba su impaciencia y ejecutaba cada tarea con autodisciplina. Pero Ying, que adivinaba hasta el más leve cambio en su alma, echaba de ver también que ya no le interesaba la casa.

Ying no se atrevía a pensar ni por un momento que aquel sacerdote pudiera tener relaciones irregulares con la señora Wu. La señora era harto recatada para eso. Además, estaba más serena que nunca, más musical, de mirada más diáfana, más sosegada..., y, con todo, más alegre. Ying la había observado muy detenidamente en un par de ocasiones cuando el hermano André no había podido ir y le había enviado misivas para decírselo y la señora Wu se había mostrado absolutamente indiferente. Parecía tan feliz a solas en su biblioteca como si su maestro estuviese allí. ¿Cómo podían explicarse esas cosas?

La sierva rió estúpidamente.

—La familia Wu también —murmuró—. ¿Has oído esto?

—¿Oído qué? —preguntó Ying con indignación—. No escucho los maullidos de los gatos.

—Seguramente sabrás que, mientras nuestra señora está sentada tomando lecciones con un sacerdote, nuestro señor va a las casas de flores...

—No es cierto —declaró Ying.

Estaba sentada sobre un bajo escabel de bambú y se inclinó y abofeteó a la sierva en la mejilla y su mano dejó una huella roja. Los ojos de la muchacha fulguraron. Entonces presentó la otra mejilla.

—Abofetéame de nuevo —dijo—. Porque es cierto que el señor va y con el viejo Kang. Van los dos. ¿Qué se podía esperar...?

Ahora Ying simuló no haber oído una sola palabra, pero lo cierto era que había oído murmurar aquello antes, aunque todos los criados temían tanto a Ying, que

hablaban susurrando cuando ella entraba en una habitación. «El viejo Kang —pensó ahora Ying— es el causante de esos males». Y pensó sombríamente en la naturaleza de todos los hombres y en que no estaba dispuesta a poner las manos en el fuego ni aun tratándose de su propio marido, el cocinero.

En el aposento largo y tranquilo, la señora Wu había olvidado su casa. Desde su sillón, contemplaba el moreno y áspero rostro del hermano André y éste, fascinado por su mirada, enseñó a aquella alma como nunca enseñara a otra. Era una alma tan diáfana, tan sabia, y, sin embargo, tan joven... La señora Wu había vivido en aquella casa y había aprendido tanto con su propio vivir, que estaba madura de conocimiento. Su alma era una copa de cristal, de hechura tan perfecta y que sólo esperaba que la llenaran.

¿Cómo podía no decirle todo lo que sabía? El hermano André vertía en aquel hermoso recipiente de cristal todo el saber que conservaba para su propia posesión, porque hasta entonces nadie se había interesado por compartirlo con él. Le contaba la historia del mundo, el progreso de los pueblos y su decadencia, el nacimiento de nuevas naciones. Le hablaba del descubrimiento de la electricidad y de la radio, le explicaba las ondas del éter que llevan las palabras del hombre y su música por el mundo entero.

—¿Tiene usted el instrumento necesario para atrapar esas palabras y su música? —preguntó la señora Wu.

—Sí —dijo él—. Yo mismo he hecho ese instrumento.

—¿Quiere traérmelo? —rogó ella con vehemencia.

Él vaciló.

—Por desgracia, está unido a las paredes por muchos cables —dijo—. ¿Podría usted... podría ir a mi pobre casa y verlo? —preguntó a su vez.

Ella meditó sobre esto. ¿Cómo podía ir a la casa de un extranjero, incluso acompañada? Súbitamente sintió temor.

—Quizá —dijo, y apartó los ojos.

—No se turbe —dijo él—. Nada hay en mí que pueda turbarla. El hombre que había en mí, ha muerto. Dios lo ha matado.

Dichas estas extrañas palabras, el hermano André se fue y ella se sintió consolada, como siempre que se marchaba él. El hermano André dejaba muchas cosas en su mente. Se quedó meditando, sonriendo a medias, fumando su pequeña pipa, dejando vagar su pensamiento por el mundo del cual él le hablaba.

«Me pregunto si iré algún día más allá de esta ciudad —se dijo—. Me pregunto si viajaré algún día en esos barcos y volaré sobre esas alas».

Por primera vez lamentaba la brevedad de la vida. A lo sumo, le quedaban cuarenta años. ¿Qué podía hacer en otros cuarenta años? Había vivido ya cuarenta y no se había movido de su puerta.

«¿Qué sé yo aún de mi propia ciudad? —pensó—. Y esto es nuestro propio país, enclavado en medio de estos mares y montañas».

Así fue como poseyó a la señora Wu el hechizo del mundo.

Día tras día, la señora Wu iba y venía en medio de su familia, sonriente y sin ver a nadie. Todos se reunían en las comidas y ella ocupaba su lugar habitual entre ellos y no veía a ninguno, aunque los miraba a todos.

A esto se refirió con rudeza Ying cierto día, mientras limpiaba las joyas de su señora. Estaban a mediados del invierno y la señora Wu había insertado varios lirios en un plato de guijarros que estaba sobre la mesa y el sol atravesó casualmente en aquel momento las celosías de las ventanas y se posó sobre los lirios y las joyas.

—¡Mira qué parecidas son las joyas y las flores..., las perlas, las esmeraldas, los topacios, y el amarillo y el blanco y el verde de estas flores! —exclamó la señora Wu.

Ying, que tenía un brazalete en las manos, alzó la vista.

—Señora, usted ve con mucha rapidez esas cosas y es extraño que no vea qué está pasando en su casa —dijo.

—¿Qué es lo que no veo? —preguntó la señora Wu, con tono algo culpable.

Pensaba en sus dos nueras.

—Nuestro señor —dijo Ying.

—¿Qué pasa con él? —preguntó rápidamente la señora Wu.

—Las casas de las flores... —dijo lacónicamente Ying.

—¡Él no es capaz de semejante cosa! —dijo la señora Wu.

—Lo hace —insistió Ying—, aunque eso no es muy grave, porque son muchos los hombres que lo hacen; pero... ¿y si trae a la casa algo que no debe estar en ella?

La señora Wu meditó profundamente un momento.

—Llama a nuestra segunda señora —dijo.

Ying se levantó con el aire de un portador de mensajes importantes y se fue, y la señora Wu recogió sus joyas y empezó a examinarlas. Cada pieza, salvo los brazaletes que le diera su madre al casarse, le hablaban del señor Wu. Los pendientes de jade se los había regalado él la mañana siguiente de su noche de bodas, para probarle cuánto le agradaba; los anillos de esmeraldas se los había traído de una joyería extranjera de Shanghai, y ella nunca había visto esmeraldas hasta entonces; el pájaro de diamantes lo había adquirido en otra oportunidad en Hong Kong, y ella no había visto aún diamantes; los rubíes procedían de una provincia lejana, y los adornos de jade para el cabello, del Yunnan. Algunas cositas la habían seducido al visitar los joyeros su casa por orden suya. Ella nunca se había comprado gran cosa para sí misma. Dos horquillas de filigrana de plata y pálido jade con forma de mariposas, le recordaban la noche en que las mujeres habían atrapado a las mariposas, clavándolas sobre la puerta. Se sentó, haciendo girar repetidas veces una horquilla en su mano. Era una filigrana de Cantón, muy fina y exquisitamente frágil. Las antenas del insecto eran hilos de plata del grosor de un cabello rematadas con cabezas de alfiler de jade y temblaban como si la mariposa estuviese viva.

En aquel momento entró Ch'iuming. El ser que llevaba en sus entrañas hacía pesado su andar y su semblante había cambiado. Sus ojos eran más grandes y su boca

más roja.

La señora Wu le tendió las horquillas en forma de mariposa.

—Te las regalo —dijo—. No las uso más.

Ch'iuming tendió la mano, tomó las horquillas y las examinó en silencio.

—Son demasiado finas para mí —dijo—. No sabría usarlas.

—Guárdalas, de todos modos —dijo la señora Wu amablemente.

Colocó las joyas en el estuche empujándolas con el índice. Sentía deseos de darle a Ch'iuming todo lo que le había regalado el señor Wu, pero comprendió que no debía hacerlo. Luego vio dos flores hechas de rubíes y perlas. Las joyas eran redondas y su pulimento no era muy acabado.

—También éstas —dijo—. Tómalas. Lucirán en tus orejas. Supongo que él te regala joyas.

—No —dijo Ch'iuming—. Pero no necesito joyas.

La señora Wu tomó su pequeña pipa y la cargó, y después de aspirar dos veces la dejó. Un suave montoncito de ceniza cayó sobre la mesa y Ch'iuming se inclinó hacia delante y lo barrió con una mano hacia la palma de la otra.

—Bueno —dijo la señora Wu—. ¿Va él a las casas de flores?

El rostro de Ch'iuming enrojeció.

—Eso he oído decir —declaró con sencillez—. Pero no me lo cuenta.

—¿No lo notas tú misma? —preguntó la señora Wu—. ¿Hasta dónde llega su sentimiento por ti?

Ch'iuming bajó los ojos.

—Es demasiado para mí, de todos modos —dijo—, porque yo no puedo amarlo.

Pronunció estas palabras con triste firmeza. La señora Wu las oyó y luego, con gran asombro, sintió profunda piedad del señor Wu.

—Entre nosotras —manifestó— te diré que lo hemos tratado mal, yo con mis años, tú con tu juventud. ¿Has intentado amarlo?

Ch'iuming alzó sus oscuros y honrados ojos.

—¡Oh, sí! —dijo, con sencillez—. ¿Acaso no era mi deber?

—Sí, por cierto —contestó la señora Wu.

—Ya lo sabía —dijo Ch'iuming, y añadió con la misma humilde tristeza—: Le obedezco en todo. Por lo menos hago eso.

—¿Sabe él que no lo amas? —preguntó luego la señora Wu.

—Sí, porque me lo preguntó y se lo dije —manifestó Ch'iuming.

—¡Ay de mí! ¡No debiste hacerlo! —exclamó la señora Wu—. ¿Qué pasaría si todas las mujeres les hablaran con tanta sinceridad a los hombres?

—Soy una estúpida —dijo Ch'iuming.

—De modo que él va a las casas de flores —pensó la señora Wu y suspiró profundamente—. Bueno, las dificultades entre el hombre y la mujer no tienen fin. ¿Cuándo debe nacer el niño?

—El mes próximo —dijo Ch'iuming.

—¿Estás contenta? —preguntó bruscamente la señora Wu.

Ch'iuming, siempre que guardaba silencio, adoptaba la misma actitud, las manos desmañadamente entrelazadas sobre el regazo, los ojos bajos, los hombros caídos. Cuando le hablaban, sus manos se ceñían más fuertemente y alzaba los párpados.

—Me dará en esta casa algo que será mío —dijo, y volvió a bajar los ojos.

La señora Wu pensó ya que no podría saber más por ella.

—Vete —dijo—. Hablaré con él y sabré cuáles son sus sentimientos.

Ch'iuming se levantó con su aire paciente y humilde, hizo una reverencia y salió. Al cabo de un instante, volvió y tendió la mano. Sobre su morena palma brillaban las joyas.

—Olvidaba darle las gracias por esto —dijo.

—No me las agradezcas —repuso la señora Wu—. Úsalas y será la mejor manera de agradecerme.

—Sí que le doy las gracias, hermana mayor —dijo Ch'iuming y volvió a marcharse.

Ese día la señora Wu le envió su excusa al hermano André y ya entrada la noche, antes de la cena, mandó a Ying para anunciarle al señor Wu su visita. El señor Wu recibió su mensaje y acudió él mismo inmediatamente.

—Permíteme que sea yo quien venga, madre de mis hijos —dijo cortésmente.

La sorprendió verlo tan delgado y menos rubicundo y volvió a culparse a sí misma. Se puso en pie y lo saludó y ambos se sentaron; y cuando más lo miraba, más preocupada se sentía la señora Wu. Su marido no tenía buen aspecto. Sus ojos, siempre tan alegres y animados, habían perdido su brillo y sus carnosos labios estaban descoloridos.

—Pareces enfermo —dijo—. ¿Lo estás?

—En absoluto —replicó él.

—Pero no tienes buen aspecto —insistió ella.

—Estoy bastante bien —dijo el señor Wu.

—¿Y la segunda señora? —inquirió su mujer.

El señor Wu pareció turbado.

—Te digo, madre de mis hijos, que eso es difícil para una muchacha. Debes comprender que no soy tan joven.

La señora Wu decidió asir el toro por las astas.

—Pero he oído decir que visitas las casas de flores... —dijo.

Él se encogió de hombros, al parecer sin pizca de vergüenza.

—Sí, a veces voy con el viejo Kang —admitió—. Como comprenderás, es más fácil comprar simplemente a las mujeres sin esperar amor de ellas. No hay fingimiento. Lo difícil es ese fingimiento. Yo nunca fingí contigo, Ailien. Te amaba tanto... En cuanto a esa segunda..., no puedo amarla ni dejar de amarla...

El señor Wu continuaba rascándose la cabeza y parecía aturdido.

—Es mejor, simplemente, ir a una casa de flores.

—Pero el mes próximo nacerá tu hijo —le recordó ella.

—Sí. —Volvió a rascarse la cabeza el señor Wu con aire perplejo—. Lo extraño es que no lo siento mío. Después de todo, tú y yo tenemos a los cuatro varones.

—Me parece, entonces, que esa Ch'iuming de nada sirve en la casa —dijo la señora Wu después de una pausa.

Él volvió a rascarse la cabeza.

—Quizá sea así —convino.

—Creo que no la has tratado bien —dijo ella severamente.

El señor Wu, con aire de quien se disculpa, replicó:

—He sido bueno con ella.

—No le has hecho regalos —dijo la señora Wu.

Su marido pareció sorprendido.

—Es cierto. He olvidado eso. La olvido continuamente.

La señora Wu se sentía impaciente.

—Dime..., ¿qué quieres de una mujer?

El señor Wu pareció algo turbado.

—¿Qué mujer? —preguntó.

—Cualquier mujer —dijo ella.

El señor Wu adivinó su impaciencia y como siempre se sentía ansioso por complacerla, puso a contribución su inteligencia.

—Te diré... —declaró, y, dándose cuenta de que había empezado mal, volvió a comenzar—. Lo que quiero de una mujer, no es tanto. Lo que quiero es... lo que quiero. Es decir..., quiero reír..., ya lo sabes. Me gusta oír algo interesante... Tú solías contarme muchas cosas interesantes. Y recordarás que yo solía reír de muchas cosas que me contabas. Bueno... Todo eso...

Y el señor Wu naufragó finalmente en esta vaguedad.

—Yo no puedo seguir divirtiéndote siempre —dijo ella con aspereza.

—No, desde luego que no —convino él de buena gana—. Por eso, ya lo ves, voy a las casas de flores.

—¿Qué sucede allí? —preguntó la señora Wu, y le sorprendió sentir curiosidad.

—Poca cosa —dijo él—. Por lo general, comemos y bebemos algo y jugamos al mahjong mientras las muchachas tocan laúdes o algo parecido.

—¿Las muchachas? —repitió la señora Wu—. ¿Cuántas hay?

—Cinco..., seis..., todas las que estén desocupadas —dijo él—. Kang y yo... Bueno, nosotros somos bondadosos y ellas, habitualmente...

Su voz volvió a esfumarse en otra vaguedad.

—¿Y luego? —inquirió ella.

El señor Wu prosiguió, con cierto esfuerzo.

—Bueno... Como comprenderás, la velada pasa pronto. Las muchachas saben muchos cuentos y tretas.

El señor Wu sonreía inconscientemente.

—¿Y te quedas toda la noche? —preguntó ella.

—No siempre —dijo él, con tono evasivo.

La señora Wu escudriñó el suave rostro de su marido. Vio en él arrugas que no le gustaron. La juventud, que había creído tan duradera, se estaba marchitando. Suspiró y sintió que crecía su impaciencia.

—¿Te gustaría traer a la casa una de esas muchachas? —preguntó bruscamente—. Yo no lo aprobaría, pero pregunto cuál sería tu deseo.

El señor Wu pareció sorprendido.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirió.

—En realidad, tú sólo vas allí a jugar —declaró ella.

—Quizás —asintió él.

—¡Qué niño eres!

—No soy tan inteligente como tú, Ailien —dijo él humildemente—. Nunca podría leer libros. Y ahora, no tengo otra cosa que hacer. Liangmo lo maneja todo. Hasta después de haberse ido Tsemo y Fengmo, él puede con todo. No me necesitan mucho, por cierto.

El señor Wu hizo una pausa y dijo, con una humildad que a ella le resultó insoportable, sin saber por qué:

—Si hay algo que deba hacer en tu opinión, lo haré. Quiero hacer todo lo que deba hacer.

La señora Wu nada tenía que decirle. Su marido había dicho la verdad; no lo necesitaban para nada. Ahí lo tenía ella, hermoso, benévolo, lleno de buena voluntad y pueril, y no se sentía con ánimos para reprocharle nada.

Al separarse, vio con tristeza que su marido estaba nuevamente alegre porque había hablado con ella. La señora Wu comprendió que, mientras viviera, nunca podría librarse de él. Mediante el cuerpo de su esposa, el señor Wu había penetrado en su alma. No bastaba con que ella nunca lo hubiese amado. El amor nada tiene que ver con la responsabilidad.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señora Wu, en una especie de extraño tormento—. ¿He de ser responsable de él eternamente?

Sintió que las alas de su alma, desplegadas y bien equilibradas, desfallecían y se abatían, devolviéndola a la tierra.

X

Pero el señor Wu, después de haber hablado con su mujer, fue en derechura a la casa de flores a la cual ella formulara reparos. Al principio, había seguido allí al señor Kang, un poco contra su voluntad y ciertamente contra su conciencia. Luego se había enfrentado con ambas, resultando victorioso. Su voluntad se había rendido totalmente, a tal punto que ahora esperaba con ansiedad sus inocentes visitas allí y su conciencia estaba reducida a la confusión y a un momentáneo silencio.

No comprendía a Ch'iuming. La joven no era tan sabia como la señora Wu, a quien él adoraba firmemente, como podría adorar un sacerdote a la Kwanyin a quien sirve a diario. Ch'iuming no era una diosa ni una mujer. Cuando él la trataba como a una mujer, el señor Wu adivinaba que la escandalizaba y entonces se sentía turbado y no podía seguir adelante. Las cosas habían llegado entre ellos a tal situación, que él no sabía cómo tratarla y, por lo tanto, la dejaba en paz.

La experiencia le había hecho adorar más que nunca a la señora Wu, que había podido ser, lo advertía ahora, alternativamente diosa y mujer, pero nunca ambas cosas a un tiempo. Pero como ella se negaba resueltamente a ser de nuevo mujer y debía seguir siendo siempre a todas luces una diosa, se había visto obligado a buscar una mujer en otra parte.

Y la había hallado en una muchacha regordeta y retozona de la Casa de las Peonías, en la calle del Laudista Ciego. La casa era vieja y parecía que fuera una casa de té, pero también era un garito y un burdel. Las muchachas eran siempre limpias, jóvenes y alegres. El señor Kang le aseguró que había sido cliente de la casa por espacio de años y que jamás había encontrado allí otra clase de muchachas. Además, en la casa regía la norma de no ser exigente. Si un hombre quería solamente mirar a una muchacha mientras comía y bebía, se le dejaba limitarse a hacerlo. Si sólo la quería como compañera para un invitado, también esto era posible. En realidad, para comprar más se requería un convenio previo, porque siempre estaba esperando una serie de clientes. Pero al señor Wu no le había costado mucho ascender en la lista de clientes, gracias a su posición de jefe de una gran familia.

Entró en el salón de alegres adornos con el aire de un habitual y fue acogido con saludos de todas partes. El dueño llamó a su ayudante con voz sonora.

—Dígale a Jazmín que ha venido el señor Wu.

El señor Wu siguió con gesto amable su camino hacia un aposento interior y se le sirvió inmediatamente el té, y a los pocos minutos vino, y después un caldo con unos buñuelos a modo de refrigerio. Empezó a comer y antes de que llegara a la mitad, Jazmín entró en la habitación.

Se había estado perfumando el largo cabello negro al ser llamada y ahora entró con dos rodetes sobre las orejas. Desde que le dieran el nombre de Jazmín, usaba el perfume de esa flor y lo aprovechaba al máximo, a tal punto que el perfume se identificaba con ella y llevaba habitualmente una o dos de esas flores en los rodetes.

Su rostro estaba tan empolvado que era de un blanco casi puro y sus labios eran rojos, y sus ojos redondos y muy oscuros. Era regordeta y sus labios sonreían siempre. Entró corriendo ágilmente, se encaramó sobre el brazo del sillón del señor Wu y frotó su perfumada mejilla contra la suya.

Él fingió no advertirlo y ella tuvo un berrinche.

—Tengo hambre —lloriqueó.

El señor Wu sumergió su cuchara de porcelana en la sopa de buñuelos y le dio de comer a Jazmín con aire grave y ella se inclinó hacia delante como una niña para recibir el alimento. Entre ambos, en silencio, terminaron con la comida y él apartó su sillón de la mesa y la joven se deslizó sobre su rodilla.

—¿Qué has estado haciendo hoy? —preguntó el señor Wu.

La joven miró sus uñas carmesíes.

—¡Oh...! Te he estado esperando. Eso es todo lo que hago.

—No puedo estar aquí constantemente —dijo el señor Wu—. Tengo negocios. Soy un hombre de negocios. Están los talleres y los mercados y las tierras... Debo inspeccionarlo todo. No pueden dar un paso sin mí.

—Trabajas demasiado —se quejó ella—. Me parece que tus hijos debieran ayudarte.

—¡Oh, mis hijos! —gruñó él—. Sólo piensan en ellos mismos y en sus familias. En realidad, dos de ellos se han ido y el mayor... Bueno, hace lo que puede, pero no se le puede confiar todo.

Al señor Wu le proporcionaba placer la presión del cuerpecito redondo contra su hombro. Le gusta el perfume a jazmín del cabello de la muchacha. Hasta su aliento estaba perfumado. Recordó la pregunta de la señora Wu. ¿Querría él llevar a su casa a Jazmín? Si el asunto quedaba confiado a su decisión, ciertamente que sería un placer, pero no podía decidirse a agregarle a la casa de sus antepasados una muchacha sacada de una casa de flores. La sombra de su padre se lo prohibía.

Como si adivinara sus pensamientos, Jazmín se acurrucó más aún contra él y le deslizó el brazo alrededor del cuello.

—Ojalá pudiera ir a vivir contigo —dijo—. Eso sería muy bueno. Yo no molestaría a ninguna de las grandes señoras. Me quedaría sola hasta que llegaras.

—No, no —dijo él precipitadamente—. No te quiero allí. Me gusta irme de la casa y visitarte aquí. Si fueras a la casa, te convertirías en una parte más de ella y yo no tendría adonde ir a divertirme. Un hombre debe ser él mismo en alguna parte.

Ella estaba completamente preparada para esto. Su vieja madre había pertenecido a una casa de flores en su juventud y le había enseñado a cuidar de ella misma.

—Si es posible, sé concubina —le había dicho la vieja Loto—. Y si no, consíguete una casa propia.

—¿No podrías comprarme una casita? —preguntó Jazmín—. Yo no dejaría entrar a otro hombre y te esperaría todo el día y toda la noche. Entonces, podrías ser tú mismo en alguna parte.

El señor Wu había previsto ya esa posibilidad. No le gustaba el aplomo con que se pronunciaba su nombre cuando iba a aquella casa de flores. Era, después de todo, el jefe de la casa de los Wu y el hombre de más alta posición de la nobleza de la ciudad.

Pero la señora Wu llevaba las cuentas de la familia y... ¿cómo podía pedirle una suma tan grande como lo era la necesaria para comprarle una casa a Jazmín?

—Te diré, florecita mía —repuso el señor Wu tiernamente—. La madre de mis hijos es una mujer maravillosa. Lleva las cuentas. ¿Qué le diría yo si quisiera comprarte una casa?

—¿No podrías vender parte de tus tierras sin decírselo? —preguntó Jazmín.

Sentóse y lo miró con aire suplicante. Tenía una vocecita infantil que llegaba directamente al corazón del señor Wu.

—Nunca la he engañado —dijo éste.

—¿Sabe de mi existencia?

—Aproximadamente —dijo el señor Wu.

—¿Qué significa aproximadamente? —preguntó ella.

—Significa en cierto modo.

—¿Cómo puede saberlo en cierto modo? —preguntó Jazmín—. O lo sabe, o no lo sabe.

—Digamos, entonces, que lo sabe —respondió el señor Wu—. Es siempre más seguro decir que ella sabe que lo contrario.

Jazmín hizo otra tentativa. Ocultó la cara contra el hombro del señor Wu.

—Temo que llevo en mí la felicidad —murmuró quedamente—. Por eso quiero la casa. No puedo tener un niño aquí.

El señor Wu se sintió alarmado. La levantó de su rodilla y la puso de pie y ella quedó inmóvil ante él, oculto el rostro por las manos.

—Vamos —dijo el señor Wu, severamente—. Hubo otros antes que yo.

Jazmín apartó las manos de su rostro. El polvo estaba intacto.

—Pero mi criada puede probarte que no hubo otro hombre desde que viniste y de esto ya van tres meses. Tú viniste antes de eso.

Jazmín se volvió y se limpió los ojos con los bordes de las mangas.

—No le des importancia —dijo, y su voz infantil era triste—. Es mi destino. Las muchachas como yo... a veces, eso sucede contra nuestra voluntad. Especialmente cuando amamos de veras a un hombre. Éste ha sido mi error.

Si ella hubiese insistido, si hubiese rogado, él se habría ido, quizá para no volver. Pero el corazón del señor Wu era tierno.

—Vamos —dijo—. Sea o no mía la culpa, ya sabes que hay maneras de purificarte. Toma una pequeña ayuda.

Metió la mano en su cartera, pero ella no quiso aceptar el dinero que él le tendía y apartó su mano con sus dos manecitas.

—No, por favor —dijo.

En aquel momento, los interrumpieron sonoros gritos que provenían del aposento que daba a la calle.

—¡Señor Wu, señor Wu! —llamaba el propietario.

La puerta se abrió con violencia y el señor Wu vio a su criado, Peng Er.

—¡Amo, amo! —gritó Peng Er—. Lo necesitan en casa. ¡La segunda señora se ha ahorcado del viejo granado!

—¡Madre mía! —murmuró el señor Wu.

Se levantó de un salto y salió dando grandes zancadas, dejando a Jazmín en el centro del salón, con el ceño fruncido de ira.

El alboroto de la casa del señor Wu desbordaba los muros del recinto y llegó a sus oídos en la calle. Habían llamado a los sacerdotes y éstos estaban golpeando sus gongs y clamando por el alma perdida de Ch'iuming. El señor Wu atravesó corriendo las abiertas verjas que nadie custodiaba y penetró precipitadamente en el Patio de las Peonías. Allí estaban los sacerdotes y toda la gente de la casa se había congregado para lamentarse y llorar y gritar el nombre de Ch'iuming. El señor Wu se abrió paso y la vio tendida entre ellos, sobre las losas del patio. La señora Wu estaba arrodillada a su lado y sostenía la cabeza de Ch'iuming sobre su brazo. Pero el pálido rostro de la muchacha pendía sobre el brazo de la señora Wu como si estuviese totalmente inerte.

—¿Está muerta? —gritó el señor Wu.

—No logramos hacerla volver en sí —contestó su esposa—. He mandado por el sacerdote extranjero. Si han venido todos estos sacerdotes... ¿por qué no ha de venir él también?

En aquel preciso momento, apareció el hermano André y la multitud se abrió a su paso como el mar bajo el impulso del viento. Los demás sacerdotes guardaron silencio celosos. En el centro de aquel silencio, el hermano André se hincó y metió una aguja en el brazo de Ch'iuming y la mantuvo allí.

—No le pregunto qué hace —le dijo la señora Wu—. Sé que, haga lo que haga, será algo sabio.

—Un estimulante —dijo el hermano André—. Pero quizá sea demasiado tarde...

Sacó la aguja con tanta rapidez, que nadie lo notó, salvo el señor y la señora Wu.

Pero no era demasiado tarde. Los labios de Ch'iuming temblaron. Mientras ellos observaban, los párpados de la muchacha se estremecieron. La señora Wu suspiró.

—¡Ah, vive! Entonces, la criatura está viva.

—Pero... ¿por qué se ahorcó? —exclamó el señor Wu con extrañeza.

—No se lo preguntemos hasta que ella pueda decírnoslo —replicó la señora Wu—. Pero anúnciales a los sacerdotes que su alma ha vuelto. Págales bien, padre de mis hijos. Hazles suponer que han obtenido éxito, para que se vayan y podamos tener paz.

El señor Wu le obedeció y llamó a los sacerdotes y los condujo al patio exterior. Las mujeres de la familia se quedaron, las primas de más edad para alabar a los sacerdotes, y Meng y Rulan y Linyi para contemplar silenciosamente el rostro de

Ch'iuming, a quien apenas si conocían a pesar de vivir allí, en su misma casa. La muchacha era de su generación y, sin embargo, estaba ligada a los mayores, y ellas no podían sentirse a sus anchas con ella y por eso la habían olvidado.

Pero, con aquel acto, Ch'iuming se había acercado a ellas. Era desdichada, no quería estar con los mayores. En los corazones de todas las muchachas nació un interés por Ch'iuming y este interés se mezcló con piedad en el corazón de Meng, con curiosidad en el de Linyi y con un sentimiento de rebelión en el de Rulan. Cada una de ellas determinó, a su modo, trabar amistad con Ch'iuming y averiguar por qué había hecho aquello.

Con todo, no había tiempo para aquellos sentimientos, porque apenas había vuelto en sí Ch'iuming, resultó evidente que su hijo nacería prematuramente. Hubo de ser llevada a su lecho y mandaron por la comadrona. Hechas ya estas cosas, el hermano André se disponía a irse cuando Ch'iuming habló.

—¿He visto al sacerdote extranjero? —murmuró.

—Se va a marchar —dijo la señora Wu.

Estaba de pie junto al lecho de la fecundidad, mientras las criadas preparaban a Ch'iuming para el alumbramiento.

—Dígale que venga... Por un momento, solamente —rogó Ch'iuming.

La señora Wu se sintió sorprendida. Ignoraba que Ch'iuming conociera a aquel forastero de elevada estatura. Pero como la muchacha estaba aún tan próxima a la muerte, no se atrevió a negárselo. Ella misma detuvo al hermano André cuando se disponía a marcharse.

—Pregunta por usted —dijo—. Entre un momento.

Volvió, pues, el hermano André e, inclinando la cabeza, franqueó el bajo dintel del cuarto donde yacía Ch'iuming en el enorme lecho. El señor Wu quedó rezagado. Súbitamente se había quedado rígido de turbación. ¡A qué situación había llevado su casa! Estaba seguro de que la tentativa de suicidio de Ch'iuming se debía a Jazmín. La muchacha había protestado silenciosamente con su vida. Al inclinarse el hermano André sobre el lecho de Ch'iuming habló, pero con voz tan débil que él no pudo oírla. Se inclinó más cerca y las palabras que oyó fueron éstas:

—Si nace una niña, se la daré a usted cuando me muera... No es más que una expósita.

—¿Cómo podría nacer una expósita en esta casa? —preguntó él, con dulzura.

—Yo no soy más que una expósita —dijo ella—. Y la niña será la hija de una expósita.

Después de estas palabras, Ch'iuming cerró los ojos y se entregó al dolor. El hermano André se alejó con aire grave y no le repitió a nadie las palabras de la muchacha. La voz de Ch'iuming era tan débil que nadie había oído sus palabras fuera de él.

Muy entrada la noche, Ch'iuming dio a luz una niña, un ser tan pequeño que la señora Wu lo envolvió en algodones y se la llevó al pecho para conservarla viva.

Luego se fue rápidamente a sus patios, dejando a Ch'iuming en manos de la comadrona y de Ying, y en su aposento puso a la niña sobre la cama y se tendió a su lado para darle calor. Una criada entró para preguntarle qué necesitaba.

—Calienta ladrillos y tráelos aquí —dijo la señora Wu—. Esta niña es un pimpollo que debe ser abierto cuidadosamente.

—¡Oh, señora! —dijo la criada—. ¿Por qué no la deja morir? Es una niña... ¿Y que podrá ser sino una mujer enfermiza que causará dificultades en la casa?

—Obedéceme —repuso la señora Wu.

La doméstica se alejó refunfuñando y la señora Wu miró a la criatura. Respiraba aún.

* * *

A los dos días, el hermano André le contó a la señora Wu la extraña petición de Ch'iuming. La niña no había muerto. No podía mamar por ser harto pequeña, pero había ingerido unas gotas de la leche materna que le vertieran en la boca con una cuchara. La leche de Ch'iuming había brotado, aunque estaba demasiado débil para hablar. Hasta cuando la señora Wu le dijo que su hijita estaba viva, la muchacha no contestó.

—Claro que la niña no es una expósita —le dijo con aire digno la señora Wu al hermano André—. Ha nacido en nuestra casa.

—Me imaginé que usted diría eso —respondió él—. Y tiene razón. Pero... ¿por qué dice esa joven madre que ella misma es una expósita?

—Lo era antes de venir aquí —contestó la señora Wu.

Vaciló, y luego, ante su propio asombro, advirtió que le estaba refiriendo al hermano André lo que no hubiera querido decirle nunca: cómo había traído a Ch'iuming a aquella casa.

El hermano André escuchaba, con los ojos bajos y las manazas unidas sobre las rodillas. La señora Wu, al ver aquellas manos, se había preguntado siempre por qué eran tan callosas. Ahora inquirió repentinamente:

—¿Por qué son tan callosas sus manos?

El hermano André estaba habituado a sus cambios de tono.

—Porque cultivo la tierra para alimentar a los niños —dijo.

No apartó las manos de la mirada de su interlocutora.

La señora Wu prosiguió su relato, con los ojos fijos en las manos del hermano André.

—Supongo que, siendo usted sacerdote, no puede comprender ni al hombre ni a la mujer —dijo, cuando hubo terminado.

—Por ser sacerdote puedo comprender tanto al hombre como a la mujer —dijo él.

—Entonces dígame que he obrado mal.

La señora Wu alzó los ojos de las manos del hermano André para mirar su rostro

y se preguntó por qué, entre todos los seres del mundo, había optado por revelarle todo su corazón a un forastero nacido allende el mar, aquel mar cuyas aguas y vientos ella jamás conociera.

Él le respondió:

—Usted no ha tenido en cuenta que el hombre no es todo carne y que hasta un hombre como su marido debe estar en comunión con Dios. Usted lo ha tratado con desdén.

—¿Yo? —exclamó ella—. Pero si sólo he pensado en su bienestar...

—Usted sólo ha pensado en llenar su estómago y en la suavidad de su lecho —dijo francamente el hermano André—. Y, lo que es peor aún, ha comprado una muchacha como se compra una libra de carne de cerdo. Pero una mujer, toda mujer, es algo más que esto, y usted, más que ninguna otra, debiera saberlo. Usted ha cometido un triple pecado.

—¿Un triple pecado? —repitió ella.

—Ha despreciado a su marido, ha desdeñado a una hermana y se ha considerado única y superior a todas las mujeres. Esos pecados han perturbado su casa. Sin que supiesen el porqué, ha cundido el desasosiego entre sus hijos y el infortunio entre sus esposas, y a pesar de sus planes, nadie es feliz. ¿Cuál ha sido su intención, señora?

Al verse frente a frente con los claros y serenos ojos del hermano André, la señora Wu se estremeció.

—Sólo quise ser libre —balbució—. Pensé que si cumplía con mi deber para con todos, podría ser libre.

—¿Qué entiende usted por libertad? —inquirió él.

—Muy poca cosa —dijo ella con humildad—. Simplemente, el ser dueña de mi persona y de mi tiempo.

—Usted pide mucho para sí misma —replicó él—. Lo pide todo.

Durante muchos años, la señora Wu no se había sentido tan al borde de las lágrimas. El hermano André había destruido el sereno núcleo de su ser, su sentido de lo justo; y tenía miedo. Si en aquella casa, ella, en quien todos confiaran durante tanto tiempo, se había equivocado antes y seguía equivocándose... ¿qué sería de todos los demás?

—¿Qué debo hacer? —preguntó con voz débil.

—Olvidar su propio yo —dijo él.

—Pero durante todos estos años he cumplido celosamente con mi deber... —insistió la señora Wu.

—Con la idea fija de su libertad —afirmó el hermano André.

Ella no podía negarlo. Inmóvil en su sillón, tenía las manos juntas sobre el raso gris perla de su vestido.

—Dígame qué debo hacer —manifestó finalmente.

—En vez de pensar en su libertad, piense en la manera de liberar a los demás —dijo él con dulzura.

La señora Wu alzó la cabeza.

—De sí misma —añadió él, con dulzura aún.

La señora Wu nunca había sido religiosa y ahora lo miró con cierta duda.

—¿Habla de su religión extranjera? Si es así, no puedo entenderlo.

—No hablo de una religión extranjera —dijo el sacerdote.

—¿Quiere que yo sea monja? —exclamó la señora Wu.

—No quiero que sea nada —repuso él tranquilamente.

El hermano André se irguió con toda su gran estatura, le sonrió a su interlocutora como de costumbre y se fue sin despedirse. Esto, que en otro hubiera parecido una grosería, le causó simplemente a la señora Wu la impresión de que no habría intervalo entre los momentos que acababan de pasar juntos y la oportunidad siguiente, cuando llegase.

Se quedó inmóvil durante largo tiempo. Sobre el piso gris de mosaicos, se reflejaba el dibujo de las ventanas con celosías que semejava un encaje de luces y sombras. Él aire estaba plácido y fresco, pero en la habitación no se sentía frío. Delante de la mesa, instalada en el centro del salón interior, se hallaba un gran brasero, y de los carbones, sofocados por las cenizas, brotaban luminosamente en el aire incoloros y trémulos rayos de color. Nada, pensó la señora Wu, era tan fácil como había supuesto ella. La libertad no consistía simplemente en ordenar las cosas de una manera determinada. Ella había visto pender la libertad de un árbol, como un durazno. Y después de nutrir el árbol, había descubierto que sus frutos eran verdes.

Suspiró y oyó el chillido de la hijita de Ch'iuming en el cuarto contiguo. Fue hacia la criatura y, tomándola en sus brazos, se la llevó a su habitación y se sentó junto al brasero. La recién nacida, bajo la influencia del calor o de los brazos que la sostenían, se mostró algo consolada y dejó de llorar y se quedó tendida, mirando el semblante de la señora Wu.

«No siento afecto por esta criatura —pensó la señora Wu—. Quizá nunca haya amado a niña alguna. Quizá lo malo haya sido eso: que nunca he podido amar a nadie».

Pero, en una actitud muy propia de ella, sostuvo cuidadosamente a la niña; y cuando entró Ying y la tomó de sus brazos, la señora Wu observó de nuevo su alimentación y hasta le agradó comprobar que la criatura comía de buena gana.

Al ver aquello, le dijo a Ying:

—Devuélveme a la niña y se la llevaré a su madre; esta nena vivirá y hará que su madre se aferre a la vida.

De modo que, algo después, llevó en sus brazos a la niña bajo el sol y atravesó sus patios y entró en el aposento donde Ch'iuming yacía en el lecho cuyos cortinajes adornaban aún los símbolos de la fecundidad. La muchacha tenía cerrados los ojos y los labios apretados. Estaba palidísima. Bajo el cobertor de seda, sus manos pendían abiertas y laxas. Aquellas manos habían cambiado en los últimos meses. Al llegar Ch'iuming eran toscas y curtidas por el trabajo, pero ahora se habían vuelto flacas.

—Aquí tienes a tu hija —dijo con dulzura la señora Wu—. Ha comido tan bien, que ya tiene fuerzas para recostarse sobre su brazo.

Como Ch'iuming no se movía, la señora Wu le alzó el brazo y puso a la niña dentro de su hueco y la cubrió con el cobertor. El brazo de Ch'iuming apretó más y abrió los ojos.

—Debe perdonarme que no le haya pagado mi deuda con un hijo —dijo humildemente.

—¿Acaso no sé que tanto los hijos como las hijas vienen del cielo? —repuso la señora Wu—. Además, en estos días, también las hijas son bien venidas.

Luego, recordó lo que le había dicho el hermano André y prosiguió rápidamente:

—No debes suponer que te liga a mí un deber. No hay tal cosa.

Ch'iuming pareció sorprendida al oír esto.

—Pero... ¿por qué estoy aquí, entonces? —preguntó.

La señora Wu se sentó al borde de la cama.

—Me han demostrado que te he hecho un gran mal, hermana mía. Es cierto que te he traído aquí como habría podido traer una libra de carne de cerdo. ¿Cómo pude atreverme a portarme así con un ser humano? Ahora comprendo que no he pensado en tu alma. ¿Qué puedo hacer para indemnizarte?

La señora Wu dijo esto con su bella voz de costumbre, sin levantar ni bajar el tono, y el semblante de Ch'iuming reveló temor.

—Pero... ¿adónde iré? —balbució.

La señora Wu vio que Ch'iuming no la comprendía y que a su entender le decían cortésmente, a la manera de los ricos y los grandes, que era inútil y no la querían allí.

—No quiero que vayas a ninguna parte —dijo la señora Wu—. Sólo digo que he sido injusta contigo. O digámoslo así... Si pudieras hacer las cosas a tu gusto, si no tuvieras que pensar en nadie..., ¿qué harías?

—¿Cómo podría yo pensar en nadie? —preguntó Ch'iuming, perpleja—. Está nuestro señor y está usted. Y además de las honorables personas de ustedes dos, está toda la familia.

—¿Por qué le pediste al sacerdote extranjero que se encargara de tu hija si morías? —preguntó de pronto la señora Wu.

—No quería causarles trastornos a ustedes con una niña —dijo Ch'iuming.

—¿Por qué pretendes morir antes del día que te fija el destino? —volvió a preguntar la señora Wu.

—Porque Ying me dijo que mis formas le permitían adivinar que yo alumbraría a una niña; de modo que pensé: «Ambas nos iremos juntas y no molestaremos a nadie».

—La muerte puede ser un trastorno lo mismo que la vida —dijo la señora Wu.

—La mía no, porque no tengo valor para nadie —replicó inocentemente Ch'iuming.

A esto, la señora Wu no le encontró respuesta. Se puso en pie, sintiéndose por el momento absolutamente impotente.

—¡Abandona esos pensamientos! —exclamó—. Si murieras, causaría grandes trastornos criar a esa niña y tú sabes que yo nunca he sido una de esas que creen justo dejar morir a una niña.

—Usted es buena —dijo Ch'iuming, y volvió a cerrar los ojos.

Las lágrimas brotaron bajo sus párpados. La señora Wu lo notó, pero también observó que el brazo de Ch'iuming apretaba a la niña con más fuerza, y esto le pareció de buen augurio, y se fue.

Al cruzar el patio, se encontró con el señor Wu, que venía de la calle. Se toparon cara a cara inesperadamente y ella adivinó inmediatamente que su marido había estado haciendo algo que ella no habría aprobado, porque el señor Wu se sonrojó y sobre su frente apareció un ligero sudor.

—¡Madre de mis hijos! —exclamó.

—Acabo de ver a la segunda señora —dijo la señora Wu, amablemente—. Debemos pensar en su situación. Intentó quitarse la vida porque temía que su vástago fuera una niña y que ambas significarían una carga para la casa.

—¡Qué tontería! —exclamó él—. ¡Como si nosotros fuésemos gente vulgar y le diésemos importancia a una boca más o menos!

—Volveré contigo —dijo la señora Wu—. Necesito tu sabiduría.

Volvieron juntos y entraron en el gran aposento cuadrado donde habían pasado tantas horas de su vida en común. En la alcoba contigua yacía Ch'iuming, con su niña sobre el brazo, pero no había peligro de que los oyera. Sobre ellos se elevaba el tejado con sus grandes espacios sostenidos por vigas, que ahogaban toda voz humana.

—Pues bien —dijo la señora Wu—. Ahora tenemos esta vida en nuestra casa. ¿Qué haremos de Ch'iuming y la vida que ha traído? Porque ya veo que la muchacha no te agrada. Pero el caso es que está aquí. Debo pedirte perdón.

El señor Wu parecía sentirse incómodo. Se había puesto un abrigo de pieles, excesivo para aquella mañana, y la tarde era más bien tibia que la mañana y el señor Wu se acaloraba fácilmente con cualquier trastorno, aun en invierno.

—Me avergüenza el que yo..., después de tu previsión... —balbució—. La verdad es que la muchacha es bastante buena. Pero ya sabes cómo son las cosas. La bondad es algo excelente en una mujer. Pero...

—He sido muy egoísta —dijo ella con sencillez.

Estaba sentada en su actitud habitual, con las manos juntas sobre su regazo. No le miraba. Contemplaba pensativamente las sombras del piso. Ahora las proyectaba el bambú de invierno que se erguía junto a la puerta iluminada por el sol y sus hojas parecían flechas bailando al viento. La señora Wu pensó en el hermano André y comprendió repentinamente lo que había querido decir.

Jamás podría ser libre a menos que se ofreciera ella misma de un modo total y sólo podría hacerlo encargándose de lo que más detestaba.

—Comprendo mi error —dijo, sin alzar los ojos—. Que sea como lo quieres. Alejaremos a Ch'iuming si así lo deseas. Y yo volveré. Tú y yo olvidaremos estos

últimos meses.

Esperaba el grito de enhorabuena de su marido, pero no llegó. Cuando el silencio se volvía ya penoso, alzó los ojos y vio que el rubicundo rostro de aquél chorreaba sudor. El señor Wu rió dolorosamente al ver que su mujer lo miraba y se desabotonó con vehemencia el cuello, sacó su pañuelo de seda y se secó el rostro.

—Si hubiera sabido... —dijo con voz entrecortada—. Si hubiera soñado...

Una glacial presión atenazó el corazón de la señora Wu. Su marido no la quería. Lo que había oído era cierto. Había encontrado otra en su lugar.

—Háblame de ella —dijo con dulzura.

A tropezones y balbuciendo, con gruñidos de turbada risa, el señor Wu le dijo que se estaba preguntando si debía instalar a Jazmín en una casa independiente. Jazmín era joven, era una criatura.

—No quiero aumentar tus preocupaciones bajo este techo —añadió.

La señora Wu abrió sus bellos y alargados ojos.

—¿Puede aumentar eso mis preocupaciones si eres feliz? —preguntó con la más argentina de sus voces—. Que venga y viva bajo nuestro techo. ¿Por qué habría de estar dividida tu casa?

El señor Wu se levantó y fue hacia ella y le tomó la mano. Ésta reposó sobre su regordeta palma, fresca y flácida.

—Eres una buena mujer —dijo solemnemente—. No todos los hombres pueden tener lo que quieren y vivir en paz al mismo tiempo bajo su propio techo.

La señora Wu sonrió y retiró su mano.

Pero mucho después de haberse separado de él, la asombraba aún lo frío del placer que había sentido. Para ella, una cosa era elegir una mujer que ocupara su lugar y otra bien distinta el que la eligiera él. Ella se había creído libre de su marido porque no lo amaba. Pero no estaba libre si, al comprender que el amor de éste había muerto, podía sentir aquel orgullo herido. El hermano André tenía razón. Ella pensaba siempre y solamente en su propio yo.

* * *

—¿Cómo podré librarme de mí misma? —le preguntó al hermano André.

—Piense solamente en los demás —respondió él.

—¿Significa eso que debo ceder siempre ante los demás? —inquirió la señora Wu.

—Si el no ceder implica que usted está pensando en sí misma, debe ceder —dijo él.

—El padre de mis hijos quiere traer otra mujer a la casa —dijo la señora Wu—. ¿Debo ceder en esto?

—Fue el pecado cometido por usted lo que trajo aquí a la primera mujer —dijo el hermano André.

La señora Wu se sintió irritada a su manera al oír esto. Una ráfaga de áspera ira brotó como un pequeño y súbito remolino de su corazón.

—Ahora como habla usted como sacerdote —dijo maliciosamente—, no puede comprender qué significa verse obligada a entregarle el cuerpo a un hombre año tras año, contra la propia voluntad.

La señora Wu sentía un extraño deseo de hacerle compartir su desdicha al hermano André y prosiguió, sin ahorrarle nada:

—Entregar nuestro delicado cuerpo a manos groseras, ver arder la concupiscencia y sentir que la propia carne es cada vez más fría..., sentir que el corazón se debilita y la mente se enferma y verse obligada con todo a hacerlo por la paz de la casa...

El rostro del hermano André seguía imperturbable.

—Hay muchos modos de ofrecerle el cuerpo en holocausto al alma —dijo.

La señora Wu suspiró.

—¿Debo permitir que venga esa segunda mujer?

—¿No es mejor tenerla bajo este techo con el consentimiento de usted que bajo otro techo sin su consentimiento? —repuso él.

—Nunca creí que un sacerdote extranjero me daría semejante consejo —dijo la señora Wu, con renovada malicia.

Abrió su libro y, bajo la dirección del hermano André, estudió la poesía de los Salmos hebreos. A medida que transcurría la hora de clase, su profunda emoción iba en aumento por lo que discernía en ellos. Allí el corazón humano clamaba por algo que pudiera adorar. ¿Y qué era la adoración sino la fe y la esperanza de que la vida y la muerte tuviesen un sentido porque eran creadas y planeadas por el cielo?

—¿Es nuestro cielo su Dios y su Dios nuestro cielo? —inquirió ella.

—Son una y la misma cosa —contestó él.

—Pero la hermanita Hsia me dijo que no lo son —replicó ella—. Nos dijo siempre que debíamos creer en el único Dios verdadero y no en nuestro cielo. Declaró que no eran lo mismo.

—En un templo existen siempre algunos tontos —dijo el sacerdote con dulzura—. Hay un solo Dios. Tiene muchos nombres.

—¿De modo que, en cualquier parte del mundo, allende todos los mares, los que creen en cualquier dios creen en el Único?

—Y, por lo tanto, son hermanos —dijo él asintiendo.

—¿Y si yo no creo ni en el uno ni en el otro? —preguntó ella, obstinadamente.

—Dios es paciente —dijo él—. Dios espera. ¿Acaso no está la eternidad?

La señora Wu sintió que una extraña y cálida corriente recorría al hermano André y la recorría. Pero aquella corriente no empezaba en él ni concluía en ella. Sólo parecían transmitirla, de uno a otro confín de la tierra.

—El cielo es paciente —repitió la señora Wu—. El cielo espera.

Después de estas palabras se separaron. El hermano André metió sus libros dentro de un ajado pañuelo negro y se los puso así bajo el brazo. Ella se quedó junto a la

puerta de la biblioteca, observándolo cuando cruzaba el patio. El corpachón del sacerdote estaba empezando a encorvarse, como si la canosa cabeza le pesara sobre los anchos hombros. O bien, se dijo ella, quizá se debiera a que el sacerdote caminaba cada vez más con los ojos fijos en el camino que tenía delante. El hermano André alzaba rara vez la cabeza para ver qué había al final del camino.

La señora Wu se volvió y entró nuevamente en su biblioteca, como acostumbraba cuando las lecciones habían terminado. Solía quedarse sentada durante no menos de una hora fijando en su mente las cosas que le había enseñado el hermano André, para releer lo que leyeran juntos, para mirar las fotografías que él había dejado, para cavilar sobre las palabras que había dicho.

Pero aquel día estaba sentada desde hacía una hora apenas, cuando oyó sonoros gritos en los patios exteriores y alzó la cabeza para escuchar. Sea como fuere, Ying le diría lo que pasaba. Apenas había tenido tiempo para pensarlo, vio a Ying que acudía corriendo a su patio. La doncella gemía y gritaba y se echaba el delantal sobre el rostro y lloraba.

La señora Wu se levantó inmediatamente y el libro cayó de sus manos. Había sucedido algo muy lamentable. Pensó en Liangmo, su hijo mayor. Pero aquella mañana Liangmo había salido de la casa como de costumbre. Pensó en el señor Wu. Entonces Ying apareció en el umbral. Apartó el delantal de su rostro y exclamó:

—¡Ay, señora! ¡El sacerdote extranjero!

—¿Qué le ha pasado? —preguntó con aspereza la señora Wu—. Se marchó de aquí hace unos instantes.

—¡Le han matado en la calle! —exclamó Ying—. ¡Le han destrozado el cráneo!

—¿Destrozado el cráneo? —repitió como un eco la voz de la señora Wu.

—Son esos jóvenes —sollozó Ying—. ¡La Banda Verde...! ¡Esos malvados! Estaban saqueando el comercio del prestamista y el sacerdote vio que éste gritaba y maldecía al cielo, y se detuvo para salvarlo, y los jóvenes salieron y lo golpearon en la cabeza también.

La señora Wu no había oído hablar gran cosa de la Banda Verde. Pero sabía que se trataba de unos jóvenes bribones que asolaban las carreteras del país y las calles de la ciudad. El administrador de sus tierras tenía siempre en sus cuentas esta partida: «Por tributo a la Banda Verde».

—¿Dónde está el hermano André? —exclamó la señora Wu.

—Lo han llevado a su casa y está en la cama, pero ha venido el conserje y dice que el hermano André pregunta por usted —explicó Ying.

—Debo ir —declaró la señora Wu—. Ayúdame a vestirme.

—Diré a los portadores del palanquín que se preparen —exclamó la criada.

—No, no hay tiempo —repuso la señora Wu—. Tomaré una litera en las puertas de la casa.

A los pocos minutos, toda la gente de la casa sabía que la señora Wu había ido por primera vez a una casa extraña, la del sacerdote extranjero. La señora Wu se sentó

muy tiesa en la litera y le dijo al portador desde allí:

—Te pagaré el doble si duplicas tu velocidad habitual.

—Págume el triple y triplicaré mi velocidad —gritó él, sin volverse.

A buena distancia, seguía Ying en una segunda litera, pero, por esta vez, la señora Wu no pensaba en los comentarios de la gente. Sólo sabía esto: que debía llegar de cualquier modo a la cabecera del hermano André, a tiempo para oírle hablar una vez más y recibir de él instrucciones para el resto de su vida.

De modo que franqueó la sencilla verja de madera sin pintar, engastada en medio de un muro de ladrillo, y, sin mirar nada, entró. Una vieja esperaba, llorando.

—¿Dónde está nuestro hermano mayor? —preguntó la señora Wu.

La vieja giró sobre sus talones y la condujo a una baja casa de ladrillo, y luego le hizo franquear una puerta abierta y un patio lleno de niñas agolpadas y sollozantes, hasta llegar a una habitación.

Allí, sobre un angosto lecho de bambú, yacía el hermano André. A su alrededor, se habían apiñado andrajosos hombres y mujeres de las calles. Todos le abrieron paso a la señora Wu para que pudiera llegar a la cabecera del hermano André, y como si éste hubiese adivinado su presencia, abrió los ojos. Su cabeza estaba toscamente vendada con una áspera toalla y la sangre se escurría desde debajo de su mejilla y empapaba su almohada.

Durante un momento interminable, el hermano André no pudo hablar. Se moría. La señora Wu pudo ver el vacío en el fondo de sus oscuros ojos y luego advirtió que su voluntad se concentraba allí en un fulgor. Sus labios, se entreabrieron y su pecho se elevó en un gran suspiro al mirarla fijamente:

—Alimente a mis ovejas —dijo el hermano André claramente.

Luego la señora Wu vio llegar a la muerte. La respiración cesó, los párpados temblaron, la voluntad se esfumó. El corpachón del hermano André se estremeció y el sacerdote dejó caer las manos, que quedaron colgando a los lados del lecho y golpearon el frío piso de ladrillo. La señora Wu se inclinó y alzó su mano derecha y un hombre harapiento se adelantó y tomó la izquierda, y ambos se quedaron inmóviles, sosteniendo aquellas manos. La señora Wu miró fijamente los ojos de aquel hombre. Era un cualquiera, un criado, un mendigo. La miró tímidamente y abandonó con dulzura la mano del hermano André sobre el callado pecho y ella dejó a su vez la derecha. Los niños acudieron corriendo al aposento y rodearon en enjambre el lecho que era ahora un féretro, llorando y clamando: «¡Padre, padre!». La señora Wu vio que todas las criaturas eran niñas, la mayor de las cuales apenas si contaba quince años; y las mayores llevaban en brazos a las pequeñas que aún no caminaban. Las niñas se inclinaron sobre el hermano André y lo tantearon con sus manecitas, le acariciaron la barba, le limpiaron la sangre del rostro con el borde de sus chaquetas y siguieron llorando.

—¿Quiénes sois? —preguntó la señora Wu, con voz extrañamente tranquila.

—Somos sus ovejas —gritaron ellas, en desordenado coro.

—Descarriadas —dijo el hombre harapiento—. Recogió a las pequeñas en las afueras de la ciudad, donde habían sido abandonadas. Las mayores son esclavas fugitivas. Recogía a todas.

La señora Wu sentía deseos de llorar sola y por ella misma, porque él había muerto. Pero las niñas se estaban abalanzando sobre él, envolviéndolo en sus brazos.

—¡Oh, está frío! —sollozó una muchachita.

Las lágrimas brillaban rodando por sus mejillas. Se llevó la mano a la mejilla húmeda.

—Su mano está helada...

La señora Wu estaba inmóvil, en medio de aquella extraña familia. Luego recordó que no sabía aún todo lo sucedido.

—¿Quién lo trajo a la cama? —preguntó, en voz baja.

El hombre harapiento se golpeó el pecho.

—Fui yo. Lo vi caer. Todos los que estaban en la calle se asustaron. Los Ladrones Verdes huyeron corriendo al verlo moribundo. El prestamista cerró las persianas y entró en su casa. Pero yo sólo soy un mendigo y... ¿qué podía temer? Este sacerdote extranjero me daba un poco de dinero, sobre todo en invierno. Y, a veces, me traía de noche a esta casa y yo dormía aquí hasta la mañana y también me daba de comer.

—¡Usted lo trajo aquí! —exclamó la señora Wu.

—Esos hermanos mendigos y yo —dijo el harapiento, y la señora Wu vio otra media docena de hombres andrajosos—. Es demasiado grande para que puedan llevarlo uno o dos hombres.

Ella contempló el apacible semblante del hermano André. Al ir, había confiado en obtener algunas palabras para ella. En cambio, él había dicho: «Alimente a mis ovejas». Allí estaban todas aquellas criaturas. Las miró y ellas la miraron a su vez. La observaron con el ágil instinto de los niños, transfiriendo su esperanza de la silenciosa figura del hermano André a la inmóvil pero silenciosa figura de la señora Wu.

—¿Qué haré con vosotras? —dijo ella con aire indeciso.

—¿Qué le dijo nuestro padre? —preguntó ansiosamente una niña delgada, con un pequeñuelo gordo y risueño en los brazos.

La señora Wu no pudo ocultar la verdad.

—Dijo que yo debía alimentarlos.

Las niñas se miraron. La que había hablado pasó el pequeñuelo al otro brazo.

—¿Tiene alimento suficiente para todas nosotras? —preguntó con aire grave.

—Sí —dijo la señora Wu.

Pero seguía inmóvil, contemplándolas.

—Somos veinte —dijo la niña delgada—. Yo tengo quince años... A los dieciséis él se preocupa de nuestro porvenir.

—¿Se preocupa del porvenir? —repitió la señora Wu.

Ahora acababa de entrar la vieja.

—A los dieciséis les encuentra hogares y buenos maridos —manifestó.

Hablaban como si la gran figura inmóvil del lecho estuviese viva aún.

La señora Wu miró al hermano André. Sus ojos estaban cerrados y sus manos juntas sobre el pecho.

—Salid de esta habitación —dijo bruscamente—. ¡Todos! Dejadlo en paz.

Todos salieron obedientemente, los mendigos y las niñas y la vieja y sólo ella se quedó. Ying permanecía obstinadamente en la puerta.

—Vete, Ying —dijo la señora Wu.

—Me quedaré fuera, junto a la puerta —repuso Ying.

La señora Wu cerró la puerta. Lo que estaba haciendo provocaría chismes. ¿Para qué quería quedarse a solas una dama con un sacerdote extranjero, aunque éste hubiese muerto? No le importaba. Para ella, ahora, aquel hombre no era extranjero ni sacerdote. De todos los seres que pasaran por su vida, era el único que había adorado. El Viejo Señor le había enseñado mucho. Pero El Viejo Señor sentía temor ante muchas cosas. El hermano André a nada temía. No temía ni a la vida ni a la muerte. La señora Wu nunca había pensado en él como hombre en vida, pero ahora que estaba muerto veía en él a un hombre en su muerte. Cuando joven, el hermano André debía de haber sido muy hermoso. Su corpachón, tendido ante ella, tenía las proporciones de la majestad. Su piel era pálida y en la muerte se iba tornando de una claridad translúcida.

Súbitamente, ella lo reconoció.

—¡Tú, a quien amo! —murmuró con gran asombro.

Tuvo la revelación y, apenas la aceptó, advirtió una transformación en todo su ser. Aunque no se movía, sintió un hormigueo en todo el cuerpo y el picor de la sangre en el corazón, y en su cerebro se hizo la claridad. Todo su cuerpo se volvió liviano y fuerte. Alzó la cabeza y miró el aposento. Estaban los cuatro muros, pero ella se sentía libre y entera. El cuerpo del hermano André seguía en la misma inmovilidad de la muerte, pero ahora, al mirarlo, ella comprendió que había evadido la muerte. El alma le inspiraba escepticismo a la señora Wu. Durante años no había entrado en un templo ni quemado incienso ante un dios. Su padre la había purificado de la superstición común de las mujeres, y El Viejo Señor había terminado la obra. Ella no creía en un dios invisible, pero sabía con certeza que aquel hombre continuaba existiendo.

—André. —Pronunció la señora Wu su nombre con claridad y en voz baja y ya nunca volvería a llamarlo hermano—. Tú vives en mí. Haré todo lo posible por conservarte la vida.

Apenas hubo dicho estas palabras, la paz inundó todo su ser. Era tan profunda, tan apaciguadora y plena de contento, que ella comprendió por primera vez en su vida que nunca había conocido aquella paz. Inmóvil en la desnuda habitación, frente a la envoltura terrena de André, se sintió feliz.

Y aquella felicidad no era un estado de éxtasis. Era una energía que comenzaba a

obrar en su mente y en su cuerpo. Comprendía perfectamente que no debía hacer ciertas cosas. El cadáver de André debía ser sepultado, sin sacerdotes ni plegarias. Debía darse destino a sus pocos bienes y ella misma se encargaría de esto. Luego, simplemente, seguiría haciendo todo lo que había hecho él.

La señora Wu salió tranquilamente del aposento y entró en la otra habitación, donde esperaban Ying y la vieja, los mendigos y las niñas. Se sentó en una de las sillas de madera.

—Ahora, en cuanto a sus funerales... —dijo—. ¿Dejó algunas instrucciones?

Los demás se miraron. Las niñas estaban impresionadas y no hablaron. La vieja sollozó y se limpió los ojos con el delantal.

—Él nunca pensaba en la muerte —exclamó—. Y a nosotros tampoco se nos ocurrió que pudiese morir.

—¿Tiene parientes en alguna parte? —preguntó la señora Wu—. En este caso, creo que debiéramos enviarles su cadáver.

Nadie sabía que el difunto tuviese parientes. El hermano André, simplemente, había llegado allí no se sabía cuántos años antes y no había vuelto a marcharse.

—¿Recibía cartas? —preguntó la señora Wu.

—Cuando las recibía, no las leía —dijo la vieja—. Las dejaba sin abrir y yo las tomaba al cabo de algún tiempo y las cosía en las suelas de los zapatos de las niñas.

—¿Y no escribía cartas? —prosiguió la señora Wu.

—Jamás —dijo la vieja.

—¿Y no hablaba con usted? —le dijo la señora Wu al mendigo.

—Jamás me habló de sus parientes —respondió éste—. Sólo nos referíamos a la gente de esta ciudad y del campo que vivía cerca y necesitaba ayuda.

La señora Wu meditó sobre esto. André le pertenecía íntegramente. No había otra mujer. Compraría un sencillo féretro negro. En cuanto a la tierra, lo sepultaría en sus propias posesiones. Tenía un sitio favorito sobre cierta ladera que circundaba los arrozales. Allí crecía un ginkgo muy viejo y ella descansaba siempre a la sombra de aquel árbol cuando salía a vigilar la siembra de primavera.

Se levantó.

—Iré esta tarde para cuidar de que caven la fosa —decidió.

Las niñas y la vieja miraron ansiosamente al ver que se ponía de pie y la señora Wu comprendió su ansiedad. Todas pensaban... ¿Qué sería de ellas?

—¿Esta casa le pertenecía? —dijo, mirando las desnudas habitaciones.

La vieja meneó la cabeza.

—Es una casa alquilada —dijo—. Y la conseguimos muy barata porque está embrujada. Nadie quiere vivir en ella porque la habitan comadreas, que llevan el espíritu de los malos. Pero los malos espíritus temían al hermano André y vivíamos aquí sin dificultad por muy poco dinero.

—¿Queda algo de su propiedad? —preguntó la señora Wu.

—Nada, salvo dos mudas de ropa. Usaba una de ellas y yo le lavaba la otra. Tenía

unos cuantos libros y su cruz. En cierta ocasión, tuvo una imagen muy hermosa clavada a una cruz de madera y la colgó en la pared de su cuarto sobre su cama. Pero la imagen se cayó una noche y se rompió, y el hermano André nunca consiguió otra. Tenía un rosario, pero una de las niñas jugó con él y el hilo se rompió, y el hermano André nunca volvió a reunir el rosario. Algunas de las cuentas rodaron por el suelo y se perdieron, y él dijo que ya no lo necesitaba.

La señora Wu paseaba la mirada alrededor mientras la vieja hablaba.

—¿Qué hay en esa caja negra? —preguntó, y señaló con el dedo medio.

La vieja miró.

—Es una caja con voz mágica —dijo—. El hermano André solía escuchar las voces de noche.

La señora Wu recordó que él le había hablado de aquello. Acercóse a la caja y apoyó el oído contra ella, pero nada oyó.

—No habla para otros —explicó la vieja.

—¡Ah...! Entonces, la enterraremos con él —dijo la señora Wu.

—Tiene otra cosa y es mágica también —añadió con indecisión la vieja—. Nos dijo que nunca la tocáramos.

—¿Dónde está? —preguntó la señora Wu.

La vieja se arrastró debajo del lecho y sacó una larga caja de madera. La abrió y vio allí un instrumento que parecía una pipa.

—Se la llevaba al ojo derecho cuando la noche era clara y miraba el cielo —dijo.

La señora Wu comprendió inmediatamente que aquél era el medio de que se valía él para contemplar las estrellas.

—Me llevaré eso —decidió—. Y ahora tráigame sus libros y que entierren con él su ropa y su cruz. En cuanto a esta casa, hay que devolvérsela a su dueño. Dígale que ahora está exorcizada y libre de mal. Puede volver a alquilarla a buen precio.

Todas las niñas se habían agolpado en torno de la vieja y escuchaban en expectante silencio y con temor. Su hogar había desaparecido. Nada les quedaba.

La señora Wu les sonrió. Comprendía sus pensamientos con una ternura totalmente nueva para ella.

—Todas, y también usted, vieja hermana, vendrán a vivir a mi casa.

Un gran suspiro exhalaban las muchachas. Estaban salvadas. Con la facilidad y la confianza de la niñez aceptaron su nueva seguridad y se sintieron inmediatamente excitadas.

—¿Cuándo... cuándo...? —empezaron a clamar.

—Creo que deben quedarse aquí con él hasta mañana —dijo la señora Wu—. Luego iremos juntas a su entierro. Pero ustedes no volverán aquí. Vendrán a mi casa conmigo.

—Buen corazón —sollozó la vieja—. ¡Tierno y buen corazón! Él lo sabe... ¡Esté segura de que lo sabe!

La señora Wu sonrió sin contestar.

—¿Tiene suficiente arroz para darles de comer? —preguntó—. Necesitan comer hoy y mañana por la mañana. Almorzarán en mi casa.

—El hermano André tenía siempre en la casa provisiones para un día —sollozó la vieja—. Siempre tenemos provisiones para un día.

—Entonces volveré mañana —dijo la señora Wu.

Dejó que las niñas se apiñaran contra ella, sabiendo que estaban habituadas a apretujarse contra él y a sentir su presencia corporal y que necesitaban obtener de ella la misma sensación de seguridad. Luego dijo con dulzura:

—Hasta mañana, pequeñas mías.

Y se fue de la casa donde yacía el cadáver de André, convertida en un ser distinto de la mujer que había entrado allí.

Volvió a su patio y quedóse sentada durante largo tiempo, con su yo cambiado. Aceptaba la muerte de André. Si él hubiese vivido allí, seguramente en determinado momento ella habría descubierto que lo amaba. Entonces sólo le habrían quedado dos caminos posibles: buscar pretextos para no volver a verlo, o entregarle su alma confesándole su amor. Esto, lo sabía, los hubiera separado.

Aquella noche permaneció despierta y sola por espacio de horas, negándose a permitir que entrara Ying a acostarla. No quería tenderse en un lecho. Quería estar sentada, viva, alerta, sola, escudriñando todo su nuevo conocimiento. Amaba a un hombre, a un extranjero, a un extraño, a un hombre que ni una sola vez había extendido la mano para tocarla, a un hombre cuyo contacto habría sido inconcebible. Al cabo de largo rato, la señora Wu sonrió en las tinieblas. Alrededor, la casa estaba oscura y silenciosa, pero a su lado ardía una vela y su corazón habló en voz alta.

—Si yo te hubiese tendido la mano —dijo—, ¿me habrías tenido miedo?

Pero sabía que André no temía a nadie. Temía a Dios. A la señora Wu se le ocurrió que los dioses de los hombres eran enemigos de las mujeres. Por primera vez en su vida sintió celos.

«No tenemos dioses propios», pensó.

Mas, para las mujeres, los dioses auténticos eran imposibles. Meditó sobre las mujeres que conocía y que adoraban a dioses. La hermanita Hsia hablaba continuamente de su dios. Pero la hermanita Hsia no tenía otro tema, ni marido ni hijos, ni amigos ni familia. En aquel vacío había salido en busca de algo, encontrando para sí a Dios. No; la única prueba verdadera de la mujer era rechazarlo todo, teniendo todo lo demás, como lo hacían los hombres, e ir en busca de un dios. De todas las mujeres a quienes mejor conocía y que conociera mejor en toda su vida, ni una sola había buscado realmente a Dios. Esto es, ninguna había hecho lo que André cuando joven: abandonar a la mujer amada y la riqueza posible y la fama de su erudición, y entregarle sencillamente la vida a Dios.

La señora Wu hizo una pausa en su meditación para pensar un instante en la mujer amada por André en su juventud y que el sacerdote había abandonado, prefiriendo la soledad. Sin duda, había sido joven y bella. Sintió renovados celos, no

porque André hubiese amado a aquella mujer, sino porque aquella mujer desconocida y olvidada desde hacía largo tiempo debía haber visto a André en su juventud, cuando no era aún sacerdote.

«Me habría gustado verlo cuando era un joven gigante», pensó la señora Wu.

Estaba sentada en una paz perfecta, en una quietud absoluta, juntas las manos, la una sobre la otra y los anillos brillándole tenuemente sobre los dedos. Sí, André cuando joven debía de haber sido un espectáculo grato para una mujer. Era hermoso aún en su madurez, pero en su juventud debía de haber sido un dios. Luego, a la señora Wu le apenó pensar en la mujer a quien André había rechazado. Sin duda, aquella mujer estaría casada y quizá tuviera muchos hijos, pues las mujeres no se mueren porque un hombre no las quiera, pero en algún rincón de su alma seguía pensando en André, con amor o con odio. Si era una mujer de poco corazón, debía odiarlo, y si poseía un gran corazón, no lo culpaba y, por lo tanto, seguía amándolo aún. O quizá no lo recordaba ya. Quizás estuviera simplemente cansada y más allá de todos los sentimientos, como suelen estarlo las mujeres cuando sus corazones y sus cuerpos se han gastado en exceso. La debilidad de una mujer consistía en que el corazón y el cuerpo estaban íntimamente entretejidos en una sola urdimbre y cuando el cuerpo se gastaba mucho, el corazón se agotaba también, a menos que contuviese amor, como el que sentía ella por André. La muerte la había liberado del cuerpo de André. De estar vivo él, ambos habrían perdido quizás sus almas en la celada de la carne. A la señora Wu le sorprendió sentir que la sangre afluía súbita y copiosamente a sus órganos vitales. «Soy una mujer, a pesar de todo», pensó, algo divertida. La sola idea del gran cuerpo de André podía causar aquel enriquecimiento de su ser. ¡Qué peligroso para su paz había sido él, cuando vivo! Sintió un impulso de gratitud hacia los ladrones de la Banda Verde, que habían eliminado aquel peligro. Luego, notando a través de la puerta cuán exquisitamente iluminaba las orquídeas la claridad lunar, bajo los bambúes, se sintió contrita. Era cruel alegrarse de que los ojos de André estuvieran cerrados.

—No es que me alegre de que hayas muerto —le explicó—. Lo que sucede, simplemente, es que tú y yo nos hemos ahorrado un gran dolor y por eso podemos conservar nuestra gran alegría. Sin duda, sabes que te amo.

Al murmurar esas palabras, tenía conciencia de que él la comprendía perfectamente. Sólo esto podía proporcionarle un sentimiento tan inmediato de perfecto consuelo y total animación. Sabía que, para André, la violación de sus votos sacerdotales habría significado tanto dolor como para ella la violación de sus deberes para con su familia. Se habrían predicado mutuamente la renunciación, pero a fin de poner en práctica esto hubiera sido necesario que no se encontraran jamás. Ahora no hacía falta renunciación alguna. Ella podía pensar en él todo lo que se le antojara y sin peligro.

«Pero yo, desde luego, he cambiado», pensó la señora Wu. Seguía sentada, físicamente inmóvil aún, pero preguntándose cómo había cambiado. No lo sabía.

Tendría que descubrirlo por su cuenta. Su corazón había cambiado. «Ahora soy una extraña para mí misma —pensó, con cierto asombro—. No sé cómo obraré ni cómo sentiré».

Después de este descubrimiento, permaneció sentada durante una hora, en la misma inmovilidad. «No sé cómo obraré —pensó—. Los resortes de mi ser son distintos. Ya no viviré sin deber, sino sin amor». Tal fue su descubrimiento de sí misma por intermedio del amor.

Volvió a sentir aquel extraño enriquecimiento que fluía por todo su ser, seguido de un sereno contento.

En aquel instante pensó en el instrumento para contemplar las estrellas. Había ordenado que lo llevaran allí con ella y ahora estaba en la biblioteca. Fue allí y lo sacó con dificultad de su caja, porque era pesado, y lo armó sobre un trípode plegadizo que encontró también en la caja. Luego franqueó el umbral y escudriñó con su ayuda el cielo.

Esperaba ver inmediatamente las formas de las estrellas y de la luna en la trayectoria del aparato. Con gran desilusión suya, aunque la noche era clara, nada vio. Probó de tal y cual manera, pero el cielo le estaba vedado y con un suspiro volvió a guardar el aparato. No poseía el conocimiento necesario para usarlo. «Sólo le pertenece a él —pensó—. Lo enterraré con él, junto con la caja de voces de la noche».

Después de haber decidido esto, se fue a la cama y se durmió.

* * *

Los funerales fueron algo nunca recordado en la ciudad. La señora Wu no pudo efectuarlos con la categoría de entierro de la familia. Pero le rindió honores adecuados a los funerales del preceptor de su hijo. Las niñas fueron vestidas con tela blanca, sin dobladillo, y los mendigos que habían trasladado a aquella casa al hermano André pidieron luto para ellos. La señora Wu no usó luto externo.

Después de pensarlo un poco, antes de los funerales, la señora Wu se había preguntado si no convenía informar de aquella muerte a los pocos extranjeros restantes de la ciudad. Quizá debiera enterarse la hermanita Hsia y ciertamente debía saberlo el médico extranjero.

La señora Wu nunca había visto a aquel médico extranjero y no deseaba verlo tampoco. Había oído decir que aquellos médicos andaban siempre con cuchillos en las manos, prontos a cortar a todas las personas enfermas. A veces, se mostraban hábiles al cortar tumores y excrescencias, pero a menudo mataban a la gente y no se podía obtener una reparación de un médico extranjero, como se obtenía de un médico chino que mataba en vez de curar. Por eso, eran muy pocos los habitantes de la ciudad que visitaban al médico y, por lo general, solamente lo hacían cuando estaban muy seguros ya de la muerte.

La señora Wu envió un mensaje con un criado a los pocos extranjeros de la ciudad y el sirviente volvió diciendo que el hermano André era un extraño para ellos, por no ser de su religión, y que no acudirían.

El final de todo esto fue que los funerales se desarrollaron tal como lo había planeado la señora Wu. No pudieron verificarse al día siguiente, como lo proyectara ella al principio, porque no había ataúdes suficientemente grandes para el hermano André y era necesario fabricar uno exprofeso. Trabajando día y noche, el fabricante de ataúdes lo terminó en dos noches y el día intermedio; y entonces, en las primeras horas de la mañana, antes de que la ciudad se pusiera en movimiento, la señora Wu, en su silla de manos, encabezó el acompañamiento, que la seguía a ella y al ataúd con el cuerpo del hermano André. La propia señora Wu había vigilado la colocación de aquel corpachón en el féretro.

Esperó a que los hombres izaran a André al ataúd y puso personalmente allí la caja de la voz y el aparato para contemplar las estrellas antes de que clavaran la tapa. Había vuelto a llevar el aparato a la casa de André para que pudieran enterrarlo con él. Y se detuvo mirando y no demoró con gesto ni palabra alguna el ajuste de la pesada tapa. Lo vio dormir y suspiró por él, y nada dijo; luego bajaron la tapa y no volvió a verlo.

Pero no lloró. ¿Por qué había de delatarse con el llanto? Oyó cómo hundían a martillazos los clavos en la madera y vio atar las cuerdas a grandes estacas. Doce hombres fueron alquilados para transportar el gran ataúd y lo llevaron por las calles y por las puertas de la ciudad a la colina occidental y ella encabezó el acompañamiento y los demás la siguieron, y bajo el gingko la colina estaba pronta a recibir a André.

Nadie habló mientras bajaban el féretro a la fosa que le habían preparado. Las niñas lloraban y la vieja gemía, pero la señora Wu permanecía inmóvil y silenciosa, y rellenaron de tierra la fosa y formaron el túmulo.

Por un momento, la señora Wu sintió un intenso dolor al pensar en que sólo volvería a verlo en la vida eterna del recuerdo.

Cuando todo hubo concluido, encabezó nuevamente la procesión de regreso y les hizo trasponer a las niñas su verja, y desde entonces no les faltó hogar.

XI

A la mañana siguiente, al pasear los ojos por el familiar aposento, la señora Wu comprendió que el mundo era exactamente igual al de todas las mañanas. Sin embargo, en vez de despertar con fatiga y anhelos de no empezar la jornada, sintió en sí una nueva energía. La energía fluía en ella de un manantial que jamás había tenido. Ciertamente, el sentimiento que le inspiraba su marido en su juventud había sido una suerte de amor. Hubiera sido imposible no amar al señor Wu cuando joven. Era demasiado gallardo, demasiado sano, demasiado jovial, para no ganarse el afecto provocado a medias de ella y el ansia de su sangre. Pero aquel amor nada tenía que ver con ella misma. Era tan instintivo como el reflejo de un músculo. En realidad, el corazón sólo era el músculo central del cuerpo.

Ella sabía esto. Antaño había visto a su viejo abuelo tomar entre sus manos el corazón, vivo aún, de un tigre muerto, en los tiempos en que comer un corazón de tigre bastaba para asimilar su fuerza. Recordaba la escena con tanta nitidez como si la estuviera viendo. Entonces era una niña de ocho años, quizá nueve. Los montañeses habían atrapado al tigre y lo habían traído gruñendo al patio, inmovilizado por redes de cuerda. Todos habían salido corriendo bajo la ventosa luz del sol para mirar la dorada fiera manchada y... al verlos, el tigre había abierto la ancha y roja boca y proferido un sonido silbante con irremediable hostilidad. Las mujeres habían chillado, pero ella se había quedado inmóvil, de pie, contemplando fijamente los salvajes ojos amarillos. Como si sintiera el poder que ejercía sobre ella, el tigre había cerrado sus garras, devolviéndole la mirada. Ella había dado un insensato paso hacia el animal, mientras su abuelo gritaba. Un montañés había saltado y sepultado su puñal en el corazón del tigre. Al desplomarse el felino, el montañés había sacado su corazón entero y latente aún, y se lo había mostrado a su abuelo.

Pero lo que sentía ahora por André la señora Wu nada tenía que ver con el corazón palpitante. Aquel amor, tranquilo y fuerte, era la luz del sol a mediodía. Se sentía caldeada y fortalecida por él y le daba más confianza en sí misma. Le bastaba con obrar según los dictados de aquel calor y aquella luz, y lo que hiciera estaría bien. El amor impregnaba su cerebro, así como su cuerpo. André no había muerto. Vivía y estaba con ella, porque ella lo amaba. La reserva del cuerpo había desaparecido. Era innecesaria. Ella, que durante toda su vida había sido escéptica hasta la médula, que había sonreído ante los sacerdotes y los templos, que había mirado los cielos sin ver dioses; ella, para quien los espíritus de la naturaleza no pasaban de ser visiones infantiles, estaba segura de que André vivía y se hallaba con ella.

«Lo amaba cuando vino a estos patios, pero no lo sabía —pensó—. Tuve que ver su cadáver para comprender que lo amaba».

Y entonces, como era mujer, se preguntó si él la había amado. Al formularse este interrogante de amor compartido, sintió su primera soledad.

«Como no puedo oír su voz, nunca lo sabré», pensó. Movi6 la cabeza hacia el

patio y echó de menos las pisadas de André sobre las losas. Luego, mientras escuchaba, sin oír más que el gorjeo de los pajarillos en los bambúes, vio aparecer suavemente el rostro de André en el oscuro telón de su memoria. Sus ojos la contemplaron cordialmente, sus labios sonreían y la sagacidad algo alegre que reflejaba por lo general su mirada se le presentaba de un modo tan vivido que le devolvió su sonrisa. No podía oír su voz, pero de pronto sintió la seguridad de que André la amaba. Detrás de las murallas de su sacerdocio, que los mantuviera separados en vida de André, él la había amado. Ahora ya no era un sacerdote y las murallas habían desaparecido. No había motivos para que ella no lo evocara en cualquier momento, no había motivo para que él no penetrara en su alma sin esperar el llamamiento. Su cuerpo estaba muerto y el de ella se había convertido en el medio con el cual ambos podían vivir juntos.

A la señora Wu se le ocurrió que podría poseer una nueva sabiduría que sola nunca había poseído.

«¡Qué estúpida he sido! —se dijo, contemplando los azules cortinajes de su lecho—. ¡Qué turbados se sienten los hombres y las mujeres en mi casa ante lo que he hecho!».

Con sumo egoísmo había tratado de liberarse de todos ellos retirándose. Había querido que fueran felices, cada cual a su manera, pero no había querido molestarse en hacerlos felices ni logrado decirles cómo se podía ser feliz. Les había proporcionado alimento y ropa, había mantenido la disciplina y el orden, y, sin embargo, toda la casa estaba alborotada y nadie era feliz. Se había irritado con ellos porque no eran felices. Esto lo comprendía ahora, era absolutamente estúpido.

En aquel momento, Ying entró en la habitación, con aire muy descontento.

—¿No piensa levantarse esta mañana, señora? —preguntó con voz quejumbrosa.

—El día es lluvioso —dijo la señora Wu, sonriendo.

—¿Cómo lo sabe, señora? —inquirió Ying con acritud—. Ni siquiera ha descorrido las cortinas.

—Lo sé por tu voz —respondió la señora Wu—. Y además, hay nubes en tu rostro.

—Nunca pensé que vería en nuestra casa a una muchacha de casa de flores —replicó Ying—. Ni a los hijos de la casa vagando por el mundo y a una concubina desechada y que de todos modos haya que alimentar.

—¿De modo que Jazmín ha venido? —dijo la señora Wu.

—Está esperando en el patio de los fondos —respondió la doncella, y empezó a preparar cosas sobre el tocador de su ama mientras seguía hablando—. Me preguntaron qué podía hacer con ella. No lo sé.

El labio inferior de Ying se proyectó hacia fuera.

—La muchacha dice que la esperan —añadió—. Le dije que yo no la esperaba.

La señora Wu se levantó de la cama y metió sus angostos pies en pantuflas bordadas con flores.

—¿Ha venido sola? —preguntó.

—Una vieja de dentadura saliente vino con ella y luego se fue de prisa. ¡Oh, está en nuestras manos! —dijo Ying con mucha acritud.

La señora Wu no respondió. Fue al baño y luego se puso el vestido de raso bordado gris plata sobre la suave ropa interior de seda. Ying la peinó cuidadosamente, caído el labio inferior, hosco aún.

—Tráeme el desayuno —ordenó la señora Wu.

Se sentó a los pocos instantes y se desayunó con apetito. Sentía nueva hambre hasta tratándose de comida, y eso la divirtió. ¿No decían que el amor destruía el apetito? Luego recordó que esto solamente lo conseguía el amor no correspondido.

«André me ama», pensó triunfalmente.

Al cabo de menos de una hora, se levantó para ir al patio de los fondos a ver a Jazmín.

—¿No quiere que la traiga aquí, señora? —preguntó Ying—. Se creará demasiado importante si usted va a verla.

—No —dijo tranquilamente la señora Wü—. Iré a verla.

Deseaba que en su patio entrara el menor número de personas posible. «Que el espíritu de André more aquí sin ser molestado», se decía. Luego, en el umbral de la verja de la luna, sintió que sus pies se adherían al suelo, como si unas manos los retuvieran contra el mármol. Se le ocurría una nueva idea.

«Pero André nunca rehuía a nadie —pensó—. Habría recibido sin reservas a esta muchacha para ver qué podía hacer por ella. Su espíritu está aquí y me ayudará».

Se volvió hacia Ying.

—Después de todo creo que puedes traerla aquí —dijo.

De modo que, mientras Ying se alejaba, se sentó. Cualquiera que atisbara por la verja habría visto sentada su esbelta figura argétea, de cabeza inclinada, con una sonrisa en su rostro, con palidez de almendra. Pero nadie pasó y a los pocos instantes volvió Ying, precediendo a una muchacha baja, regordeta y de cutis sonrosado.

La señora Wu alzó los ojos y vio a Jazmín. Inmediatamente sintió que aquél era el tipo de mujer que le inspiraba una aversión natural, un ser robusto y terreno, vulgar y apasionado. Apartó los ojos y sintió que su alma oscilaba entre el ayer y el hoy. Su delicada carne se estremeció.

Le pareció que su protesta era cercenada, acallada por André. El rostro de André reaparecía, con oscuros perfiles, en el telón de su recuerdo. Mientras contemplaba aquel rostro, la señora Wu comenzó a formularle preguntas a la muchacha con voz suave y dulce. Ying retrocedió unos pasos y se quedó allí, escuchando y mirando fijamente. Aquella voz distaba de ser la voz clara y argentina habitual en la señora Wu. No contenía dureza. Pero tampoco era la voz con que ella les hablaba habitualmente a los niños. Era algo nuevo.

—Dime por qué quieres venir a vivir aquí —preguntó la señora Wu.

Jazmín miró las losas del patio que estaban bajo sus pies. Pensó que había hecho

mal en no ponerse su chaqueta azul y sus pantalones de algodón en vez de vestirse de satén.

—Quiero instalarme antes que nazca el niño —dijo.

—¿Habrán un niño? —preguntó la señora Wu.

Jazmín irguió la cabeza y la miró rápidamente.

—¡Sí! —dijo con energía.

—No hay tal niño —replicó la señora Wu.

Jazmín volvió a levantar la cabeza, abrió los labios para protestar y miró fijamente los ojos de la señora Wu. Éstos se habían posado sobre ella con penetrante luz y la muchacha estalló en sollozos.

—De modo que no hay tal niño —repitió la señora Wu.

—¡Señora, no tenemos que mantenerla! —exclamó Ying.

La señora Wu alzó su larga y fina mano.

—Eso lo decidiré yo —dijo—. Haz el favor de retirarte, Ying.

—¿Y de dejarla con este huevo podrido? —preguntó la doncella.

—Puedes quedarte fuera, junto a la verja de la luna —dijo la señora Wu.

Esperó a que Ying se marchase y luego le indicó a la muchacha que se sentara en un banco de porcelana del jardín. Jazmín se sentó, frotándose los ojos con los nudillos y conteniendo sus sollozos. La señora Wu empezó a hablar.

—Mira —le dijo a Jazmín—. Eso de entrar en la casa de un hombre es muy serio, sobre todo cuando hay una familia numerosa y honorable como la nuestra. Al ingresar en ella puedes destruir toda su felicidad. O bien puedes agregarle felicidad con tu presencia. Todo depende de tu verdadera intención. Si vienes en busca de arroz y de techo, te ruego que me lo digas. Te los prometeré. Podrás tenerlos aquí gratuitamente, sin necesidad de comprarlos con tu cuerpo.

Jazmín miró taimadamente a la señora Wu.

—¿Quién le da a una mujer algo por nada? —preguntó.

La señora Wu se maravilló de sí misma. Si esto hubiese ocurrido un mes antes, habría despreciado a la muchacha por lo vulgar. Pero ahora la comprendía.

—Nunca has tenido alimento ni techo gratuitamente —murmuró—. Por eso te cuesta creerme.

—No creo a nadie —dijo Jazmín, y sacó del pecho un pañuelo de seda de varios colores.

Una de sus puntas estaba atada a un botón, pero la joven arrolló la otra en torno de sus dedos.

—De modo que vienes aquí en busca de techo... —dijo la señora Wu.

Jazmín meneó la cabeza.

—No he dicho tal cosa —declaró.

Sus gruesos párpados se levantaron y en sus redondos ojos negros apareció una mirada ladina.

—Otros hombres me han prometido techo —dijo.

—Pero has venido aquí para algo —insistió la señora Wu—. ¿Será porque te considerarías honrada perteneciendo a nuestra familia, aunque vivieras en nuestro propio patio de los fondos?

El rostro de Jazmín enrojeció vivamente de improviso bajo su polvo.

—Me gusta el viejo... —murmuró, en la jerga de la calle.

La señora Wu comprendió que se refería al señor Wu, pero no se lo reprochó. La verdad brotaba a regañadientes del corazón de la muchacha.

—Es mucho mayor que tú, niña —dijo la señora Wu.

—Me gustan los viejos —replicó la muchacha, trémula.

—¿Por qué tiembles? —preguntó la señora Wu—. No tienes por qué temblar ante mí.

—Nunca conocí un hombre noble —dijo Jazmín, asustada—. Él es muy noble.

—¿Qué quieres decir con eso de noble? —preguntó la señora Wu.

Nunca había usado la palabra noble tratándose del señor Wu. Impetuoso, impaciente, caprichoso, estúpido, jovial a ratos, egoísta siempre: todo esto eran adjetivos adecuados para él pero no el de noble.

—Quiero decir... noble —declaró Jazmín y alzó el brazo—. Este brazalete es de oro macizo. Un joven me habría dado uno de latón dorado, jurándome que era auténtico. La joya me habría durado hasta que me abandonara. Pero el viejo me dio oro macizo.

La muchacha mordió la joya y le mostró a la señora Wu las marcas de los dientes.

—¿Ve?

—Sí, es oro —asintió la señora Wu.

—Es tan paciente... —prosiguió con vehemencia la muchacha—. Cuando no me siento bien, lo advierte... no me apremia. A los jóvenes, eso no les importa. Toman lo que quieren. Pero ese viejo me pregunta siempre cómo me siento.

—¿De veras? —dijo la señora Wu.

Aquél no era el señor Wu que conocía.

La muchacha volvió a sentarse y se ajustó el brazalete alrededor del brazo.

—Si no tengo un hijo... —empezó.

—El hijo no tiene importancia —dijo la señora Wu.

Jazmín la miró de soslayo, mientras la señora Wu proseguía:

—Lo importante es... ¿Le agregarás felicidad a esta casa, o se la arrebatarás?

Jazmín alzó la cabeza con vehemencia.

—Traeré felicidad, señora, se lo prometo...

—Mañana decidiré esto —dijo la señora Wu.

Se levantó y Ying entró apresuradamente en el patio y condujo a la muchacha a la verja de la calle.

Cuando Jazmín se hubo marchado, la señora Wu echó a andar por un sendero de flamante luz de sol que se posaba sobre el vano de la puerta, a través de las losas del patio. Aquella luz la deslumbraba, pero le calentaba los pies. «Hice bien —pensó,

algo asombrada de sí misma—. ¿Cómo pude hacerlo tan bien?».

Y luego se comprendió a sí misma. Si Jazmín amaba realmente al señor Wu, también su amor debía ser admitido. ¿Amaba por su parte el señor Wu a Jazmín? En ese caso, se agregaría a la casa auténtica felicidad. Toda la desdicha de los hogares provenía de la falta de amor.

—Cuando haya descansado —le dijo a Ying, que entró sacudiéndose el polvo de las manos— iré a los patios del padre de mis hijos.

—Hágalo, señora —dijo Ying, que parecía más animada—. Quizá pueda inducirlo a la sabiduría. Demasiadas mujeres tenemos ya en esta casa.

—¿Vas a quedarte? —le había preguntado Ying a Jazmín al conducirla fuera del recinto.

—No lo sé —había balbucido Jazmín—. Ella dijo que me contestaría mañana.

—Nuestra señora se decide siempre rápidamente —dijo Ying.

No terminó de revelar su pensamiento. Pensaba que si su ama no había dicho «sí» ahora, «no» habría mañana. Y Ying había llevado a la muchacha al lado externo de la verja y corrido el pasador de hierro.

—Iré a comunicárselo al señor —dijo la doncella.

El fulgor había reaparecido en sus descarados ojos. La señora Wu lo vio, comprendió y sonrió.

* * *

La señora Wu recobró su plena conciencia habitual y su corazón sereno. Durante toda su vida había luchado por conseguir calma y serenidad. Se había aprisionado a sí misma dentro de los límites de su voluntad, impuesta a su cuerpo. Por eso, su voluntad le había ordenado a su cuerpo que se comportara determinadamente en ciertas ocasiones, pasando por alto sus repugnancias y deseos. Ahora sentía que no necesitaba imponerse nada a sí misma.

«André —se dijo—. Es extraño que hayas muerto antes de conocerte yo..., ¿verdad?».

«No es extraño —le dio su mente la respuesta—. Mi gran cuerpo se interponía entre nosotros. Tenía que mirar un rostro y unas facciones con las cuales yo, en realidad, nada tenía que ver. Éstas me fueron dadas simplemente al azar por mis progenitores, que en realidad me eran extraños. Aunque yo deseaba considerarlos extraños y abandonarlos, me veía retenido en su carne. Ahora soy íntegramente yo mismo».

«André —le dijo la señora Wu en su alma—. ¿Debo seguir llamándote hermano, quizá?».

«Ya no es necesario limitar nuestras relaciones».

Así le contestó André, en el fondo de su corazón.

La señora Wu yacía estirada y exquisita, en su lecho. La asustaba aquel diálogo

que se estaba desarrollando exclusivamente en sus propios pensamientos. A pesar de su escepticismo, la habría hecho reír cualquier aparición sobrenatural, aun tratándose del hombre amado. Pero no se había presentado una aparición ni había oído sonido alguno. El austero aposento no había sufrido el menor cambio desde que ella cerrara los ojos para dormir. Lo que pasaba, simplemente, era que oía en su cerebro la voz de André respondiendo a sus preguntas. Quizá fuera solamente una obsesión causada por su muerte y por el descubrimiento de que ella lo amaba. El haber comprendido, en un puñado de segundos, que amaba a un hombre recién muerto, era algo suficiente para conmover cielo y tierra. Nada tenía de sorprendente aquel desdoblamiento de su cerebro, en su confusión. La señora Wu recordó que André le había explicado cómo se transmitía el pensamiento mediante las células que integran la materia cerebral. Su revelación de André, al desplomarse violentamente sobre aquellas células, había trastornado sin duda todas las ordenaciones mentales precedentes de su vida.

«No sé qué seré desde ahora», pensó la señora Wu.

Escuchó esperando la voz que debía contestarle. En vez de esto, recordó repentinamente el aspecto de André cuando sonreía. Vio la luz acumulándose a través de la intensa oscuridad de sus ojos y respondió a su sonrisa.

Ying entró en el aposento, con aire alarmado.

—El patio del frente está lleno de niñas mendigas —dijo malhumorada—. La mujerzuela está sentada de nuevo en el vestíbulo. Dice que usted ha mandado por ella.

La señora Wu se echó a reír.

—Esta mañana me siento capaz de comerme un pan de trigo —observó.

Ying la miró fijamente.

—Parece usted cambiada, señora. Su piel está rosada como la de un niño. ¿No tiene fiebre?

Se acercó al enorme lecho, asió la pequeña mano de la señora Wu y se la llevó a la mejilla.

—No tengo fiebre —dijo la señora Wu—. Sólo tengo salud.

Retiró con dulzura la mano y apartó el cobertor de seda. Luego, poniéndose de pie, dejó que Ying la lavara y vistiera. Pero rechazó el vestido gris de seda que la doncella le había preparado. En cambio, eligió uno viejo de color rosa, que había desechado la víspera de su cuadragésimo cumpleaños, suponiendo que nunca volvería a usar aquellos colores.

Le sentaba mejor que nunca. La última vez que lo había usado, le pareció que su palidez resultaba lívida. Pero vio que le daba color.

«Hice mal desechando este vestido —pensó, mirándose en el espejo, y su natural vanidad se excitó—. Lástima que él nunca me viera así».

Se sonrió a sí misma en el espejo. Miró rápidamente a Ying, para ver si había notado algo. Pero Ying estaba doblando el vestido gris, manga sobre manga.

La señora Wu entró en la biblioteca. Lógicamente, debía sentir trabada su vida

por problemas no resueltos. En el patio esperaban veinte niñas, en el vestíbulo estaba sentada la joven cortesana y el señor Wu constituía más responsabilidad que nunca. También estaban la recién nacida y su madre Ch'iuming, y sus hijos y esposas. Pero la señora Wu no sentía sus habituales impulsos de rehuir a los seres humanos. Comprendía por primera vez que nadie le desagradaba. Durante toda su vida había luchado con su aversión a los seres humanos. Ninguno le había gustado totalmente. Así había detestado a su madre a causa de su ignorancia y de sus supersticiones. Había querido a su padre —o así lo decía al menos— pero también él le había inspirado aversión, porque su corazón estaba lejano y ella nunca podía acercarse a él. Y, aunque el señor Wu había sido un gallardo joven cuando ella se casó con él, su persona tenía secretos que le desagradaban. Hasta al compartir su pasión había notado formas y olores y había sentido la violación de su tacto hasta cuando lo permitía. El Viejo Señor le había sido grato, pero ella estaba tan delicadamente hecha que no podía olvidar lo que le disgustaba cuando hallaba lo que le gustaba. El corazón del Viejo Señor era bueno y su inteligencia clara, pero tenía cariados los dientes y el aliento fétido.

«Si André hubiera estado vivo cuando descubrí que lo amaba, me pregunto si yo habría...».

Antes de haber podido formular su pensamiento, acudió otro en respuesta.

«¡Ya ves cuán sabia es la muerte! Elimina el cuerpo de un hombre y deja en libertad su espíritu».

«Pero si yo fuera más joven —le recordó ella—, ¿habría podido satisfacerme tan sólo tu espíritu?».

Contempló los lisos mosaicos grises del piso. ¿Habría podido amar a un extranjero cuando joven? Porque, desde luego, André era un extranjero, un hombre de otro país y de otra sangre. Trató de imaginárselo joven y ardiente, como lo es un hombre, y toda su sangre se sublevó en extraña ira.

«No hagas eso», brotó un grito en su alma.

«No, no lo haré», prometió.

Ying entró con su desayuno y lo puso sobre la mesa, en correcta fila de platos. La señora Wu tomó sus palillos.

—¿Les han dado de comer a las niñas del patio? —preguntó.

—No, señora —contestó severamente Ying—. No se han dado órdenes para tanta comida.

—Entonces las doy ahora —dijo con dulzura la señora Wu—. Que cocinen arroz inmediatamente y que compren pan y preparen té para su almuerzo.

—Es una suerte que no llueva —dijo Ying—. Nos veríamos en dificultades siuviéramos que dar albergue a tanta gente bajo nuestro techo.

—Aquí hay sitio para todos —repuso la señora Wu.

Le asombró ver que Ying empezaba a llorar y que, llevándose la chaqueta azul a los ojos, se precipitaba sollozando fuera del cuarto.

—Usted está cambiada..., está cambiada —exclamaba la doncella.

Pero, a mediodía, había hecho poner en el patio grandes cubos de arroz, y cuando la señora Wu fue allí, pudo ver a las niñas comiendo con aire feliz y dándoles de comer a las más pequeñas, metiéndoles el arroz en la boca abierta. La vieja, que había sido su guardiana, se puso de pie, llenos de arroz los carrillos, y les gritó a las niñas que debían saludar a la señora Wu llamándole madre.

—Ahora que ha desaparecido su padre, yo soy su madre —dijo sonriendo la señora Wu.

Las huérfanas la contemplaron con cariño, y repentinamente, por primera vez en su vida, la señora Wu sintió en su ser los verdaderos dolores del parto. Sintió que su ser se escindía y fundía con otra naturaleza, mucho más grande que la suya. Aquellas niñas eran hijas de André y suyas.

—Todas son mis hijas —dijo, y le sorprendió haber pronunciado estas palabras.

Al oír su voz, las niñas se precipitaron a abrazarla, a tocarla, a reclinarse contra ella. Las miró y vio sus pequeños lunares y defectos, así como su belleza. Pero esto no le inspiró aversión.

—Ese padre hizo todo lo posible por vosotras —dijo sonriendo—. Pero necesitan una madre también.

Tocó la cicatriz roja en la mejilla de una niña.

—¿Te duele aún? —preguntó.

—Un poco —contestó la niña.

—¿Y cómo te sucedió esto? —inquirió la señora Wu.

La niña inclinó la cabeza.

—Mi ama apoyó ahí el extremo de su cigarrillo.

—¡Oh! ¿Por qué? —exclamó la señora Wu.

—Yo era una esclava... y no podía moverme con bastante rapidez... —respondió la niña.

Puso su mano sobre la de su interlocutora.

—¿Quiere darme un nombre? —rogó—. Él iba a dármelo y murió demasiado pronto. Todas las demás tienen nombres.

—Que me digan sus nombres y entonces sabré cómo llamarte —contestó la señora Wu.

Una por una, todas dijeron sus nombres y cada nombre fue una palabra dicha por André.

Piedad, Fe, Humildad, Gracia, Verdad, Misericordia, Luz, Canto, Estrella, Rayo de Luna, Rayo de Sol, Alba, Claridad: tales eran los nombres que les había dado André a las mayores. Las más pequeñas habían recibido nombres retozones: Gatita, Pinzón, Pétalo de Rosa, Bellota y Plata y Oro.

—Porque él dijo que no había tenido oro y plata hasta que llegamos nosotras —proclamaron aquellos dos pequeños seres.

Todos rieron ante semejante desatino.

—Nos hacía reír todos los días —dijo Oro.

Era una niña rolliza y llevaba de la mano a Plata.

—¿Sois hermanas? —preguntó sonriendo la señora Wu.

—Todas somos hermanas —gritaron veinte voces.

—Naturalmente —asintió la señora Wu—. Soy una estúpida.

La niña de la cicatriz se apretujó contra ella.

—¿Y mi nombre? —preguntó.

La señora Wu contempló el tierno rostro. La niña era exquisita, un capullo lleno de futura belleza. El nombre surgió en el pensamiento de la señora Wu.

—Te llamaré Amor —dijo.

—Soy Amor —repitió la niña.

En aquel instante, el patio estaba orlado de silenciosos mirones. Los criados de la casa, con cualquier pretexto, se las habían compuesto para acudir allí y mirar absortos, pero los niños y parientes de menor cuantía no se habían molestado en buscar pretextos. Contemplaban, boquiabiertos, a aquella nueva señora Wu. Finalmente, Jazmín, que se había cansado de esperar en el vestíbulo, se levantó y fue también al patio y su criada la siguió. Jazmín se había preparado para mostrarse enérgica y exigir sus derechos, como quien lleva en sí la esperanza de un hijo para la casa.

Pero en vez de ver a la severa y orgullosa dama a quien esperaba, vio a una mujer amable y hermosa que reía en medio de un grupo de pequeñas mendigas. La señora Wu miró al oír ruido detrás de las columnas de la galería y los ojos de ambas se encontraron.

—Como puedes ver, tengo muchas hijas —dijo, sonriendo, la señora Wu—. Pero no te he olvidado. Cuando haya decidido dónde podrán dormir y jugar, entonces hablaré contigo.

Se volvió hacia los parientes. Entre ellos no estaban sus hijos ni las esposas de sus hijos. Sólo había viejos primos y sobrinos pobres que, no teniendo otro techo bajo el cual refugiarse, habían vuelto a la casa de sus antepasados en busca de un rincón y una cama.

—¿Dónde albergaremos a mis hijas? —preguntó alegremente.

—Hermana nuestra —respondió una vieja viuda—, si quieres hacer buenas obras, albérgalas en el templo de la familia.

Aquel problema no había preocupado aún a la señora Wu, pero ésta no tenía la menor idea sobre el sitio donde podría alojar a aquellas criaturas. Aceptó inmediatamente las palabras de la viuda.

—¡Qué sabia eres! —dijo con gratitud—. Ningún hogar podría ser mejor que nuestro templo. Hay patio donde jugar y el estanque y la fuente. Los dioses de la familia tendrán ahora algo que hacer.

Mientras hablaba, las guió, y las niñas la siguieron corriendo bajo el sol y la vieja las acompañó cojeando. En los fondos de los patios de la familia Wu existía un

templo espacioso y muy antiguo, construido doscientos años antes por una de las Wu que había querido hacerse monja al morir su marido, pero que se resistía a abandonar su hogar para vivir en un templo público. De modo que había construido allí, dentro del recinto de la casa, un hermoso templo, viviendo con los dioses hasta morir cerca de los cien años. Desde entonces, los Wu habían designado a un sacerdote para cuidar el templo, no permitiéndose hacerlo a hombres de menos de cincuenta años debido a las numerosas mujeres jóvenes de la casa.

La señora Wu, aunque escéptica, había permitido que el sacerdote viviera allí y había mantenido el templo pagando una vez cada diez años el dorado de los dioses y asignando una suma anual para el incienso. Los miembros de la familia que querían hacerlo podían dedicarse allí al culto y se consideraba beneficioso el que las mujeres no tuvieran que ir a otros templos a adorar y verse expuestas quizás a sacerdotes lúbricos.

Ahora la señora Wu condujo a las niñas a aquel templo. Hizo un alto en el ancho umbral de piedra. Dos dioses estaban suspendidos en la puerta sobre su cabeza, el uno negro, el otro blanco.

«Pero... ¿ofenderán a André los dioses? —se preguntó la señora Wu—. Su religión no tiene dioses como éstos».

Le pareció oír la estrepitosa risa de André, que despertaba ecos entre las pintadas vigas sobre las cabezas de los dioses.

Sonrió en respuesta y asiendo de la mano a la niña que llamara Amor, subió la alta escalinata de madera y entró en el templo. En el aire había fragancia de incienso y lirios. El incienso ardía ante los dioses y los lirios florecían en el patio. El viejo sacerdote, al oír pasos, acudió corriendo de la cocina. Había estado quemando hierbas para su almuerzo, y su semblante y sus manos estaban cubiertas de hollín.

Miró absorto a la multitud de niñas y a la señora Wu.

—Traigo regalos —dijo ella—. Decidle vuestros nombres, niñas.

Una por una, las niñas dijeron sus nombres, con sus suaves y alegres voces.

—Y ésta —terminó la señora Wu— se llama Amor. Todas ellas son regalos para el templo.

El viejo sacerdote había oído hablar de lo ocurrido. Suponía que la señora Wu quería hacer buenas obras ante el cielo y, por lo tanto, él no podía impedirselo, por difícil que ello resultara. Inclínose y juntó las fuliginosas manos y retrocedió al paso de la señora Wu, recostándose sucesivamente contra diversos dioses. La señora Wu entró con rapidez en el templo, asignando habitaciones que hasta entonces sólo habitaban los dioses, y contempló silenciosamente los patios de la familia Wu.

—Este cuarto es para las pequeñas, porque aquí está la diosa de la Piedad y ella velará por ellas durante la noche —dijo la señora Wu—. Ese otro es para las mayores, porque hay lugar para todas y deben ayudar a conservarlo muy limpio.

Entonces sintió que Amor se aferraba a ella.

—Déjeme ir con usted —le rogó la niña—. Le lavaré la ropa y le serviré la

comida. Sé hacer de todo.

Una llamarada de ternura brotó en el corazón de la señora Wu. Pero era justa. Sabía que André no le habría dispensado favor a ninguna con preferencia a otra. Meneó la cabeza.

—Debes quedarte y ayudar a las demás —dijo—. Eso es lo que habría querido tu padre.

Luego comprendió que no la movía tan sólo un sentimiento de justicia. No quería a nadie con ella, a nadie que compartiera su vida con él.

—¿Dónde dormiremos, madre nuestra? —preguntaron las niñas a la señora Wu.

—Para la noche, aquí habrá camas —dijo ella—. Pero jugad todo el día.

Y al verlas felices, las dejó con los dioses.

* * *

Jazmín frunció la roja boca y miró con impaciencia la punta de su pañuelo de seda floreado de vivos colores. Una de las puntas estaba sujeta en el botón de vidrio de su hombro izquierdo y colgaba de éste como un chal. Con el pañuelo, Jazmín se ocultaba el rostro o jugaba con él cuando quería no mirar a su interlocutor.

—Me cuesta hablar —le dijo a la señora Wu.

—Por cierto que no hay mucho que decir —replicó ésta.

—Hay muchísimo que decir —dijo Jazmín con descaro—. Si no tengo un niño ahora, lo tendré.

Y se puso las manos sobre el vientre.

La señora Wu la miró con interés.

—Creo que podrías tener un niño muy gordo y hermoso —dijo—. Pareces fuerte. Esto sorprendió a Jazmín.

—Pero... ¿cuál sería mi posición en la casa? —preguntó.

—¿Qué posición quieres? —preguntó la señora Wu con sencillez.

—Yo debería ser la tercera esposa —dijo con acritud Jazmín.

Era extraño que una mujer tan joven y bonita pudiera ser tan agria. Pero sus brillantes ojos, su naricita recta, sus rosadas mejillas y su boquita carnosa, se volvían a un tiempo agrios y alegres.

—¿Por qué no? —dijo amablemente la señora Wu.

—¿No le importaría? —preguntó Jazmín, en un susurro.

La acritud se esfumó de su rostro y las ásperas arrugas se suavizaron.

—¿Por qué habría de importarme? —preguntó con sencillez la señora Wu.

—¿Quiere decir que puedo vivir aquí... en esta gran casa... y ser llamada Tercera Señora... y cuando mi hijo...?

—Yo no permitiría que ningún hijo de nuestra casa fuese ilegítimo —dijo la señora Wu—. Esto sería indigno de nuestro nombre. Tú eres el recipiente que recibe la semilla. Te honrarán.

Jazmín la miró absorta, con sus dilatados ojos negros, y se echó a llorar, con ruidosos y roncós sollozos.

—Creí que usted me aborrecería —dijo con voz entrecortada—. Estaba preparada a afrontar su ira. Ahora no sé qué hacer.

—No necesitas hacer nada —dijo serenamente la señora Wu—. Encargaré a una criada que te conduzca a tus habitaciones. Son pequeñas, sólo dos, y están a la izquierda del patio de mi señor. Su segunda señora vive a la derecha. No tenéis por qué veros. Yo misma iré a decirle a mi señor que vivirás aquí.

La señora Wu vaciló y luego dijo con delicada franqueza:

—Verás que él es muy justo. Si deja su pipa de plata sobre tu mesa, es su mensaje. Si se va con la pipa en la mano, no te irrites. Eso, te lo pido a cambio del techo que te doy. No traigas ira a esta casa.

Miró a la impasible vieja, que había estado sentada junto a Jazmín durante toda esta conversación sin pronunciar una sola palabra.

—¿Y esa mujer? ¿Es tu madre?

La criada abrió la boca para hablar, pero Jazmín habló primero.

—Pertenece a la casa de donde vengo.

—Que vuelva a ella, entonces —dijo la señora Wu.

Metió la mano en el pecho, sacó unas monedas de plata y las puso sobre la mesa. El dinero brilló allí de tal modo que la vieja sólo atinó a levantarse y a hacer repetidas reverencias.

Pero esto fue interrumpido por Jazmín, que cayó de rodillas ante la señora Wu y golpeó el piso con la frente.

—¡Me habían dicho que usted era justa, pero ahora sé que es buena!

Las mejillas de la señora Wu enrojecieron hasta la misma nuca.

—Si hubieses venido otro día, quizá sólo hubiera estado irritada —dijo sinceramente—. Pero el día de hoy es distinto de todos los anteriores.

Se puso en pie, sin ayudar a incorporarse a la muchacha, y salió rápidamente de la habitación.

«Soy una mala mujer —se dijo—. No me importa el número de mujeres que vienen a estos patios. Mi corazón está desbordante».

Hizo una pausa, esperando alguna respuesta, pero no la hubo, a menos que fuese una respuesta la paz absoluta de su corazón.

«Si yo te hubiera descubierto cuando vivías —se dijo—, ¿habría habido silencio entre nosotros?».

Pero André tampoco respondió y ella sonrió ante su silencio. Hasta siendo mero espíritu, André le temía al amor. Los hábitos de su vida perduraban. El silencio se interrumpió poco después. Al entrar en el patio principal, vio a tres hombres parados. Eran de aspecto correcto, vestían bien y le volvieron la espalda cuando entró y simulaban no verla, como si fuese una muchacha. La galantería era agradable, pero ella la desechó.

—Soy la señora Wu —dijo—. ¿Desean ustedes algo?

Ellos se volvieron de perfil al oír estas palabras y el de más edad, con gran cortesía, contestó sin mirarla aún:

—Es a la señora Wu a quien buscamos —dijo—. Hemos venido a preguntar si no debiéramos vengar al muerto de alguna manera. Esa Banda Verde es un peligro para toda nuestra ciudad, pero hasta ahora nunca habían matado a un hombre. Es cierto que sólo era un extranjero y un sacerdote, pero si comienzan por matar a extranjeros y sacerdotes, podrán también matarnos mañana a nosotros. ¿No debiera la ciudad reclamar justicia en nombre del extranjero? En ese caso... ¿querría la señora Wu hacer la acusación?

En el alma de la señora Wu hubo un revuelo de protestas. Vio los ojos de André, que rechazaban con vehemencia la venganza, y habló al instante.

—Él no hubiera querido que lo vengaran —dijo—. Hablaba a menudo de perdonar a los que no saben lo que hacen. Pero... ¿quiénes son esos ladrones?

—Los jóvenes indignos de la ciudad, los aventureros, los que no quieren prosperar con el trabajo honrado, sino atemorizando a los demás —respondió su interlocutor, con aire indignado.

—¿Existen hombres semejantes? —preguntó la señora Wu con asombro.

El que había hablado rió, pero silenciosamente por respeto a ella.

—En estos días hay muchos —dijo:

—¿Y por qué ha de haberlos? —preguntó ella.

—Los tiempos son difíciles —terció, otro de los visitantes, un hombrecito consumido y de rostro arrugado, pero cuya cabellera se conservaba negra aún.

La señora Wu, bajo el intenso resplandor solar, lucía su vestido rosa, y en los ojos del que había hablado hubo un fulgor de admiración. Pero ella no lo observó. Estaba absolutamente a salvo de toda admiración masculina.

—¿Por qué son difíciles los tiempos? —volvió a preguntar la señora Wu.

Conocía bastante bien la condición de los tiempos, pero, con todo, hizo la pregunta.

—Señora, usted ha vivido detrás de estos altos muros —habló nuevamente el hombre de mayor edad—. No puede saber el tumulto que reina en el mundo. Ese tumulto comienza con la maldad de los países extranjeros, donde la guerra es una constante amenaza. Ninguno de nosotros puede escapar a ella. Ese tumulto desasosiega en todas partes a los jóvenes. Se preguntan por qué han de resignarse a las costumbres antiguas, que pronto tendrán que cambiar. No tienen costumbres nuevas que ofrecer y por eso, al rechazar lo viejo y retardar lo nuevo, viven sin ley.

La señora Wu miró a los visitantes. Por más dudas que pudiera inspirarle todo lo demás, estaba segura de la intención de André.

—Él no se vengaría —dijo.

Los visitantes saludaron y se fueron. Pero la señora Wu se sintió turbada cuando se marcharon. Fue en busca del señor Wu para averiguar su estado de ánimo, y

mientras caminaba vaciló sobre las palabras de los visitantes. ¿Habría hecho bien al dejar marcharse a sus hijos en aquellos tiempos tumultuosos?

«Si estuviera sola —pensó—, sentiría miedo».

Pero no estaba sola. Con este consuelo recordó que había prometido anunciarle la llegada de Jazmín al señor Wu y fue inmediatamente.

* * *

Franqueó la verja de la luna y vio al señor Wu, que hurgaba en la tierra de la terraza de las peonías, con el cabo de latón de su larga pipa de bambú. Vestía una bata rayada de satén azul oscuro y se había puesto los zapatos de terciopelo forrados de seda. Estaba más flaco. En su juventud había tenido un cuerpo carnoso y en su edad madura, virtualmente gordo. Ahora, sin ser esbelto, su crasitud interior estaba empezando a derretirse y su suave piel morena a relajarse.

—¿Estás bien, padre de mis hijos? —preguntó ella cortésmente.

—Muy bien, madre de mis hijos —replicó él, y siguió hurgando la tierra.

—Estropearás tu pipa —observó la señora Wu.

—Estoy tanteando las raíces de las peonías para comprobar si están sólidas —contestó su marido—. Ha llovido tanto, que siento temores de que se pudran.

—Estas terrazas tienen buen desagüe —dijo ella—. Como recordarás, hice colocar los mosaicos el año en que nació Tsemo. Aumentamos la altura de las paredes para que no pudiese ver las orquídeas desde mi cama.

—Lo recuerdas todo —dijo él—. ¿Nos sentamos fuera, o dentro? ¿No será mejor hacerlo dentro? Los vientos son solapados. Se arrastran por el suelo y le hielan a uno los pies.

A ella le asombró notar que seguía sintiéndose a sus anchas con el señor Wu. Ciertamente, no habría podido explicarle sus sentimientos con respecto a André. El señor Wu la habría juzgado mal. ¿Un extranjero? ¿Un sacerdote? ¿Un muerto?

Siguió al señor Wu al cuarto principal, donde los rayos del sol dibujaban un gran cuadrado sobre los mosaicos, junto a la puerta abierta. Sus sentimientos para con el señor Wu seguían inalterables. Al pensar esto, un impulso de piedad por su marido estremeció sus órganos vitales. Ella había privado a aquel hombre de la plenitud de la vida. Nada de lo que ella le había dado, ni su cuerpo ni sus hijos, podían compensarle suficientemente su corazón sin afecto. Su única excusa era que ella y el señor Wu habían sido entregados el uno al otro, sin que su voluntad interviniese para nada, y que ella había obrado lo mejor posible. Pero si lo hubiese elegido por su propia voluntad, no habría podido perdonárselo. Nada podía compensarle a un hombre la ausencia de amor en la mujer que era su esposa.

«Por eso, de algún modo, debo darle amor ahora», pensó la señora Wu.

—Acabo de hablar con Jazmín —dijo tranquilamente.

Se sentó a la izquierda de la mesa, contra la pared central del aposento y él ocupó

su sillón habitual a la derecha. Así acostumbraban a sentarse durante las veladas de su vida conyugal, mientras conversaban de los asuntos de la casa que estaban a cargo de ambos.

El señor Wu se afaná con su pipa. Ella advirtió, con su sagacidad característica, que su marido la temía. En otros tiempos, el saberlo la habría divertido. No le había disgustado el temor que les inspiraba a los demás, aceptándolo como la justa consecuencia de su superioridad. Pero ahora la entristeció el ver cómo el señor Wu rehuía su mirada furtivamente y el leve temblor de sus regordetas manos. Donde había miedo, no podía existir amor. André nunca la había temido, ni tampoco ella a él. Comprendió, con una extraña emoción sin dolor, que el señor Wu nunca la había amado realmente, asimismo, porque en caso contrario no hubiera podido temerla.

—Explícame tus sentimientos por esta muchacha —le dijo la señora Wu a su marido.

Al percibir la dulzura de su voz, él la miró desde el otro lado de la mesa y ella notó en sus ojos una especie de timidez nunca vista.

—Comprendo la impresión que debe de haberte causado esta muchacha —dijo el señor Wu—. Naturalmente, es una mujer inferior desde todo punto de vista. Pero me inspira mucha lástima. ¿Qué oportunidades ha tenido, después de todo? ¡La historia de la vida de esa pobrecita es muy triste!

—Cuéntame la historia de su vida —dijo con amabilidad la señora Wu.

En la gran casa reinaba tanta quietud como si sólo ellos estuviesen allí. Las paredes eran gruesas y un patio llevaba a otro patio. En aquel ancho aposento, las pesadas mesas y sillas seguían en el mismo sitio que ocuparan durante siglos y ellos sólo eran dos seres humanos más en la larga cadena de hombres y mujeres que habían vivido bajo las enormes vigas que sostenían el vasto tejado. Pero ahora había allí algo nuevo. El ordenamiento de la vida anterior estaba roto.

—Sí, esa muchacha nada tiene de particular —prosiguió con tono de excusa el señor Wu.

—Si ha obtenido tu amor, debe de tener algo de particular —objetó la señora Wu, con su extraña y nueva dulzura.

El señor Wu, aparentemente, se sintió sobresaltado.

—¿Te sientes bien, madre de mis hijos? —preguntó—. Tu voz parece más débil que de costumbre.

—Nunca me sentí más fuerte —respondió la señora Wu—. Dime algo más sobre esa muchacha a quien amas.

El señor Wu vaciló.

—No estoy seguro de amarla —dijo—. Mejor dicho, no siento por ella en modo alguno lo que he sentido siempre por ti. No la respeto como te he respetado a ti. No la admiro. No es instruida. Yo no le pediría consejo con ningún motivo.

El señor Wu se sintió más a sus anchas al notar el semblante de la señora Wu más cordial que de costumbre y sus ojos alentadores. Distaba de estar irritada.

—Tu sentido común es soberbio —dijo él—. ¿Prosigo?

—Prosigue, por favor, padre de mis hijos. Dime cómo influye sobre ti esa muchacha. Entonces, quizá yo pueda ayudarte a descubrir si la amas realmente o no.

—¿Por qué te interesa eso? —preguntó él.

—Digamos que me interesa porque te causé un daño al hacer venir aquí a Ch'iuming —repuso ella.

—Tu intención fue buena —dijo el señor Wu, cortésmente.

—Obré con egoísmo —añadió ella, más amable aún.

Era la primera vez que la señora Wu reconocía haberse equivocado, y el señor Wu se sintió muy conmovido.

—No quedan mujeres como tú —dijo, con algo de su antigua fogosidad—. Afirmo aún que, de no haber sido por tu cuadragésimo cumpleaños, yo no me hubiera enterado de que existía otra mujer en el mundo.

La señora Wu volvió a sonreír.

—Desgraciadamente, la mujer debe elegir entre ese cuadragésimo cumpleaños... o la muerte.

Si ella lo hubiese amado, hubiera optado por la muerte antes que aceptar a Jazmín en aquella casa.

—No menciones la muerte —dijo él cortésmente—. Me preguntas qué emociones despierta en mí esa muchacha. Te diré... Logra que me sienta fuerte. Sí, ése es el efecto que me causa.

—¿Fuerte? —repitió la señora Wu.

—Es tan pequeña, tan ignorante, tan débil... —dijo él y una vaga y suave sonrisa asomó a sus labios—. Nadie la ha cuidado jamás debidamente. En realidad, es una niña. No ha tenido techo donde cobijarse. Nadie la ha comprendido de veras. Parece sencilla y vulgar, pero su corazón tiene sus cualidades. No es un ser muy inteligente..., ¿comprendes? Pero tiene sentimientos intensos. Necesita un guía constante.

La señora Wu escuchaba todo esto con sorpresa. Jamás le había oído hablar al señor Wu de otra cosa que no fueran sus necesidades y sus deseos.

—¡Tú la amas realmente! —exclamó.

Había admiración en su voz y el señor Wu respondió por ella con orgullo y modestia:

—Si lo que te he dicho es amor, la amo.

Jamás habían estado tan próximos. Ella no le conocía aquel corazón. También él era un hombre nuevo. Esta percepción la dejó atónita. Nada tenía de asombroso el que un hombre como André suscitara amor en ella. Pero el hecho de que aquella Jazmín, aquella rosada y vulgar muchachita callejera, aquel ser lleno de ignorancia y de terrenal inocencia, hubiese despertado en el señor Wu un poco de la misma energía, era un milagro.

—¿No te importa? —dijo el señor Wu y su rostro vuelto hacia ella era tierno y

suplicante.

—Me alegra —respondió ella rápidamente.

Se levantaron en el mismo momento y se encontraron en el centro del dibujo trazado por el sol sobre el suelo. La cordialidad de ella se precipitaba impetuosamente hacia él y la de él respondía. El señor Wu asió las manos de su mujer y durante aquel fugaz instante fueron un solo ser y los ojos de él escudriñaron los de ella. La señora Wu ansiaba decirle por qué se alegraba y por qué ambos estaban tan próximos. Ansiaba comunicarle que ella comprendía aquel milagro operado en él, aquel milagro que era el amor, ya lo hubiese causado un gran hombre o una muchacha de lupanar. Sacerdote o cortesana, el milagro era el mismo. Había llegado hasta él en una casa de flores y los había transformado a entrambos. Pero ella sabía que jamás podría hacerle comprender el milagro. Sólo debía ayudar a completarlo.

—En el mundo entero, no existe otra mujer como tú —dijo él.

—Puede ser —asintió ella, y retiró delicadamente sus manos de las de su marido.

Fue entonces cuando apareció Ying. De acuerdo con su costumbre, había empezado a atisbar junto a la puerta lo que estaban haciendo. Se sintió sorprendida y encantada al ver que se habían cogido las manos. ¡Sin duda aquello significaba una reconciliación y la muchacha de la casa de flores sería alejada! Ying dio un paso atrás y tosió y luego reapareció, con su urgente mensaje.

—Señora, un hombre ha venido corriendo a la verja para decir que la señora Kang está sintiendo los dolores del parto y que el asunto marcha mal y que el señor Kang solicita que usted vaya inmediatamente como amiga íntima de la señora.

La señora Wu se levantó al instante de su silla, a la cual había vuelto al oír toser.

—¡Oh, cielos! —murmuró—. ¿Será posible? ¿Dijo ese hombre en qué consistía la dificultad?

—El niño no quiere nacer —dijo quejumbrosamente Ying—. No quiere salir del vientre materno.

—¡Debo ir inmediatamente! —exclamó la señora Wu. Se encaminó sin demora hacia la puerta y allí se detuvo un instante para decirle al señor Wu:

—Y tú, padre de mis hijos, calma tu corazón y deja a un lado las preocupaciones. La muchacha vendrá tranquilamente a tu patio. Yo misma haré callar las lenguas. Sólo pido una cosa: que se le permita marcharse a Ch'iuming.

—A decir verdad, yo preferiría que se quedara —dijo bondadosamente el señor Wu—. Es muy buena y... ¿adónde irá ahora si la echas?

—No la echaré —replicó la señora Wu—. Cuando vuelva, decidiré el futuro de Ch'iuming. Por ahora, que se traslade a mi patio.

Y se volvió hacia Ying.

—Ya me has oído, Ying. Hazlo así.

Ying estaba entonces recostada contra la pared, aferrándose a los ladrillos con los dedos crispados hasta clavarles las uñas.

—¿Se quedará la mujerzuela? —gimió.

—No es eso que dices —replicó severamente la señora Wu—. Es la elegida de mi señor.

Después de estas palabras, se alejó presurosamente y a los pocos minutos estaba en su silla de manos, que los portadores alzaron sobre los hombros y llevaron por las calles.

«Préstanos tu luz... préstanos tu luz...», canturrearon los portadores mientras avanzaban a grandes pasos y la multitud les abría camino ante el apremio de su grito.

XII

La casa de los Kang estaba alborotada. La señora Wu lo oyó y lo vio apenas dejaron la silla de manos en el patio exterior. Las jóvenes esclavas y siervas corrían por todas partes, gritando y haciéndose mutuos reproches y los criados estaban silenciosos y consternados. Cuando el mayordomo vio a la señora Wu, corrió hacia ella e inclinándose la invitó inmediatamente a entrar en el patio interior. Ella lo siguió y al verla, la confusión cesó. Todos los ojos se posaron en ella con renovada esperanza. Su sabiduría era hartamente conocida y se confiaba en su profundo afecto por la dueña de la casa.

—Lee muchos libros —le susurró una mujer a otra.

Los libros, se suponía, le dirían a la señora Wu qué se podía hacer.

El señor Kang estaba sentado, llorando, en el aposento principal del patio interior. La señora Wu lo había visto a menudo durante muchos años, pero nunca le había dicho una sola palabra ni oído que él le hablara. Se habían saludado de una habitación a otra, y en las bodas de Meng y de Linyi se habían hecho reverencias de las usuales entre los parientes políticos. Pero ella lo conocía solamente a través de su amiga, la señora Kang.

Sin embargo, esto significaba que lo conocía muy bien. Sabía qué le gustaba comer, que le agradaba el pato aderezado con vino y ajo, que no le gustaban los huevos en cáscara, que era capaz de comerse siete bollos con relleno de carne de cerdo en una misma comida, que se necesitaba mucho vino para emborracharlo y que cuando se emborrachaba sólo se dormía y nunca se mostraba violento. Sabía que al señor Kang le enorgullecía el número de sus hijos, pero que si alguno de ellos chillaba en presencia de él lo alejaba. Sabía que dejaba las pantuflas junto a la cama en que dormía su esposa y que cuando no lo hacía ello significaba que había ido a una casa de flores, y entonces su esposa lloraba la mitad de la noche y esto lo irritaba. Sabía que el señor Kang tenía en el lugar del corazón un lunar negro, que era un signo de larga vida y que padecía de flatulencia y que cuando soplaban tempestades desde el Norte trayendo arena de los desiertos, sentía comezón en los párpados, y que sus mejillas se cubrían de salpullidos cuando comía cangrejos, pero con todo eso los comía. En una palabra, la señora Wu lo sabía todo de aquel hombre que estaba sentado con las regordetas manos sobre las rodillas, llorando porque su mujer se moría. Pero sobre ella, la señora Wu, el señor Kang sólo sabía lo que sabía toda la ciudad, esto es, que le había elegido a su marido una concubina al llegar a los cuarenta años.

Se puso de pie al verla entrar y las amarillas lágrimas resbalaron por sus redondas mejillas.

—Ella está..., está... —comenzó.

—Lo sé —repuso la señora Wu, apartando la mirada de él.

Volvió a maravillarle su amiga. Volvió a maravillarle el que pudiese amar a aquel

hombre, aunque ahora sabía cuán extraño solía ser el amor. Avanzó rápidamente hacia los cortinajes de raso que separaban aquel aposento de la alcoba.

—Entraré en seguida, si me lo permite —dijo.

—Entre..., entre. Sálvele la vida —gimoteó él.

La señora Wu entró con presteza en la alcoba de la señora Kang. En el aire, se percibía intensamente el olor a sangre. Una lámpara de petróleo oscilaba en el nicho de la gran cama donde estaba tendida la señora Kang y sobre su cuerpo estaba inclinada una vieja. Cerca de allí rondaban dos criadas, la una junto a sus pies y la otra junto a su cabecera. La señora Wu apartó esta última y contempló el rostro de su amiga, que era la imagen misma de la muerte.

—Meichen —dijo suavemente.

La señora Kang abrió con lentitud los ojos.

—Tú —murmuró—. Has venido... —Su rostro se contrajo lastimeramente—. Me estoy muriendo...

La señora Wu retuvo la muñeca de su amiga entre sus dedos. El pulso, ciertamente era muy débil y la señora Wu no contestó a estas preguntas.

—Deja de tirar de la criatura —le ordenó a la comadrona.

La vieja levantó los ojos.

—¡Pero si es un varón! —exclamó.

—Déjanos solas —ordenó la señora Wu—. Salgan, salgan todos.

E irguió su esbelta figura.

Todas las mujeres la miraron extrañadas.

—¿Se hace usted responsable? —exclamó la vieja comadrona, y frunció los labios.

—Sí. Yo asumo la responsabilidad —dijo la señora Wu.

Esperó a que todas salieran. Luego, en el silencio, volvió a inclinarse sobre su amiga.

—Meichen... ¿Me oyes? —preguntó con voz nítida.

Los ojos de la señora Kang se habían cerrado, pero los abrió con gran esfuerzo. No habló, pero la señora Wu advirtió en lo más hondo de aquellos ojos un estado consciente.

Prosiguió:

—Te quedarás tendida aquí quietecita, mientras voy a buscar un caldo para ti. Te lo beberás y descansarás. Luego volverás a sentirte fuerte. Cuando estés reanimada, te ayudaré a que nazca tu hijo. Entre nosotras eso te resultará fácil.

Los ojos de su amiga temblaron y se cerraron. A los labios de la señora Kang asomó una débil sonrisa. La señora Wu le arropó bien y fue al cuarto contiguo. La comadrona se había marchado, irritada, pero las criadas estaban allí, sirviéndole té al señor Kang, abanicándole, pidiéndole que descansara. Se volvieron cuando entró la señora Wu, pero ella no les dirigió la palabra. Le habló al señor Kang.

—Necesita su ayuda —le dijo.

—¿Vivirá? —le gritó el señor Kang.

—Si usted me ayuda... —añadió la visitante.

—¡Haré lo que sea, lo que sea!

—Cállese —dijo ella, poniendo término al balbuceo del señor Kang.

Luego ordenó a una criada:

—Tráeme un plato con la mejor sopa que tengas preparada.

—Tenemos preparada sopa de carne y de vaca y de gallina, y una sopa especial de pescado.

—La sopa de pescado —decidió ella—. Y ponle dos cucharadas de azúcar rojo. Que esté caliente.

La señora Wu se volvió nuevamente hacia el señor Kang.

—Será usted quien traiga al mundo a la criatura... no una de las doncellas.

—Pero yo... —balbució él—. Le aseguro que soy torpe.

—Será usted quien la traiga —repitió ella.

Volvió a la habitación en sombras y nuevamente tomó entre sus dedos la muñeca de la señora Kang. El pulso seguía igual, pero no más débil. La señora Wu se quedó en pie, esperando, y pronto oyó el pesado andar del señor Kang, que entraba de puntillas en la habitación. Traía, aforrándola con ambas manos, la marmita con sopa caliente.

—Pondremos la sopa en la tetera —decidió ella, y al decir esto vació rápidamente el té en una escupidera de bronce y, quitándole a él la marmita, vertió la sopa en la tetera.

Luego se volvió nuevamente hacia el lecho.

—Meichen —dijo—. Bastará con que tragues.

Probó el calor de la sopa con los labios y luego aplicó el pico de la tetera a los labios de la señora Kang y dejó que la sopa le goteara en la boca. La señora Kang no abrió los ojos, sino que tragó y volvió a tragar, no menos de cinco o seis veces.

—Ahora descansa —ordenó la señora Wu.

No le habló al señor Kang. No. Lo dejó parado allí, observando. Puso la tetera sobre la mesa, se arremangó la chaqueta de raso y ciñóse a la cintura una toalla que tomó de una silla. Él la contemplaba, con los ojos dilatados por el espanto.

—No debo estar presente —murmuró.

Pero ella le hizo señas de que se acercara y el señor Kang le obedeció con profundo horror. Había engendrado muchos hijos, pero sin ver nunca los efectos de su acto. Había engendrado en la despreocupación y el placer.

La señora Wu plegó los cobertores y se inclinó sobre su amiga.

—Meichen —dijo claramente—, no te preocupes. Deja descansar tu cuerpo. Yo trabajaré por ti.

Pero, a pesar de sus palabras, apenas hubo tocado la dolorida carne, la señora Kang gimió. El señor Kang se llevó las manos a la boca y apartó los ojos.

—Téngale las manos —le dijo la señora Wu—. Dele su fuerza.

Él no podía obedecerla. Los grandes ojos de la señora Wu se habían fijado en él con severa imposición. El señor Kang se adelantó y tomó las manos de su esposa. Y esto, sólo esto, pudo hacerle abrir los ojos a la señora Kang. Al sentir sus manos dentro de aquellas que tan bien conocía, abrió los ojos.

—Tú —exclamó, con voz entrecortada—. ¡Tú, padre de mis hijos!

En aquel momento de reconocimiento, la señora Wu deslizó sus fuertes y delgadas manos en torno del niño y la señora Kang lanzó un alarido.

El sudor cubrió el cuerpo del señor Kang. Gimió y sus manos se crisparon alrededor de las de su esposa.

—Si sobrevives ahora —murmuró, entre dientes— juro que... juro...

—No jures... nada... —dijo ella, jadeante—. Me alegro... Es tu hijo.

—Los hijos nada son para mí sin ti —gritó él—. Si mueres, me ahorcaré.

—¿De modo que... me amas?

La voz de ella era tan débil y llegaba en tales soplos, que por un momento la señora Wu temió por la suerte de lo que había emprendido.

—Corazón de mi corazón —gritó el señor Kang—. No te mueras... no te mueras...

—No moriré —dijo la señora Kang, en voz alta.

En aquel momento, la señora Wu separó a la criatura del cuerpo. Brotó un chorro de sangre, pero la señora Wu la restañó con puñados de algodón que la comadrona había puesto junto al lecho.

El señor Kang asía las manos de su esposa.

—¿Ha terminado eso? —murmuró.

—Todo ha terminado —dijo la señora Wu.

—¿El niño? —murmuró la señora Kang.

La señora Wu envolvió al pequeño cuerpo en la toalla que se quitó de la cintura.

—El niño está muerto —dijo serenamente—. Pero ustedes dos no necesitan a este niño.

—Claro que no —balbució el señor Kang—. Meichen, te lo ruego..., basta de hijos. Nunca, nunca, te lo prometo...

—Silencio —dijo severamente la señora Wu—. No haga promesas que no podrá cumplir.

Probó la tetera y estaba caliente aún.

—Bebe —dijo—. Has prometido vivir.

La señora Kang bebió. Sus ojos volvieron a cerrarse, pero el pulso de su muñeca, cuando la señora Wu lo tanteó, era más fuerte, con el mínimo de fuerza posible.

La señora Wu indicó al señor Kang que soltara las manos de su mujer.

—Debe dormir —explicó—. Yo me quedaré sentada aquí, a su lado. Llévase a la criatura para enterrarla.

Tomó el cuerpecito del niño y lo puso en los brazos del señor Kang, y él lo sostuvo.

—Que este niño sea prueba de lo que usted le dijo —declaró la señora Wu—. Recuerde siempre su peso entre sus brazos. Recuerde que murió para salvarle la vida a su madre... para usted.

—Lo recordaré —prometió el señor Kang—. Le prometo que lo recordaré.

—No haga promesas que no podrá cumplir —repitió la señora Wu.

Se quedó allí sentada durante todo el día y la noche subsiguiente. Los criados le llevaron comida y té caliente, pero ella sólo los dejó llegar hasta la puerta. El señor Kang entró para darle las gracias y para mirar a su mujer dormida. Porque la señora Kang dormía y ni siquiera abría los ojos al beber el caldo caliente. En aquel caldo la señora Wu ponía las hierbas que espesan la sangre para que no fluya y el polvo de cierto moho que impide la infección. Conocía estas cosas gracias a sus libros antiguos, y la mayor parte de la gente las ignoraba.

Meng y Linyi habían ido a la casa de su madre, pero la señora Wu no las dejó entrar siquiera a ellas en la habitación. Sólo dejaba entrar por la ventana el aire necesario para su propia respiración y la de su amiga, porque el viento era fresco y no quería que trajesen un brasero, por temor a que la humareda del carbón de leña viciara el aire.

Bajo los cobertores de seda, la señora Kang dormía, lavada y limpia, ingiriendo cada hora o par de horas medicamentos y caldo, y hora tras hora volvió nuevamente a la vida.

En la mañana del segundo día, cuando la señora Wu tuvo la certeza de sentir el pulso en las muñecas de su amiga, salió por fin del aposento. Junto a la puerta seguía sentado el señor Kang, esperando solo. No se había lavado, ni había comido ni dormido y toda afectación y cortesía se habían esfumado en él. Estaba cansado y asustado y completamente exhausto. La señora Wu lo advirtió y se apiadó de él y se sentó en otra silla.

—Le debo su vida —dijo el señor Kang, bajando la cabeza.

—Su vida no debe verse en peligro nuevamente —repuso con dulzura la señora Wu.

—Prometo... —empezó el señor Kang, pero la señora Wu alzó la mano.

—¿Podrá cumplir esa promesa cuando ella se haya restablecido? —preguntó—. Y si puede... ¿cómo la cumplirá? ¿La he devuelto a la vida tan sólo para estar triste y apenada porque usted corre a las casas de flores? ¿La consolará el que usted le ahorre hijos tan sólo para divertirse en otra parte? Es una desgracia el que ella lo ame tanto, a menos que usted la quiera también.

—La amo —protestó el señor Kang.

—Pero... ¿hasta qué punto? —le apremió la señora Wu—. ¿Lo suficiente para hacerle grata la vida?

Él la miró absorto y ella le devolvió la mirada fijamente, con sus ojos grandes y oscuros.

—Más vale que ella muera si ha de sufrir siempre —dijo serenamente.

—No la haré sufrir —dijo el señor Kang.

Su mirada vaciló y apretó su labio entre los dedos.

—Yo no sabía... —comenzó—. No creí... ella nunca me dijo...

—¿Qué? —preguntó la señora Wu.

Lo sabía, pero, por el bien del alma del señor Kang, le obligaba a decírselo.

—Nunca supe lo que se refiere a la vida —balbució él—. Cuán difícil es obtenerla... Cuesta demasiado.

—Demasiado —asintió la señora Wu—. Pero ella lo amaba a usted más de lo que le costaba la vida.

—¿Ha sufrido así todas las veces? —preguntó él.

—¿Así...? ¿Cómo? —volvió a apremiarlo ella.

—Estando próxima a la muerte...

—El parto, para toda mujer, es siempre la proximidad de la muerte —repuso la señora Wu—. Ahora, para ella, el problema es no tener más hijos, o morir. Es necesario que usted elija. Ya no puede tener ambas cosas.

El señor Kang se puso la mano sobre los ojos.

—Elijo su vida —murmuró—. Siempre... siempre...

La señora Wu se levantó silenciosamente, mientras él se tapaba los ojos y salía de la habitación. Quizás ella no volviera a verlo. En su vida, los hombres y las mujeres se conservan separados y bien podía ser que ella nunca se viese ya en presencia de él. Esto no era forzoso. Aquel hombre sencillo y vulgar estaba ahora aterrorizado por el amor, su propio amor por su esposa.

De modo que la señora Wu se marchó a casa, muy cansada y bastante asqueada de todo lo que había visto. Volver a pisar su patio, limpio y apacible, sería bañar su alma. André había estado allí con ella, había caminado y hablado. ¿Tendría alguna afinidad aquella comunión que sentía ahora con él, con el tosco corazón del señor Kang y su amor por su esposa?

La señora Wu entró en la biblioteca y el calor la envolvió. Ying había encendido el brasero y los carbones brillaban. El sol entraba pródigamente por la ventana lejana, entre las celosías.

Si ella no hubiera sentido la calidez del amor en su propio corazón, no habría podido salvar de ningún modo la vida de Meichen. La habría abrumado el horror de la carne, el olor de la sangre, el hedor de la muerte, la fealdad del gordo rostro lloroso del señor Kang, la repulsión que le causaba su grueso cuerpo, la mezquindad de su espíritu. Pero ella sabía que el amor la había elevado, desarraigado de sí misma.

Ying entró y la regañó.

—¡Señora, señora! ¡Mire su chaqueta! Hay sangre en ella... Y usted está tan pálida...

La señora Wu se miró a sí misma y vio, en efecto sangre sobre su vestido de raso. Ella, tan aseada, se limitó a murmurar:

—Me había olvidado de mí.

No debe creerse que la señora Wu había comprendido totalmente la transformación operada en su ser. En realidad, sentía que ignoraba por el momento dónde estaba su camino. Carecía de plan. Pero adivinaba que recorría un camino de luz. Mientras siguiera aquella trayectoria, todo marcharía bien. Si pasaba las sombras que bordeaban el camino, se extraviaría. Y la luz que iluminaba aquel camino, era su amor por André. Si quería saber cuál era el paso que debía dar luego, le bastaba con pensarlo y adivinarlo.

Por eso, al día siguiente, cuando Ying le llevó a la hijita de Ch'iuming, sintió una gran ternura por la criatura. Mediante aquel ser había ligado a Ch'iuming, una extraña, a la casa de los Wu. Aunque antes aquella niña había sido una nueva carga para ella y todo aquel asunto de Ch'iuming sólo le había causado perplejidad, ahora sentía que no había tal carga ni tal perplejidad. Debía tratar a la madre y a la niña como lo habría querido André.

—¿Dónde está Ch'iuming? —preguntó a su doncella.

—Está ocupada con la cocina y los jardines —dijo Ying.

—¿Se siente feliz? —volvió a preguntar la señora Wu.

—Ésa no puede sentirse feliz —replicó Ying—. Deberíamos alejarla de aquí. Da mala suerte ver por todas partes su rostro triste. Eso agria la leche en los pechos de las nodrizas e irrita a los niños.

—Que Ch'iuming venga aquí —dijo la señora Wu.

Esto sucedía al día siguiente de su visita a la casa de la señora Kang. Apenas levantada, la señora Wu había enviado a un mensajero para preguntar cómo seguía su amiga, y recibió buenas noticias. La señora Kang había dormido bien durante toda la noche, la sangre de sus heridas se había coagulado y aquella mañana había comido una escudilla de papilla de arroz mezclada con azúcar rojo y había vuelto a dormirse.

El día era apacible y gris. El sol del día anterior había desaparecido y en el aire se percibía el olor a niebla del río. La señora Wu lo aspiró suavemente.

Cerca de ella, en un lecho-cesto, yacía la niñita, que jugaba con sus manos. Por momentos, las perdía y su diminuto rostro revelaba sorpresa. Luego volvía a verlas agitarse y las miraba absorta y volvía a perderlas. Al contemplar aquel juego, la señora Wu rió con dulzura.

«¡Cuán pequeños son nuestros principios! —pensó—. Así yacía yo antaño en una cuna... y también André».

Trató de imaginarse a André niño, niñito, y se preguntó cómo habría sido su madre. Sin duda, la madre de André había adivinado desde el primer momento qué sería su hijo, un hombre predestinado a bendecir a los demás durante toda su vida.

Ch'iuming surgió de la mañana gris y silenciosa, entre las grandes puertas cerradas contra el frío. La señora Wu alzó los ojos. La muchacha parecía formar parte de la niebla matinal, gris y quieta y fría. Su pálido rostro carecía de expresión, sus

labios estaban descoloridos y sus mustios párpados pesadamente caídos sobre los ojos.

—Mira a tu hija —dijo la señora Wu—. Me está haciendo reír porque pierde sus manos y las encuentra y vuelve a perderlas.

Ch'iuming se acercó, se detuvo junto a la cuna y miró, y la señora Wu notó que no le inspiraba amor la niña. Ésta le era extraña.

En otra oportunidad, la señora Wu se habría negado a hablar del asunto o hubiera apartado la cabeza, diciéndose que no le importaba si aquella muchacha ignorante amaba a su hija o no. Pero ahora preguntó:

—¿Será posible que no quieras a tu propia hija?

—No logro sentirla mía —respondió Ch'iuming.

Las dos mujeres guardaron silencio y ambas observaron a la niña, que nada sabía. En otros tiempos, la señora Wu le habría echado en cara a la madre su falta de afecto a la niña, pero el amor le estaba enseñando mientras permanecía sentada en silencio.

Antaño, según palabras de André, había existido un niño extraordinario y a aquel niño lo había rodeado tal irradiación que los hombres y mujeres lo adoraban.

—¿Quién lo cuidaba y alimentaba?

—Un buen hombre llamado José, que nada pedía para él.

—¿Y qué fue del radiante niño?

—Murió joven, pero los demás hombres nunca lo olvidarán —había respondido André.

Al recordar sus palabras, la señora Wu adivinó. ¿Por qué no amaba a aquel niño Ch'iuming? La única explicación era que no amaba al padre, al señor Wu. ¿Y cómo sabía que no amaba al señor Wu? La única explicación era que amaba a otro.

—¿A quién quieres? —preguntó repentinamente la señora Wu a Ch'iuming.

No le sorprendió ver que el rostro de la joven enrojecía vivamente. Hasta sus pequeñas orejas se volvieron encarnadas.

—No quiero a nadie —dijo ella, y la mentira era tan evidente que la señora Wu se echó a reír.

—¿Cómo quieres que te crea? —dijo—. Tus mejillas y hasta tus orejas te delatan. ¿Temes dejar hablar a tus labios? Tú no amas a esta niña..., lo cual significa que no amas al padre. Bueno. Así sea. El amor no puede ser impuesto, ni tampoco obtenido con lisonjas ni tormentos. Proviene del ciclo, sin que uno lo pida ni lo busque. ¿He de culparte de eso? Sé el mal que cometí. Pero cuando te traje aquí, yo misma no comprendía el amor. Creía que los hombres y las mujeres podían ser unidos como el macho y la hembra en los animales. Ahora sé que los hombres y las mujeres se odian cuando se los une como si fuesen bestias. Porque nosotros no somos animales. Podemos unirnos sin el contacto de las manos o la mirada de los ojos. Podemos amar hasta cuando la carne está muerta. No es la carne lo que nos liga.

Esto era un extraño modo de hablar algo tan monstruoso tratándose de la señora Wu, cuyas palabras eran siempre claras y prácticas, que Ch'iuming sólo pudo mirarla

como se mira a un fantasma. Pero la señora Wu distaba de ser un fantasma. Sus ojos eran brillantes y toda su figura vigorosa, a pesar de lo delicada. Ch'iuming notó en ella cierta vida nueva.

—Vamos —dijo la señora Wu—. Dime el nombre que está en tu corazón.

—Me muero de vergüenza —dijo Ch'iuming, y plegó el borde de su chaqueta entre el pulgar y el índice:

—No te dejaré morir de vergüenza —repuso bondadosamente la señora Wu.

Así persuadida y con mucha vacilación y duda, Ch'iuming dijo varias palabras de una vez.

—Usted me dio como concubina al viejo, pero...

Y se detuvo.

—Pero hay otro a quien habría preferido verte unida —siguió ayudándola la señora Wu, y Ch'iuming asintió.

—¿Está él en esta casa? —preguntó la señora Wu.

Ch'iuming volvió a asentir.

—¿Es uno de mis hijos? —preguntó la señora Wu.

Esta vez, Ch'iuming la miró y se echó a llorar.

—Es Fengmo —dijo la señora Wu y adivinó que así era, y Ch'iuming siguió llorando.

«¡Qué enredo había allí, que confusión entre los hombres y las mujeres! —pensó la señora Wu—. ¡Aquél era el fruto de su propia estupidez sin amor!».

—No llores más —le dijo a Ch'iuming—. Todo esto es culpa mía y debo resarcirte de algún modo. Pero aún no veo con claridad qué debe hacerse.

Al oír esto, Ch'iuming cayó de rodillas e inclinó la cabeza sobre las manos, contra el suelo.

—Dije que me moriría de vergüenza —murmuró—. Déjeme morir. Un ser como yo está de más.

—Ningún ser está de más —replicó la señora Wu e incorporó a Ch'iuming—. Me alegro de que me lo hayas dicho. Conviene que yo lo sepa. Ahora, te lo pido, espera pacientemente aquí, en esta casa. Me será dada la luz y sabré que debo hacer por ti. Mientras tanto, ayúdame a cuidar de las expósitas que he traído. Me serás muy útil si las cuidas por mí. Están aquí y no tengo tiempo de cuidar de ellas.

Al oírlas mencionar, Ch'iuming se secó los ojos.

—Cuidaré de las expósitas, señora —dijo—. ¿Por qué no? Son hermanas mías.

Se inclinó y levantó a su hija de la cuna.

—Me llevaré a esta niña... es también una expósita... una huérfana, supongo, ya que su madre no puede amarla, pobre renacuajo.

La señora Wu no contestó. Ignoraba dónde podría encontrar la felicidad para Ch'iuming. El tiempo debía descubrirlo.

* * *

Desde los patios centrales de la casa, la señora Wu meditaba en la familia, mientras los días se transformaban en semanas y meses.

«Si yo fuese mala —pensó cierto día—, me podría comparar con una araña que teje su tela en torno de toda la gente de esta casa».

Un pájaro cantó en los bambúes. La señora Wu oyó su voz poco familiar y adivinó qué pájaro era. Dos veces por año, pasaba por allí el bulbul pardo de la India. Su voz era armoniosa, aunque áspera. Señalaba el comienzo de la primavera, y eso era todo.

La señora Wu siguió meditando.

«¿Y cómo sé que no soy mala? ¿Cómo sé que lo que considero bueno es realmente bueno?».

Como de costumbre, le formulaba esta pregunta a su recuerdo de André.

Cierto día, lo recordaba muy bien, ambos estaban sentados en aquella misma biblioteca, él de un lado de la gran mesa tallada y ella del otro, no frente a frente para tener que mirarse mutuamente el rostro, sino con la mesa de por medio y ambos contemplando las puertas abiertas sobre el patio. Era un día hermoso, con el aire muy diáfano y los rayos del sol tan fuertes que los colores de las cosas del patio, comúnmente grises, ostentaban matices de azul y rosa y vetas de plata. Sus orquídeas florecían con un púrpura oscuro. En el estanque, los pececillos de oro se deslizaban con rapidez fulmínea, precipitándose contra los rayos del sol que penetraban oblicuamente en el agua.

André le había estado contando una antigua leyenda de la caída del hombre en el mal. Había ocurrido, le dijo, por obra de una mujer, Eva, que le dio al hombre el fruto prohibido.

—¿Y cómo pudo saber aquella mujer que el fruto era prohibido? —había preguntado la señora Wu.

Un espíritu maligno, bajo la forma de una serpiente, se lo había susurrado.

—¿Por qué a ella, en vez de susurrárselo al hombre? —había preguntado entonces la señora Wu.

—Porque el espíritu maligno sabía que la mente y el corazón de Eva no se preocupaban del hombre, sino de la continuación de la vida —había respondido André—. La mente y el corazón del hombre se preocupaban de él mismo. Se sentía bastante feliz al soñar que poseía la mujer y el jardín. ¿Por qué habría de ser tentado más aún? Lo poseía todo. Pero la mujer podía ser tentada siempre con el pensamiento de un jardín mejor, de un espacio más amplio, de algo más que poseer, porque sabía que de su cuerpo surgirían muchas cosas más y para ellas maquinaba y urdía. La mujer no pensaba en sí misma, sino en los muchos seres que crearía. La tentaron porque pensaba en ellos. La tentarán siempre porque piensa en ellos.

La señora Wu había mirado a André. ¡Qué bien recordaba la profunda y triste sabiduría de sus oscuros ojos!

—¿Cómo se explica que usted conozca tan bien a las mujeres? —había

preguntado.

—Porque vivo solo —había contestado él—. Me he liberado temprano.

—¿Y por qué se ha liberado? —preguntó ella—. ¿Por qué se aleja del torrente de la vida? ¿Acaso no le pertenecemos todos nosotros? ¿Puede ser justo que alguien se libere de él?

Ésa fue la única oportunidad, en el curso de meses, cuando ella lo vio dudar.

—Usted me ha formulado la única pregunta que nunca he podido contestar —había respondido André—. Me liberé a mí mismo, al principio por vanidad. Sí, lo sé y lo reconozco. Cuando era como los demás hombres y me disponía a casarme y a engendrar hijos, me creí amado por una mujer. Pero Dios me dio demasiada clarividencia en punto a seres humanos para que yo pudiera ser feliz. Aquella mujer me pareció la propia Eva, que proyectaba a otros seres humanos que debía crear... con cierta pequeña ayuda de mi parte, desde luego, pero que de todos modos crearía en su propio cuerpo. Y vi mi papel insignificante, una satisfacción tan fugaz de la carne y luego toda mi vida consagrada a cavar y ahondar, como Adán, para que nuestro jardín pudiera ser más grande y los frutos más ricos. De modo que me pregunté si era a mí a quien amaba aquella mujer, y la respuesta fue «Quizá»..., pero sólo por el momento. De modo que me dije: «¿No será mejor que yo sirva a Dios, que nada me pide, salvo que obre bien y camine con humildad ante él?». Ese día me convertí en sacerdote.

—¿Y ha sido feliz? —le había preguntado ella, con algo de malicia.

—Me he poseído a mí mismo —había respondido André.

A solas en la biblioteca donde se sentaba siempre porque sentía también allí la presencia de André, la señora Wu meditó en el hombre y en la mujer. Aquella Eva, caviló, no debía ser culpada por el hecho de que hubiera infundido en ella el interminable deseo de proseguir la vida. El hombre, confiado a sí mismo, nunca llegaría más allá de sí mismo. Había convertido a la mujer en una parte de su persona, para su propio uso y placer. Pero ella, en toda su ignorancia e inocencia, lo había usado en su interminable creación de nueva vida. Ambos eran instrumentos, pero sólo la mujer sabía lo que era y se entregaba a la vida.

«Esto —le dijo la señora Wu a André—, es la diferencia entre el hombre y la mujer, hasta entre tú y yo».

El aire penetraba plácida y suavemente en la biblioteca donde estaba a solas y no soplaba una sola ráfaga de viento. De la grieta existente entre el muro de ladrillos y el piso de piedra, surgió una lagartija de cola azul y se tendió para calentarse en una franja de luz solar. La señora Wu estaba tan inmóvil en su sillón, que el animal la creyó parte integrante de la habitación y se divirtió a su modo, volviendo aquí y allá la roma cabeza y meneando la reluciente cola. Sus ojos eran brillantes y vacíos. La señora Wu no se movió. Traía buena suerte tener en una casa animalitos inofensivos. Éstos adivinaban que la casa era eterna y arraigaban en ella.

La señora Wu siguió meditando, inmóvil, mientras la lagartija jugaba. Tal era,

pues, la infelicidad que existía entre los hombres y las mujeres. El hombre creía en su propio significado individual, pero la mujer sabía que ella no significaba nada por sí misma, sino que desempeñaba su papel de crear nueva vida. Y como los hombres amaban a las mujeres como a una parte de ellos mismos y las mujeres sólo amaban a los hombres como a una parte integrante de la que debía crearse, nacía aquella lucha que hacía del hombre un eterno insatisfecho. El hombre no podía poseer a la mujer porque ésta era poseída ya por una fuerza mayor que su propio deseo.

¿Acaso la mujer no lo había creado hasta a él mismo? Por esto, quizás el hombre no la perdonaba jamás, y la odiaba y combatía en secreto y la dominaba y la oprimía y encerraba en casas y le ligaba los pies y le amarraba la cintura y le prohibía ganar sueldos y adquirir destrezas y conocimientos de erudición, y la llamaba viuda cuando moría y solía quemarla, fingiendo que ella lo hacía por lealtad.

La señora Wu rió al pensar en el hombre, y la lagartija se precipitó a su escondite.

En cierta ocasión, cuando André estaba sentado en la silla opuesta a la de ella, la señora Wu le había dicho:

—¿Es el hombre todo hombre y la mujer toda mujer? En ese caso, nunca podrán encontrarse, ya que él vive para su propio ser y ella para la vida universal, y ambas cosas son opuestas.

André había contestado, con bastante gravedad:

—Dios nos ha dado un sobrante para que sea de nuestra exclusiva propiedad; esto es, una parte simplemente humana, ni masculina ni femenina. Se le llama alma. Es inmutable e inalterable. Puede abarcar también el cerebro y sus funciones.

—Pero... ¿acaso no es igual al del hombre el cerebro de la mujer? —había preguntado ella.

—Sólo es el mismo cuando es liberado de las necesidades de la carne —había contestado André—. Por eso, una mujer sólo puede usar su cerebro para sus necesidades femeninas y un hombre puede usar el suyo tan sólo en la caza de mujeres para él mismo. Pero el cerebro es una herramienta y puede ser aplicado a cualquier uso que la persona quiera. El que yo corte coles con un buen cuchillo no significa que no pueda usar ese cuchillo para tallar una imagen del Hijo del Hombre. Si el Hijo del Hombre está en mi corazón y en la visión de mis ojos del espíritu, usaré mi instrumento, el cerebro, para hacerlo claro.

—De modo que el alma es un sobrante ni masculino ni femenino —había respondido ella.

—Así es —había respondido André.

—¿Y de qué substancia está hecha el alma? —había seguido acosándolo ella.

—Eso es lo que no heredamos de ningún otro ser —había dicho él—. Es lo que me ha dado mi propio ser, lo que me da una forma algo distinta de la de todos los que me han precedido, por mucho que me parezca a ellos. Es lo que me dan para mi exclusivo uso, un don de Dios.

—¿Y si no creo en Dios? —había inquirido ella.

—No importa que usted crea o no —había contestado él—. Usted misma puede ver que es distinta de todos los demás seres de este mundo, y no sólo usted, sino la más humilde y menos hermosa de las criaturas posee también ese precioso sobrante. Si usted lo tiene, sabe que existe.

Basta con saber eso. La fe en su dador no tiene prisa. Dios no es irrazonable. Sabe que, para creer, nos gusta ver con los ojos y oír con los oídos, sabe que nos gusta tomar con nuestras manos. Así sabe también el niño, solamente, lo que pueden decirle sus cinco sentidos. Pero existen otros sentidos y éstos se desarrollan a medida que el ser crece y cuando están plenamente desarrollados, confiamos en ellos como confiábamos antes solamente en nuestros sentidos.

Al recordar estas palabras de André, la señora Wu miró por encima de la mesa. La silla estaba vacía y no oyó voz alguna. Pero vio con la misma claridad el semblante de él, con su grave sonrisa, y le pareció que era más ronca que nunca.

—Sólo empiezo a comprender —murmuró la señora Wu—. Pero empiezo. Y, con mi alma, te amo.

¿No era posible que hubiese amor y amistad entre las almas?

—Es posible —le dijo la señora Wu a André.

Pero la señora Wu era una mujer práctica y ponía a contribución lo que aprendía. En aquella casa, que era su mundo, había dos seres perturbados, esto es, que no estaban en relación directa con la casa y, por consiguiente, con el universo.

Esos dos seres eran Rulan y Linyi.

Sin prisa y dejando pasar muchos días, la señora Wu llegó poco a poco el día en que optó por hablar con ellas, empezando por Rulan, que era la mayor.

Habían transcurrido muchos meses desde que Tsemo y Fengmo se habían ausentado. La señora Wu recibía cartas con regularidad, porque los dos eran buenos hijos. Las cartas iban dirigidas al padre de ambos y a ella, y después de leerlas y de meditar sobre ellas, se las enviaba al señor Wu. Una vez leídas, el señor Wu las enviaba a Liangmo, que tomaba cada vez más a su cargo los deberes de las tierras y los talleres, preparándose para cuando le tocara ser jefe de familia, y las leía y luego las guardaba en los archivos familiares.

Aquellas cartas le habían permitido discernir claramente a la señora Wu que sus dos hijos se estaban desarrollando en forma opuesta. Fengmo había querido ir al extranjero a estudiar. Ella le había dado su autorización y enviado el dinero necesario. Existía cierta prisa, según dijo Fengmo, porque las rutas oceánicas se estaban cerrando a causa de la guerra inminente y si él no quería ser atrapado, debía zarpar sin hacer el largo viaje de regreso tierra adentro.

De haber sido Fengmo un hijo único, la señora Wu jamás habría permitido esto, pero como tenía tantos hijos no lo indujo a volver cuando iba a partir. Fengmo se había embarcado un día de fines del invierno y había cruzado los mares hasta ponerse a salvo y sus cartas ostentaban ahora un sello y una estampilla extraños. Ambos eran norteamericanos, pero a la señora Wu no le importaba esto. Todos los países eran

igualmente interesantes y hasta parecidos para ella, si estaban allende los cuatro mares. Fengmo prosiguió sus estudios iniciados por André. La señora Wu sintió alivio al ver que ellos nada tenían que ver con el sacerdocio y las religiones. No se vinculaban con los dioses y sí con los hombres.

Pero Tsemo no había pedido que le dejaran cruzar las aguas. En vez de hacerlo, había ido a la capital, encontrando allí un buen empleo gracias a la riqueza e influencia de su familia. Esto no asombró ni al señor Wu ni a la propia señora Wu, porque, por liberal que fuese su modo de pensar, le parecía simplemente natural que su familia fuese conocida en todas partes. Luego, Tsemo les escribió explicando la verdadera razón de su buena suerte. Si sobrevénía la guerra, el Gobierno se retiraría al interior del país y allí dependería mucho de los ciudadanos más notables y de sus familias, de las cuales la de Wu era la más grande y antigua. A Tsemo se le trató por eso con mucha preferencia y el joven hubo de soportar celos y envidia y alguna malevolencia de los desplazados. Pero era joven y tenaz, y se abría camino.

La señora Wu no podía descubrir qué era Tsemo a través de sus cartas. Comprendía mejor a Fengmo. A su manera, este hijo le franqueaba su corazón y su espíritu como lo había hecho ella misma. Se estaba convirtiendo en hombre; y, lo que es más, también crecía su sobrante, como decía André. Pero Tsemo parecía un poseído. Su madre ignoraba qué lo poseía.

El asunto de Tsemo fue precipitado por la repentina noticia del ataque de la gente del Océano Oriental ese año contra la costa. La señora Wu oyó esto y mandó en busca de periódicos, que nunca leía habitualmente, para saber qué había pasado. Lo que leía era bastante usual en la historia del país. Había habido muchos ataques de otros pueblos en siglos anteriores y la nación siempre los había resistido a pie firme. Los resistiría también entonces y ello no preocupaba a la señora Wu. Era improbable que los enemigos penetraran a través de los centenares de kilómetros necesarios para llegar a aquella provincia, donde existía desde tiempos tan pretéritos la casa de los Wu. Pero la señora Wu se sintió agradecida a las generaciones anteriores de la familia por no haber cedido, como tantos otros, a los nuevos tiempos y por no haberse lanzado al mar para construir nuevas casas en la costa. La familia Wu había construido sobre las tierras de sus antepasados y se había quedado allí. Ahora estaba a salvo. Es verdad que aquel enemigo atacaba también desde el aire. Pero en las cercanías no había grandes ciudades y era improbable que la ignorante gente del Océano Oriental distinguiera los nombres de tal o cual familia. La señora Wu se sentía a salvo en su casa.

Pero el ataque obligó, sin embargo, a un rápido cambio. El Gobierno fue trasladado al interior del país y Tsemo lo acompañó. Cierta día, a principios del otoño siguiente, escribió que volvería a su casa por diez o doce días.

Al recibir aquella carta, la señora Wu comprendió que no debía dilatar por más tiempo el asunto de Rulan. Envió por la joven, con Ying a guisa de mensajero.

Pero no debe suponerse que, durante todos esos meses, la señora Wu no había

visto a su nuera. Había visto a Rulan con frecuencia. En la mesa, la joven figuraba entre las demás, y en las fiestas habituales de la primavera y el invierno, Rulan estaba allí, siempre tranquila y sencilla en el vestir. En algunas oportunidades, asimismo, cuando la señora Wu había querido escribir algo para los archivos de la familia y para las cosechas, había llamado a Rulan, porque de todas ellas Rulan era quien trazaba con el pincel las mejores cartas. La señora Wu se había mostrado bondadosa con su joven nuera en todas las oportunidades y en cierta ocasión hasta había dicho: «Es una suerte tener una nuera instruida».

A esto Rulan había respondido con sólo unas pocas palabras de gratitud necesarias.

Pero la señora Wu jamás había sacado a la muchacha del lugar que ocupaba en la familia. Con la última carta de Tsemo entre manos, comprendió que había llegado la hora.

Rulan cruzó tranquilamente los patios. Ya no usaba los pesados zapatos de cuero que trajera de Shanghai. En vez de esto, usaba otros de terciopelo, con suela de paño. La señora Wu no oyó sus pasos y cuando la alta sombra se proyectó sobre el piso, alzó los ojos con sorpresa.

—¡Con qué suavidad caminas, hija mía! —exclamó después de saludarla.

—He dejado mis zapatos de cuero, madre —respondió Rulan.

Se sentó, no de lado, sino con mucho hieratismo en la silla, adosada a una pared lateral, y, por lo tanto, más baja que la usada por la señora Wu. Estaban en la sala de recibo, no en la biblioteca.

La señora Wu no abordó inmediatamente lo que se proponía decir, sino que manifestó cortésmente:

—Desde hace varias semanas, tenía intenciones de preguntarte por tu familia de Shanghai. Cuando el enemigo atacó... ¿escaparon los tuyos?

—Mi padre trasladó a toda su gente a Hong Kong —respondió Rulan.

—¡Ah! Eso queda lejos —dijo bondadosamente la señora Wu.

—Pero no lo bastante —repuso con cierta energía Rulan—. Así se lo dije a mi padre.

—¿Crees que el enemigo se atreverá a llevar un ataque tan lejos? —inquirió la señora Wu, que no dejó de sentirse impresionada por la vivacidad de la muchacha.

—La guerra será larga —respondió Rulan.

—¿Te parece? —observó la señora Wu.

—Sí —prosiguió Rulan—. Porque la preparación ha sido prolongada.

—Explícame esto, si te place —dijo la señora Wu.

La seguridad de la muchacha la divertía.

De modo que Rulan explicó:

—Madre, la gente del Océano Oriental ha tenido miedo durante largo tiempo, por espacio de siglos. ¿Y miedo de qué? De un ataque extranjero. Ha visto atacado y subyugado un país tras otro. Los conquistadores han venido de Occidente. Hasta

cuando llegó Genghis Khan y conquistó nuestro país, la gente del Océano Oriental empezó a sentir temor. Entonces vinieron hombres de Portugal y de España, de Holanda y Francia, y tomaron los países para sí. E Inglaterra se apoderó de la India y todos fuimos dominados, repetidas veces, por esos codiciosos hombres de Occidente. «¿Por qué habrían de perdonarnos a nosotros?», razona la gente del Océano Oriental. Y por eso, por mero temor, se han lanzado a apoderarse de tierras y pueblos; y nosotros somos sus vecinos más próximos.

Esta manera de hablar era desconcertante tratándose de una muchacha y la señora Wu se sintió sorprendida. Ni siquiera André habría dicho cosas semejantes.

—¿Dónde adquiriste todo ese conocimiento? —preguntó la señora Wu.

—Tsemo me escribe todas las semanas —dijo Rulan.

La señora Wu sintió que el alivio relajaba su corazón. Sonrió.

—¿Habéis vuelto a ser buenos amigos? —preguntó.

Las mejillas de Rulan se sonrojaron. Era naturalmente pálida, salvo los labios, y su rubor resultó muy evidente, pero no apartó los ojos.

—Nos entendemos a las mil maravillas cuando no estamos juntos —dijo—. Apenas vuelva Tsemo, reñiremos de nuevo..., lo sé. Se lo he dicho. Ambos lo sabemos.

—Pero si lo sabéis... ¿no podéis precaverlo? —dijo la señora Wu riendo—. ¿Cuál es el que empieza...? ¿Tú o él?

Aunque aquello la divertía, le agradaba que la muchacha no tratara de disimular nada.

—Ninguno de nosotros lo sabe —dijo Rulan—. Esta vez nos hemos jurado mutuamente en nuestras cartas que, sea quien fuere el que empiece, el otro hablará para detenerlo. Pero no confío en nuestra capacidad de conseguirlo. Sé cuán irascible es Tsemo. Sus accesos de ira surgen como el trueno en verano. Aparecen sin motivo y cuando Tsemo se enoja, también yo me enojo.

Rulan hizo una pausa y frunció el ceño. Hurgaba en sí misma, y la señora Wu le dio tiempo para hacerlo. Rulan prosiguió:

—En mí hay algo que Tsemo odia. Y ese algo existe. Él dice que no lo hay, pero sí lo hay. Cuando estamos separados, no lo siente. Cuando nos encontramos, aparece. Si yo supiera qué es, tomaría un cuchillo y lo extirparía de mí misma.

—Quizá no se trate de algo que haya, sino de algo que no haya —dijo con dulzura la señora Wu.

Rulan alzó la cabeza. Sus ojos, que eran su belleza, parecían sobresaltados.

—Nunca pensé en eso —dijo.

Luego volvió a mostrarse abatida.

—Pero eso empeoraría las cosas. Me costaría menos extirparme algo que tengo, que agregar algo que no tengo.

—No es forzoso que sea así —le dijo la señora Wu—. Eso depende totalmente de tu amor por Tsemo. Si consideras tu matrimonio como algo que sólo existe para tu yo

y el de Tsemo, los dos tendréis que reñir siempre, a menos que decidáis separaros.

—¿Quiere usted decir...? —repuso Rulan, y no pudo terminar.

—Quiero decir eso —manifestó la señora Wu.

Siguió hablando, con una sabiduría que ella sabía nacida de su propio conocimiento del amor. Ahora comprendía que entre los hombres y las mujeres no existe el deber. Sólo hay amor... o ausencia de amor.

Tendió la mano hacia su pipa de plata y comenzó a llenarla suavemente. Durante un buen rato no miró a su nuera. En vez de hacerlo contempló su patio, donde las orquídeas eran amarillas a esa altura del año. Las hojas de los bambúes se agitaban como borlas bajo la leve brisa. Ella y André habían gustado siempre de días como aquéllos, a causa de su paz.

—En primer lugar, es necesario que sepas que ninguno le debe nada al otro —continuó, finalmente.

Rulan la interrumpió, con sorpresa.

—Madre, eso es la cosa más extraña que he oído de labios de una suegra al hablar con la esposa de su hijo.

—La he comprendido hace muy poco tiempo —dijo la señora Wu, y sonrió con secreta malicia—. ¡Reconocerás, hija, que estoy aprendiendo aún!

Estaba desorientando a Rulan. La muchacha estaba preparada para la ira de su suegra y pronta a recibirla humildemente. Ahora la esperanza se agitaba en ella. No era ira lo que iba a recibir, sino sabiduría. Se inclinó hacia delante, como un alto lirio que espera la lluvia.

—Las dificultades entre los hombres y las mujeres surgen siempre de la creencia de que hay algún deber entre ellos —prosiguió la señora Wu—. Pero cuando se renuncia a esa creencia, el camino se vuelve claro. Cada cual sólo tiene un deber para consigo mismo. ¿Y qué deber es éste? Sólo el de realizarse a sí mismo. Si uno se realiza totalmente, el otro queda realizado también.

La señora Wu hizo una pausa, lanzó bocanadas de humo y aventó de un soplo la ceniza. Luego continuó:

—¿Y por qué? Porque, según dicen los sabios, «el marido no es caro por sí mismo, sino por una misma, y la esposa no le es cara al marido por ella misma, sino por él mismo». Sólo cuando el uno es feliz el otro lo es y ésta es la única felicidad posible entre ambos.

Rulan estaba sentada inmóvil, escuchando.

La señora Wu prosiguió:

—En cuanto a la procreación, no es un deber para él ni para ti. Es el deber común de ambos para con nuestra especie. El error que has cometido es haber confundido el tener niños con tu amor por Tsemo. Y con tu confusión has confundido a Tsemo. Por eso se irrita tan fácilmente contigo.

—Madre —le rogó Rulan—, hábleme. Usted me llega al corazón.

—Tú y Tsemo os habéis apartado de la tradición usual —dijo sin ambages la

señora Wu—. Eso es peligroso, porque las posibilidades de lo que puede llamarse felicidad disminuyen mucho así. Tú y Tsemo sólo pensasteis en vosotros mismos, no en los hijos, no en la familia, ni en el deber de perpetuar la especie. Sólo en vosotros mismos como dos seres independientes de todos los demás. Pero no sois independientes, salvo en una pequeña parte de vosotros mismos. Ahora estáis tratando de incluir todas las vidas en esa pequeña parte de vosotros mismos. Tratáis de incluir todo por la fuerza en esa pequeña parte: todo. El engendrar, el concebir y el tener hijos, el convivir en todo lo que se refiere a comer y dormir y vestir y venir y marcharse. Pero esa parte no puede contener tanto. Está colmada y os sofocáis mutuamente en sus fuentes. Estáis demasiado apretados. Os aborrecéis el uno al otro porque a esa parte que es uno mismo (lo sobrante, el alma) no le queda espacio para respirar y crecer.

Ahora miró a Rulan. Todo el ser de la muchacha estaba escuchando.

—Emancípate, hija mía —dijo la señora Wu—. Déjalo emanciparse a él. Acepta como cosa natural, como un deber para con nuestra especie, que tendrás hijos. No serán sus hijos ni los tuyos. Serán los hijos de la especie. Tenlos con la misma naturalidad con que respiras y comes y duermes y ejecutas todas las demás funciones como ser físico. El engendrar y el concebir nada tiene que ver con vuestras almas. No midas su amor por ti por su modo de expresar el calor de su cuerpo. Tsemo no piensa en ti en esas ocasiones. Piensa en sí mismo. Piensa tú también en ti misma. ¿Difiere la pasión de un hombre de la de otro? No. Y, asimismo, una mujer no tiene hijos en forma distinta de las demás. En esas cosas, todos nos parecemos. No supongas que, en esto, él y tú diferís del hombre y la mujer más vulgares.

Hizo una pausa y sintió un extraño agotamiento.

—Usted me hace suponer que el matrimonio nada significa —dijo Rulan, en voz baja—. Tanto daría que me hubiese casado con cualquier otro.

La señora Wu recobró su energía.

—No he concluido —dijo—. En cierto sentido, tienes razón. Toda muchacha sana puede casarse con cualquier joven sano, y ambos pueden cumplir su deber para con la vida. Por ese motivo, conviene que nuestras antiguas tradiciones se conserven. Los viejos pueden escoger ciertamente mejor para perpetuar la especie de los jóvenes que ellos mismos. Fíjate en Liangmo y Meng... Son felices. Pero, ciertamente, no tienen la felicidad absoluta, como tú y Tsemo reclamáis. Aceptan los niños como su vida toda. Liangmo no tiene más ambición que ser buen marido y buen padre. Ninguno de ellos pide más. Para eso es mejor que los mayores elijan a los dos que han de casarse, si los dos son como Liangmo y Meng.

—Pero nosotros no somos como ellos —dijo Rulan, con cierto apasionamiento.

—No, no lo sois —asintió la señora Wu—. Deseáis amistad y camaradería entre vuestras personas individuales. ¡Oh, pedís demasiado del matrimonio, hija mía! El matrimonio no ha sido destinado a soportar esa carga extraordinaria.

—¿Qué debemos hacer? ¿Vivir sin consumir el matrimonio? —inquirió Rulan,

sin ánimo de ser grosera.

—Quizá..., quizá... —dijo la señora Wu, y sus propias palabras la sorprendieron—. Pero también eso es difícil, ya que sois hombre y mujer y el cuerpo exige su propia vida.

Hizo una pausa, buscando palabras que jamás habían estado antes en ella y las encontró.

—Tú y Tsemo sois muy felices. Os amáis entrañablemente. ¡Amaos, pues, hija mía! La vida es hartamente breve para semejante amor. Amaos y no despilfarréis una sola hora en la ira. Separad el amor de la pasión y que no exista luego confusión entre vosotros. Algún día, cuando nazcan los hijos y crezcan y vuestros cuerpos sean viejos y la pasión haya desaparecido, como, misericordiosamente, suele desaparecer, conoceréis el mejor de todos los amores.

De pronto, la señora Wu se sintió terriblemente sola sin André y el saber que nunca volvería a mirar su rostro vivo la taladró con un tormento jamás sentido. Luego sintió que Rulan le tomaba la mano y la oprimía contra sus mejillas. Sintió una cálida mejilla y luego otra. Pero, con todo eso, no abrió los ojos.

—Y, en secreto, es la mujer quien debe dirigir —manifestó—. En secreto, la mujer debe dirigir siempre y debe hacerlo porque la vida se funda en ella y sólo en ella. Mi hijo, te lo advierto, no te servirá para hacer feliz tu matrimonio.

Cuando la señora Wu volvió a abrir los ojos, la habitación estaba vacía. Rulan se había marchado.

* * *

Aquella noche, cuando Ying le quitó el vestido para acostarla, la señora Wu habló después de un silencio tan prolongado e intenso que Ying no se había atrevido a interrumpirlo con su charla habitual.

—¡Ying!

—¿Qué, señora?

Ying miró el espejo que pendía sobre la cabeza de la señora Wu. Estaba peinada la larga cabellera negra y sedosa, que sólo ahora comenzaba a mostrar unas manchas blancas en las sienes.

—Tengo una tarea para ti.

—¿Cuál, señora?

—Antes de un mes volverá mi segundo hijo.

—Lo sé, señora. Todos lo sabemos.

—Ésa es la tarea. Cada noche, cuando hayas terminado conmigo, irás al cuarto de la señora de mi segundo hijo y harás por ella lo que sueles hacer por mí.

Ying sonrió en el espejo, pero la señora Wu no le devolvió la sonrisa. Prosiguió, sin mirar a su doncella:

—No debes olvidar nada de lo que yo suelo usar: el baño fragante, el perfumado

de los siete orificios, la suavización con aceite, el perfume en el cabello...

—Lo sé, señora.

La voz de Ying era cordial e íntima. Luego detuvo el peine.

—¿Y si ella me lo impide? —preguntó—. Ésa no se preocupa de su belleza.

—No te lo impediré —repuso la señora Wu—. La pobre necesita ayuda, como la necesitan todas las mujeres. Y lo sabe ahora.

—Sí, señora —dijo Ying.

XIII

Tsemo volvió al quinto día del mes de la novena luna. La noticia llegó por telegrama a la ciudad y por un mensajero a la casa de los Wu, y el señor Wu le llevó personalmente la carta a la señora Wu. El señor Wu no entraba ya en los patios de su mujer sin motivo, y al verlo, ella comprendió que la visita era motivada por uno de sus hijos. El señor Wu le tendió la hoja de papel.

—Nuestro segundo hijo vuelve —dijo, con su ancha sonrisa de siempre.

Ella tomó la carta, la leyó y la miró y remiró. Era la primera vez que veía un telegrama. Sabía, porque André se lo había explicado en cierta oportunidad, que el papel mismo no era lanzado por los hilos como lo había creído ella. Ni siquiera se pronunciaban palabras. Se perforaban símbolos sobre una máquina y esos símbolos llevaban los mensajes.

—Los tambores de los salvajes, redoblados en la selva —había observado ella.

—Muchas de las cosas que hace el hombre sólo son el refinamiento de lo salvaje —había respondido él.

La señora Wu recordó estas palabras al meditar sobre el telegrama.

—Debemos prepararnos para una fiesta de bienvenida —dijo en voz alta.

—Invitaré a todos mis amigos —declaró el señor Wu.

La señora Wu procedió a trazar los planes.

—También debiéramos dar una fiesta para los empleados del taller y los agricultores.

—Todo..., todo —declaró él, con su gran gesto señorial.

Ella lo miró desde debajo de sus párpados entornados. Su marido había vuelto a su viejo yo. Jazmín le había beneficiado. El señor Wu tenía nuevamente conciencia de su valor. Su fracaso consigo mismo, porque a su modo le habían mortificado el apartamiento de ella y su fracaso con Ch'iuming, le habían hecho daño. Era uno de esos hombres que necesitan sentirse constantemente victoriosos con sus mujeres. ¡Qué bien lo sabía ella, para quien durante años había sido un deber el éxito de su esposo! Pero Ch'iuming era joven e ignorante y no comprendía esas cosas, y Jazmín, a pesar de toda su hipocresía, era lo bastante sincera en aquel asunto que le permitía ganarse su arroz y su techo. La señora Wu se sentía en la intimidad de su corazón culpable de negligencia y frialdad y también desdén. Le avergonzó un poco semejante malignidad, aunque antaño la habría aceptado como su parte de la naturaleza humana.

—No soy una mujer sin pecado —le había dicho antaño a André—. Esto es, si he de aceptar su medida del pecado..., el pensamiento secreto, el impulso escondido. Puedo alcanzar la rectitud externa, pero... ¿quién puede dominar el corazón?

—Unos pocos pueden hacerlo también —había replicado él—. Usted es una de esas pocas personas.

Ella sabía que, si quería seguir a su lado, debía alcanzar las cumbres donde él

vivía. Él no bajaría hasta ella.

De modo que habló pacientemente con el señor Wu, que era el padre de sus hijos.

—Que todo sea como lo quieras.

Él se inclinó hacia delante, con las manos sobre las gordas rodillas, sonriendo. Bajó la voz para hablarle en confianza.

—Quizá no sepas que Tsemo es mi hijo favorito. Por eso me irritó siempre el hecho de que su mujer fuese irascible. Tsemo debió casarse con una mujer suave y razonable.

La señora Wu no pudo ocultar todos sus dardos.

—Confunde un poco a Tsemo —dijo.

En sus propios oídos, su voz sonó demasiado argentina y aguda.

—Es inteligente. Rulan también lo es. Compruebo que mi opinión sobre ella mejora de día en día.

El señor Wu parecía alarmado, como siempre que se mencionaba la inteligencia, y dio marcha atrás precipitadamente.

—Bueno —expresó, con su tono habitual—. Creo que tienes razón. Entonces..., ¿serás tú quien arregle las cosas, o yo?

—Yo dispondré lo que debe hacerse en la casa, y tú invitarás a los huéspedes y decidirás los vinos —dijo la señora Wu.

Se saludaron y separaron, y ella comprendió, cuando su marido se fue, que entre ellos sólo había existido el vínculo de la carne. Él le inspiraba repulsión. Sin embargo..., ¿no habían cumplido ellos, acaso, con el mismo deber del cual le hablara a Rulan? Habían continuado la familia a través de su generación, habían satisfecho los instintos de su especie y hecho esto se habían liberado el uno del otro. Ahora ella sabía que, así como André había descubierto para ella el sobrante de su yo individual, Jazmín había hecho lo mismo con el señor Wu. No se había roto vínculo alguno, la casa seguía sin cambios y la posición de ellos allí era la misma. Advirtió cuán sabia había sido al traer a Jazmín bajo aquel techo, aquel techo lo bastante amplio para abarcar hasta a la gente de menor cuantía de la casa de los Wu. El máximo pecado de dar a luz un niño innominado e ilegítimo no pesaría sobre su conciencia. Los hijos de Jazmín tendrían su lugar en el orden humano.

Sintió que la paz descendía sobre ella al seguir atendiendo a sus deberes de la jornada. Aquel día no tenía tiempo para ella. Envió por el cocinero y el administrador y el camarero principal, envió por las criadas y las costureras. Debía inspeccionar la ropa de los niños y pensar en los que necesitaban ropa nueva. Yenmo, su hijo menor, debía volver del campo.

—Es hora de que mi cuarto hijo vuelva —le dijo al administrador de las tierras—. Los asuntos de la familia son ahora claros.

El administrador se echó a reír.

—Señora, ese hijo será quien maneje las tierras después de usted. Nuestro joven señor mayor se desenvuelve bien en los talleres, pero el cuarto señor menor está

hecho para la tierra.

La señora Wu no había visto a su cuarto hijo desde hacía muchos meses y tenía ciertas dudas sobre él. Durante los años de transformación del niño en hombre, todos los varones eran iguales, había dicho siempre ella. Bastaba con alimentarlos, enseñarles las mismas cosas, vivir mucho al aire libre, apartarlos de los garitos y burdeles y de las disensiones familiares. Por este motivo, ella había mandado a Yenmo al campo para que viviera con los primos rurales y los agricultores. Ahora su hijo debía volver y ella podría apreciar su valor.

—Prepara las dos pequeñas habitaciones del patio Este de mi hijo mayor —le ordenó a Ying—. Ahora están llenas de cajas y de cosas inútiles y nadie las usa. Que las use Yenmo. Serán tuyas hasta que se case.

En realidad, Yenmo debía ser instalado cerca de su padre, pero ella no lo permitiría. Tampoco quería tener demasiado cerca de sí misma a aquel sincero y robusto joven en pleno desarrollo. Pero Liangmo y Meng serían buenos con él y los niños se alegrarían de su compañía.

Así, todo quedó preparado. Lo último que hizo personalmente la señora Wu fue examinar a Rulan. Era el día del regreso. Tsemo llegaría después del mediodía, pero nadie sabía a qué hora, ya que llegaría en barco. Desgraciadamente, no se podía enviar el automóvil a buscarlo, ya que la carretera era muy angosta y los agricultores ponían el grito en el cielo si sus grandes ruedas corrían por sus tierras. De modo que el automóvil seguía guardado en el aposento especial de costumbre, junto a la verja, y causaba asombro y maravilla a todos los que lo veían, pero en realidad era de muy poca utilidad. Con todo, el señor Wu se habría sentido muy retrógrado y anticuado si no lo hubiese comprado y hasta para Tsemo era un consuelo decir negligentemente en rueda de amigos: «El automóvil extranjero de mi padre...».

De modo que Rulan se presentó ante la señora Wu, muy dócil y tímida. Se había puesto un vestido nuevo rojo oscuro y aquel firme color era adecuado a su piel pálida y a su boca escarlata. La señora Wu aprobó su corte ajustado, su longitud y no mencionó la brevedad de las mangas, ya que Rulan tenía bellos los brazos y las manos. Le ordenó a Ying que abriera su joyero y escogió en él un grueso anillo de oro con rubíes. Puso el anillo sobre el dedo medio de la mano derecha de Rulan y ésta alzó la mano para admirarlo.

—Por lo general, madre, los anillos me disgustan —dijo—. Pero éste me agrada.

—Te sienta bien —dijo la señora Wu—. Y lo que le sienta bien a una mujer, la hace hermosa.

Rulan acababa de lavarse la cabellera, pero no se la había aceitado y caía sobre sus hombros con la suavidad de la seda no tejida. Ying la había recortado de un modo parejo. El cabello suelto era una moda flamante de las muchachas y a la señora Wu no le gustó. Se habría quejado si Meng hubiese imitado a Rulan. Pero vio que su suavidad destacaba el rostro de Rulan y tampoco hizo ninguna objeción. Todo lo que hacía hermosa a una mujer, debía ser aceptado.

—Abre la boca —le ordenó a Rulan.

La muchacha abrió la boca y la señora Wu la examinó. Era roja y limpia como la de una niña y los dientes eran blancos y sanos. Aquella boca exhalaba un aliento fresco y dulce.

La señora Wu alzó la falda de la muchacha y examinó la ropa interior. Ésta era limpia como la nieve, perfumada y con bellos adornos.

Alzó las manos de Rulan y olió las palmas. Estaban perfumadas y el cabello también lo estaba, y de su cuerpo se desprendía el delicado perfume que ella misma había usado antaño.

—Me parece bien, hija mía —dijo con benevolencia la señora Wu—. Tu cuerpo es, en mi opinión, impecable. No puedo examinar tu corazón ni tu mente... Tú misma debes hacerlo por mí. El cuerpo es lo primero, pero lo demás es lo que perdura.

—No he olvidado una sola palabra de lo que usted me dijo —respondió Rulan, solemnemente.

Tsemo era esperado de un momento a otro en el curso de las cuatro o cinco horas siguientes, pero... ¿a quién se le podía ocurrir que, mientras sucedía todo esto en la casa de los Wu, el joven se estaba acercando por el cielo y no por el agua? Así, en vez de llegar a la tierra por el río, Tsemo bajó del cielo y tocó tierra junto a las bajas murallas de la parte sur de la ciudad. Cuando su oficial superior de la capital se había enterado de su regreso, la gravitación de la familia Wu en aquella provincia era tal que lo había enviado en un avión del Gobierno, con su piloto.

El piloto se mostró preocupado al dejar a su pasajero en pleno campo, sin que nadie estuviese cerca para recibirlo. Pero Tsemo se rió de él.

—Ésta es mi ciudad natal —dijo—. Sabré encontrar el camino de mi casa.

De modo que el avión volvió a subir y Tsemo echó a andar tranquilamente hacia su casa, y todos lo miraron admirados y saludaron al pasar y le preguntaron cómo había llegado; sus ojos se dilataron de asombro y la sorpresa los dejó mudos cuando él dijo:

—Vine a través del aire.

Los niños y mirones ociosos se le adelantaron para anunciarle a la gente de la casa de la señora Wu que venía el segundo señor, pero Tsemo caminaba con pasos tan largos y vigorosos que llegó pisándoles los talones.

La señora Wu y Rulan acababan de oír a la esposa del conserje, que había acudido corriendo a darles la noticia con voz entrecortada, cuando llegó el propio Tsemo. En realidad, debía visitar a su padre antes que a nadie, pero sin duda Liangmo le había informado en sus cartas sobre quién estaba en los patios de su padre y Tsemo no quería ver a ninguna mujer extraña antes que a su madre. De modo que visitó primero a la señora Wu y le turbó encontrar con ella a su propia esposa, Rulan.

El momento era embarazoso, ya que, según una antiquísima tradición, Tsemo no debía saludar a su esposa antes que a su madre. Con gran sorpresa de su parte, Rulan le ayudó. Retrocedió con donaire y le dio a su marido tiempo y espacio.

—Hijo mío, por fin has venido —fue el saludo de la señora Wu.

Tendió las manos y tanteó los brazos y hombros de Tsemo, como lo hacen las madres.

—Estás más flaco, pero más sano —dijo—. Más recio y más sano —añadió, mirando su rubicundo rostro.

—Me siento bien —dijo él—. Pero estoy muy ocupado..., ocupadísimo. Y tú, madre, tienes buen aspecto..., mejor que cuando me fui.

Esto y aún más se dijo entre ambos, y Rulan esperaba aún, de pie. Tsemo se maravilló de su paciencia. Era impropio de ella el ser paciente. Para mayor sorpresa de Tsemo, su madre retrocedió y extendió la mano y tomó la de Rulan e hizo adelantarse a la muchacha.

—Ha sido muy buena —dijo la señora Wu—. Ha sido obediente y se ha esforzado mucho y cumplido bien.

Nada podía agradarle más a Tsemo que este elogio de su esposa, hecho por su madre. Como todos los hijos de madres fuertes, necesitaba que ella alabara lo que él había hecho. La señora Wu nunca había elogiado hasta entonces a Rulan y ésta era una de las causas de la ira de Tsemo contra su mujer. La señora Wu lo comprendió. Vio el placer en el hermoso rostro de Tsemo, en su franca sonrisa, en sus brillantes ojos. Tsemo le dijo a Rulan unas cuantas palabras, frías, como correspondía en presencia de la generación más vieja.

—¡Ah!... ¿Estás bien?

—Gracias, estoy bien. ¿Y tú?

Tales fueron las pocas palabras que ambos se dijeron con los labios, pero sus ojos dijeron más. Porque Rulan alzó la mirada hacia los de él y él la vio bella como nunca, con el paño rojo del vestido muy ajustado en torno del cuello y dándole profundidad a su palidez dorada.

El joven apartó los ojos y se volvió hacia su madre, balbuciendo y sonrojándose.

—Madre, muchas gracias por haber dedicado tiempo a enseñarle a Rulan..., por haber dedicado tiempo a... a...

La señora Wu lo comprendió y le contestó:

—Hijo mío, por fin te diré: «Has elegido bien».

Vio asomar las lágrimas a los ojos de Rulan y una ternura desconocida inundó su ser. ¡Cuán impotentes eran los jóvenes a pesar de todas sus fanfarronadas y cómo necesitaban la aprobación de los viejos!

—Sea tierna con los jóvenes; no han pedido que se los deje nacer —le había dicho en cierta ocasión André.

La señora Wu recordaba muy bien esto, ya que ese día se había disgustado con Fengmo porque éste había vuelto tarde.

—Tampoco yo pedí que me dejaran nacer —había replicado.

André la había contemplado con aquella grande y profunda mirada tan suya.

—¡Oh, el haber sufrido no es motivo para que usted haga sufrir a los demás! —le

había dicho—. Sólo la gente mezquina y baja se toma represalias por el dolor. Sí, señora. Usted está demasiado arriba para hacerlo.

Ella había aceptado esto en silencio, ahogando su ira. André había proseguido, evadiéndose de ella al universo.

—¿Y qué sentido tiene el dolor —había meditado— si no nos enseña a nosotros, los fuertes, a impedirles sufrir a los demás? Se nos muestra qué es el deber, probamos su amargura, para inducirnos a echarlo del mundo. De otro modo, esta tierra misma sería el infierno.

Al recordar sus palabras, la señora Wu sintió un inconmensurable anhelo de hacer felices a aquellos dos seres en su casa. Tomó la mano de Rulan y la de Tsemo y las unió apretadamente.

—Has cumplido con tu deber conmigo, hijo mío —manifestó—. Llévala a tus patios y pasa a solas con ella tu próxima media hora. Sobrará tiempo para que vayas a saludar a tu padre.

Los miró alejarse, la mano en la mano aún, y se sentó, sonrió y fumó un rato su pipa de plata.

* * *

Durante los diez días siguientes, la casa fue un torbellino de fiesta. Todos los parientes próximos y lejanos querían ver a Tsemo y hablar con él y saber su opinión sobre la nueva guerra y el traslado del Gobierno al interior del país y sobre cuál sería, a su entender, el precio del arroz a causa de las perturbaciones, y sobre si los extranjeros blancos lucharían al lado de los enanos del Océano Oriental o contra ellos. Nadie pensaba en la derrota. El único interrogante era éste... ¿Habría una franca resistencia armada, o la secreta resistencia del tiempo? Tsemo, por ser joven, era partidario de la resistencia franca. El señor Wu, que nada sabía de aquellas cosas, compartía su opinión.

Pero la señora Wu, mientras estaba sentada en medio de la familia, escuchando, fumando su pequeña pipa, y saliendo sólo de su mutismo para ordenar que se llevaran a un niño a hacer aguas menores o para ordenarle a un criado que no hiciese ruido al servir el té o algo parecido, sabía que su convicción íntima era que sólo mediante la secreta resistencia del tiempo podrían ellos vencer a aquel enemigo como habían vencido a todos los demás. No era partidaria de que se les permitiera acudir en su ayuda a los pueblos extranjeros. ¿Quién le ayudaba en este mundo a un ser que no era de su misma sangre sin pedir mucho a cambio? Era injusto dar sin recibir, fuera de la familia.

Pero la señora Wu seguía en silencio. Sólo era una mujer, aunque la más respetada de todas las que vivían bajo aquel techo. Mucho antes, con aquella libertad que ella sólo conociera con André, ambos habían discutido sobre la naturaleza humana.

—Usted cree en Dios y yo creo en la justicia —había declarado ella—. Usted lucha por el uno y yo por la otra.

—Ambos son una y la misma cosa —había respondido él.

Ahora, sentada entre los miembros de su familia, la señora Wu sentía una honda soledad. André nunca había ido allí ni hubiera podido ir.

—Si esos extranjeros invaden nuestro país..., ¿podremos expulsarlos luego? —le preguntó súbitamente a Tsemo.

—Sólo podemos pensar en lo presente, día tras día —dijo él.

—Nuestro pueblo no es así —replicó ella—. Nosotros hemos pensado siempre a base de siglos.

—Dentro de algunos siglos, podremos expulsarlos a todos.

—En este sobrante del individuo —le había preguntado en cierta ocasión la señora Wu a André—, ¿figuran el color y la tradición y la nacionalidad y la enemistad?

—No —había contestado él—. Sólo hay etapas de desarrollo. En todos los planos se encuentran almas de todos los pueblos.

—Entonces —había preguntado ella—, ¿por qué hay guerra entre la gente y entre las naciones?

—Las guerras se producen entre las gentes de niveles menores —había contestado él—. ¡Observe, en toda nación, cuán pocos son los que realmente intervienen en la guerra, cuán a regañadientes combaten, con qué desgana! Son los no desarrollados quienes aman la guerra.

La señora Wu meditaba sobre estas cosas mientras Tsemo hablaba con vivacidad de regimientos y tanques y aviones de bombardeo y todas las cosas que para ella no tenían sentido. Finalmente, quedó ensimismada y bostezó de una manera tan ruidosa que todos se volvieron para mirarla y ella se echó a reír.

—Deben perdonarme —dijo—. Estoy envejeciendo y los pasatiempos juveniles de la guerra no me interesan.

La señora Wu se levantó y Ying se acercó presurosamente a ella y, asintiendo y sonriendo al despedirse, aquélla volvió a sus patios.

El undécimo día, Tsemo se fue. El avión volvió por él y esta vez una gran muchedumbre de gente de la casa y la ciudad se reunió para verlo levantar vuelo. La señora Wu no figuraba entre ellos. Todo lo que dijera Tsemo en el curso de aquellos diez días la había fatigado muchísimo. Le parecía una locura que un joven malgastara su vida en aquellas cuestiones de guerra y de muerte. Allí no había valor alguno, ni para la familia ni para él. La vida era la fuerza triunfante, y la respuesta al enemigo y a la muerte era vida y más vida. Pero cuando dijo esto, él se mostró impaciente con ella.

—¡Madre —exclamó—, tú no comprendes!

Ante este grito universal de la juventud, la señora Wu había sonreído y vuelto a sumirse en el silencio. Despidió a Tsemo con dulzura y frialdad, recibió sus palabras

de gratitud, y lo dejó ir. No lamentaba verlo marcharse de nuevo. Las conversaciones de su hijo habían hecho cundir el desasosiego por toda la casa y, sobre todo, le habían infundido temor a su hermano menor. Yenmo había vuelto, moreno y gordo como un campesino y con varias pulgadas más de estatura. Ella no le había dirigido la palabra fuera de los saludos corrientes, prefiriendo esperar a que pasara el alboroto y ella pudiese descubrirlo en la quietud. Pero vio que tenía miedo.

Estaba sentada a solas en su patio y Rulan fue allí cuando Tsemo se hubo marchado. La joven entró y se arrodilló junto a la señora Wu y puso la cabeza sobre sus rodillas. La señora Wu sintió que una tibia humedad bajaba por el raso de su vestido.

—¿Qué significan esas lágrimas? —preguntó con dulzura—. Parecen tibias.

—Hemos sido felices —murmuró Rulan.

—Entonces son lágrimas buenas —dijo la señora Wu.

Acarició suavemente a la muchacha y, a poco, Rulan se levantó, se secó los ojos, sonrió y se fue.

* * *

Si se pudiera conocer la vida con un momento de antelación..., ¿cómo se la podría soportar? La casa llena de fiestas y placer se vio sumergida en el curso de la misma hora en el más sombrío duelo. ¿Quién podría saber qué ocurrió en las nubes? A la media hora escasa de haber subido Tsemo ese día hacia el sol naciente, el administrador de las tierras franqueó precipitadamente las verjas de los Wu y lo siguieron todos los arrendatarios y agricultores de las tierras de éstos, lamentándose y rasgándose la ropa, y las mujeres soltándose el cabello. Inundó los patios un alboroto tal, que hasta la señora Wu lo oyó. Acababa de entrar en la biblioteca para quedarse un rato a solas al irse Rulan y oyó sollozos y advirtió que gritaban su nombre. Inmediatamente, adivinó lo sucedido.

Se levantó, y al salir del aposento se encontró con los demás en la verja de su patio. En primer término estaba el señor Wu, por cuyas mejillas resbalaban las lágrimas. Hasta se veía a Jazmín detrás de los demás, y a las huérfanas y a la vieja, y todos los criados y vecinos de la calle se agolpaban en las verjas.

—Nuestro hijo... —empezó el señor Wu, y no pudo proseguir.

El administrador recogió sus palabras.

—Vimos que el fuego bajaba en espirales del cielo en el campo, a lo lejos —le dijo a la señora Wu—. Corrimos para ver qué había pasado. Por desgracia, señora, sólo quedaban unos cuantos cables, un motor extranjero, algunos fragmentos de lo que no conocemos..., eso era todo. No quedó cuerpo alguno.

Estas palabras agobiaron a la señora Wu. Pero ésta las esperaba.

—Ni siquiera queda nada para enterrar —murmuró el señor Wu, que la miró perplejo—. ¿Cómo puede ser nada ahora lo que estaba vivo y era nuestro hijo?

La señora Wu sintió congoja por su marido, pero antes que nada pensó en Rulan.

—Ahora, en quien debemos pensar es en su joven esposa —le recordó al señor Wu.

—Sí, sí —asintieron todos—. Quizás ella lleve en sí la felicidad. ¡Qué suerte que ambos hayan pasado diez noches juntos! Si hay un niño, ustedes se sentirán consolados, señora, señor...

Las lágrimas del señor Wu se secaron ante esta nueva esperanza.

—Ve a verla —le ordenó a la señora Wu—. Consuélala... La dejamos contigo.

De modo que la señora Wu fue sola al patio donde Tsemo había vivido tan poco tiempo antes con su joven esposa y la multitud se dispersó lentamente. El señor Wu volvió a su patio con Jazmín y cerró la verja, y el administrador ordenó a los trabajadores que volviesen a las tierras. En cuanto a él, dijo, esperaba las órdenes de la señora Wu. Se sentó en el pabellón del conserje para esperar a que ella mandara por él.

Las niñas volvieron al templo y allí el viejo sacerdote quemó incienso y murmuró plegarias por el hijo muerto.

—En estos días las cosas se desarrollan con demasiada rapidez para nosotros. No hay tiempo de orar por los moribundos. Éstos viven y luego ya no viven, y eso es todo lo que sabemos. ¡Buscad su alma, oh vosotros, los que vivís, en los espacios celestiales! Halladlo entre los muchos y llevadlo hacia quienes lo conocerán y consolarán. Y cuando vuelva a nacer, permitid que nazca nuevamente en el seno de esta familia, a la cual pertenece.

Así oraba el viejo sacerdote.

* * *

En el patio donde había sido tan feliz, Rulan estaba sentada en el suelo, acurrucada junto a la señora Wu, oprimida la frente contra la mano de ésta, que tenía asida. Ambas guardaban silencio. ¿Qué se podían decir? Ambas mujeres estaban ligadas en el amor y en el dolor. La señora Wu ansiaba hablarle a Rulan de sí misma y de cómo había mirado a André muerto. Pero no podría decírselo, ni entonces ni nunca. El dolor de Rulan era peor que el suyo. Ella había sepultado el cuerpo de André, pero de Tsemo nada había quedado. Los vientos se habían llevado sus calientes cenizas, dispersándolas por la tierra. Los vientos le habían dado sepultura a su antojo. ¿Y qué más había quedado de Tsemo? Ella, la madre, conservaba el recuerdo de su nacimiento y de su niñez, de su adolescencia, de su entrada en la virilidad. Conservaba el recuerdo de su voz, el discutir y el exponer, de su rostro apasionado, lleno de energía, hermoso. Y ahora tenía el conocimiento de su muerte. Lo que había existido entre ella y su hijo pertenecía exclusivamente a los dominios de la carne y sólo sobrevivía en el recuerdo de su propia carne.

Pero... ¿qué le quedaba a Rulan? ¿Habían llegado Tsemo y ella, durante aquellos

diez días, más allá de la carne? ¿Poseía ahora firmemente la joven esposa lo que no tenía la madre?

Rulan fue la primera en moverse, en ponerse de pie, en secarse el rostro y dejar de llorar.

—Le estaré eternamente agradecida, madre —dijo—, porque durante esos días no reñimos ni una sola vez.

—¿Has aprendido ahora a estar sola? —preguntó la señora Wu.

Admiraba mucho a la joven y sentía que su amor se intensificaba.

—Sí —dijo Rulan—. Cuando haya estado sola durante algún tiempo, madre, vendré y le diré lo que debo pedir para mí...

—Mis puertas estarán siempre abiertas para ti —replicó la señora Wu.

Se levantó, aceptando la ayuda de la mano de Rulan. Aquella mano estaba caliente, pero era fuerte y los dedos no temblaban.

—Noche y día —añadió la señora Wu— mis puertas estarán abiertas para ti.

—No lo olvidaré —dijo Rulan.

Al alejarse, la señora Wu oyó que la puerta del patio de Tsemo se cerraba en pos de ella. Se detuvo y se volvió a medias. ¿No se estaría encerrando la muchacha para causarse algún daño? No, concluyó; ello no sería propio de Rulan. La muchacha se quedaría sentada a solas y se tendería a solas, insomne en su lecho, y sola volvería a la vida también, de un modo u otro. De haber vivido Tsemo, se dijo la señora Wu, ellos habrían reñido sin cesar. La gracia de los diez días no hubiera podido durar. Rulan y Tsemo eran demasiado iguales y se amaban con demasiada violencia. Cada cual quería subyugar al otro y ninguno de ellos podía permitir la libertad. Pero en adelante vivirían en paz eternamente.

—¡En paz! —murmuró.

Era la más dulce de las palabras que habían rozado una lengua humana.

Aunque no existía un cadáver que llorar, el duelo duró el número reglamentario de días en la casa de los Wu. Trajeron y prepararon un ataúd y se colocaron en él las cosas de Tsemo que él más amaba, y el ataúd fue cerrado y sellado. El día de los funerales fue fijado por los adivinos de la ciudad con todo lo necesario para el duelo, y aquéllos se efectuaron. El ataúd de Tsemo fue sepultado en el cementerio de la familia, en las tierras de sus antepasados y su lápida fue colocada en el panteón de éstos, entre los que habían muerto en el siglo precedente.

Mientras se hacía esto, la señora Wu dejaba que el dolor desbordara en todas partes. También ella lloraba al difunto y en su duelo aceptaba la ayuda de su amiga la señora Kang. Entre ambas casas existía muy poca relación. La señora Wu lo había notado durante meses, pero sin sentirse inclinada a remediar el asunto. Su propia preocupación íntima, su constante recuerdo de André, la habían alejado de su amiga. Además, seguía recordando con repulsión aquella noche de parto.

Pero la pérdida de un hijo era hartamente grave para que perdurara un distanciamiento y ambas mujeres se habían acercado nuevamente, aunque sin volver a la intimidad, y el

propio señor Kang concurrió a los funerales. De no haber mediado la muerte, la señora Kang no habría entrado en la casa de los Wu con tan buena voluntad. Pero desechó todo lo demás y acudió con su cordialidad de antaño al patio de la señora Wu, llorando a lágrima viva al entrar.

—Nuestros hijos crecieron juntos —exclamó—. ¡Y parece que ha muerto uno de mis propios hijos!

La señora Wu sabía que esto era sincero y le dio la bienvenida a su amiga y ambas permanecieron sentadas juntas durante algún tiempo, como antaño, y la señora Kang insistió en vestir luto durante la procesión fúnebre.

Con todo, la señora Wu sabía que aquella amistad ya no existía. Ella había penetrado harto profundamente en la vida privada de su amiga. La señora Kang nunca podría perdonárselo, a pesar de su gratitud. Expresó esta gratitud libremente.

—Si no hubieses ido aquella noche, hermana mía, yo habría muerto. Mi vida es tuya.

Pero había timidez en su mirada al hablar y la señora Wu sabía que, aunque le agradecía el estar viva, no le agradecía su presencia allí, en la hora de su mayor debilidad. En un rinconcito de su alma, la señora Kang envidiaba un poco a la señora Wu y la señora Wu lo sabía. No culpaba a su amiga, pero íntimamente se apartaba de ella. Comprendía perfectamente que, aunque la señora Kang se afligía con toda sinceridad por la muerte de Tsemo, no lamentaba del todo el que la casa de los Wu hubiese perdido un hijo. Semejante dolor le permitía sentirse algo superior a su amiga. Antaño, la señora Wu se hubiera sentido irritada, pero ahora ya no. Comprendía la debilidad de la señora Kang y no la culpaba.

—¿Hemos de tolerar la estupidez y la malicia de los pequeños? —le había preguntado a André mucho antes.

—Sí, porque destruirlos equivaldría a destruirnos nosotros mismos —había replicado él—. Ninguno de nosotros es a tal punto mejor o más sabio que cualquier otro como para destruir a un solo ser sin destruir algo de sí mismo.

—¿Cómo hemos de soportarlo, pues? —había preguntado ella.

Recordó, con dolor, al retoño de una criada de la casa, expulsado de la vida con el consentimiento de su propia madre. Se trataba de una niña, deforme e imbécil. Ying había informado a su señora sobre el nacimiento y luego había levantado la mano con el pulgar extendido, y la señora Wu había hecho un gesto de asentimiento.

—Ninguno de nosotros puede permitirse arrebatarse la vida al más pequeño de los seres —había objetado André.

En esa oportunidad, ella no había tenido ánimos para hablarle de la criatura. Ahora, sentada en su silla de manos, en la procesión de los funerales de su hijo, hubiera querido decírselo a André. El recuerdo de la niña muerta pesaba sobre ella en aquel momento, cuando acababa de perder a su hijo. Sintió un aletazo de superstición, algo así como si el mal anterior hubiese provocado el siguiente. Luego desechó la superstición. No creía en semejantes causas. Fuera del alma misma, todo

era obra del azar. Sólo en el alma había causa y efecto. ¿Qué efecto le había causado la muerte de la niña? Ninguno, concluyó, ya que entonces ella no había comprendido lo que estaba haciendo. Ahora, al comprender, no aborrecería a su vieja amiga, por poco inteligente que fuese.

«Tampoco pueden obligarme a seguirla queriendo», pensó la señora Wu, algo rebelde.

Esta rebelión le recordó nuevamente a André y un episodio ocurrido entre ellos. André había estado leyendo algunas frases de su libro sagrado.

«Ama a tu prójimo como a ti mismo», leyó lentamente.

—¡Ama! —había exclamado ella—. La palabra es demasiado fuerte.

La señora Wu había mostrado siempre harta severidad en su juicio acerca del libro sagrado de André, celosa quizá de que lo leyera tanto y confiase tanto en su sabiduría. Pero él se había mostrado de acuerdo con ella. La señora Wu vio erguirse bruscamente su poderosa cabeza.

—Tienes razón —había dicho André—. «Ama» no es la palabra. Nadie puede amar a su prójimo. Digamos, más bien: «Conoce a tu prójimo como a ti mismo». Esto es, advierte sus penurias y comprende su posición, trata sus faltas con la misma indulgencia que las tuyas propias. No lo juzgues en lo que no te juzgarías a ti mismo. Señora, éste es el sentido de la palabra amor.

André había seguido leyendo con su voz suave, voluminosa y plena de gravedad, cuyo sonido repercutía continuamente en los oídos de la señora Wu.

El día de aquellos funerales era demasiado bello para una muerte joven. El agua de los estanques estaba límpida, y el sol era tibio y cantaban muchos pájaros. La señora Wu vio todo aquello por la ventanilla de su silla de manos y se sintió más triste aún. Pensó en Rulan, cuya silla de manos seguía a la suya, y miró por el vidrio de la ventanilla trasera para saber si también la joven miraba aquello. Pero la cortinilla de la silla de Rulan estaba corrida y los pensamientos de la señora Wu volvieron a girar en torno de su hijo muerto. ¿Qué sensaciones habría experimentado Tsemo al hallar la muerte en el cielo, entre las nubes? ¿Había sabido con quién se encontraba? Se sintió identificada con Tsemo, jubiloso con la velocidad y la libertad del aire. Luego la máquina había sufrido el percance. Tsemo había confiado demasiado en las máquinas.

Ella le había dicho ansiosamente, antes de su partida:

—¿Estarás seguro cuando te sostenga solamente esa máquina extranjera?

Tsemo se había reído de su ignorancia.

—¡Madre, son mágicas!

Eso había dicho su hijo, pero la magia había fracasado. A Tsemo sólo le habían quedado, quizás, unos pocos segundos para condensar todo lo que constituía su vida. La señora Wu vislumbró su terror y su ira, y luego su fin. Contra la infinidad del cielo, su cuerpo lanzado con violencia hacia la tierra. La señora Wu inclinó la cabeza y se cubrió los ojos con la mano.

Los funerales se efectuaron en la forma usual. En la familia se habían oficiado muchos funerales y ella debía soportar con entereza uno más, aunque fuese el de su propio hijo. Un día del verano anterior, el ataúd de La Vieja Señora había sido sacado del templo donde esperaba y traído allí, también, a las tierras de la familia. Le habían puesto una lápida de mármol, más pequeña que la del Viejo Señor, pero que se parecía. Junto al sitio donde yacía El Viejo Señor, quedaba espacio para el señor Wu y junto a éste para ella y luego para Liangmo y Meng. Después de todos ellos habían cavado ahora la fosa para el vacío ataúd de Tsemo y lo bajaron a la tumba, sacrificaron el gallo blanco y derramaron su sangre y quemaron los utensilios de papel. Habían hecho un avión de papel y también éste fue reducido a cenizas. Cuando terminó todo esto, rellenaron la fosa y en su montículo, formado por un gran terrón de tierra modelado, se pusieron blancos gallardetes de papel. Los funerales habían terminado y la familia volvió y dejó allí a los plañideros contratados, que se lamentaban aún.

* * *

Sola en su aposento por la noche, la señora Wu apreció las verdaderas dimensiones de su dolor. No había querido la compañía de nadie cuando todos volvieron a casa. El señor Wu, lo sabía, buscaría inmediatamente alguna diversión. Rulan sufriría algún tiempo, pero acabaría por curarse. Pero la señora Wu se quedó tendida en el lecho y pensó en su segundo hijo y en el vacío que había dejado en la casa de los Wu y en todos los hijos que habría podido engendrar Tsemo y que ahora no nacerían ya. Lloró a éstos. Le causaban profunda congoja todos los sitios vacíos de las generaciones. Cuando un joven muere, muchos mueren con él. Maldijo a las peligrosas máquinas de los extranjeros y todas las guerras y prácticas que les arrebataban la vida a los jóvenes. Se culpó a sí misma de no haber retenido en aquella casa a todos sus hijos, para que vivieran allí hasta el fin de sus vidas.

Vio el gran perfil de André contra el oscuro telón de su mente. Ambos habían discutido en cierta oportunidad el asunto de las enseñanzas dadas a Fengmo.

—Enséñele a mi tercer hijo, pero no le enseñe cosas que separen a su corazón de nosotros —le había dicho ella a André.

—Señora —había exclamado el sacerdote—, si usted aprisiona a su hijo, Fengmo se escapará de usted con toda seguridad; y cuanto más lo retenga, más se alejará de usted.

—Te equivocas —le dijo la señora Wu al rostro recortado, tan nítido por contraste con la negrura de su oculto cerebro—. Yo no lo aprisioné y es él quien se ha marchado más lejos que nadie.

La mañana la despertó tan temprano como siempre y el día era tan diáfano como el anterior. La señora Wu se levantó, desasosegada. El día anterior el campo había sido tan bello en medio de su dolor, que anhelaba franquear los muros. Pero... ¿qué

pretexto tenía para abandonar la casa de duelo? Empezó a pasearse por sus aposentos, no queriendo irse ni tampoco quedarse. La casa estaba en silencio y todos dormían tarde después de las fatigas y de la jornada anterior. Ying entró a deshora, pálida y sin su locuacidad habitual, y sus párpados estaban enrojecidos. Cumplió con su deber y la señora Wu la despidió y entró en su biblioteca y tomó sus libros.

El aire penetró por las ventanas abiertas con tanta dulzura, que ella lo sintió sobre su piel como un bálsamo fragante.

Al mediar la mañana la despertaron unos pasos y alzó los ojos y vio en el patio a Yenmo, su cuarto hijo.

Yenmo la saludó con un ademán vigoroso, casi descortés, pero ella no se lo reprobó, sabiendo que había aprendido sus modales entre los campesinos.

—Entra, hijo mío —le dijo bondadosamente.

Sintió en su suave palma la joven y tosca mano de su hijo. Y lo advirtió con asombro: Yenmo era tan alto como ella.

—Estás creciendo muy rápidamente —dijo, con burlona queja.

Yenmo no se parecía a sus demás hijos. Ni sus palabras ni su sonrisa estaban prontas. Pero vio que en sus ojos había serenidad y que no era tímido. Lo que pasaba, simplemente, era que Yenmo no sentía la necesidad de gustarle a nadie. La señora Wu soltó su mano y Yenmo quedó parado ante ella, en su túnica de algodón azul, los pies calzados con zapatos de suela de paño.

—Madre —dijo—, quiero volver al campo. No deseo vivir aquí.

Parecía tan fuerte y sano, sus ojos eran tan redondos y negros, y su recortado cabello tan tieso y sus dientes tan blancos, que la señora Wu sintió fuertes tentaciones de reír.

—¿Hasta dónde has llegado en tus lecturas? —preguntó.

—Estoy en el quinto año de los Nuevos Libros de Lectura y he leído el libro de los Cambios —contestó Yenmo.

Era suficiente para su edad.

—Pero... ¿no debieras estudiar algo más, ahora que has terminado la escuela de la aldea? —inquirió ella.

—Detesto los libros —replicó él inmediatamente.

—¿Detestas los libros! —repitió ella—. ¡Ah, serás como tu padre!...

Yenmo enrojeció y se miró los pies.

—No, madre —declaró—. No me pareceré a nadie. Y, si no vuelvo a la tierra, me escaparé.

La miró y volvió a bajar los ojos, y a pesar de su tristeza, ella se echó a reír.

—¿Acaso le he dicho alguna vez a alguno de mis hijos que no podía hacer lo que deseaba? —preguntó.

—Estas paredes son tan altas... —se quejó el muchacho.

—Sí, son muy altas —asintió ella.

—Quiero irme ahora —dijo Yenmo.

—Iré contigo —dijo ella.

Yenmo la miró con aire de duda.

—¿Dónde dormirás? —preguntó.

—¡Oh, volveré esta noche! —declaró la señora Wu—. Pero convendrá que vaya y vea la tierra y que vea también personalmente el lugar donde te quedarás, y hable con tu maestro, y luego mi corazón se quedará contigo.

De modo que él fue a prepararse la ropa y la señora Wu ordenó que aprestasen su silla de manos y se negó a llevar consigo a Ying.

—En el campo nadie podrá hacerme daño —dijo, al ver que los ojos de su doncella se dilataban de asombro.

Partieron juntos, ella en su silla de manos y Yenmo en un jaco gris que era su favorito, y así atravesaron las calles y todos sabían quiénes eran y adonde iban, y retrocedían respetuosamente ante ellos como corresponde ante gente de la nobleza.

Apenas hubieron franqueado las murallas de la ciudad, la señora Wu sintió que el ancho y sereno espíritu del campo descendía sobre ella y poco a poco su desasosiego la abandonó. Aquel día desechó todo lo demás y observó el fuerte y firme cuerpo de su cuarto hijo a horcajadas de su caballo, que avanzaba al galope delante de ella. El muchacho montaba bien, aunque sin gracias. Estaba sentado tan pesadamente sobre su silla de montar como si formara parte del animal, elevándose y bajando con el andar de su cabalgadura. Pero Yenmo era intrépido y hacía girar en la mano su fusta de cris y cantaba al galopar. Evidentemente, era feliz y ella decidió darle a su hijo lo que podía hacerlo feliz. Le alegraba el que para aquel hijo, como para Liangmo, la felicidad existiera dentro de los límites de la familia.

De modo que la señora Wu se pasó el día en la aldea principal, almorzando en la casa del administrador y escuchando a todos los que acudieron a visitarla. Algunos llegaban con expresiones de gratitud y otros con quejas, y ella los recibía a todos. La jornada era grata. El espíritu de la señora Wu se sentía vitalizado por la sencillez del pueblo. Aquella gente era honrada y astuta y no ocultaba sus pensamientos. Las madres llevaban a sus niños a verla y ella alababa su salud y buen aspecto. Inspeccionó las tierras próximas a la aldea y examinó la semilla reservada para diversas cosechas. Atisbo el interior del pozo y convino en que era poco profundo y en que necesitaba ser cavado nuevamente, y contó las tinajas de estiércol preparadas para abonar los campos de coles. Fue a la escuela y habló con el viejo erudito que hacía las veces de maestro y lo sorprendió y alegró con su presencia. Se echó a reír cuando el maestro pretendió elogiar la puntualidad de Yenmo y le manifestó saber que su hijo no gustaba en los libros. Inspeccionó el cuarto donde dormía Yenmo en la casa del administrador, un cómodo espacio con tabiques de tierra, una ancha cama y cobertores limpios. Luego, antes de la puesta del sol, se despidió de él y volvió a subir a la silla de manos.

Ahora, al quedarse sola, hizo algo que ansiaba hacer desde muchísimo tiempo antes. En la ladera vio el gran gingko bajo el cual había sido sepultado André. Si se

detenía allí sin dar una explicación, la noticia produciría un efecto extraño en el campo y en la ciudad y en la casa, ya que todos hablaban de sus idas y venidas y nada de lo que ocurría en la familia de los Wu podía pasar inadvertido. De modo que les dijo audazmente a los portadores de la silla de manos:

—Llévenme a la tumba del sacerdote extranjero que fue maestro de mi hijo. Quiero presentarle mis respetos, ya que está aquí y no hay una sola persona que llore por él y paso tan cerca...

Los portadores la llevaron allí sin asombrarse, porque les inspiró admiración tal cortesía y la señora Wu bajó de su silla de manos a cierta distancia de la tumba, para poder estar sola. Recorrió sin compañía un angosto sendero a campo traviesa, que subía por la baja colina y llegaba a la sombra del ginkgo. El viento nocturno agitaba las pequeñas hojas en forma de abanico del árbol y éstas proyectaban las sombras del sol poniente sobre el terraplén de tierra que circundaba la sepultura y cerró los ojos y lo evocó. André llegó con toda su agilidad de antaño, la sotana volandera en torno de los pies, la barba agitada por el viento. Sus ojos seguían vivos y ardientes.

—Esa barba —murmuró ella, entre burlas y veras— me ocultaba tu rostro. Nunca vi tu mentón y tu boca.

Pero él, por lo demás, siempre había ocultado su cuerpo. La sotana parda ocultaba las anchas líneas de su enorme figura y sus grandes e informes zapatos de paño ocultaban sus pies.

—Tus pies —murmuró ella, sonriendo—. ¡Cómo se burlan de ellos las niñas!

Era cierto. A veces, cuando iba a visitar a las expósitas al anochecer, y solía ir muy a menudo, ellas le decían cuán enormes eran las suelas de los zapatos de André. Medían el espacio con sus manecitas.

—Así... Así... —le decían a la señora Wu, riendo.

La vieja había cortado las suelas y las palas valiéndose de desechos y trapos y había hallado el paño entero necesario para revestirlas.

—¡Qué difícil me resultó coserlo! —le había dicho a la señora Wu.

—Pero todas le ayudamos —le recordaron las niñas.

—Todas me ayudaron a coser —había convenido la vieja—. Hasta las más pequeñas impulsaron la aguja un par de veces mientras yo sostenía el paño.

De modo que la señora Wu se quedó sentada un rato y pensó en él, y luego volvió a su casa y sintió que la gratitud le agrandaba el corazón. En su vida le había sido concedido el don de conocer y aun de amar a un ser integralmente bueno.

* * *

A los pocos días presentóse un artífice de un taller de la ciudad, portador de una obra suya. Sobre un pequeño fragmento de alabastro había pintado el retrato de André.

La señora Wu lo contempló algo asustada. «¿Por qué me lo habrá traído a mí?»,

se preguntó. No podía creer que otros conocieran su vida íntima, y, sin embargo, sabía la extraña sabiduría de los iletrados.

—Lo hice por mera buena voluntad para con ese hombre —dijo con ingenuidad el artífice—. En cierta ocasión, cuando teníamos dificultades en la casa y yo había perdido mi trabajo, él nos dio de comer y cuidó de nosotros hasta que pudimos salir del paso. Fue entonces cuando hice ese retrato suyo, para que no se me olvidara jamás su rostro. Pero ayer la madre de mis hijos me dijo: «¿No te parece que debiéramos poner esto en el templo de los Wu, donde viven ahora las expósitas, para que puedan recordarlo como su padre?». Por eso lo he traído.

El corazón de la señora Wu se tranquilizó. El regalo no era para ella. Puso el alabastro sobre la mesa. Aquel hombre había hecho un pedestal de madera tallada para sostenerlo y allí estaba el retrato de André. El pintor había captado la semejanza, a pesar de haberle añadido algo que no era enteramente suyo, con aquellos ojos algo vueltos hacia arriba en las comisuras, las manos demasiado finas y la figura harto esbelta. Pero, de todos modos, se trataba de André.

—¿Qué debo pagarte por esto? —preguntó la señora Wu.

—Es un regalo —respondió el artífice—. No puedo venderlo.

—Entonces lo aceptaré por las niñas —dijo la señora Wu.

Y así lo hizo y el hombre se fue. La señora Wu conservó el cuadro durante un día en su poder y al anochecer lo llevó al templo. Las niñas estaban cenando y su mesa estaba colocada delante de los dioses custodios de las puertas. La señora Wu se detuvo en el umbral y admiró el espectáculo. Altas velas rojas ardían en los candeleros, debajo de los dioses, y el incienso del altar se elevaba en rizadas volutas que formaban perfumada nube. A través de la luz y del humo que surgían entre los cabrios, los grandes dioses de arcilla pintada contemplaban a las niñas que estaban a sus pies.

Por entonces, las niñas estaban habituadas ya a su nuevo hogar. Al principio, habían temido a los dioses, pero ahora los olvidaban ya. Comían y charlaban; la vieja y el anciano sacerdote les servían, y las mayores ayudaban a las menores. Cuando vieron a la señora Wu, se alzó un clamoreo; ella se detuvo sonriendo y recibiendo su bienvenida. Había allí algo extraño. Ella había rehuido a menudo el contacto de sus propios hijos cuando pequeños y a veces le había desagradado hasta el roce de sus manos. Pero nunca apartaba de sí a aquellas niñas. No eran parte de su carne ni de la de André, sino que eran de él por elección de su espíritu, y cuando ella estaba en compañía de las niñas, estaba con él. Ignoraba si agregaría alguna vez otra niña a las ya existentes. Quizá lo hiciera, quizá no.

Levantó el retrato bien alto, para que todas pudieran verlo.

—Tengo un regalo para vosotras —dijo.

Las niñas le abrieron camino y ella se adelantó y dejó el retrato de alabastro sobre la mesa, debajo de los dioses y delante de la gran urna de incienso de peltre. Y André quedó erguido allí y las miró, y las niñas lo miraron. En el primer momento reinó el

silencio, porque ellas sólo querían verlo. Luego comenzaron a hablar con suspiros y murmullos y gorgoteos de risa.

—¡Ah...! Es nuestro padre. ¡Ah, es él...!

De modo que se quedaron mirando absortas y ansiosas, y la señora Wu dijo con dulzura:

—Ahí él estará siempre con vosotras y podréis ver su rostro todos los días y de noche antes de conciliar el sueño.

Luego les mostró lo escrito del otro lado. El artífice había cincelado cuatro palabras en la piedra y pintado las líneas de negro. Las palabras eran «Un honrado corazón extranjero».

Después de habérselas mostrado, la señora Wu volvió el retrato a su lugar y a partir de entonces quedó allí.

Al volver a sus patios, la señora Wu recordó que no había visto a Ch'iuming en el templo. Se lo dijo a Ying aquella noche.

—Le permití a nuestra segunda señora que viviera en el templo con su hija, pero no la he visto.

A lo cual, Ying respondió:

—Ch'iuming vive allí, señora, pero sale a menudo para conversar con su segunda nuera. Han trabado amistad y son como hermanas y se consuelan mutuamente, porque desde que vino esa tercera mujerzuela nuestra segunda señora puede considerarse viuda. Nuestro señor jamás deja la pipa sobre su mesa.

A esto, la señora Wu no contestó. Imperturbable, meditó, mientras Ying untaba sus carnes con aceite después del baño. En su casa grande, los corazones gemelos se encontraban siempre inevitablemente y se ligaban con un vínculo de su propia hechura. Si Ch'iuming podía consolar a Rulan, que así fuera. Quizá se pudiera inducir también a Rulan a trabajar por las niñas del templo y posiblemente encontrara consuelo en ellas. Las niñas, por cierto, debían ser educadas de un modo u otro. André hubiera querido que aprendiesen a leer y escribir, y debían aprender a coser y a cocinar y prepararse para la vida corriente de los hombres y mujeres en todas partes del mundo. La señora Wu se fue a dormir trazando planes para aquellas niñas y pronta a crearles una escuela bajo su propio techo. Pero era uno de esos seres que no dan un solo paso precipitadamente. Todo lo que hacía estaba planeado y claro, y dejó transcurrir los días.

XIV

Al año siguiente, llegó nuevamente de Ultramar un telegrama de su tercer hijo, Fengmo. El señor Wu lo recibió y se lo envió a su esposa por intermedio de su criado, sin visitarla personalmente. La misiva era extraña. La señora Wu la leyó en todas las formas posibles, y así y todo no pudo comprenderla. Fengmo anunciaba su llegada y nada más. Si las olas y los vientos no impedían el avance del barco, estaría en su casa al mes, en el mejor de los casos, o a los dos meses, en el peor. Pero los años fijados no habían transcurrido aún y Fengmo no explicaba el por qué de su pronto regreso.

Cuanto más leía aquellas pocas palabras la señora Wu, tanto más inquieta se sentía. Añoraba mucho la presencia de André, porque sólo había compartido con él aquel hijo. «Si pudieras mirarlo desde allí —murmuraba— y decirme luego por qué vuelve tan inesperadamente y si ha hecho algo malo...».

La señora Wu no quería hablar de aquel hijo con el señor Wu ni con Rulan, y menos que nadie con Ch'iuming. Con todo, cuanto más pensaba en todo aquello, más perpleja e inquieta se sentía y, finalmente, el regreso de Fengmo le inspiró grandes temores, presumiendo que causaría nuevos trastornos. Se le ocurrió que quizá lo mejor fuera hablar con la señora Kang, que era la madre de Linyi.

El distanciamiento entre ambas había continuado, a tal punto, que el camino que mediaba entre sus casas se hubiera cubierto de cizañas de haber estado en el campo. Hasta cuando la señora Wu se proponía visitar a la señora Kang sentía una desgana que no lograba explicarse. Se sentaba a meditar a solas, para descubrir qué pasaba. ¿Por qué se sentía tan distante de su vieja amiga, cuya pequeñez espiritual no tomaba en cuenta? La causa tenía sus raíces en la gran diferencia existente entre ambas. Y esa diferencia, que descubrió después de meditarlo, fue que la señora Kang amaba mucho a su marido, tanto como ella a André, y que aquellos dos amores, aunque tan distintos y lejanos el uno del otro como el cielo de la tierra, eran de la misma naturaleza, esto es, que cada una de las dos mujeres sabía qué significaba amar a otro más que a sí misma. Pero, para la señora Wu, la repulsión por su amiga se debía a que la señora Kang amaba a su despreocupado y gordo viejo más que a ella misma. El amor, en esta forma tan vulgar, menoscababa una generosa y espléndida devoción. Pero, en su honradez, la señora Wu sólo podía discernir la verdad: que la señora Kang sentía como sentía y que no había una diferencia de grado ni de calidad, sino de nivel. La señora Kang amaba a su «viejo» todo lo que se podía amar, y ello no la avergonzaba.

«Sin embargo, el viejo Kang no debería vivir y respirar bajo el mismo cielo que André», pensó con indignación la señora Wu.

Estaba sentada en la biblioteca, entregada a estos pensamientos en una mañana diáfana y, después de haber cavilado un rato, se rió suavemente de sí misma en voz alta. ¿Por qué habría de irritarla el amor? Como el sol y la lluvia, el amor descendía por igual sobre el justo y el injusto; sobre el rico y el pobre; sobre el ignorante y el instruido... ¿Y acaso la irritaba que esto sucediera con el sol y la lluvia?

Cerró los ojos y vio a André reír con ella y se quedó contemplando su rostro hasta que no pudo verlo más. Luego abrió los ojos, purificada y fortalecida. Ying le trajo su vestido y envió un emisario a anunciar su visita, y luego se dirigió a la casa de la señora Kang.

La casa de los Kang seguía con su invariable desorden y los niños que miraban absortos eran más numerosos que nunca. Hasta la esposa y la concubina de cada hijo habían añadido uno o dos niños desde la última visita de la señora Wu, y todos eran tan mal educados y felices como siempre. Una alegre sierva la condujo al patio donde la señora Kang se pasaba el día sentada en una poltrona de roten, bajo un sauce próximo a un pequeño estanque. La poltrona había cedido poco a poco bajo las crecientes carnes de la señora Kang, a tal punto que sus entretejidos lados habían tomado la forma de las curvas de su cuerpo. La señora Kang se sentaba por la mañana, y a menos que lloviera, no se levantaba hasta la noche.

Alrededor de ella, sus hijos jugaban y gritaban y succionaban los pechos de sus nodrizas; las criadas cosían y lavaban legumbres y arroz en el estanque; sus nueras se entregaban a habladorías y las vecinas se detenían a contarle noticias; los vendedores entraban a mostrar sus mercancías y acudían señoras de otras grandes casas a jugar al mahjong durante todo el día. Allí estaba sentada la señora Kang cuando condujeron al patio a la señora Wu y la dueña de la casa le dio a gritos la bienvenida y sus excusas por no ponerse de pie.

—He engordado tanto, que al llegar la noche juro que me siento más pesada que por la mañana —exclamó.

Todos los que estaban en el patio rieron al oír estas palabras, y una risa que llegó del interior de la casa reveló que el señor Kang las había oído también, pero él no salió. Como era un hombre, sólo podía sentarse cerca y mirar desde allí, mientras fingía leer o dormir.

La señora Wu comprendió que, en medio de tanta gente, no podría decir lo que deseaba sobre Fengmo y Linyi. Pero, sin darse prisa, se sentó con su cortesía habitual en la silla que le puso una criada, colocándola cerca de la señora Kang. La señora Kang sabía perfectamente que la señora Wu había ido con una intención, por lo cual agitó las gordas manos y les gritó a todos que se marchasen y las dejasen solas. De modo que, después de muchos gritos y desbandada y confusión, durante los cuales la señora Kang permaneció sentada con las manos sobre las rodillas dándoles a todos instrucciones ruidosamente, las dos damas se quedaron solas.

Entonces, la señora Wu sacó el telegrama de Fengmo y se lo mostró a su vieja amiga. Pero la señora Kang se echó a reír y lo apartó con un ademán.

—He olvidado los pocos caracteres del idioma que sabía —dijo jovialmente—. Nunca los he necesitado y... ¿para qué los he de necesitar ahora que estás aquí, Ailien?

Si había algún distanciamiento entre ellas, los modales de la señora Kang no lo revelaban y se comportaba como si hubiese visto a su amiga a diario y el día anterior

también.

La señora Wu sonrió. Era imposible no sonreír ante aquella mujer, por más repulsión que pudiera inspirar. De modo que leyó en voz alta las palabras de Fengmo: «Vuelvo a casa inmediatamente».

—¿No dice más que eso? —preguntó la señora Kang mirando con extrañeza el papel.

—Nada más —respondió la señora Wu.

Plegó el telegrama en cuatro dobleces nuevamente y se lo guardó en el pecho. Tomó el tazón de té que estaba sobre la mesa a su lado, vio que estaba sucio y lo dejó.

—Es evidente que ha pasado algo —dijo—. Fengmo pensaba estar ausente cinco años.

—Estará enfermo —exclamó la señora Kang.

—Puede ser —dijo la señora Wu—. Pero supongo que, en ese caso, nos lo habría dicho.

—¿Crees que ha cometido algún pecado? —exclamó la señora Kang.

—No puedo creerlo —dijo la señora Wu.

A decir verdad, después de la larga enseñanza de André, no podía creer que Fengmo hubiera cometido ninguna falta grave.

—He venido a verte a causa de Linyi —prosiguió—. Me reprocho no haber seguido con sus lecciones después de morir su preceptor.

Rehuyó la mirada de su amiga al decir estas palabras, porque sabía que la señora Kang era hartamente sagaz para ver detrás de las palabras cuando se trataba de asuntos entre hombres y mujeres.

—A Linyi eso no le importa —dijo la señora Kang, con sinceridad—. No se atrevió a decírtelo, Ailien, pero detestaba esas lecciones y le desagradaba el sacerdote. Dice que hablaba siempre de su religión.

—Pero nunca se la enseñó —repuso con indignación la señora Wu—. Yo le prohibí que le enseñara su religión a Fengmo y seguro que él no se la hubiera enseñado a Linyi. Comprendía mis sentimientos.

—No hablaba de los dioses —cedió un poco la señora Kang—. Pero hablaba sin cesar de cómo debía pensar y sentir Linyi con respecto a su marido, y a ti y a todos los que trataba y con quienes convivía bajo ese techo.

—Eso no era religión —dijo la señora Wu.

—Linyi se sentía incómoda, de todos modos —continuó la señora Kang—. Dice que eso no la dejaba comer y dormir.

—¡Oh, un buen maestro conmueve el alma! —replicó tranquilamente la señora Wu.

—Si Fengmo se ha transformado en un hombre parecido a ese sacerdote extranjero, sus relaciones con Linyi serán difíciles —manifestó bostezando la señora Kang.

Paseó la mirada escudriñadora por el patio y la señora Wu advirtió que quería

algo.

—¿Necesitas alguna cosa, Meichen? —preguntó cortésmente.

—A esta hora como por lo general un tazón de arroz y habas guisadas con caldo de gallina —dijo la señora Kang—. Siento mi estómago vacío.

Uno por uno, todos los que habían sido alejados estaban volviendo a los patios. Primero entraron corriendo los niños y a ningún niño de la casa de la señora Kang se le prohibía nunca durante demasiado tiempo lo que deseaba. Luego, detrás de ellos, entraron corriendo las nodrizas, y, cuando los atraparon, los chiquillos chillaron y la señora Kang gritó:

—¡Vamos dejadlos!

Las criadas regresaron y trajeron la papilla de arroz, pero la señora Wu se negó a compartirla y la señora Kang la sorbió ruidosamente y dejó que tal o cual niño bebiera del tazón, después de haberlo enfriado soplando.

La señora Wu se levantó para marcharse. Se dijo que quizás aquélla fuera su última visita a la casa de su amiga y que posiblemente no volvería a verla. Se habían separado ya muchísimo tiempo antes.

Pero aquella visita le había enseñado algo y no lamentaba haberla hecho. André le había enseñado a Linyi su deber y ella descubriría en qué consistía la enseñanza.

* * *

La señora Wu aplazó todo lo demás ante la inminente llegada de Fengmo. Las niñas del templo tendrían que esperar su escuela y ella haría esperar a Rulan y a Ch'iuming. Su primer deber era preparar a Linyi para su marido.

Pudo hacer esto con bastante facilidad, porque tenía derecho a pedir que su nuera fuese a visitarla. En una casa tan grande, era frecuente que la señora Wu no hablara con ciertos miembros de la familia durante muchos días consecutivos, y esto era lo ocurrido con Linyi. Veía a la muchacha casi a diario al almorzar la familia y en las fiestas y días en que se honraban las lápidas de los antepasados, y en otros acontecimientos propios de la familia. Pero no tenía motivo alguno para requerir la presencia de Linyi. La muchacha había vivido en la casa, la habían servido las criadas, había pasado unos días con su hermana y dejado transcurrir el tiempo en la ociosidad, salvo los pocos deberes que la señora Wu le asignara en el pergamino que regulaba la administración de la casa al comenzar cada temporada. De modo que la señora Wu le había señalado a Linyi deberes tales como darles de comer a los pececillos de oro, poner flores en el salón principal, airear y solear las pieles y las túnicas de satén de Fengmo y la inspección del patio donde vivía Linyi, durante la ausencia de Fengmo, con una vieja criada traída de su casa. En varias ocasiones, la muchacha había estado enferma y Meng la había atendido y le había avisado a la señora Wu al reponerse Linyi, y eso era todo lo que sabía la señora Wu.

Pero necesitaba saber mucho más. No se engañaba a sí misma con la idea de que

lo hacía solamente por su hijo. Quería oír personalmente de Linyi lo que le había enseñado André. Quería oír sus palabras, y también ver cómo habían arraigado en el corazón de aquella muchacha.

De modo que Linyi entró, vestida, peinada, empolvada y con los cabos de su cabellera rizados. La señora Wu le dio la bienvenida con su sonrisa habitual y con un ademán que la invitó a sentarse y ponerse a sus anchas. Miró a Linyi de pies a cabeza antes de hablar. La joven estaba muy linda y ella lo sabía y no temía la mirada de la señora Wu. La señora Wu sonrió ante los ojos audaces e inocentes. ¿No eran inocentes? Sí; pero también eran traviosos y perezosos, despreocupados y alegres.

—Sonrío cuando pienso cómo cambian los tiempos —dijo la señora Wu—. Cuando yo era muchacha, habría llorado al ver los cabos de mi cabellera rizados. Entonces se consideraba hermoso el cabello lacio y suave y negro. Pero ahora lo hermoso son los rizos..., ¿verdad? Meng debe alegrarse, ya que su cabello es naturalmente rizado. Pero sin duda preferiría que no fuera así.

Linyi se echó a reír y mostró unos dientecitos blancos y una lengua roja.

—Creo que Fengmo debe de estar acostumbrado al cabello rizado —expresó con su fresca voz atiplada—. Todas las mujeres extranjeras tienen rizado el cabello.

—¡Ah! —dijo la señora Wu, y adoptó bruscamente un aire grave—. Dime por qué te ha gustado tanto siempre lo extranjero.

—No todo lo extranjero —objetó Linyi, con una mueca de disgusto—. Nunca me gustó ese velludo y viejo sacerdote.

—Pero si no era viejo... —dijo la señora Wu en voz baja.

—Para mí lo era —repuso Linyi—. Y velludo... ¡Oh, cómo detesto a los hombres velludos!

La señora Wu sintió que aquella conversación era indecorosa para ambas. Caviló sobre la manera de iniciar otra.

—Pero él te enseñó muy bien —sugirió—. Creo que lo que te enseñó estaba lleno de bondad y me gustaría que me lo recordaras, si me haces el favor.

Cuando dijo estas palabras, «si me haces el favor», lo hizo con un tono tal que Linyi comprendió que debía obedecer y que no se le pedía simplemente un favor. Frunció el ceño y bajó las largas y estrechas pestañas y retorció un cabo de su negra cabellera entre sus dedos.

—No he tratado de recordar —dijo—. Pero el sacerdote decía siempre que Fengmo había nacido para realizar una gran obra y que mi papel en ella debía ser hacerlo todo lo feliz posible para que pudiese trabajar mejor.

—¿Cómo vas a hacerlo feliz? —preguntó la señora Wu.

—Él decía que yo debía descubrir el torrente de la vida de Fengmo —añadió Linyi, con aire reacio— y que debía eliminar la paja y las estacas y cosas que obstruyen la corriente y hacer todo lo posible por conseguir que las aguas alcanzaran su nivel. Decía también que yo no debía ser como una roca lanzada a un límpido torrente y que lo divide. Yo no debía dividir la vida de Fengmo.

«Sí —pensó la señora Wu—. Ésas podían ser palabras de André. Conociendo el espíritu de la muchacha, él debía haber usado aquellas expresiones e imágenes tan simples».

—Sigue, hija mía —dijo la señora Wu con dulzura—. Ésas son buenas palabras.

Linyi continuó. Dejó caer el rizo y sus ojos estaban pensativos al hablar.

—Y decía que yo debía leer libros sobre lo que hiciera Fengmo y comprender sus pensamientos. Decía que Fengmo se sentiría solitario durante toda su vida si yo no lo seguía muy de cerca. Fengmo me necesitaba, decía.

Linyi volvió los ojos hacia el rostro de la señora Wu.

—Pero no estoy segura de que Fengmo sepa que me necesita —dijo.

La mirada de la señora Wu se encontró con su mirada infantil.

—¿Lo amas? —preguntó.

La pregunta, para ser formulada por una dama a la esposa de su hijo, era sorprendente. ¿A quién le habría importado saberlo? Los ojos de Linyi se llenaron de lágrimas.

—Podría amarlo —murmuró— si él me amara.

—¿No te ama él? —preguntó la señora Wu.

Linyi meneó la cabeza con tanta fuerza que las lágrimas cayeron de sus ojos y se posaron sobre el raso azul pálido de su vestido.

—No —murmuró—. Fengmo no me ama.

Después de estas palabras, inclinó la cabeza sobre sus manos y lloró. La señora Wu esperó. Sabía que nada era tan bueno como las lágrimas para las penas femeninas. ¡Durante cuánto tiempo había querido llorar ella y no había podido!

Esperó a que los sollozos de Linyi se calmaran y cesaran y luego habló.

—¡Ah! —dijo—. Fengmo no ama a nadie. Ése es su defecto. Debemos curarlo. Yo te ayudaré, hija mía.

Sus palabras eran bastante escasas y simples, pero la confianza que les infundía a todos los moradores de la casa la señora Wu era tal que Linyi apartó las manos de su rostro y sonrió con las pestañas húmedas.

—Gracias, madre nuestra —dijo—. Gracias y gracias.

* * *

Fengmo volvería antes del invierno, pero después de los últimos calores del otoño. Las cosechas habían sido recogidas y almacenadas. La casa de los Wu, la ciudad que confiaba en su sabiduría y gobierno, las aldeas donde vivían, como habían vivido sus antepasados, los que trabajaban las tierras, todo esto eran raíces de paz en la nación donde la guerra avanzaba furiosamente hacia el Sur. Dondequiera eran destruidas las casas y expulsados y dispersadas las familias y asoladas las tierras. Pero allí, en el interior, la casa de los Wu seguía existiendo.

La señora Wu esperaba el regreso de su hijo y las primeras palabras que le dirigió

Fengmo, después de saludarla, contenían también esa paz. El joven paseó la mirada por los aposentos donde todo era igual, como si no pudiera creerlo.

—¡Nada ha cambiado! —exclamó.

—¿Por qué habríamos de cambiar? —replicó la señora Wu.

Y, sin embargo, al hablar sabía ya que no decía la verdad. Existía un gran cambio en ella misma, el cambio íntimo que a diario hallaba expresión en todo lo que decía y hacía y en su manera de gobernar a todos los que buscaban en ella consejo y amparo y cuidado. Pero prefería no hablar de esas cosas.

—Tú sí que has cambiado, hijo mío —dijo a su vez.

Estaba sentada en la biblioteca, con ropa de gala, en su vestido de raso gris plata con adornos de brocado. Había decidido recibir a Fengmo allí, en el gran aposento donde ambos se habían sentado tan a menudo con André. No quería hablar del sacerdote, pero los recuerdos hablaban. Por eso, después de las fiestas junto a la verja, de los fuegos artificiales y del alboroto, y cuando se hubo marchado la multitud y sólo faltaba el banquete, ella le había avisado a Fengmo, al llegar la noche, que lo esperaba.

Fengmo se sentó sin esperar a que su madre lo invitara. Había trocado su indumentaria extranjera, que usara al llegar por una de sus túnicas. Se había quitado hasta sus zapatos extranjeros y calzado los suyos de terciopelo negro. Nadie le había hablado de Tsemo, porque no trae suerte hablar de los muertos a un ser vivo y que acaba de volver. Pero el propio Fengmo habló ahora de su hermano.

—Echo de menos a mi segundo hermano —dijo.

La señora Wu se enjugó los ojos con delicadeza. En vida de Tsemo, no lo había echado mucho de menos, pero ahora sí, y pensaba en él a menudo. Sabía que, si echaba de menos algo, no era lo que había conocido, sino lo que no había conocido nunca. Se reprochaba mucho a sí misma el haber dejado crecer a un hijo en su casa y no haberlo conocido nunca realmente. Sólo le había conocido como hijo suyo porque ella había creado su carne, pero no por haberse familiarizado con su ser.

«Nunca supe qué dones tenía y ahora nunca podré saberlo», había pensado a menudo la señora Wu.

—¿Cómo está mi segunda cuñada? —preguntó Fengmo.

—Rulan está callada —dijo la señora Wu—. Cuando tenga tiempo, le buscaré una manera de vivir. Es demasiado joven para parecerse a una monja.

—Supongo que no volverá a casarse —preguntó Fengmo.

—Si quiere casarse, la ayudaré —dijo la señora Wu.

Esto asombró bastante a Fengmo. Nunca se habría imaginado que su madre pudiera pensar en una mujer antes que en su familia.

Al ver su sorpresa, la señora Wu continuó con su dulzura habitual.

—He aprendido con el tiempo —dijo—. Si las fuentes interiores no son límpidas, la vida no es buena. Y he aprendido que a todas las almas se les debe algo: el derecho a la felicidad.

—Eso es lo que solía decir el hermano André —observó de súbito Fengmo.

Con aquellas palabras, madre e hijo se sentían atraídos el uno hacia el otro, como por un poder o presencia invisible.

—Madre..., ¿recuerdas al hermano André? —le preguntó Fengmo.

La señora Wu vaciló. ¿Hasta que punto podía decirle la verdad? Su antigua desconfianza se apoderó de ella. No, el silencio entre las generaciones no debía ser roto por completo. La propia vida había creado la diferencia y el tiempo había colgado el velo. No le correspondía a ella cambiar lo eterno. Ella y André estaban a un lado y Fengmo al otro.

—Lo recuerdo —fue todo lo que dijo.

Pero si Fengmo se sintió alejado de ella, no lo demostró.

—Madre, el hermano André me transformó mucho —dijo en su voz baja y contempló fijamente, la vacía silla de André—. Me hizo comprender la verdadera felicidad. Me mostró mi propia alma. Y por eso he vuelto.

Ella no habló. Oyó un temblor en la voz de su hijo y comprendió que hasta su respuesta sería demasiado para él. Le sonrió con su bella sonrisa, juntó las manos sobre su regazo y esperó, invitándolo con su buena disposición a escuchar.

—Nadie comprenderá por qué he vuelto repentinamente a casa —empezó Fengmo—. Preguntarán y no podré decirlo. No sé cómo decirlo. Pero quiero decírtelo a ti, madre. Fuiste tú quien trajo al hermano André a esta casa.

Ella estaba tan segura de la presencia de André, aunque quizá sólo en el recuerdo, que no se atrevió a hablar.

No. No, André no estaba allí porque ella lo recordaba, sino porque lo amaba.

—¡Madre! —exclamó Fengmo, que alzó la cabeza y comenzó a hablar rápidamente, a expeler las palabras—. He decidido volver a casa porque al otro lado de los mares aprendí a amar a una extranjera y ella me amó y nos separamos.

Si la señora Wu hubiese sido la mujer de antaño, habría proferido un grito de indignación. Ahora, dijo con dulzura:

—¡Qué pena, hijo mío!

Sí, ella sabía qué pena era aquélla.

—¡Tú me comprendes! —exclamó Fengmo, con el asombro de la juventud ante la vejez.

Había crecido muchísimo. Medía varias pulgadas más de estatura, era delgado y bien plantado como lo había sido el Viejo Señor; bien lo veía la señora Wu. En realidad, vio lo que nunca había visto: que Fengmo difería en absoluto de su padre y se parecía, en cambio, mucho a su abuelo. La misma severidad en las facciones, la misma gravedad en los ojos. Era hermoso, pero grave. La tranquila gallardía de Liangmo y la audaz belleza de Tsemo no se veían allí. Fengmo parecía un joven maestro.

—Aprendo a envejecer —dijo la señora Wu.

—¡Oh, madre! —suspiró Fengmo—. Me pregunto si en esta casa hay alguien

capaz de comprender.

Ahora que podía confiar en ella, la verdad brotaba de él a chorros.

—Ella era estudiante, como yo. Los hombres y las mujeres estudian allí juntos. Ardía en dudas y de curiosidad. Me buscó. Sin descaro... ¿comprendes, madre? Me buscó porque dijo no haber visto nunca un hombre como yo. Me formuló centenares de preguntas sobre nosotros, sobre nuestro campo y nuestro hogar, y se lo dije todo, hasta sobre mí mismo. Y ella me contó toda su vida. Nos conocimos mutuamente tan bien..., con tanta rapidez...

—Y, finalmente, tuviste que hablarle de Linyi —dijo con dulzura la señora Wu.

Una sombra se interpuso entre Fengmo y el sol. Sus hombros se abatieron y apartó la mirada.

—Tuve que decírselo —declaró sencillamente—. Luego tenía que volver.

—Para poner el mar entre vosotros —dijo con la misma voz la señora Wu.

—Para ponerlo todo entre nosotros —asintió él.

La señora Wu seguía sentada con la misma inmovilidad, tan propia de ella. André había nutrido el alma de su hijo y la había hecho exageradamente tierna y dispuesta al bien. Ella suspiraba por él, ansiaba que fuese feliz y, con todo, aquel hijo no era como los demás hombres. No podía hallar la felicidad en las mujeres ni en su propio cuerpo. Al pedirle a André que fuese su maestro, ella lo había hecho ciegamente, vislumbrando apenas el primer paso del futuro. Había tocado un pasador y dado media vuelta de llave, pero una ancha puerta se había abierto bajo la presión de su mano y su hijo había entrado así en aquel nuevo mundo.

¿Había vuelto a casa Fengmo? ¿Había cerrado las puertas detrás de él y hecho girar la llave y asegurado el pasador nuevamente?

—Y ahora... ¿Qué harás, hijo mío? —dijo la señora Wu.

—He vuelto a casa —dijo Fengmo—. Nunca volveré a marcharme. Me crearé una vida aquí, de un modo u otro.

Permanecieron sentados en silencio, el largo silencio de dos que se comprenden.

—Debes ayudarle a Linyi, hijo mío —dijo ella.

—Lo sé —asintió Fengmo—. He pensado muchísimo en ella. Le debo mucho.

—Debes encontrar alguna manera de ayudarla —prosiguió la señora Wu—, has de pedirle que te ayude en todas las pequeñeces que debas hacer. Pídele que cuide de tus cosas y clasifique tus libros y te traiga el té. No hagas solo algo que pueda hacer ella, para que esté ocupada y no sepa de otras cosas.

—Así lo haré —prometió él.

De modo que se quedaron sentados y habrían seguido así un buen rato más, a tal punto se consolaban mutuamente madre e hijo; pero Ch'iuming escogió aquel momento para hacerle a la señora Wu una petición que asediaba su espíritu desde mucho tiempo antes.

Durante todos los meses de convivencia con Rulan, Ch'iuming había escuchado las doloridas palabras de la joven viuda sobre su amor por su esposo muerto. Y

cuanto más escuchaba a Rulan, más advertía Ch'iuming que sus pensamientos se volvían hacia Fengmo y más comprendía que debía abandonar la casa y llevarse a su hija y marcharse. Pero... ¿adónde podía ir?

Una noche, cuando Rulan no había logrado conciliar el sueño y cuando ambas habían hablado largamente de las cosas que existen en lo hondo de los corazones femeninos, Ch'iuming rompió su propio voto de silencio y le confesó a Rulan su amor por Fengmo.

—Soy mala —le dijo a Rulan—. Me permito pensar en él.

Rulan la había escuchado con suma atención. Se apartó la cabellera de los hombros.

—¡Oh...! Ojalá tú y yo pudiéramos marcharnos de esta casa —exclamó—. Aquí estamos encerradas detrás de estos altos muros. La familia se devora a sí misma. Amamos cuando no debiéramos amar y odiamos cuando no debiéramos odiar. Todos estamos demasiado cerca el uno del otro cuando odiamos y amamos.

—¿No estamos a salvo detrás de estos muros? —preguntó Ch'iuming.

Sentía siempre cierta timidez ante Rulan, admirándola, y al propio tiempo temiendo su audacia.

—No estamos a salvo los unos de los otros —respondió Rulan.

Fue en ese momento cuando a ambas se les ocurrió la misma idea. Los ojos miraron fijamente los ojos.

—¿Por qué hemos de quedarnos? —preguntó Rulan.

—¿Cómo podríamos atrevernos a irnos? —dijo Ch'iuming.

Y entonces ambas habían empezado a conspirar. Primero Ch'iuming pediría que la dejaran vivir en la aldea de los antepasados. No podría volver a su propia aldea porque parecería que la familia Wu la había expulsado, y esto ni siquiera la señora Wu podía permitirlo. Pero sí pediría que la dejaran vivir en una aldea de los Wu y luego, en el caso de que la señora Wu formulara la gazmoña objeción de que una joven no debe vivir sola en una aldea de labradores, Ch'iuming pediría la compañía de Rulan. Y cuando Rulan tuviese que dar su opinión, diría que deseaba fundar una escuela para los niños de la aldea, como una buena obra para su viudedad. Todos sabían que las viudas debían hacer buenas obras. Llegaron a esta conclusión tras larga plática, porque Rulan quería ir inmediatamente y decir qué quería. Pero Ch'iuming le hizo notar cuán descortés podía ser esto, porque..., ¿cómo podía ponerse a la señora Wu, si no quería permitirlo, en el trance de negárselo a su nuera cara a cara? Era mejor que Ch'iuming fuera primero y recibiese el golpe de la negativa si la había. De este modo se evitaría un choque entre la señora Wu y su nuera.

Rulan protestó contra esto, considerándolo anticuado, pero Ch'iuming declaró que era mera decencia y así quedó resuelto el asunto.

Ch'iuming sabía perfectamente dónde estaba Fengmo, pero había decidido abordar a la señora Wu en su presencia y saludar solamente a Fengmo en presencia de su madre, y no hablarle nunca de otro modo. De manera que le puso a su niña un

pulcro vestido rojo, lavó las manecitas y el rostro de la criatura, pintó un lunar rojo entre sus cejas, se trenzó el cabello y ató los cabos con hilo rojo nuevo, y apareció, sin anunciarse, con su vástago que era ya una niña regordeta y muy linda.

Así fue como la señora Wu miró la puerta y vio a Ch'iuming. Eran las últimas horas de la tarde, porque Fengmo había vuelto por la mañana. El sol había abandonado el patio, pero éste se hallaba inundado de suave luz y Ch'iuming apareció en medio de él, con su niña en los brazos. Parecía hermosa y la señora Wu lo notó con consternación. El amor de Ch'iuming, a pesar de ser secreto y no correspondido, la había vuelto dulce y animada. La señora Wu miró rápidamente a su hijo para observar qué veía éste. Pero Fengmo nada veía. Ch'iuming lo saludó ceremoniosamente.

—¡Ah! —dijo—. Has vuelto a casa, nuestro tercer señor.

Fengmo respondió con la misma sencillez.

—Sí. Sí. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Ch'iuming.

Ella le miró y luego no volvió a mirarlo ya. En vez de hacerlo, le dijo a la señora Wu:

—¿Puedo pedirle un favor ahora mismo, nuestra señora, y no ser considerada hartamente por haberla interrumpido?

La señora Wu comprendió que Ch'iuming debía tener algún propósito al presentarse en aquel momento, de modo que inclinó la cabeza.

—Siéntate y deja en el suelo a esta pesada niña —dijo.

Ch'iuming, sonrojándose mucho, hizo lo que le decían. Pidió el favor y la señora Wu escuchó.

—Perfectamente —dijo—, perfectamente.

Comprendió inmediatamente el propósito de Ch'iuming al acudir en aquel momento. Ch'iuming quería mostrarle claramente a la señora Wu su intención de retirarse de aquella casa ahora que Fengmo había vuelto y de no causar trastornos en la familia. La señora Wu se sintió agradecida por aquella bondad.

Cuando hubo obtenido el permiso de la señora Wu, Ch'iuming pidió la compañía de Rulan.

—Como el duelo de la familia ha terminado y ya que su propio duelo nunca terminará, Rulan desea aliviar su dolor con buenas obras —dijo—. Quiere fundar una escuela para los niños de los agricultores.

Al oír estas palabras, Fengmo, que tenía los ojos fijos en el suelo, los alzó con asombro.

—Para eso mismo he vuelto a casa —declaró.

¡Vaya una confusión! Ch'iuming se sintió espantada y la señora Wu azorada.

—Nada me dijiste de eso, hijo mío —exclamó con argentina aspereza en la voz.

—No había llegado a ese punto —dijo Fengmo—. Después de lo ocurrido, debía meditar la clase de trabajo a que podía dedicarme.

La señora Wu alzó una delgada mano.

—Espera —le ordenó y se volvió hacia Ch'iuming—. ¿Tienes algo más que pedirme? —preguntó bondadosamente.

—Nada —respondió Ch'iuming.

—Entonces, tienes mi permiso para ir, y Rulan también —dijo la señora Wu—. Dentro de unos días llamaré al administrador y le ordenaré que busque casas adecuadas para vivienda y para escuela, y entonces os iréis cuando queráis. Pero necesitaréis un moblaje especial, mejor que el usual en una alquería, así como otras cosas. Decidid lo que necesitéis y le diré a Ying que lo prepare. Os harán falta dos doncellas y un cocinero. El cocinero principal puede enviaros a uno de sus ayudantes.

Al oír esto, Fengmo volvió a hablar.

—Si vivís en la aldea, no deberéis vivir de un modo muy superior a los demás u os sentiréis aisladas.

Ch'iuming lo miró fugazmente y nada dijo. Le sorprendía el que Fengmo, que se había pasado toda la vida en una casa rica, supiese esto. ¿Cómo podía conocer los sentimientos del vulgo? Luego desechó el interrogante. Ella nunca tendría derecho a formular una pregunta sobre él.

La joven se levantó y alzó a su hija, le dio las gracias a la señora Wu y se fue. Rulan la esperaba y apenas se enteró del permiso, ella y Ch'iuming empezaron a planear sus nuevas vidas con más alegría de lo que hubieran podido hacerlo la víspera.

En el aposento de donde Ch'iuming acababa de salir, la señora Wu le habló a su hijo.

—Ábreme tu corazón —le ordenó.

Fengmo se levantó y fue con desasosiego hacia la puerta abierta y se quedó mirando afuera. La quietud de la noche inminente colmaba el espacio circunscrito por las murallas. Allí las estaciones iban y venían como en el resto del mundo.

—Es necesario que me consagre a algo —dijo él—. Me lo enseñó el hermano André. Si no me consagro a una cosa, debo consagrarme a otra. Al irme de aquí, busqué alguna obra piadosa. No he nacido para la religión, madre. No soy sacerdote. El hermano André me enseñó hasta dónde puede llegar un hombre, pero no más.

—Bueno, hijo mío —dijo la señora Wu y esperó.

Fengmo volvió a sentarse.

—Vi el camino de un modo puramente accidental —prosiguió Fengmo.

Sacó de sus bolsillos un poco de tabaco extranjero y una corta pipa, también extranjera, y la cargó y empezó a fumar. La señora Wu no había visto aún aquellas pipas, pero no podía permitir que su curiosidad interrumpiese a Fengmo.

—En la ciudad donde yo vivía, al otro lado de los mares, había un lavandero de nuestra raza —le dijo Fengmo—. Yo le llevaba mi ropa, determinados días, para que me la lavara.

La señora Wu pareció sorprendida.

—¿Lavaba ese hombre ropa para los demás? —preguntó.

—Para muchos —contestó Fengmo—. Era su oficio.

—¿Quieres decir que hasta lavaba ropa de extranjeros? —preguntó la señora Wu, con cierta indignación.

Fengmo se echó a reír.

—Alguien tiene que lavar la ropa —dijo.

Pero la señora Wu no reía.

—Ciertamente, nuestro pueblo no debiera llevar la ropa sucia de los extranjeros —dijo.

Sentíase disgustada y olvidó lo que acababa de decir Fengmo.

Éste trató de calmarla.

—Bueno... —dijo, y continuó—: Ese hombre no era de nuestra provincia, sino del sur. Cierta día, cuando fui a buscar mi ropa...

—¿Fuiste a buscar tu ropa! —repitió la señora Wu—. ¿No tenías criado?

—No, madre. Allí ninguno de nosotros tenía criado.

Ella volvió a reprimir su curiosidad.

—Veo que se trata de un país muy extraño y debes hablarme más de él, luego. Sigue, hijo mío —le ordenó.

—Fui a buscar mi ropa y el hombre me enseñó una carta de su pueblo —prosiguió Fengmo—. Madre, había estado ausente de su hogar por espacio de veinte años y no sabía leer las cartas que le llegaban. Tampoco sabía escribir. De modo que yo le leí y escribí sus cartas y él me contó que en su aldea nadie sabía leer ni escribir y que tenían que ir a la ciudad para encontrar un maestro. Yo nunca había comprendido lo lamentable de todo esto hasta que lo conocí. Era un buen hombre, madre, nada estúpido y sí muy inteligente: «Si yo supiera leer y escribir... —solía decir—. Pero soy algo así como un ciego». Volví a mi cuarto y, al mirar por la ventana, vi los grandes edificios del colegio secundario y a los millares de estudiantes que iban y venían, aprendiendo muchas cosas, y pensé en aquel pobre viejo, el único que no podía leer la carta de los suyos. Luego recordé que esto sucedía también en nuestras aldeas. Ninguno de los que viven en nuestras tierras sabe leer y escribir.

—¿Para qué habrían de saberlo? —preguntó la señora Wu—. No van y vienen. Se limitan a arar los campos.

—Pero, madre —exclamó Fengmo—. Madre, saber leer es encender una lámpara en la mente, libertar el alma de una prisión, abrir una puerta sobre el universo.

Las palabras sonaron agobiadoras en los oídos de la señora Wu y fustigaron su corazón.

—¡Ah! —dijo—. Ésas son palabras del que te enseñó.

—No las he olvidado —dijo Fengmo.

¿Cómo podía prohibírsele a Fengmo, ahora, y cómo decirle por qué no debía vivir fuera de su casa?

—Rulan será la más indicada para ayudarme —dijo él con vehemencia—. Yo no

había pensado en ella hasta ahora. Y Linyi me ayudará también y lo olvidaremos todo.

Había vuelto a ponerse de pie.

—Si obtengo éxito aquí, madre, en nuestras propias aldeas..., ¿comprendes?..., eso podría difundirse por todas partes. ¡Cuánto bien haría eso!

La señora Wu vio que en el magro rostro juvenil de su hijo se encendía algo de aquella luz que había ardido eternamente en los ojos de André. No quiso apagarla.

—Hijo mío, haz lo que te parezca bueno.

Tal fue la respuesta.

* * *

La señora Wu yacía despierta en su lecho, cosa que le sucedía por entonces con mucha frecuencia. Esto ni la disgustaba ni la alarmaba. Los jóvenes deben dormir, porque tienen trabajo que hacer y una larga vida por delante. Pero los viejos no necesitan dormir. El cuerpo, sabiendo que el eterno descanso no está muy lejos, puede yacer despierto todo lo posible.

Mientras estaba despierta, le pareció que la casa adquiriría de noche una vida nunca vista durante el día. Dejó vagar su imaginación por los numerosos patios. Los primos mayores vivían en los patios lejanos y externos, como también los primos menores segundos y terceros, que no residían allí, sino que sólo se albergaban temporalmente por falta de otro refugio y porque aquellos amplios tejados podían cubrirlos también durante algún tiempo. La señora Wu apartó prontamente la vista de los patios en que vivía Jazmín con el señor Wu. Bien sabía qué vida era aquella. No podía juzgarla; sólo le inspiraba fastidio. El cuerpo del viejo seguía viviendo, alimentado y solazado, y la joven se volvía gorda y perezosa y estaba pronta a dormir lo mismo de día que de noche. Jazmín no causaba dificultades en los patios. Era estéril. No había concebido ningún hijo y ello alegraba a la señora Wu. Jazmín era de sangre loca y más valía que se la guardara en sus venas. Cumplía con su deber para con el señor Wu y habiendo gozado sus placeres en años precedentes, se alegraba de complacer al viejo, que le regalaba joyas y sedas y golosinas de toda clase, y reía con ella y la mimaba. Durante toda su vida, Jazmín había sido una flor al margen del camino, expuesta a todos los vientos. Ahora, su felicidad consistía en saber que detrás de aquellos altos muros ningún viento podía tocarla. Aunque muriera el viejo, ella seguiría viviendo allí, con su sitio seguro en la casa. Ya no debía temer nada mientras viviese.

En cuanto al señor Wu, lo iniciado por su madre durante la juventud de aquél había sido terminado por su joven concubina. Lo que estimulara en él la señora Wu se había esfumado, como una luz extinguida por falta de combustible. Se había vuelto torpe y pesado, comía demasiado y bebía a menudo, pero siempre con Jazmín. No concurría ya a las casas de flores, puesto que Jazmín le prodigaba todas sus tretas. Hasta su antigua necesidad de sentir la camaradería de sus amigos lo había

abandonado y rara vez iba a las casas de té a escuchar las noticias y comentar las habladurías de la ciudad. Jazmín le proporcionaba ambas cosas, y la joven, a su vez, se enteraba por intermedio de los criados. Allí, en el patio donde ambos vivían tan juntos que casi puede decirse que vivían solos, eran lascivos, alegres, ebrios y felices, dos trozos de carne y hueso, y les alegraba que así fuese. El nombre del señor Wu se oía rara vez hasta en su propia casa. Un criado se lo murmuraba maliciosamente a otro, y eso era todo.

La señora Wu sabía todo esto con su espíritu adivinador y ya no iba al patio que había sido antaño su hogar. Jazmín no había ido ni una sola vez a su patio. Vivían tan separados como antes de la llegada de Jazmín.

Al cavilar sobre todo esto, la señora Wu, tendida entre sus cobertores de seda, se preguntó si había fracasado en su matrimonio. ¿Había dejado de hacer algo necesario? Le formuló la pregunta a André, pero, por una vez, la respuesta no estaba pronta a su recuerdo. En cambio, vio el rostro del Viejo Señor destacándose en la aterciopelada negrura de su cerebro. Era tan claro como siempre, ni más viejo ni más joven. Su rostro había sido siempre magro; la dorada piel era tensa sobre los finos huesos. Su cráneo debía de ser bello aun ahora, cuando yacía en la tumba, las arrugas despejadas y pulidas por el tiempo.

«Temo no haberme portado bien con tu hijo, padre mío», dijo con tristeza la señora Wu en su fuero interno.

Sentía al contemplar el viejo y bondadoso rostro, que quizá si no se hubiese separado del señor Wu en su cuadragésimo cumpleaños, él no hubiera descendido hasta ser lo que era. Pero el Viejo Señor le habló desde sus recuerdos de la juventud.

Recordaba el día. Habían estado leyendo juntos, porque él la había mandado a buscarla y ella lo encontró con el dedo en un libro. El Viejo Señor le señaló las líneas al entrar y ella leyó:

«Eleva una alma sobre su nivel natural es un acto peligroso. Las almas, como los manantiales, tienen sus fuentes naturales y forzarlas a salirse de ellas es algo contra natura y por consiguiente un acto peligroso. Porque cuando el alma es forzada, vuelve a buscar su propio nivel y se desintegra, viéndose desgarrada entre los niveles superior e inferior y también esto es peligroso. La verdadera sabiduría consiste en pensar y juzgar la medida de una alma y dejarla vivir en el sitio que le corresponde».

Sus ojos se habían encontrado con los del Viejo Señor, como se encontraban ahora después de sus muchos años de ausencia de aquella casa.

«Si no me hubiera separado», pensó ella... y no pudo imaginarse más. Lo que había hecho era inevitable. ¡Durante cuántos años había esperado su alma, creciendo lentamente, mediante el cumplimiento del deber, desde luego, pero creciendo en esclavitud y esperando el momento de la libertad!

Cosa curiosa; en plena noche y mientras la casa estaba sumida en el silencio, pensó con ansiedad en Liangmo, su hijo mayor. ¿Por qué la preocupaba Liangmo, el más feliz de todos sus hijos? También a él debía descubrirlo cuando le fuese posible.

Y no se detuvo en el patio de Fengmo. Fengmo era un hombre. Se había impuesto a sí mismo una disciplina tal como sólo podía hacerlo un hombre adulto. No había entregado su alma. La mente de la señora Wu derivó sobre este consuelo hacia el sueño, como un bote vacío por un mar iluminado por la luna.

* * *

—Ahora, mis libros ingleses —ordenó Fengmo.

Linyi corrió a sacarlos de la caja. Había dos montones.

—¡Cuántos tienes! —exclamó.

—Sólo son mis mejores libros —dijo él negligentemente—. Llegarán más cajones aún.

Se arrodilló junto a los estantes, contra la pared y colocó allí los libros a medida que ella se los iba trayendo. Aparentemente sereno, siempre sonriente, Fengmo se sentía alterado en la intimidad de su corazón por la inquietud y la pena. Presentía que nunca podría volver a dormir y se consagraba febrilmente a ordenar sus cosas, a poner todos sus bienes en sus sitios, a ocultar sus maletas para que no volvieran a ser usadas.

—¿Tienes que guardarlo todo hoy? —preguntó, curiosa, Linyi.

—Sí —dijo él—. Quiero saber que he vuelto para quedarme.

Linyi se sintió feliz al oírle decir estas palabras y era harto joven para adivinar por qué las había dicho sin mirarlo. En realidad, al pronunciarlas, Fengmo veía un semblante muy distinto del suyo. Veía el semblante de Margarita; sus ojos, azules; su cabello, castaño, y su piel, tan blanca y suave que jamás olvidaría su contacto. ¿Lamentaría alguna vez haber hecho lo que hiciera aquel día en el bosque, allende el mar? Porque él hubo de soltarla al momento de haberla tomado entre sus brazos.

—No puedo seguir —había dicho.

Ella no respondió. Permanecía de pie, inmóvil, con sus azules ojos fijos en él. Los ojos azules tenían algo de extraño y maravilloso. No podían ocultar lo que había detrás de ellos. Los ojos negros eran cortinas corridas, pero los ojos zarcos eran ventanas abiertas.

—Soy casado —le había dicho Fengmo bruscamente—. En casa me espera mi esposa.

Ella sabía algo sobre los matrimonios chinos.

—¿La elegiste tú, o fue tu familia quien arregló el asunto? —preguntó.

Fengmo había tardado un rato largo en contestar. Ambos se sentaron bajo el pino. Él se había ceñido las rodillas con los brazos y ocultando la frente sobre aquéllas, buscando pensativo y a tientas la verdad. Habría sido fácil —y en parte, cierto— decir «Yo no la elegí». Pero cuando se disponía a proferir estas palabras, se acordó del hermano André.

«Mentir es un pecado —le había enseñado simplemente el hermano André—,

pero no tanto un pecado contra Dios como un pecado contra uno mismo. Todo lo erigido sobre el cimiento de una mentira se desmorona. La mentira engaña más que a nadie al mismo que la dice».

Él no se había atrevido a mentirle, por temor a que algún día el edificio del amor de ambos se desmoronara entre sus manos y a que su amor fuese sepultado en castigo.

—No me obligaron a casarme —respondió al fin—. Digamos... que la elegí yo.

Ella, después de esto, se había quedado sentada, inmóvil, escuchándolo, mientras él trataba de explicarle lo que significaba en su familia el matrimonio.

—Para nosotros el matrimonio es un deber, no con el amor o con nosotros mismos, sino con el lugar que ocupamos en las generaciones. Sé que mi madre nunca amó a mi padre, pero que cumplió con su deber para con la familia. Fue una buena esposa y una buena madre. Pero al llegar a los cuarenta años se retiró de su puesto de esposa y escogió otra para mi padre. Esto nos apenó y, sin embargo, todos comprendimos cuán justo era. Ahora mi madre está en libertad de buscar su propia felicidad, aun dentro de la casa, y a su alrededor estamos todos para apoyarla y honrarla. También yo tengo mi deber en la familia.

Fengmo sabía, de una manera algo extrañamente vaga, que le causaba a Margarita una profunda herida en el alma.

—Yo quiero casarme por amor —dijo ella.

Si él hubiese estado libre, no sólo de Linyi sino de todas las generaciones de los Wu de los siglos pasados y de todas las generaciones de los Wu en el porvenir, le habría dicho:

—Entonces casémonos. Alejaré a Linyi.

Pero no era libre. Las manos de sus antepasados lo aferraban y las manos de sus hijos y nietos nonatos aún le hacían señas. Le debía más sinceridad aún a Margarita.

—Me conozco —prosiguió.

Alzó los ojos, no hacia los de ella, sino hacia el paisaje que tenía delante, el río, sus barcos, el puerto y la extensión de un gran puente que unía ambas orillas.

—Sé que me ha hecho, no sólo el cielo, sino también mi familia, cuyas raíces están en la leyenda y no puedo vivir para mí solo. Mi cuerpo me fue dado: no me pertenece. Es verdad que hay en mí algo que me pertenece y que ese algo —llámalo alma si quieres— es mi propio bien y puedo dártelo porque te amo. Pero si tuviera que darte mi cuerpo, que no es mío, lo robaría a las generaciones.

—¡Te equivocas... te equivocas! —había exclamado ella—. El amor y el matrimonio pueden ser una y la misma cosa.

—A veces —admitió él—. Pero sólo por un azar de lo alto, del cielo. A veces, entre los míos, un hombre, al levantar el velo nupcial del rostro de su desconocida esposa en su noche de bodas, contempla a aquella a quien habría elegido entre todas las mujeres de haber tenido la libertad de elección. Pero eso es un azar del cielo.

—Aquí nos casamos siempre por amor —había insistido ella orgullosamente.

Él había adivinado que se estaba acrecentando la distancia que los separaba.

—No, no es así —había respondido, y se proponía decir la verdad aunque ésta los matara a ambos—. Ustedes se casan como nosotros, para conservar su raza, pero se engañan a sí mismos y llaman a eso amor. Exigen la realización individual, aunque se engañan a sí mismos. Rinden culto a la idea del amor. Pero nosotros somos los sinceros. Ése es nuestro deber común para con la vida. Si aparece el amor, se trata de una gracia adicional del cielo. Pero el amor no es necesario para la vida.

—Lo es para mí —había dicho ella con voz baja.

Él había continuado, sin contestar a esto:

—La satisfacción es necesaria, pero la satisfacción se experimenta cuando se cumple con el deber y se realizan las esperanzas... no las esperanzas personales de amor, sino las esperanzas de la familia y los hijos, el hogar y el sitio de uno en las generaciones.

Fengmo decía cosas arrancadas de su más honda intimidad y al hablar sentía que el hermano André lo aprobaba, sabía que esta aprobación no se debía a lo que había dicho, sino a que hablaba con toda la verdad de su ser.

¡Qué largo había sido aquel silencio que los separaba! Él no lo había interrumpido. Lo había dejado crecer e hincharse, con proporciones de océano en su profundidad y lejanía.

Ella lo interrumpió, tendiéndole la mano.

—De modo que esto es nuestro adiós..., ¿verdad?

Él había retenido su mano durante un largo instante y posado la otra mano sobre la de Margarita.

—Es el adiós —había asentido, y luego la había dejado ir.

Linyi y Fengmo colocaron el último libro y doblaron la última prenda de ropa. Fengmo tomó las maletas y las puso en el pasillo, donde un criado las encontraría por la mañana. Luego volvió a la alcoba de ambos. Linyi estaba de pie en el centro del aposento, indecisa e impaciente. Él fue hacia ella sin vacilar y la asió de los hombros.

—Vas a ayudarme —dijo—. Tengo que realizar una obra aquí, en mi propio país, y te necesito. Me es imposible realizarla solo. Debes prometerme que me ayudarás con todo lo que hay en ti.

El fulgor de su mirada la asustó un poco. Pero a Linyi el susto le pareció delicioso. Quería temerle. Necesitaba su orden.

—Te ayudaré —murmuró—. Haré todo lo que me digas.

* * *

Fengmo era algo así como una casa en llamas. Todo servía para avivar su fuego. Se levantaba antes del alba y se desayunaba a la luz de las velas y en las primeras horas del día cabalgaba a través de los campos por angostos senderos, rumbo a la aldea elegida para su primera escuela. Había decretado que todos debían aprender, los

jóvenes y los viejos. Planeaba escuelas para los niños y escuelas para los hombres, las mujeres y los ancianos.

Por cierto que había muchas quejas entre estos últimos, que nunca se habían interesado por los libros y no veían ahora la menor necesidad de leer.

—Cuando sólo nos quedan unos pocos años..., ¿hemos de molestarnos por saber qué han escrito otros hombres?

Tal era su queja. Y exclamaban:

—¿Acaso no tenemos nuestros propios pensamientos? ¿Acaso no hemos aprendido también un poco de sabiduría después de tantos años? Nuestra propia sabiduría nos basta.

Pero Fengmo era demasiado joven para aceptar esto y, finalmente, los agricultores entrados en años visitaron a la señora Wu para pedirle que le ordenara a su hijo que no los molestara, y ella los recibió. Siempre tenía un buen cuidado de recibir cortésmente a sus inferiores. No tenía superiores, y solía negarse a recibir a sus iguales; pero jamás rechazaba a la gente de inferior posición. De modo que los recibió en el salón principal de la casa y mandó llamar al señor Wu; éste ocupó su sitio de costumbre a la derecha de la mesa central, mientras ella se sentaba a la izquierda, de modo que la casa se presentara honorablemente a los ojos de los agricultores. El señor Wu estaba revestido de toda su dignidad. Lucía una túnica de satén de color vinoso bajo una chaqueta negra de terciopelo sin mangas, nuevas todas las prendas, porque había engordado en exceso para usar la ropa vieja. La señora Wu se sintió asombrada de su gordura, porque desde hacía algún tiempo apenas si lo veía como no fuera en la mesa, y él aparecía cada vez menos hasta en la mesa de la familia. El señor Wu moriría antes de tiempo, pensó su mujer, contemplando los carrillos de aquél y luego pensó también que era preferible morir feliz, aunque fuese un poco antes, que morir menos feliz y algo más tarde. De modo que guardó silencio y no le hizo advertencia alguna.

Cuando se hubieron sentado los dos mayores de la casa entraron los agricultores, que vestían ropa azul de algodón y calzaban sandalias nuevas de paja. Traían tortas en paquetitos de grueso papel marrón, atados con cuerdas de paja, y bajo las cuerdas habían puesto trozos de papel rojo para que les dieran suerte. Presentaron los envoltorios y el señor Wu los recibió, con ceremoniosas protestas de que no tenían por qué exagerar tanto la cortesía.

Luego, acercándose con aire humilde a los nobles, los agricultores expusieron sus dificultades. La señora Wu los escuchó y lo mismo hizo el señor Wu, aunque con menor interés. El señor Wu se mostró de buena gana de acuerdo con los agricultores.

—Estos hermanos tienen muchísima razón —dijo—. Mi hijo se está portando como un tonto y le ordenaré que vuelva inmediatamente a mi casa y los deje en paz.

Pero la señora Wu conocía todos los aspectos del asunto y no pensaba admitir que el señor Wu decidiera ignorarlos. De modo que empezó por mostrarse de acuerdo con él y luego reveló con dulzura su disenso. Y dijo:

—El padre de mis hijos habla muy sabiamente y debe ser obedecido. Ustedes, buenos hermanos, tienen todos más de cuarenta años de edad. Ciertamente, no deben ser obligados a hacer algo que contraría sus deseos. Pero quizás haya entre ustedes, en la aldea, algunos que sean jóvenes y salgan ganando con un poco de saber..., lo suficiente, digamos para que puedan echar sus cuentas y para cuidar de que no los engañen en los mercados.

Se volvió hacia el señor Wu y dijo con aquella voz suya que el tiempo sólo suavizaba:

—¿Qué te parece si le prohibiéramos a nuestro hijo enseñarles a los que tuviesen más de cuarenta años de edad, salvo que lo quisieran?

La transacción era razonable y así se resolvió. A partir de entonces, los agricultores más viejos se verían libres de Fengmo si así lo deseaban y ninguno de ellos debía temer que sería menos favorecido, en materia de arrendamientos y semillas si optaba por seguir siendo analfabeto.

Pero Fengmo se echó a reír cuando la señora Wu le contó la visita de los viejos agricultores.

—¡Sé cómo vencerlos! —exclamó, y le parecieron fáciles de salvar las dificultades.

El resultado de su labor fue que hasta algunos de los agricultores más viejos comenzaron a querer que les enseñaran al ver cómo se beneficiaban con ello los más jóvenes; y Fengmo no perdió la oportunidad de difundir la noticia cuando un joven agricultor salía ganando al aprender las primeras letras para poder leer un cartel y cotejar una cuenta. Finalmente, el saber leer se convirtió en moda dominante y otras aldeas solicitaron escuelas y Fengmo se vio tan atareado que transcurrieron meses sin que la señora Wu supiese qué hacía.

Todo estaba muy bien para Fengmo, pero traía ciertos trastornos a la casa. Ch'iuming y Rulan se fueron a vivir a la aldea. Esto inquietó a la señora Wu, ya que Fengmo las impulsaba a dedicarse a sus escuelas y... ¿cómo podría Ch'iuming ocultarle su amor a Fengmo? La señora Wu se sintió muy preocupada porque, aunque Ch'iuming y Fengmo eran de la misma edad, no pertenecían a la misma generación y el nombre de los Wu podía verse envuelto en un escándalo muy desagradable si se cernía alguna nube sobre ambos. Pero cierta noche, precisamente cuando estaba más inquieta la señora Wu, Fengmo fue a visitarla.

Ella lo recibió gustosamente, porque sabía ya que a Fengmo sólo le quedaba tiempo para los asuntos que consideraba importantes. Por un momento, sintió temor al verlo, presumiendo que su hijo iba a decirle lo que ella no quería oír sobre Ch'iuming. Realmente, se trataba de ella, pero lo que dijo Fengmo fue distinto. Se sentó muy enhiesto en su silla, puso las manos sobre las rodillas y comenzó al instante. Su voz era firme, en tanto que sus ojos se mostraban lastimeros. La señora Wu sólo pudo admirarlo mientras escuchaba. El fresco aire de la aldea lo había vuelto rubicundo y sano, y el éxito de su labor lo había tornado audaz.

—Madre —empezó—, no sé cómo decirte lo que debo decirte, pero ya que no lo sé, empezaré por cualquier cosa.

—Te escucho, hijo mío —dijo ella.

Él se pasó las manos por el corto cabello. Al volver a casa, lo llevaba largo y peinado con lisura, pero ahora lo usaba tan corto como cualquier agricultor, y su cabellera era una greña negra.

—¿Se trata de Ch'iuming? —inquirió la señora Wu.

—¿Cómo se explica que lo sepas todo? —preguntó él, sorprendido.

—Tengo mis recursos —dijo ella—. Y bien, hijo mío... ¿Qué tienes que decir?

El prólogo estaba hecho y él podía hablar.

—Ya sabes, madre, que ninguna mujer puede impresionarme.

Ella sonrió ante la juventud de Fengmo, y algo que había en su rostro joven y serio la conmovió hasta el fondo mismo de su corazón. Quizá los viejos hábitos del amor y el matrimonio fueran un error. ¿Quién sabe? La señora Wu se inclinó un poco hacia delante.

—Recuerdo que...

Así empezó la señora Wu y se dominó. Recordaba un día en que su edad no era mayor que la de Fengmo y de que había despertado en las primeras horas de la mañana y al contemplar el rostro soñoliento de su marido había comprendido que nunca podría amarlo. Y, sin embargo, había cumplido con su deber y estaba satisfecha y su vida tenía sus propias formas de felicidad.

Pero la juventud misma del rostro de Fengmo la contuvo. Volvió a apartarse de él. No; no podía hablarle de sí misma a su hijo.

—¿Qué haremos? —preguntó él.

—Veamos qué es lo más razonable —respondió la señora Wu.

Pero tenía ya un plan.

—Te pido permiso para llevarme a Linyi y vivir con ella en el campo, también.

Dijo esto y aunque la señora Wu no pudo dejar de reconocer lo sabio de sus palabras, le entristeció pensar en otro patio desierto bajo su techo. Pero luego le alegró el hecho de que su hijo considerara a Linyi una seguridad para él mismo y cuanto más lo meditaba, más dispuesta se sentía a complacer la petición de Fengmo.

—Te lo permitiré con una condición —dijo finalmente—. Y es que, cuando Linyi vaya a tener hijos, volveréis aquí para la época del parto y los meses siguientes. Los nietos tienen que nacer bajo nuestro techo.

Fengmo asintió y, a los pocos días, Fengmo y Linyi cerraron las puertas de su patio y se trasladaron a una casa con muros de barro de la aldea. Y la señora Wu se alegró de que así fuese. Reflexionó un poco sobre si le convenía mandar por Ch'iuming y darle un consejo, pero decidió no hacerlo. La joven debía aprender con la vida, como todos, qué podía conseguir y qué debía serle negado.

XV

De modo que Ch'iuming aprendió. Pero al año siguiente, cuando Linyi iba a tener su primer vástago, sucedió algo muy extraño. Era el año de la gran retirada, cuando el enemigo de las islas del Océano Oriental ganó mucho territorio y expulsó a muchos de sus tierras y hogares. Estos vagabundos atravesaron la ciudad y el campo y como la ciudad donde vivía la familia Wu estaba en esa región, muchos pasaron por allí.

Entre los rezagados, figuraba una mujer de edad, viuda, que con su hijo y la esposa e hijos de éste, se quedaron en la posada más tiempo que los demás. Este hijo era ahora el único y le explicó al posadero por qué se habían rezagado.

—Mi madre perdió aquí una hija hace muchos años —dijo—. ¿Hay alguna manera de encontrar a los hijos perdidos?

—¿No murió la niña? —preguntó el posadero.

Los huéspedes parecían gente acomodada y el posadero se mostraba cortés en su modo de hablar.

—No murió, sino que fue abandonada por mi abuela, que tenía un temperamento violento y se sintió irritada porque mi madre tuvo tres niñas consecutivas —replicó su interlocutor.

—¿Por qué vinieron ustedes aquí ese año? —preguntó el posadero.

—Fue un año malo en nuestra región, en los alrededores de la capital del Norte —dijo aquel hombre—. Las cosechas se malograron y nos trasladamos a estas zonas, donde el alimento era abundante. Por el camino, aquí, mi madre dio a luz.

El posadero meditó sobre esto.

—Entonces debió ser en esta misma posada —dijo—. Porque es la única de nuestra ciudad y yo he estado aquí durante toda mi vida y también mi padre antes que yo.

—Fue en esta posada, dice mi madre, y por eso nos hemos detenido aquí. Mis dos hermanas han muerto y mi madre suspira aún por la niña perdida.

—Iré a decírselo a nuestros señores —contestó el posadero—. Si alguien ha de saberlo, debe de ser la señora Wu.

De modo que cierta noche, después de haber servido a todos los huéspedes, el posadero se vistió con sus mejores galas, rogándole que lo recibiera.

La señora Wu contestó que lo esperaba, porque la familia del posadero había estado durante mucho tiempo al servicio de los Wu. Una hora después, el posadero se presentó ante ella en el salón principal y esta vez ella no le pidió al señor Wu que acudiese a escuchar a aquel hombre, porque la hora era incómoda para él. Al señor Wu no le gustaba verse perturbado después de la cena y, sin embargo, aquélla era la única hora en que el posadero podía ir; tan grande era la afluencia de huéspedes en tiempo de guerra.

Al comparecer ante la señora Wu, el posadero narró su historia. La señora Wu lo escuchó, atando cabos. No le comunicó a aquel hombre sus pensamientos. En vez de

ello, dijo:

—Que la madre venga a visitarme y me lo expliqué todo.

—Será lo mejor, nuestra señora —declaró el posadero, y volvió con su mensaje.

Al día siguiente, el hijo llevó a su madre. La señora Wu recibió a ésta en su patio y el hijo esperó fuera, en el salón principal.

La señora Wu no podía saber qué clase de mujer era su visitante. Esperaba encontrarse con una mujer del pueblo, pero al entrar aquélla, apoyada en el brazo de una criada, advirtió que no se trataba de una plebeya sino de una dama, aunque ya de edad.

La saludó e invitó a sentarse en el lugar de honor, que la dama rehusó hasta que la dueña de casa insistió. Pero, finalmente, ambas damas se sentaron, se sirvió el té y todo quedó a punto para conversar. Ying y la doncella se situaron a una distancia hartamente grande para oír, pero no para ser llamadas.

Después de cambiadas todas las corteses palabras superfluas de circunstancias, lo que la dama tenía que decir fue esto:

—Nos hemos desviado un poco de nuestro camino al Oeste. Ciertamente, la seguridad se halla muy lejos de aquí y hemos llegado a unos trescientos kilómetros más allá de lo que debíamos. Pero tengo mis razones.

La dama se secó los ojos, el uno después del otro, con un pañuelo de seda.

—Dígame lo que quiera decirme —dijo bondadosamente la señora Wu.

Así alentada, la dama continuó y habló del abandono de su niña.

—Yo sabía que mi hija no había muerto. Era tan sana... más sana que cualquiera de mis otras hijas. Y el padre de la niña no quería que la mataran, ni siquiera a petición de su madre. Era un buen hombre de mala madre. Desgraciadamente, murió antes que ella y temió decirme algo contra la voluntad de su madre.

La dama hizo una pausa para volver a llorar.

—¡Cómo nos vimos castigados! Murió un niño tras otro, lo mismo la muchacha que el varón, hasta que sólo me quedó mi hijo menor. Ahora busco a la criatura que he perdido y por eso he llegado tan lejos.

—¿Usted sabe que la niña no fue muerta? —preguntó la señora Wu.

—Lo sé —respondió la dama—. Porque hasta cuando estaba postrada en el lecho después del parto, oí discutir al hijo con la madre y ella convino finalmente en que la niña no fuese muerta, sino abandonada junto a la muralla de la ciudad.

—¿Estaba envuelta la niña en una chaqueta de seda roja? —preguntó la señora Wu.

La dama la miró absorta.

—En mi vieja chaqueta roja —dijo, con voz entrecortada—. Pensé que, envolviéndola en ella, podría verla alguien.

La señora Wu se levantó y fue hacia el arcón. Allí, doblada entre sus propias ropas, estaba la prenda que le diera para guardar Ch'iuming mucho antes.

—He aquí la chaqueta —dijo.

El rostro de la dama se volvió plomizo.

—¡Ésa es la chaqueta! —murmuró, y la apretó convulsivamente—. ¿Y la niña?

—Vive —dijo la señora Wu.

Y entonces contó la historia de Ch'iuming y de cómo la niña había llegado a aquella casa; la dama escuchó, llorosa e impaciente, y con todo, temerosa. Resultó penoso confesar que Ch'iuming no le había gustado al señor Wu e igualmente penoso decir que la señora Wu la había dejado ir a vivir a la aldea, aunque la estimaba. La dama se mostró agradecida y, sin embargo, dejó vislumbrar su aprobación, y finalmente la señora Wu dijo:

—Vamos a la aldea a ver eso personalmente y ya advertirá que su hija ha sido bien atendida.

De modo que, sin más demora, pidió sillas de mano y las dos damas se trasladaron inmediatamente a la aldea.

La señora Wu decía desde mucho tiempo antes que debía visitar la aldea y ver personalmente qué estaba haciendo Fengmo, pero entre los fríos del invierno y los calores del verano, unas ligeras calenturas que padecía y su afición a quedarse a solas con sus libros, no se había marchado. Lo que vio ahora la asombró. La aldea estaba limpia y próspera como nunca y la gente parecía más sana que antes. Los niños tenían las narices limpias y el cabello peinado, y los lugareños señalaban orgullosamente un edificio flamante de barro, manifestando que era la escuela. Fengmo le había contado muchas cosas a su madre y ésta lo había escuchado y respondido: «Sí; sí, hijo mío», pero no había comprendido todo lo que había hecho él.

Junto a la escuela estaba la casa del propio Fengmo y como habían enviado a un emisario para anunciar la visita, todo se hallaba dispuesto para recibirlas. Linyi estaba embarazada y ya se lo habían dicho a la señora Wu, pero a ésta la cogió de sorpresa el aire sano de Linyi. La joven tenía las mejillas encarnadas y los labios rojos, sin pintura, y había ganado en carnes con la maternidad. Se había cortado las rizadas puntas de su cabello y esto le gustó a la señora Wu tanto como lo demás. Pero quizá le agradaba más aún el cambio que se advertía en los modales de Linyi. La muchacha se mostraba respetuosa y movediza, y su aire perezoso había desaparecido.

Entraron en la casa de Fengmo y se sentaron y enviaron a buscar al joven, y cuando vino, volvieron a narrar toda la historia y mandaron por Ch'iuming y su hija, y Rulan con ellas.

Apenas entró Ch'iuming, madre e hija se miraron y adivinaron mutuamente. Sólo dos seres de los cuales uno provenía del otro podían parecerse tanto. Todos los que miraban se echaron a reír ante tan mágico final de una extraña historia, y si la señora Wu fue la más silenciosa, no por eso dejó de ser la más satisfecha.

—¡Madre mía! —exclamó Ch'iuming.

—Ésta es mi hija —dijo la dama.

Ambas no pudieron sino llorar y la dama hubo de abrazar a su nieta, que entonces era lo bastante mayor para ser audaz; la niña gritó y pateó y Ch'iuming le dio una

bofetada; la dama protestó y pronto volvió a reinar la calma. Naturalmente, la madre de Ch'iuming quiso que ésta y la niña se fuesen con ella y se unieran a su propia familia. Para esto, Ch'iuming debió pedirle permiso a la señora Wu.

—¿Puedo ir, hermana mayor? —preguntó tímidamente.

La señora Wu notó sin lugar a dudas que Ch'iuming no tenía buen aspecto. A pesar del aire puro de la aldea y de la comida sana, Ch'iuming estaba pálida y tenía los ojos hundidos como por noches de insomnio y la señora Wu advirtió que apartaba los ojos de Linyi. A Ch'iuming le convendría alejarse de la casa de los Wu. Le dio su permiso.

—Si no se tratara de tu madre, no te dejaría ir —dijo—. Pero el cielo ha reunido a madre e hija y... ¿cómo podría atreverme a separarlas? Irás, pero no antes de que yo haga preparar ropa nueva para ti y para la niña y te provea de las cosas que necesitarás durante tu viaje. No debes irte sin nada de nuestra casa.

La dama protestó, diciendo que esto era innecesario, pero la señora Wu insistió. Luego Ch'iuming y su hija, después de muchas expresiones de gratitud, volvieron con su madre a la posada y a partir de entonces ya no se separaron más.

La señora Wu nada dijo a esto, sólo que antes de marcharse las tres se llevó a la madre y le manifestó:

—No deje que su hija viva solitaria. Encuéntrale un buen marido, y déjela empezar a vivir de nuevo.

La dama así lo prometió y de este modo Ch'iuming dejó la casa de los Wu y a las pocas semanas, cuando todo quedó preparado, se marchó con su madre. La señora Wu se sintió satisfecha de que Ch'iuming no fuese a despedirse de ella privadamente. Conocía lo bastante el tierno corazón de la muchacha para saber que esto no se debía a ingratitud u olvido. No. Ch'iuming no fue porque ya nada quedaba por decir entre ella y la madre de Fengmo, y querría ahorrarle ese dolor. Se llevó su amor en su pecho.

Desde entonces, la señora Wu jamás volvió a ver a Ch'iuming. Una vez por año, llegaba una misiva, escrita por un hombre que escribía cartas por dinero y firmada por Ch'iuming. En estas cartas, año tras año, después de los saludos, Ch'iuming decía que estaba bien, que la niña crecía y finalmente, cuando terminó la guerra, comunicó que se había casado con un viudo, un modesto comerciante de Pekín que vendía mercancías del país y extranjeras. El marido de Ch'iuming tenía dos hijos jóvenes, a los cuales Ch'iuming pronto cobró afecto. Finalmente, murió la madre de la muchacha y Ch'iuming tuvo un hijo y luego mellizos varones. Su casa estaba llena.

La señora Wu contestó con fina atención a estas cartas, con amonestaciones y sabiduría. Y en cada una de ellas, por mera bondad, enviaba noticias de Fengmo y su familia.

* * *

Sí. También la familia de Fengmo crecía. Sea cual fuese su vida interior, la vida corporal era fructífera y Linyi tuvo hijos, un varón, una niña y otros dos varones. En ocasión de cada parto, volvía a la casa de los Wu, pero cuando el niño contaba un mes de edad, Linyi regresaba a la aldea para ocupar su sitio junto a Fengmo. No tenía tiempo para jugar ni hacer berrinches ni rizarse el cabello ni pintarse las uñas. Fengmo la trataba con severidad, pero con justicia. Naturalmente, la señora Wu sabía muy bien que él nunca querría a Linyi, pero también sabía que Fengmo no necesitaba amor. Poseía otros fuegos y la llama de éstos era más alta que la del amor. Ardía de fervor por la gente. Sentía avidez de escuelas y más escuelas, y cuando ya las habían en buen número, no estaba satisfecho hasta que empezaba a soñar con hospitales. Había abandonado todas sus ropas de seda. Estaban guardadas en los cofres de los depósitos de su familia y usaba ropa sencilla con corte de uniforme, pero sin insignias ni condecoraciones. Algo en su rostro, hartamente serio, le recordaba continuamente a la señora Wu el de André, pero a Fengmo le faltaba el humor del sacerdote. El corazón del joven era fuerte y lo cerraba aún contra él mismo. Jamás le había escrito a la mujer a quien aprendiera a amar allende los mares ni la había mencionado. Fengmo no podía hacer las cosas parcialmente bien. Su fervor ardía en todas las direcciones a un tiempo.

Todos pudieron admirar este celo hasta que rozó a la propia familia y entonces fue excesivo. Porque Fengmo no se contentó con enseñarles a los campesinos y aun a Yenmo, que lo amaba, sino que hubo de asediar a su hermano mayor; y Liangmo no quiso esto. La verdad era que Fengmo nunca podía encontrar suficientes maestros para sus escuelas y al ver a Meng, su cuñada, perezosa y echando carnes, le preguntó cierto día por qué no ayudaba a Linyi y a Rulan con las viejas que se esforzaban por aprender sus primeras letras y por coser cosas más hábiles y útiles. Meng lo miró con los redondos ojos muy abiertos.

—¿Yo? —exclamó—. Pero si yo nunca salgo de nuestras puertas como no sea para visitar a mi madre.

—Pero debieras hacerlo, cuñada —le dijo Fengmo—. Es tu deber. Tus hijos son cuidados por nodrizas, tu hijo mayor está en manos de su preceptor y tu casa es atendida por sus criados. Debieras venir un par de horas diarias a ayudarnos.

Meng se mostró muy desasosegada.

—No puedo —exclamó—. Liangmo no lo permitiría.

—Pero te han enseñado a leer y escribir —insistió Fengmo—. En nuestro país, nadie que posea conocimiento debe reservárselo.

Meng escuchaba, contraído el rollizo rostro en una mueca de horror. Fengmo, en esos días, tenía la voz sonora y propia de un maestro, y cuando empezaba a predicar sus creencias, nadie podía responderle. Sólo su infinita bondad lo salvaba y hasta lo hacía amar por aquellos a quienes enseñaba.

—Se lo preguntaré a Liangmo —balbució finalmente Meng, y Fengmo se fue satisfecho de haber conmovido el corazón de Meng.

Pero Liangmo sólo se sintió irritado cuando Meng le dijo, llorando, lo que le había manifestado Fengmo.

—Ha hecho que me sintiera mala —sollozó la joven.

Liangmo se quitó los anteojos que usaba y se los guardó en el bolsillo. Luego golpeó la mesa con la mano.

—Realmente, Fengmo causa demasiadas molestias —exclamó—. Ha metido demasiadas ideas en las cabezas de la gente vulgar. Sin ir más lejos, ayer los arrendatarios principales vinieron a decirme que, desde ahora, no querían revendedores para vender el cereal, sino que lo venderían ellos mismos. Les pregunté cómo se las compondrían para echar las cuentas y, según parece, Fengmo les enseña a hacerlo. ¿Cómo vivirán los revendedores y cómo les darán de comer a sus familias? ¿No hay sitio bajo el cielo para todos los hombres?

Liangmo se quedó un rato con el ceño fruncido y sustrajo un poco de tiempo a su inspección a los talleres para hacerle una visita a Fengmo. Íntimamente le asombró el buen aspecto de las aldeas, porque la obra de Fengmo se había extendido por toda la región. Pero frunció los labios y no confesó su sorpresa. En vez de hacerlo, murmuró que no sabía quién pagaba todo aquello y que la gente pobre no debía ser tan limpia como la gente rica, de acuerdo con la naturaleza misma de las cosas. Tampoco había necesidad de hospitales entre los pobres porque había demasiada gente y... ¿por qué habían de vivir tantos?

El final de la visita fue que hubo un gran disgusto entre los dos hermanos y agravó la riña la circunstancia de que Liangmo se sintió ultrajado por el aspecto de Linyi, que le pareció indigno de una dama de su familia. Linyi vestía como una maestra de escuela corriente y, según declaró Liangmo, parecía mayor que Meng. Al oír esto, Linyi se sintió inclinada a compadecerse a sí misma, pero Rulan intervino en la reyerta tomando partido por Fengmo y el pueblo. Y Liangmo se sintió bastante disgustado al ver que Rulan se había curado de su pena, porque todo su ardimiento se había saciado con la labor que realizaba en las aldeas. La consecuencia de esto fue que todos se separaron irritados y que Liangmo fue a quejarse a la señora Wu.

Ésta, por aquellos días, nunca salía de su patio salvo para visitar a las niñas del templo. El número de las expósitas no había aumentado. Cualesquiera que fuesen los deseos de André, la señora Wu no había tomado más. Sólo había hecho una cosa: darle dinero a un convento budista por la parte sur de la ciudad, para que enviaran todas las mañanas al alba dos monjas para buscar junto a las murallas de la ciudad a las criaturas que hubiesen abandonado vivas y que se llevasen a esas criaturas para criarlas. La señora Wu ordenó que no se las educara para ser monjas, sino que se las enseñara y criara en la forma adecuada para los trabajos agrícolas y ser buenas y útiles. La señora Wu hacía esto por André.

Pero conservaba a las hijas de André en el templo y cuando cada niña llegaba a los dieciséis años, la comprometía con un joven adecuado y la fama de estas niñas era tal, que había siempre listas de jóvenes deseosos de hallar esposa entre ellas. Cada

vez que una de las niñas llegaba a su decimosexto cumpleaños, la señora Wu la llamaba y le hablaba de los jóvenes dispuestos a casarse con ella. Naturalmente, en la ciudad se comentaban bastante estas nuevas costumbres, pero la señora Wu no sólo decía el nombre y edad y cualidades de los jóvenes, sino que también mostraba sus retratos.

—¿Sólo los hombres han de ver retratos? —preguntaba cuando alguien le expresaba su asombro—. ¿No es justo qué también la mujer vea el rostro del hombre?

Nadie se atrevía a juzgar a la señora Wu y así llegó a ser materia de rivalidad y honor el que los jóvenes le enviaran sus retratos y que ella misma los sometiera en el momento oportuno a las muchachas que llegaban a los dieciséis años. Cuando la moza había elegido, le enviaba su retrato al joven y la fama de las niñas del templo era tal, que ni una sola de ellas había sido rechazada por el hombre escogido.

La señora Wu llegó a considerar a las niñas como hijas propias y a cada una le enseñó todo lo adecuado para las buenas relaciones entre el hombre y la mujer. Todas fueron buenas esposas y la señora Wu cobró fama en toda la región por aquellas muchachas.

Le enorgullecía obtener para cada una de ellas un buen matrimonio y ocupaba el lugar de su madre. Nadie comprendía su sonrisa o el aire de lejanía de sus ojos. Pero ella no necesitaba comprensión. Le parecía que el propio André estaba de pie a su lado cuando enviaba a las expósitas que eran sus hijas a hogares tranquilos y seguros. Porque a la señora Wu no le bastaba con haber preparado a las muchachas. No permitía que se casaran con hombre alguno antes de haber hablado ella con él y si el novio tenía madre, antes de haber visto y haber hablado también con ella. Una suegra irascible era motivo para prohibir la boda y la señora Wu así lo hizo en tres oportunidades y, dos veces de cada tres, el joven se sintió tan afligido por su pérdida que él mismo se separó de su madre.

Esto acongojó a la señora Wu, porque sabía muy bien que un hijo no debe abandonar la casa paterna y hasta André le había hablado de ello en cierta ocasión.

Evocaba más claramente que nunca a André en esos días, al envejecer, y recordaba muy bien lo que le había dicho el sacerdote cierto día de invierno, después de su lección a Fengmo. El patio estaba cubierto de nieve y sólo se veían las grandes pisadas de André a través de su blancura. Fengmo, así como Ying, habían atravesado las galerías, pero André había caminado por la nieve.

Ella lo había reconvenido:

—Seguramente tendrá húmedos los pies.

André se había mirado con aire absorto los zapatos, como si no la comprendiera, y sin observación alguna había abierto sus libros. Luego entró Fengmo y el sacerdote comenzó a enseñarle. La señora Wu se había sentado aquel día cerca de ellos, escuchando en silencio. Pero al irse Fengmo, le había formulado a André la siguiente pregunta:

—¿Hasta qué punto debe permitírsele a un hijo que abandone la casa de su padre?

Porque ella había previsto ya que semejante enseñanza podría llevar a los vagabundajes de Fengmo.

—La casa de su padre es su lugar de nacimiento, nada más —había respondido André.

Estaba poniendo en orden los libros, colocando el uno sobre el otro en el pañuelo de algodón en que los llevaba.

—¿Significa eso que un hombre no tiene deberes para con sus padres? —había preguntado ella.

—No soy el más indicado para responder a eso —había contestado André.

Y después de mirarla rápidamente y de apartar los ojos, su sonrisa iluminó su rostro como una luz.

—¡Ya ve cuán lejos he llegado en mis vagabundajes! Pero no olvido que mis orígenes están en una casa de Venecia.

—¿Venecia? —había repetido ella.

André no le había mencionado hasta entonces su ciudad natal.

—Una ciudad parecida a Soochow —había dicho él—, cuyas calles son canales y donde en vez de sillas de manos usábamos botes, y donde yo contemplaba el alba y el crepúsculo y veía convertirse el agua en fluyente oro.

André había hecho una pausa, contemplando fijamente el descolorido muro que tenía delante, pero ella comprendió que miraba aquellas calles de doradas aguas. Luego, él se había recobrado y despedido de ella.

Así había derribado André los muros del recinto en que vivía ella, y ahora ella se sentía en paz cuando un joven abandonaba a una madre altanera e irritada. También los jóvenes deben vivir. Todos deben vivir.

Este desmoronamiento de los muros la preparó para recibir a Liangmo, al entrar éste con los labios fruncidos para quejarse de su hermano Fengmo. Ella no veía a sus hijos todos los días y ni siquiera todos los meses, de modo que cada vez que franqueaban el umbral, a la señora Wu le parecía ver un hombre nuevo. Así, vio en Liangmo a un próspero hombre de negocios, futuro jefe de una gran familia, comerciante capaz de hacer fortuna.

Después de los saludos, Liangmo abordó directamente el asunto.

—Mi hermano menor se está convirtiendo en un fanático —se quejó—. Ahora quiere que Meng vaya a enseñar. Eso es imposible, Linyi parece una maestra de escuela. Se ha cortado el cabello y éste se ha vuelto castaño con el sol. Rulan parece una comunista. Todo eso me resulta aborrecible. ¿Es conveniente para la familia?

La señora Wu sonrió.

—¿No encontraste muy limpias las aldeas? —preguntó.

Pero Liangmo no quería ver nada bueno.

—Antes que nada, pienso en nuestra familia, no en los forasteros y en los plebeyos —dijo obstinadamente—. La responsabilidad de la familia recaerá sobre mí, madre nuestra, cuando tú y mi padre no estéis ya.

Sus hijos rara vez hablaban del señor Wu. Todos sabían que, cualquiera que fuese el sitio del señor Wu, estaba ahora virtualmente vacío. El señor Wu se sentía amodorrado y satisfecho, y sólo pedía que lo dejaran en paz. Es cierto que era el favorito de sus nietos. Éstos acudían gritando a su patio y el señor Wu les daba golosinas y se reía con ellos y dormitaba mientras jugaban; por su parte, Jazmín, sintiendo su falta de hijos, atraía a menudo a los chiquillos y los trataba como si fuesen suyos, de modo que el viejo que la protegía no advirtiera la ausencia de hijos alrededor. La muchacha sabía que los viejos debían estar rodeados de niños, para alejar el temor a la muerte.

Pero Liangmo era muy correcto en su carácter de hijo mayor y testimoniaba en todo momento su respeto por su padre, verbalmente al menos, y disimulaba sus flaquezas. Ahora prosiguió quejándose contra Fengmo.

—¿Es decoroso que nuestro hermano menor, Yenmo, no vaya a la escuela?

—Yenmo no quiere ir —repuso amablemente la señora Wu.

—¿Es ésa una razón para que no se le obligue a ir? —preguntó Liangmo—. ¿Es propio el aspecto del hijo menor de nuestra casa? No hay diferencia alguna entre él y el hijo de un agricultor.

—Bueno..., bueno —dijo la señora Wu, con el más amable de sus tonos.

Liangmo comprendió que su madre quería hacerlo callar y anegó su ira en un largo sorbo de té y se quedó sentado con aire muy solemne.

La señora Wu calló durante largo tiempo. Conocía el valor del silencio. El día era suave y gris, los cielos estaban grises y lo mismo los muros, y del agua fría del estanque del patio se elevaba una delicada niebla que hacía el aire demasiado tibio para esa altura del año. El olor a tierra elevábase sobre los patios.

—¿Estás satisfecho en tus patios, hijo mío? —dijo finalmente la señora Wu.

—Ciertamente —respondió Liangmo, y dejó su taza de té—. Allí se me obedece. Mis hijos son sanos e inteligentes. ¿Sabes, madre, que el mayor ha terminado ya la escuela inferior?

—¿Será posible? —exclamó amablemente la señora Wu—. ¿Y todo marcha bien en la ciudad?

—Bastante bien —dijo Liangmo—. Los mercados están algo pobres, quizá, pero no demasiado si se tiene en cuenta la estación. Llegan algunas mercancías extranjeras, ahora que ha concluido la guerra. El hospital extranjero está construyendo un edificio nuevo y he oído decir que vienen forasteros nuevos.

—¿Será bueno eso? —inquirió la señora Wu.

—Fengmo está contento —dijo secamente Liangmo—. En cuanto a mí, sólo puedo decir que tenemos suerte. Meng no necesita médicos extranjeros y los niños nunca están enfermos.

—Recuerdo haber curado un nieto en la casa de los Kang con el cocimiento de hierbas de nuestra abuela —murmuró la señora Wu—. Supongo que ahora será ya todo un muchacho.

El año anterior había muerto la señora Kang. La señora Wu la recordó tal como la viera en el ataúd. Habían fabricado un ataúd de anchura doble de la usual, tendiéndose allí a la señora Kang, en su traje de satén, con las regordetas manos a los lados. Después de su muerte, la señora Wu solía recordarla con el viejo afecto fragante aún y evocaba la amistad de ambas en sus primeros tiempos. La señora Kang había sido una muchacha robusta, de cutis sonrosado, alegre, a quien sólo entristecían cosas tan pequeñas como el pensar que las aletas de su nariz eran anchas y la nariz demasiado roma. El señor Kang se había vuelto a casar poco después con una joven cuya obstinación desasosegaba constantemente aquella grande e ingobernable casa, como revuelve un cucharón una olla de guisado. Pero esto no le interesaba a la señora Wu y era mera habladuría para Ying, habladuría que la señora Wu escuchaba o no mientras Ying la peinaba.

Liangmo esperó a que su madre hablara. La señora Wu ahuyentó finalmente sus pensamientos y le sonrió con su dulce sonrisa.

—Bueno, hijo —manifestó—. El alma de todo ser debe cobrar su propia forma y nadie puede obligar a otro sin herirse a sí mismo. Vive en tu casa, hijo mío, y deja que Fengmo viva en la suya.

—Enséñale algo a Fengmo si te place, madre nuestra —dijo Liangmo con ira—. Ordénale que mantenga su largo brazo al margen de mi casa.

—Lo haré —prometió la señora Wu.

De modo que Liangmo se fue y apenas la señora Wu vio a Fengmo, lo aleccionó así:

—¿Recuerdas, hijo mío, que en cierta ocasión tu preceptor te dijo que enseñar es invitar al alma al cielo, pero no obligarla?

En la mirada de Fengmo, la señora Wu leyó que recordaba estas palabras de André. Lo maravilloso de André había sido que toda su vida era una invitación al cielo.

Fengmo inclinó la cabeza y la apoyó sobre sus manos.

—Sé por qué me lo recuerdas —dijo—. Sé por qué necesito que me lo digan. Los fuegos reprimidos en mí suelen estallar y me veo arrastrado por mis propias llamas, y cuando me veo arrastrado, arrastro a los demás.

Ella lo dejó seguir hablando, sabiendo que Fengmo debía confesarse a alguien. ¿Y a quién podía confesarse sino a ella? Volvió a sentir el extraño impulso de hablarle de André. Ambos estaban muy próximos, ella y aquel hijo que había sido el único en compartir con ella la sabiduría traída a aquella casa por André. Volvió a contenerse. Pero se permitió este consuelo. Dijo:

—A menudo medito sobre qué trajo a nuestra casa ese alto sacerdote. Somos una familia tan vieja que no puede decirse que necesitemos sabiduría para vivir. Hemos sido una familia durante siglos y nuestra vida sigue su curso. Él no nos transformó y, sin embargo, estamos transformados, tú y yo, y somos nosotros quienes hemos traído la transformación a la casa. Pero... ¿en qué consiste esa transformación?

—Aprendimos de sus labios el derecho del yo a ser —repuso Fengmo.

—¡Con qué facilidad lo expresas! —dijo ella.

Nadie habría adivinado por su voz, en aquel momento, que sentía la presencia de André en aquel aposento, de pie junto a su hijo y mirándolos a entrambos con inefable amor. Se sentó, gozando de aquella presencia. André había acudido a su encuentro solo, pero nunca con otro.

—Si él viviera, creo que aprobaría todo lo que haces —dijo la señora Wu.

—¿Te parece? —exclamó Fengmo.

Se sentó y el placer que la inspiraban las palabras de ella le infundió nuevas energías.

—Madre, estoy pensando en algo nuevo. ¿Qué dirías si yo indujera a los médicos del hospital extranjero a enseñar a los médicos rurales, no demasiado instruidos pero sí capaces de curar las muchas enfermedades corrientes? Nuestra gente muere tan innecesariamente...

Prosiguió con voz ansiosa y llena de vida, pero ella apenas si lo oía. Pensaba en André. Veía sus grandes y hermosas manos. Una de ellas, como tantas veces, estaba sobre el crucifijo de su pecho. Al romperse su rosario, André lo había ensartado en una cuerdecilla. Ahora también el crucifijo estaba roto. Al matarlo aquellos bribones, el crucifijo había chocado contra las piedras donde él cayera. Ella lo había notado al mirar a André en su ataúd.

—Bueno, hijo mío, bueno —murmuró—. Bueno...

Sólo cuando Fengmo se levantó para alejarse a toda prisa, rebosante de planes nuevos, ella recordó su promesa a Liangmo. Tendió la mano y aferró el brazo a Fengmo.

—Sólo recuerda esto, hijo mío... No obligues a nadie..., ni a Liangmo ni a Meng...

—¡Oh! ¿A esos dos? —exclamó Fengmo—. He renunciado a ellos...

Se fue y también se fue André. La señora Wu se quedó sola, sonriéndose a sí misma.

* * *

Los años han pasado sobre la señora Wu. Ésta nunca traspasa su verja. Pero, de un modo u otro, sabe bastante y está enterada de todo lo que sucede. Tiene fama por su paciencia al escuchar y por sus serenos juicios, y muchos acuden a ella en busca de consejo. Es ella quien decide todos los asuntos importantes de la ciudad y del campo. Fue ella quien decidió, por ejemplo, qué se debía hacer del cadáver de la hermanita Hsia cuando ésta murió, una noche de invierno, en su solitaria casa. El enjuto cuerpo de la hermanita fue llevado al templo de los Wu y la propia señora Wu se encargó del féretro y del entierro. Porque la hermanita Hsia se había separado hasta de las gentes de su raza. Había reñido durante largo tiempo con los demás extranjeros de la ciudad,

que eran de otro país, y cuando murió sólo estaba en la casa su viejo cocinero, y éste fue el único que la lloró. Fue él quien dijo a la señora Wu que había encontrado a su ama sentada en su sillón, muy enhiesta, envuelta en su andrajoso cobertor, abierto su libro santo sobre la rodilla.

Allí, bajo los dioses de arcilla y bajo el retrato de André pintado sobre alabastro, la hermanita Hsia yacía en su féretro. De todas las niñas del templo sólo quedaba la muchachita llamada Amor, y fue ésta quien encendió las velas. El viejo sacerdote, tan viejo ahora que apenas si podía avanzar tambaleándose, le dejaba a menudo que le ayudara a cumplir con sus deberes, y la vieja nodriza tenía también en quién apoyarse, ya que no podía seguir caminando con facilidad.

La señora Wu contempló el huesudo rostro de la mujer que había abandonado a los de su raza y su sangre, y trató de recordar la plegaria que pronunciaba a menudo la hermanita Hsia. Pero no lo consiguió. La había olvidado con todo lo demás que no quería recordar. De modo que sólo pudo encender un poco de incienso en el pebetero de peltre ante los dioses y pedirle al cielo que acogiera también a aquella alma extranjera. Y el féretro de la hermanita Hsia fue sellado y depositado en un nicho del templo hasta que llegó un día fausto y entonces fue enterrado en la ladera de una colina de las afueras de la ciudad, y la señora Wu ordenó que se colocara una lápida con los pocos hechos que ella conocía sobre la hermanita, de modo que si acudía a visitar su tumba algún pariente de la difunta, pudiese encontrarla.

Cosas como éstas le parecían muy improbables, pero sucedió algo extraño.

Cuando terminó la guerra, la confusión reinaba en todo el campo y muchos hombres llegaban de Ultramar para poner remedio a la confusión. El caos no alcanzó a la casa de los Wu. Su ciudad estaba tan apartada como siempre de las regiones perturbadas. Pero los forasteros seguían visitando la ciudad por una razón o por otra, y una de las razones era que Fengmo los invitaba. Siempre que oía mencionar a un hombre de Occidente, Fengmo lo invitaba y aconsejaba sobre su labor, y aquellos hombres acudían porque la obra de Fengmo se estaba haciendo conocer en todas partes con no poco elogio para Fengmo.

Naturalmente, la señora Wu no recibía a esos extranjeros, porque ignoraba su idioma y era harto difícil conversar con ellos. Además, declaraba:

—Mi vida está completa. No necesito agregar a otro.

Pero cierto día, Fengmo le comunicó que había llegado un hombre de Ultramar y que había un motivo por el cual deseaba que lo viera. Ella le dio su consentimiento y a las pocas horas Fengmo llegó y con él apareció un joven extranjero, alto y moreno. En realidad, era tan moreno que, después de los saludos, la señora Wu lo miró y se volvió hacia Fengmo.

—¿Es forastero ese hombre? Su piel es tan morena...

—Es forastero —dijo Fengmo—. Pero sus antepasados, mejor dicho sus padres, vinieron de Italia, donde nació, madre, el hermano André.

¡Cómo se conmovió entonces el corazón de la señora Wu! Olvidó que no sabía

hablar otro idioma que el suyo y se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre el puño de plata de su bastón, y le preguntó al joven:

—¿Conoció usted al sacerdote extranjero?

Fengmo intervino rápidamente para traducir, y entonces la señora Wu y el joven hablaron por su intermedio así:

—No lo conocí —dijo el joven—. Pero mi padre y mi madre me hablaron de él, señora. Era mi tío.

—¡Su tío! —repitió la señora Wu—. ¡Usted es de su misma carne y sangre!

Contempló absorta al joven moreno y encontró una semejanza y luego otra. Sí, allí estaban los oscuros ojos de André, pero no tan rasgados. Sí, allí estaba la forma del cráneo de André, y sus manos. Miró las manos del joven, más delgadas que las de André, pero con la forma que ella conocía. Todo era más delgado y pequeño que en André, y la mirada del joven moreno no era la suya ni mucho menos. El alma no era la misma.

La señora Wu suspiró y retrocedió. No. El alma no era la misma.

—¿Vino usted aquí en busca de su tío? —preguntó.

—Sí —contestó—. Mis padres sabían dónde estaba, aunque nunca nos escribió en sus últimos años. Les prometí que, cuando pasara por aquí, vendría a esta ciudad para cerciorarme de si vivía aún y para escribirle a mí padre.

—Está sepultado en nuestra tierra —dijo la señora Wu—. Mi hijo lo llevará a su tumba.

Durante unos instantes, los tres permanecieron sentados en silencio. La señora Wu luchaba con unos extraños celos. Cerró los ojos y vio el semblante de André resaltando en la aterciopelada tiniebla interior.

—Tú sólo nos perteneces a nosotros —le dijo.

Abrió los ojos y vio a su sobrino sentado ante ella. ¡Ah, André tenía familia y parientes, extranjeros y lejanos!

El joven sonrió.

—Supongo que usted sabrá, señora, el motivo de que mi tío haya vivido tan lejos de todos nosotros y de que nunca escribiera cartas...

Fengmo contestó por ella:

—Nunca lo hemos sabido.

El joven sonrió.

—Era un hereje —dijo solemnemente—. La Iglesia lo expulsó como renegado..., sin hogar, sin apoyo. Nunca volvimos a oír hablar de él. Nos devolvía el dinero que le enviábamos..., se negaba a volver.

—Pero no cometió mal alguno —exclamó con horror Fengmo.

—No se trata de lo que hiciera —declaró el joven—. Se trata de lo que pensaba. En nuestra generación, cuesta concebirlo como un pecado. Pero fue un gran pecado en su tiempo. Mi tío se consideró obligado a escribirle una carta a su cardenal y a decírselo. En la última carta que le envió a mi padre, narró toda la historia. No

sabíamos qué quería decir. Mi madre dijo adivinar que mi tío había enloquecido después de tanto vivir solo.

Fengmo le tradujo todo esto a la señora Wu y ésta se limitó a escuchar, sin decir una sola palabra. Ellos lo habían rechazado... ¡su propia gente!

Cerró los ojos.

—Pero nosotros no te rechazamos —le dijo, en el fondo de su corazón.

Permaneció sentada así unos instantes en silencio, con los ojos cerrados, y los dos jóvenes la miraron absortos. Fengmo se movió, preocupado por su inmovilidad, y ella abrió los ojos.

—Dile a este joven extranjero que el camino hasta esa tumba es muy largo —dijo ella—. Dile que el sendero es áspero y estrecho. Cuando llegue allí sólo encontrará la tumba, nada más.

El joven escuchó.

—Si eso está tan lejos, más vale que no vaya —exclamó—. Tengo que volver a tiempo para alcanzar el vapor. Después de todo, como usted dice, no es más que una tumba.

Ambos jóvenes se marcharon, después de despedirse, y la señora Wu se alegró de que se hubieran ido. Sentía necesidad de estar sola, para poder comprender plenamente el conocimiento que tenía ahora de André. ¡Él había vivido tantos años allí, solitario!

«Solitario, no», pensó. Estaban las niñas que había encontrado y los mendigos a quienes había dado de comer.

Y ella misma..., ¿cómo había abierto sus puertas, dejándolo entrar? Nunca lo sabría. André había sido llevado hasta ella y ella había abierto sus puertas y él había entrado, y le había comunicado la vida entera.

Sí, ella creía ya que cuando su cuerpo muriera, su alma seguiría viviendo. Ella no adoraba a los dioses y carecía de fe, pero tenía amor, y eso para siempre. Sólo el amor había despertado su alma dormida y la había arrebatado a la muerte.

La señora Wu comprendió que era inmortal.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.